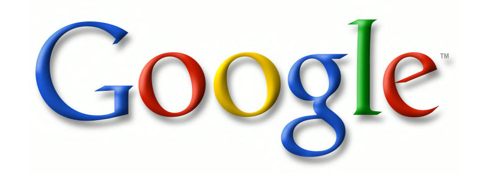
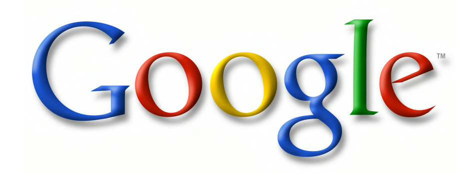
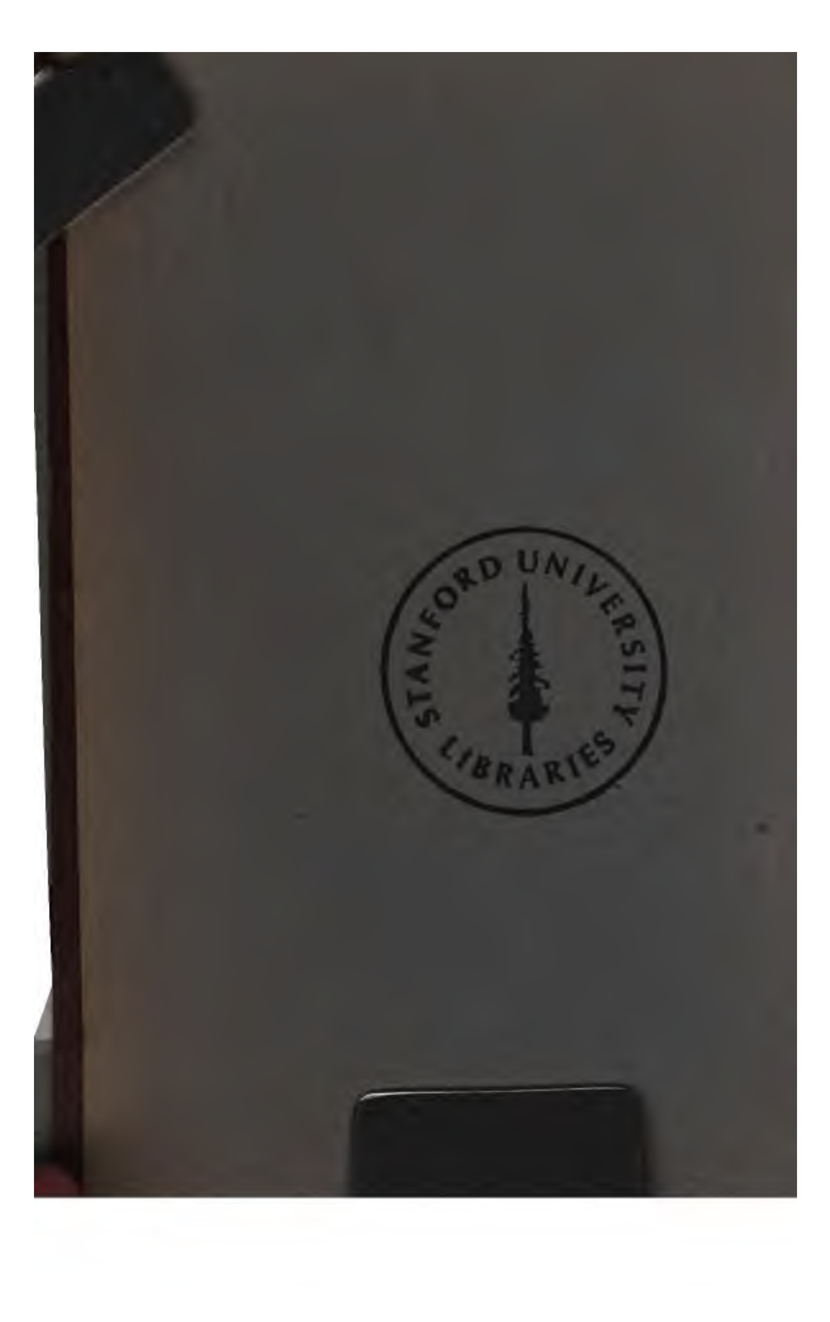




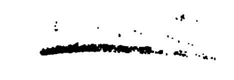
ACOSTA DE SAMPER

LA MUJER EN LA SOCIEDAD MODERNA

GARNIER HERMANOS
PARIS







LA MUJER

EN LA SOCIEDAD MODERNA

PARÍS. — TIP. GARNIER HERMANOS, 6, RUE DES SAINTS-PÈRES.

BIBLIOTECA CONTEMPORANEA

LA MUJER

EN LA

SOCIEDAD MODERNA

POR

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

MIEMBRO HONORARIO DE LA ASOCIACIÓN
DE ESCRITORES Y ARTISTAS DE MADRID
C. DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA DE CARÁCAS, ETC.

PARÍS
GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1895

INTRODUCCIÓN

« El porvenir de la sociedad, dice A. Martin, se halla en manos de *la mujer*, y ella será el agente de la revolución moral que hace tiempo empezó y que aun no ha concluído. » Es cierto que la mujer moderna ha transitado por todas las veredas de la vida humana; que ha sabido dar ejemplos de virtud, de abnegación, de energía de carácter, de ciencia, de amor al arte, de patriotismo acrisolado, de heroísmo, etc., pero aun le falta mucho para cumplir la misión que la tiene señalada la divina Providencia, y es preciso enseñarla el camino que otras han llevado, para que pueda escoger el que conviene á cada una. La vida aislada de una mujer virtuosa, sabia, patriota, etc., no basta para que se comprenda lo que se pide á todas, — es preciso presentar un conjunto razonado de biografías, de bocetos de mujeres ejemplares para despertar en el espíritu de las jóvenes la emulación y el deseo de imitar alguna ó algunas de ellas. Estos ejemplos buenos no surten el efecto que se desea sino cuando las que lo dan son de nuestro mismo siglo, pues no se pueden imitar á las que vivieron en sociepades enteramente diferentes de las que conocemos actualmente,

En los cuadros que á continuación presentamos, hemos de estudiar uno á uno la mayor parte de los más nobles caracteres de mujeres de este siglo: desde

la reina en su trono hasta la artista en su taller; desde las bienhechoras más grandiosas de la sociedad, hasta la humilde hermana de la caridad en su hospital ó asilo; desde la gran señora hasta la pobre criada: desde la mujer de culta educación hasta la sencilla labriega. En todas las naciones la mujer ha señalado su huella haciendo el bien en todas las carreras, y cada cual puede escoger alguna como ejemplo y norma de su vida futura, según se sienta con más ó menos fuerza, con mayor ó menor disposición para tal ó cual carrera.

Deseosa de dar á los padres de familia, á las maestras de colegio, un libro que sin ser demasiado serio, pueda considerarse instructivo y al mismo tiempo presente ejemplos provechosos, y produzca en los tiernos y maleables espíritus de las niñas el deseo de la imitación, resolví tratar de hacer un ensayo de breves biografías femeninas, procurando (aunque de muy lejos, por supuesto, pues no poseo sino buena voluntad y nada más) seguir la idea de Smiles en el precioso libro llamado *Self-Help*. En esta obra, explica el autor con mano maestra la conducta, el carácter y la perseverancia que debe el hombre tener en la vida, é ilustró su tema por medio de biografías de hombres notables por sus virtudes, su gran carácter y la perseverancia que tuvieron en el bien y el trabajo, hasta lograr hacerse célebres en el mundo.

Si el buen ejemplo es el arma más poderosa para promover la civilización, ¿por qué no se ha de presentar á la mujer hispanoamericana, cuya educación ha sido tan descuidada, excelsos ejemplos de mujeres activas, trabajadoras, que se han abierto por sí solas un camino hacia la fama unas, hacia la virtud activa

y ùtil para la humanidad otras, haciéndose notables en todas las profesiones, las artes, los oficios y las obras pías? La lectura de las biografías de hombres grandes y virtuosos es excelente, pero ésta nada enseñará á la niña para su propia conducta, y la mejor para la joven de estos países será aquella que le presentará ejemplos de mujeres que han vivido para el trabajo propio, que no han pensado que la única misión de la mujer es la de mujer casada, y han logrado por vías honradas prescindir de la necesidad absoluta del matrimonio, idea errónea y perniciosa que es el fondo de la educación al estilo antiguo. ¡Cuántas mujeres desdichadas no hemos visto, solamente porque han creído indispensable casarse á todo trance para conseguir un protector que ha sido su tormento y su perdición! ¿No es acaso suficiente protección para una mujer la virtud, unida al amor al trabajo, á la laboriosidad?

Éste es el tema que procuraremos desarrollar en este libro, el cual podrá servir de lectura á las niñas de todas las esferas sociales, y las hará comprender que si el matrimonio es ley santa de la Providencia, él no es indispensable para la dicha de la mujer; que ésta, olvidándose de las pasiones terrestres, podrá vivir honradamente, aunque sea pobre, si es activa, laboriosa é instruída; le enseñará á valerse por sí misma, de manera que, si no encuentra un hombre virtuoso para unirse á él, la mujer puede existir sin los lazos matrimoniales y sola, sin necesidad de que un hombre trabaje para darle la subsistencia, porque ella misma se la ganará fácilmente por medio de labores honorables. Una vez que la mujer comprenda que puede rechazar al hombre vicioso, egoísta, de

mal carácter y malo, y al mismo tiempo alcanzar á hacerse respetar por sus virtudes y su laboriosidad, la sociedad se reformará indudablemente; los hombres sabrán que hay quien los juzgue, que la mujer que algo vale premiará al bueno, desdeñará y despreciará al malo, y que no será amado y respetado sino aquel que valga moralmente; entonces, si no todos los jóvenes, al menos muchos se verán en la necesidad de abandonar las veredas del vicio para buscar las que conducen á la virtud. Si acaso nos equivocamos, si la corrupción de las costumbres está demasiado avanzada, y nuestro trabajo es trabajo perdido, siquiera se habrá intentado poner un dique al mal; si éste no ha valido, Dios sabrá ponerlo cuando convenga y á su tiempo, pero al menos aceptará nuestra buena voluntad y la pesará en lo que vale en la balanza de su misericordia.

« Ayúdate, que Dios te ayudará, dice Smiles en la obra arriba mencionada; esta máxima tan conocida encierra en un exiguo cuadro el resultado de una vasta experiencia. El espíritu de espontaneidad individual es la fuente de todo desarrollo normal en el individuo, y cuando surge en gran número de personas constituye el verdadero fundamento de la fuerza y del vigor nacional... El progreso nacional es el conjunto de las actividades, de las virtudes de todos, así como la decadencia nacional es la reunión de las cobardías, los egoísmos y los vicios de todos... El gobierno de una nación no es por lo general sino la imagen que reflejan en él los individuos que la componen. « Á las labores físicas é intelectuales de generaciones sucesivas es que debemos lo que somos hoy. Trabajadores pacientes y perseverantes de toda clase y condición,

cultivadores de la tierra, excavadores de las minas, inventores y exploradores, obreros y manufactureros, artesanos y poetas, políticos y filósofos, todos han contribuído á ese gran resultado... » En este concierto de artesanos de la civilización, Smiles olvidó la parte que ha tenido y que en adelante tendrá la mujer en esa grande obra. Ya no se la permitirá cruzarse de brazos y dejarse llevar por la corriente masculina; es preciso que tome parte en la lucha y quizás salve á la sociedad del cataclismo de inmoralidad, de impiedad, de corrupción que la amenaza. Á la mujer toca una ardua tarea en la grande obra de la regeneración: que ella se prepare para cumplir su cometido.

LA MUJER

EN LA SOCIEDAD MODERNA

PARTE PRIMERA

LA AGONÍA DE LA SOCIEDAD PASADA

Aunque no nos ocuparemos sino de los hechos de la mujer contemporánea, será preciso presenciar la agonía de la mujer de los pasados tiempos, encarnada en la que pereció en la tempestad producida por la Revolución de Francia, á fin del siglo pasado.

El ejemplo que algunas de aquellas heroínas dieron al mundo será benéfico, porque éste demuestra que un gran carácter siempre conduce á la nobleza de sentimientos, y que la mujer virtuosa y abnegada, aun en medio de los acontecimientos más inesperados y más ajenos á su existencia pasada, la hallarán siempre llena de dignidad, de generosidad y de verdadera delicadeza.

CUATRO MUJERES DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA [1]

I

La princesa Isabel de Francia.

Empezaremos estos estudios acerca de las mujeres virtuosas del tiempo de la Revolución francesa con la vida de una princesa célebre en los anales de la historia de la mujer, no en el punto de vista de la sangre real que corría por sus venas, cualidad que nada vale ante los ojos de Dios, sino porque aquella mujer reunió en sí todas las virtudes domésticas, así como todos los sacrificios de la bondad más completa, de la más perfecta abnegación y de una cabal belleza de alma.

En el concierto de voces revolucionarias y violentas que se levantaron contra la realeza en Francia, contra la aristocracia y contra todo lo que había tenido algún privilegio antes, no hay una sola que se haya atrevido á irritarse contra la princesa Isabel, hermana de Luis XVI. Era preciso que el tribunal que la juzgara y condenara fuese compuesto de sólo fieras con faz humana para que semejante mujer se viera sentenciada á muerte.

El nombre de Isabel ha sido famoso entre las familias reales europeas : además de aquellas grandes reinas tan conocidas por todos, como las Isabeles de

1. Estos bocetos fueron publicados en *La Mujer* en 1879.

España é Inglaterra, así como la de Rusia, que reinaron en su propio nombre, han sido elevadas al trono, en calidad de reinas consortes, muchas Isabeles, y sobre todo Francia ha dado á otros países algunas reinas de este nombre; entre otras están las esposas de Felipe II y de Felipe IV de España. Pero á ninguna de estas mujeres amantes de la pompa y del orgullo real se parecía la princesa que nos ocupa, sino más bien á las dos reinas canonizadas que florecieron sobre los tronos de Hungría y Portugal en los siglos XIII y XIV.

El desgraciado rey de Francia, que vino á pagar con su cabeza los pecados y crímenes de sus antepasados, — hemos nombrado á Luis XVI, — tenía dos hermanas : Clotilde é Isabel. La primera se casó á su tiempo con el príncipe de Piamonte, después rey de Cerdeña, Carlos Manuel. La segunda, Isabel, nacida el 3 de mayo de 1764, no había cumplido siete años cuando llegó á Francia María Antonieta, la esposa del futuro Luis XVI. Apenas se vieron las dos princesas, cuando se cobraron mutuamente un particular cariño, y la austriaca tomó bajo su protección á la francesa.

En su primera niñez, Isabel tenía un carácter tan violento, indómito y altanero, que sus institutrices con dificultad lograban domarla. Sin embargo, al llegar á la adolescencia, cambió completamente su modo de ser; merced á la instrucción religiosa que la dieron y el haber hecho su primera comunión al lado de su tía, la virtuosa carmelitana Luisa (que vivía retirada en un monasterio), Isabel se convirtió en una niña amable, bondadosa y de tiernos sentimientos. « En lo sucesivo, dice una de sus panegiris-

tas [1], se preocupaba más del cumplimiento de sus deberes que de los derechos que la daban en la corte su nacimiento y el respeto de que la rodeaban. »

El pueblo francés se acostumbró desde la niñez de Isabel á ver (en las fiestas, banquetes públicos y espectáculos teatrales) siempre al lado de la deslumbradora y majestuosa María Antoñeta la distinguida y modesta figura de la princesa, generalmente vestida de blanco, y cuyos azules ojos se animaban con una sonrisa angelical é inocente como su alma al notar los triunfos de popularidad de que disfrutaba su querida cuñada.

Isabel no vivía sino para amar á su familia, á sus amigas y á los pobres; jamás pensaba en sí misma, y sólo gozaba con las alegrías y el contento de los demás. Era la protectora nata de todos los infortunados, á quienes rara vez dejaba de auxiliar, aconsejar y socorrer; no contenta con proteger á los pobres de su patria, trabajaba también incesantemente, en unión de María Antonieta y de la reina de Nápoles, para que se enviase á rescatar cristianos cautivos en Argel. Tenía dos amigas, á quienes dotó (siendo ellas pobres) con las economías que hizos, durante tres años, de la pensión que la pasaban en su calidad de hermana del rey, y jamás dejó de protegerlas, mientras que permanecieron á su lado, y de comunicarse con ellas cuando se ausentaron.

El señor Feuillet de Conches ha tenido la paciencia de reunir y publicar todas las cartas que ha podido recoger de esta princesa, y, en la introducción que escribió para aquel objeto, dice que en la correspon-

1. La señorita Amaris de Langerack.

dencia epistolar de Isabel, « semana por semana y día por día, dejando correr su pluma naturalmente, refiere una vida edificante y exhibe uno de los caracteres más naturales, más rectos y más independientes que jamás hayan honrado una familia real ». Su cualidad más sobresaliente era la benevolencia, y aunque su espíritu prosaico, como el del rey, brillaba por su naturalidad y dignidad, no dejó jamás de manifestarse en todas circunstancias sereno y noble, como lo veremos después en medio de escenas tan angustiosas como pocas mujeres han tenido la desgracia, no solamente de presenciar, sino también de tomar una parte en ellas.

Siendo muy niña, Luis XVI quiso casarla con un príncipe italiano, y después María Antonieta deseaba unirla con su hermano el emperador José II de Austria; pero Isabel desdeñaba las alianzas terrestres y aspiraba secretamente á concluír su existencia en un claustro. Sin embargo, como su hermano y su cuñada predilecta no quisieron consentir en ello, resolvió no separarse jamás de ellos, y se quedó en la corte, en donde la suerte la tenía destinada la palma del martirio.

El matrimonio de su hermana Clotilde la afligió mucho, y desde entonces vivia frecuentemente retirada del brillo y pompas del gran mundo, habitando una pequeña quinta que tenía en Montreuil. Allí pasaba los días entregada á sus devociones, al estudio de la historia, del cual participaba su hermano el conde de Provenza (después Luis XVIII), al arte de la pintura, de que gustaba mucho, á la costura y bordados muy curiosos que solía hacer para regalarlos á los pobres ó enviarlos á sus amigas ; y además se ocu-

paba en mandar socorrer á los menesterosos, y tenía ciertas horas del día en las cuales daba audiencia á todos ellos. Esta época de tranquilidad y paz de ánimo no duró mucho tiempo : en breve la desgracia vino á tocar con su mano de hierro la vida antes tan brillante de María Antonieta; la muerte del primer delfín y de una princesita, el odio de muchos cortesanos, los disgustos políticos y privados que la causaron mil penas y aflicciones, hacían que Isabel volara á Versalles frecuentemente y compartiera con aquélla sus dolores, empapándose, por decirlo así, en sus tristezas y amarguras con todo el cariño de una verdadera hermana.

Cada día se nublaba más el horizonte político de Francia, y preparábase lenta, pero progresivamente, la tempestad revolucionaria, que debería acabar por despedazar aquel trono que había permanecido firme por más de mil años. Las ideas de libertad y filosofismo humanitario invadían todas las capas de la sociedad; desde el mismo Luis XVI hasta el último artesano de su reino, todos estaban imbuídos en el deseo de cambiar á todo trance el orden social. Las sociedades secretas tendieron una red en toda Francia, y se hizo de moda pertenecer á alguna logia masónica; y no solamente entre los hombres sucedía esto, sino que casi todas las mujeres de la alta sociedad hacían alarde de frecuentar las sociedades secretas. La amiga íntima de la reina, la princesa de Lamballe, era *gran maestra* de una logia [1], lo cual por

1. Veáse *La Princesse de Lamballe*, por Lescure, y *Carta de María Antonieta á su hermana María Cristina*, 29 de abril de 1781.

cierto no la salvó después de la furia de aquel pueblo por quien había trabajado.

La princesa Isabel, con su perspicacia femenina, no quiso entrar por la moda; presentía que todo aquello no sería saludable para su familia y mucho menos honroso para su religión; así no simpatizaba con las ideas nuevas, sino que, al contrario, no podía oírlas sin estremecerse. ¿Era acaso un presentimiento? Pero ya que en nada podía cambiar la situación social, acudía al que todo lo puede, y redoblaba sus oraciones, y levantaba al cielo su voz pidiendo amparo y protección contra todo lo que se preparaba. Pero la Providencia había decretado ya cuáles deberían ser las víctimas que sufrieran el martirio para purgar las malas acciones de sus antepasados; así, los ruegos y oraciones de Isabel hallaron cerradas las puertas de la misericordia divina.

El débil y vacilante gobierno de Luis XVI cometía falta sobre falta, errores sobre errores, y lo bueno que hacía, por una rara fatalidad, se convertía en malo en el crisol de la opinión pública. El pueblo desnudo, hambriento, miserable, azuzado por los que tenían misión de derrocar la monarquía, ciego de furor, maldecía á los reyes y á los nobles, creyendo que tenían la culpa de todos los infortunios de su suerte. María Antonieta, calumniada, vilipendiada y llena de amargura y de tristeza, había perdido su brillo y la fresca flor de su juventud; así, aquella que había sido el ídolo de la versátil multitud se veía abandonada por sus amigos que iban á buscar en tierra extranjera la seguridad; odiada por el pueblo y mirada mal por la clase media, no tenía otro consuelo sino la amistad y dulce simpatía de Isabel. Ella se apoyaba en el

tierno cariño de la princesa, y ésta, siempre serena y resignada, se apoyaba en la FE, que era lo que la daba una tranquilidad que parecía imposible en circunstancias tan terribles. « ¡ Ah ! decía frecuentemente, ¡es preciso conformarse á su santa voluntad! Si Dios quiere vengarse en nosotros, ¿qué podremos hacer puesto que ÉL es el amo?»

« La conciencia de Isabel era tan pura, dice Imbert de Saint-Amand, que no temía el sufrimiento ni la muerte. Mientras más se acercaba la hora de las catástrofes, más crecía su valor. Decía las cosas más sublimes con la mayor naturalidad. « No amo el martirio, escribía en 1791 á una de sus amigas, pero siento que, si ésa es mi suerte, Dios me dará la fuerza necesaria. ¡ÉL es tan bueno! » Más adelante dice que la consuela el pensar que estos sufrimientos sobre la tierra la harían tener menos purgatorio. Además, como tuviese la persuasión de que todas las desgracias y calamidades que sufría Francia eran castigo justo enviado por la Providencia, se inclinaba reverente y besaba el látigo que la azotaba, sin quejarse ni rebelarse jamás. »

Isabel era una segunda madre para los hijos de María Antonieta, y cuando la reina tenía que dejarles para atender á los deberes de su posición, Isabel la reemplazaba cerca de ellos. Aunque por aquel tiempo tenía poco más de veinticinco años, la severidad de sus costumbres, la dignidad de su porte real, al par de la amabilidad de su carácter, la hacían no solamente respetable, sino querida de cuantos la rodeaban.

No sólo habían abandonado la corte de Luis XVI y hasta sus propiedades en Francia muchos de los

miembros de la alta aristocracia, sino que también habían huído del peligro que amenazaba á todos hasta sus más cercanos parientes y los hermanos y las tías del rey. Cuando partían éstas, María Antonieta suplicó á la princesa Isabel que se alejara también y pusiera en salvo su vida; Luis XVI la ordenó, en su calidad de rey y de hermano, que no tardara en expatriarse, mientras que hubiese tiempo; pero ella resistió á las súplicas de la una y á las órdenes del otro, y juró permanecer hasta el fin al lado del trono bamboleante.

Á pesar de su modo de ser amable y bondadoso, Isabel tenía un carácter recto y firme, y disgustábanla sobremanera los términos medios que había adoptado su hermano en el gobierno que tenía el deber de defender en su *profesión* de rey... « ¡Ah! escribía la princesa á una de sus amigas, no hemos sabido aprovecharnos de las circunstancias propicias; no hemos tenido energía; era preciso afrontar los peligros, y sin duda hubiéramos salido vencedores. » Entre tanto María Antoñeta escribía á la duquesa de Polignac: « Yo frecuentemente derramo ardientes lágrimas, y otro tanto sucede á mi hija; pero felizmente para nosotros la serenidad de Isabel nos sostiene en todo tiempo y nos da una fuerza que sin ella no tendríamos. »

Durante el memorable 5 de Octubre, cuando el pueblo asesinaba á los desgraciados *guardias del rey*, Isabel no perdió la cabeza, y con su sangre fría y serenidad salvó personalmente la vida á algunos de los atacados, y acompañando en seguida al rey y su familia de Versalles á París, arrostró los mayores peligros durante aquel trayecto, de la furia de las muje-

res sobre todo, que fueron las que encabezaron aquella insurrección. Si quisiéramos formar una galería de las mujeres que se han distinguido en el mundo por sus pasiones y frenesí antihumanitario, de seguro encontraríamos una larga serie de energúmenas en los anales de las revoluciones en Paris, no solamente en la de 89, sino en todas las que han tenido lugar en aquella ciudad desde entonces.

En París, la familia real tuvo que apurar mil amarguras, sobresaltos y constante aprehensión. Al fin se decretó y llevó á efecto la fuga á Varennes, cuya terminación todos conocen. Á su regreso, en medio de una turba curiosa y enojada, Isabel conservó siempre su dignidad. Ni entonces ni después se manifestó nunca abatida ni llorosa; todo lo sufría por amor de Dios, y aceptaba los insultos é improperios del pueblo con la humildad que manda el Divino Maestro y la resignacion de una verdadera cristiana : ella sólo pensaba en su hermano y su familia y olvidaba siempre su persona. Además, ¡ cosa rara ! en medio de aquel cataclismo social en que ella y sus parientes eran el punto de mira de todos los odios, conservaba siempre un aire de viveza y contento, y su patriotismo era inquebrantable y firme. Cuando supo que los ejércitos enemigos invadían el suelo patrio, lejos de alegrarse al pensar que aquéllos iban en auxilio de su causa, escribía á una de sus amigas :

« Rusia, Prusia, Suecia y Alemania van á caer sobre la Francia; España no sabe aún lo que hará, Inglaterra tampoco; pero no tengas cuidado, amiga mía, nuestro país adquirirá una gloria más, y eso será todo. Trescientos mil guardias nacionales, perfectamente organizados y naturalmente valientes, defienden las

fronteras y no dejarán acercarse un solo lancero austriaco. Malas lenguas aseguran que en Maubeuge ocho soldados alemanes hicieron correr á quinientos guardias nacionales, que llevaban además tres cañones. Hay que dejarles hablar ahora, si eso les distrae; después podremos burlarnos nosotros á nuestras anchas. »

¿No serían estas líneas dictadas por un excelso patriotismo? Una mujer que se veía perseguida y odiada por un pueblo entero, su vida continuamente en peligro, coartada su libertad, y todo esto en nombre de esa misma libertad que estaba en todas las bocas, ¿no manifestaba acaso el más grande amor á su patria y nobleza de sentimientos al expresarse así?

Quisiéramos extendernos mucho más al tratar de esbozar la vida de la princesa Isabel, y pintar, hasta en sus pormenores, la conducta de la hermana de Luis XVI durante aquellos aciagos días de amarga prueba; pero el espacio que para ello tenemos en estas páginas no es mucho, y por eso es preciso acortar un tanto lo que pudiéramos decir.

El 20 de junio de 1792 el populacho, ebrio de sangre y de venganza é inspirado por la pasión del odio y la envidia, penetra hasta en los más íntimos recintos del palacio de los reyes, y armado de picas y bayonetas se apodera de las Tullerías. En tanto que María Antonieta corre á defender á sus hijos, la princesa Isabel vuela al lado de su real hermano, en el momento en que se presenta una tropa de energúmenos que al verla gritan: « ¡La reina! ¡la reina! » y añadiendo los epítetos más horribles, se precipitan sobre ella.

La princesa da un paso adelante con el mayor de-

nuedo; pero su escudero, Saint-Pardoux, viendo el peligro, se antepone diciendo :

— ¡No es la reina, sino la princesa Isabel!

El pueblo continúa su marcha sin hacerla nada.

— ¿Por qué desengañarles? exclama ella dirigiéndose á su escudero; esto les hubiera impedido cometer un crimen peor.

Durante largas horas, esta inmaculada mujer, que ignoraba naturalmente el lenguaje de las verduleras que la rodeaban, tuvo que sufrirlas á su lado, oír sus observaciones y escuchar las expresiones más inmundas del repertorio de la injuria. Además, apretábasela el corazón no solamente al comprender el peligro inminente que corría su hermano, sino al notar el irrespeto é insolencia con que trataban á su rey, para ella la persona más sagrada del mundo. En esto vió levantarse, al parecer con malas intenciones, una bayoneta contra el pecho del rey, quien rodeado de aquel pueblo permanecía impávido en medio de todos, con el gorro frigio en la cabeza.

— Caballero, dijo Isabel dirigiéndose con aparente tranquilidad al hombre de la bayoneta, mirad que podríais causar algún daño con la punta de vuestra arma; bajadla, pues de seguro os pesaría.

El *sans-culotte* obedeció y bajó el arma y la cabeza delante de aquella mirada tan dulce.

Fatigado al fin el exaltado pueblo con sus juguetes reales, salió de las Tullerías y dejó en paz á la familia de Luis XVI. Pero entonces apenas empezaban sus sufrimientos. El 10 de agosto el rey tuvo que ir á pedir protección y amparo en el seno de la Asamblea nacional, en tanto que el pueblo sacrificaba á sus servidores en las Tullerías y despedazaba, rom-

pía y quemaba todo lo que se encontraba en el palacio. De la Asamblea, Luis y su familia pasaron, ya enteramente presos, á habitar el antiguo edificio que había pertenecido á la orden de los Templarios. Aquella orden había sido suprimida por uno de los antepasados de Luis XVI, y por eso sin duda el inocente tuvo que expiar también el sacrificio del jefe de los caballeros hospitalarios, condenado á la hoguera por Felipe el Hermoso, cuatro siglos antes.

En los primeros días de su prision, María Antonieta habitaba con los niños y la princesa Isabel un aposento en común, y se comunicaban libremente con el rey, á quien habían dado otro separado. Además, la princesa de Lamballe y otras damas de la corte participaban de la misma prisión. Isabel trataba de distraer á los niños dándoles diariamente lecciones de música y de canto, y el rey les enseñaba historia y geografía. Así, sucedía frecuentemente que los crueles carceleros solían oír las voces de aquellos niños inocentes que se unían con la de su tía cantando himnos religiosos.

Un dia de septiembre, estando toda la familia reunida en el aposento del rey, oyeron en los afueras de la prision muchos gritos y voces descompasadas. Algún miembro de ella se acercó á la ventana en el momento en que afuera mostraban una cabeza sangrienta y mutilada. ¡Era la de la princesa de Lamballe! Aquella desgraciada amiga de la reina había sido separada de la familia real algunos días antes, sin duda con el objeto de asesinarla; pero aun no había llegado la hora del rey, de María Antonieta, de Isabel y del delfín.

Ya no le quedaba, pues, á la hija de María Teresa

sino una amiga y un consuelo : la princesa Isabel, en cuyos brazos se arrojó llorando, confundiendo sus lágrimas con las suyas.

Esto no bastaba aún para satisfacer la cólera del pueblo. Impidieron que se viese la familia real con Luis XVI, excepto en las horas de las comidas; y al llegar el mes de diciembre é iniciarse el proceso contra el rey, le separaron por completo de su familia. Además de la pena que aquello causaba á los demás cautivos, en lo primero que pensó la princesa Isabel, que no perdía de vista la patria, fué en que aquel proceso y probable condenación á muerte del rey, servil imitación de lo que había sucedido en Inglaterra con Carlos I, sería un descrédito para la Francia.

« ¡Oh Dios mío! decía ella. Mejor hubiera sido que pereciéramos todos á manos de algún furioso, porque de eso no tendría la culpa el país entero; pero si el rey muere condenado por una Asamblea constituída en cuerpo legislativo, el hecho es terrible, porque no solamente será un desacierto sino un agravio de que se hará responsable la Francia entera como nación. »

Durante aquellos días de indecible angustia, la reina, que conocía el mundo y comprendía las pasiones políticas de los enemigos de la monarquía, perdió desde un principio la esperanza. No así Isabel : alma más pura y más cándida, no podía comprender que los hombres fuesen tan crueles, ni, según ella, tan impolíticos.

Al fin un día aquellas dos mujeres oyeron gritar al pregonero público debajo de sus ventanas la sentencia y condenación del rey á la muerte de guillo-

tina... ¿Quién no habrá leído con enternecimiento la relación de la despedida de aquel desgraciado de su esposa, de sus hijos y de su hermana? en tanto que los centinelas de vista espiaban ese cuadro desgarrador con maligna curiosidad y sin manifestar misericordia... pero corramos el velo sobre todo aquello.

Después de la muerte de Luis XVI (21 de enero de 1793) tocaba su turno á María Antonieta. Empezóse por separar al Delfín de su madre; aquél era el primer eslabón de la cadena que conducía á la última agonía á la hija de María Teresa. En seguida la quitaron del lado de su hija y de su hermana y la sumieron en una prisión aparte. Durante su proceso tuvo que escuchar las acusaciones más horribles y monstruosas que se pueden inventar, y por último se vió condenada á muerte como una criminal. Pocas horas antes de ser conducida al suplicio, María Antonieta escribió á su cuñada la siguiente carta, fechada en la Conserjería el 16 de octubre de 1793, á las cuatro y media de la mañana :

« Á vos, hermana mía, es á quien escribo por última vez. Acabo de ser sentenciada á muerte, pero no á una muerte vergonzosa; ésta no lo es más que para los criminales; yo sólo estoy en vía para ir á reunirme con vuestro hermano. Siendo, como él, inocente, espero mostrar la misma firmeza que él en estos momentos. Estoy tranquila como una está cuando su conciencia nada teme; sólo me causa profunda pena el tener que abandonar á mis queridos hijos. Vos sabéis que yo sólo existía para ellos; y á vos, buena y tierna hermana mía, á vos que por vuestra amistad todo lo habéis sacrificado, á fin de estar con nosotros, ¡en qué posición os dejo!... »

Esta carta no llegó jamás á manos de Isabel, que se había quedado en la prisión, reemplazando á María Antonieta al lado de su hija, y desde el 2 de agosto no había podido comunicarse con aquélla. Ignorando completamente la suerte que había corrido la reina, las dos princesas pasaban una vida tranquila dentro de los muros del Temple. Isabel trataba de ocupar á su sobrina para distraerla de sus tristes meditaciones, dándola lecciones sobre muchas materias é inculcándole sus propios sentimientos de bondad, religiosidad y, sobre todo, de amor patrio. Entonces fué que compuso y recitaba con la hija de María Antonieta aquella oración tan conocida, que anda impresa en muchos libros de devoción[1], la que pinta á lo vivo el carácter de la virtuosa princesa.

Así trascurrieron muchos meses, y ya los amigos de Isabel pensaban que el tribunal revolucionario había olvidado á la hermana de Luis XVI, cuando una noche, estando las dos prisioneras acostadas y dormidas, oyeron que llamaban á su puerta. Era el 9 de mayo de 1794. Vistióse prontamente la princesa y salió á preguntar qué se ofrecía.

— Ciudadana, la contestaron desde afuera, baja al momento que te necesitamos.

— ¿Y mi sobrina también?

1. « ¡Qué me sucederá hoy, oh Dios mio! No lo sé; pero tengo por cierto que no me sucederá nada que tú no hayas previsto y ordenado en la eternidad. Esto me basta, Dios mio, esto me basta. Yo adoro tus decretos eternos é impenetrables; me someto á ellos con todo mi corazón, por tu amor. Yo lo quiero todo, lo acepto todo, te hago sacrificio de todo, uniéndolo al de Jesucristo, mi divino salvador. Yo le pido en su nombre y por sus méritos, la paciencia en mis trabajos y la sumisión perfecta, que es debida á todo lo que queráis y permitáis. Asi sea.

— No se trata de ella, ni te importa : baja pronto, sola.

La niña (tenía quince años) se arrojó en los brazos de su tía, suplicándola que no la abandonase como su madre, á quien no había vuelto á ver. ¡Ella no sabía su triste fin!

— Déjame bajar, la contestó Isabel, que en este momento, no lo dudes, volveré á subir.

La niña la dejó salir, y jamás se volvieron á ver en este mundo...

Entre tanto Isabel se presentó ante el tribunal del *Terror*, quien la juzgó y condenó á muerte por crímenes imaginarios. Con el objeto de humillarla la condujeron al cadalso (el 10 de mayo) sin ninguna distinción de rango, en un carro, con veintitrés condenados más. Durante aquel viaje fúnebre, una marquesa, Crussol de Uzés, compañera de martirio, la manifestó gran respeto y consideraciones. Al llegar al pie de la guillotina, Isabel la dió las gracias, diciéndola que lo único que la quedaba ya en el mundo eran esas pocas palabras de gratitud.

— ¡Ah, señora! exclamó la marquesa, si Su Alteza Real me hiciera el honor de darme un abrazo, yo moriría contenta.

— ¡De mil amores y con todo mi corazón! repuso la princesa, á quien soltaban los brazos, que había llevado atados hasta entonces.

Al momento ordenaron á la marquesa que subiera al cadalso para ser guillotinada, y con el objeto de redoblar la crueldad para con la princesa, la obligaron á presenciar la ejecución de todos sus compañeros. La santa mujer entre tanto no perdió un momento aquella dignidad y serenidad que la distinguían en

todo tiempo, y cuando la llegó su vez, subió al cadalso con la misma compostura y porte verdaderamente real con que desde niña subía las gradas del peristilo del palacio de Versalles.

Ante aquella víctima, la más pura, la más inocente y la más santa de cuantas perecieron en la Revolución, el pueblo había enmudecido, respetando en ella la personificación de la virtud modesta, y tal vez recordando algunos de aquellos energúmenos que ella había hecho muchas caridades y sido muy misericordiosa mientras que la dejaron en paz : nadie levantó la voz cuando pasaba en su carreta; nadie la injurió, como lo hacían siempre con las demás víctimas : todos bajaban los ojos avergonzados de la inaudita injusticia que se perpetraba en ella.

Dos días después se leía en el *Monitor* (la gaceta oficial del gobierno) entre la lista de los guillotinados :

« Tribunal revolucionario del 21 floreal.

» *Ana Isabel Capeto, de treinta años de edad, nacida en Versalles, hermana del último tirano, condenada á muerte.* »

Antes de concluír, digamos de paso qué fué de la hija de María Antonieta. Merced á los buenos consejos y el santo ejemplo de su tía, aquella niña, desamparada y sola en una prisión, rodeada de soldados enemigos de su familia, supo mantenerse tan digna y noble, bien que sin manifestarse dura ni orgullosa, que todos la respetaban y compadecían, aunque muchos la rehusaban hasta lo necesario para vivir.

« Pero yo, escribía ella años después en los *Recuerdos de su prisión*, á lo menos cuidaba de estar limpia; tenía agua y jabón y barría el cuarto diaria-

mente; ya había acabado á las nueve, hora en que los guardianes entraban con el almuerzo. No tenía luz; pero en los largos días del verano no sentía tanto esta privación, etc. »

Lo que más la atormentaba era oír á lo lejos la voz de su hermanito, único pariente que la había quedado, quien vivía bajo la tutela del hombre más cruel que ha dado Francia, el zapatero Simón, cantando canciones indecentes contra su padre y su madre.

Al fin la Convención se apiadó de la desgraciada princesa, y en 1796 la puso en libertad, pues ya después de haber sacrificado á sus padres, la Revolución parecía saciada de sangre y de venganza. Como antes hemos dicho, la hija de Luis XVI ignoraba que hubiesen asesinado á su madre y á su tía. Al saber el sacrificio de la segunda, exclamó :

— ¡Cómo! ¿Isabel también? y ¿qué falta podrían imputarla?

Esta palabra es suficientemente elocuente para resumir la vida de Isabel. Con efecto, ¿qué falta se podría imputar á aquella santa princesa, si no fuera que su sacrificio era sin duda indispensable para llenar la medida de la expiación de tantos crímenes é injusticias cometidos por los príncipes y los nobles, durante los siglos en que ellos tuvieron el poder en sus manos?... Y ahora Francia, como nación, según lo preveía la princesa, está pagando acaso los horrores de la Revolución, y, herida en su orgullo y en su dignidad, se ha visto mutilada por el enemigo extranjero más odioso para ella. París vió pocos años ha incendiados los edificios más caros á sus afectos, por sus propios hijos, y además se ve constantemente amenazada por las tendencias anárquicas que germi-

nan sin cesar en su seno... He aquí los insondables misterios que guarda la Providencia, ocultos á los ojos del hombre, el por qué de los acontecimientos: aquello que los incrédulos llaman fatalidad, y en donde nosotros vemos siempre el dedo de Dios. Vemos las consecuencias de ciertos hechos, pero nunca comprendemos la causa primordial de muchos sucesos.

II

La marquesa de Lescure y de Larochejacquelein.

Ahora nos toca hablar de otra heroína de la Revolución: ésta, aunque mucho menos conocida que Isabel de Francia en el mundo, presenta en su vida rasgos tan característicos é interesantes, y sus desgracias y amarguras fueron tan grandes, que creo que podrá servir de enseñanza moral y dar un ejemplo saludable para todas las mujeres que se encuentren en circunstancias, si no idénticas, al menos parecidas: lo que no dejará de suceder algunas veces en nuestras Repúblicas, en donde el estado normal es el de la revolución y el excepcional el de paz y concordia.

Victorina de Donnissant, después marquesa de Lescure y de Larochejacquelein, era hija del marqués de Donnissant, que tenía altos empleos en la corte de Luis XVI, y nació en Versalles el 25 de octubre de 1772. La madre de Victorina pertenecía á una de las

familias más notables por su nobleza en Francia, cuyo padre era duque de Dufort y había sido varias veces embajador en las cortes extranjeras. Hablo de estos títulos y honores para hacer patente el alto nacimiento de Victorina y dar á entender cuál sería su infancia, criada en el seno del lujo, de la pompa cortesana y la más grande opulencia.

Estaba nuestra heroína soltera aún cuando estalló la Revolución francesa; así, ella tuvo ocasión de presenciar en Versalles las escenas de octubre de 89 y contemplar en su principio las primeras agonías de la monarquía espirante.

Habiendo regresado á su provincia, casó en 1791 con su primo, el marqués de Lescure. El novio había cumplido veinticinco años, y ella diez y nueve, y, lo que es raro en aquella clase de enlaces por conveniencia, los nuevos esposos se amaban tiernamente. Victorina tenía un carácter tan apacible y tímido que de todo temblaba : un ruido fuerte, una voz elevada con discordancia la causaba grande emoción, y no montaba en el caballo más manso sin manifestar el mayor temor. Á pesar de la crisis revolucionaria en París, Victorina y su familia vivían tan retirados del mundo, en sus tierras de Citrán, que nada se había alterado en sus costumbres; á tal punto que el día del matrimonio reunieron á los vecinos, labriegos y arrendatarios en una fiesta campestre, en la cual los novios bailaron con los aldeanos y aldeanas de los alrededores. Todo les sonreía en la vida : ricos, jóvenes, respetados, felices con su suerte, pensaban que el porvenir sería para ellos una continua fiesta. Al fin el rumor de la tempestad que rugía en torno del trono de Luis XVI llegó á aquellos lugares. Los ami-

gos y vecinos de la joven pareja empezaron á emigrar por centenares, y los castillos y casas de campo se desocupaban rápidamente. Lescure, que tenía un espíritu caballeresco, desaprobó la conducta de la aristocracia, que abandonaba así á su rey, y en lugar de emigrar se fué á radicar en París con su esposa, con el objeto de dar buen ejemplo á la nobleza y ver por sus ojos si sus servicios podrían ser de alguna utilidad á la familia real. Encontraron aquella ciudad en mucho peor estado de lo que imaginaban; sin embargo, permanecieron firmes en su puesto hasta los asesinatos del 10 de agosto, cuando se vieron precisados, para salvar la vida, á salir prófugos de la capital é ir á encerrarse en su castillo de Clissón, en el Poitou, en el departamento de la Vendea.

La Vendea había permanecido desde que empezó la Revolución enteramente extraña á lo que sucedía en el resto de Francia. Esto provenía tanto de la estructura física del país, cuanto de las costumbres patriarcales que observaban los señores con sus *vasallos;* así, los labriegos no tenían queja alguna contra la aristocracia, que les trataba más como á hijos que como á siervos y vasallos, lo que no sucedía en el resto de Francia. Además, por lo general, los curas de los pueblos eran piadosos y patriotas, y habían conservado entre sus feligreses una fe pura y santa, sin amalgama de filosofía; distinto de lo que acontecía en las otras provincias, donde hasta el clero se había vuelto en parte volteriano y de malas costumbres, debido al ejemplo pernicioso que cundía por todas partes. Aquel pobre pueblo, pues, no solamente no había tomado parte en la Revolución, sino que lloraba públicamente las desgracias y prisión de los

reyes. Pero últimamente la noticia de la muerte de Luis XVI le exasperó hasta el punto de resolver no obedecer jamás á las leyes que le enviaran de París.

Esta coyuntura no se hizo esperar mucho. En el mes de marzo de 1793 se supo que la Asemblea había decretado un reclutamiento de trescientos mil hombres en aquellas provincias, con el objeto de acrecentar los ejércitos republicanos. Esto colmó la medida: el pueblo se levantó en masa, jurando más bien morir que servir á los enemigos de sus reyes y de su religión.

El 10 de marzo, al clarear el día, las campanas de las iglesias de más de seiscientas aldeas y caseríos tocaban á rebato sin cesar, llamando á los fieles á que se reuniesen para acordar las operaciones militares necesarías en aquel caso. Los labriegos y aun los vecinos de las villas no tenían pólvora ni armas; pero los elementos de guerra se hallaban en manos de los enemigos, y resolvieron aperarse después de combatir. Cada cantón escogió como jefe al señor más influyente de los castillos vecinos, y así quedo organizado el ejército improvisado.

El marqués de Lescure se presentó de los primeros en la plaza de la aldea más cercana á su castillo, la que resultó que había sido señalada por los republicanos como la primera que se atacaría.

— ¿Por ventura, exclamó el marqués, encontraré aquí cuatro cientos hombres de buena voluntad que quieran morir conmigo con las armas en la mano?

Se le presentaron en el acto mil cuatrocientos hombres armados con picas, garrotes é instrumentos de labor.

— ¡Aquí estamos, gritaban rodeándole, y dispuestos á seguiros adonde mandéis!

Lescure atacó y desalojó al enemigo, que estaba en una buena posición. Varios parientes le acompañaban, como el joven héroe, conocido en la historia con el nombre de Enrique de Larochejacquelein, que apenas había cumplido veinte años. Éste llegó también en medio de una turba de labriegos que carecían de jefe.

— ¡Amigos, les dijo, yo me ofrezco á mandaros. Es cierto que mi edad es la de un niño; pero tengo el valor de un hombre y creo que no os arrepentiréis. ¡Si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; pero si muero, vengadme!

El joven aclamado por los aldeanos era digno de ser jefe de un ejército: poseía el genio militar, el don de la palabra y una figura simpática. Electrizaba á sus soldados con una ó dos palabras oportunas: una vez, notando alguna vacilación en su tropa en el momento de tomar una fortificación, avanzó algunos pasos, se quitó el sombrero emplumado, y tirándolo en medio de los enemigos gritó:

— ¿Quién me lo va á traer?

Pocos instantes después eran dueños del campamento republicano.

Hombres como éstos eran todos los jefes. Veamos ahora la conducta de las mujeres, según Imbert de Saint-Amand, de quien traducimos las siguientes líneas:

« En medio de los combates más extraordinarios y no vistos en otra parte, se encontraron varias mujeres que rivalizaban en valor con los soldados más denodados, como Juana Robín que murió combatiendo. En medio de las batallas decía al jefe que mandaba su compañía:

» — ¡Mi general, nunca podréis adelantarme; yo siempre estaré más adelante que todos!

» Una niña de trece años, que pertenecía á un regimiento en calidad de tambor, murió en un combate. Renata Bordereau, cuyo padre había perecido á manos de los republicanos, se disfrazó de hombre para vengarle, y se distinguió por su singular valor. En la batalla de Dol, las mujeres se manejaron como heroínas: detenían á los hombres que trataban de abandonar la pelea, les golpeaban, obligándoles á volver de nuevo al combate. Una sirvienta de la señora de Chevalerie tomó un fusil, montó á caballo, y haciéndolo galopar por en medio de los combatientes gritaba:

» — ¡Adelante! ¡fuego al enemigo, compañeros! »

Pero en tanto que nos hemos detenido hablando de estas cosas, ¿qué había sido de nuestra joven marquesa de Lescure? ¿Acaso se había encerrado en algún retirado albergue, huyendo de los combates y del peligro, y temblando, como era natural en su genio pusilánime, al oír cualquier fuerte ruido? Era madre ya de una niña de poco más de un año y aguardaba para algunos meses después el nacimiento de otro hijo. Su carácter, posición y salud la alejaban de aquel bullicio guerrero. Efectivamente, cuando su marido tomó las armas la había dejado en el castillo de Boulage, en unión de su madre y de una tía octogenaria, abadesa de un convento suprimido. Pero un día la llevaron la noticia de que el marqués había sido gravemente herido en un combate. Al momento, sin reflexionar en lo que debía hacer, salió de la casa á todo correr, encontró á la puerta un miserable caballo ensillado con montura de hombre, y sin

querer aguardar siquiera á que la cambiaran la montura, echóse á correr sin parar en ninguna parte. Pasó, sin caer en la cuenta, por los caminos más fragosos, á todo galope, y al cabo de poco más de media hora llegó al sitio en que estaba su marido, á tres leguas de distancia. Felizmente la herida no era grave; pero el susto que tuvo en aquel rato de viaje la hizo resolverse á no volverle á dejar solo y acompañarle á todas partes, lo cual verificó, lo mismo que casi todas las mujeres de los combatientes. Sólo que nuestra marquesa manifestó desde entonces una constante entereza de ánimo, un valor á toda prueba y una caridad infinita en los trances más duros de la campaña.

Cien mil aldeanos y labriegos habían tomado las armas, y la insurrección era tan popular que crecía como espuma en todos aquellos cantones entusiastas y religiosos. Á mediados de abril, los vendeanos contaban entre sus principales jefes á Charrette, oficial de marina, Lescure y Larochejacquelein, jóvenes de la nobleza, Bonchamp, antiguo militar, y Cathelineau, un labrador carretero, á quien llamaban *el santo de Anjou* y consideraba el pueblo como tal.

Sin embargo, la organización de aquel ejército era especial, y por consiguiente carecía de disciplina. Contentábanse con rechazar al enemigo de su territorio, y rehusaban perseguirle fuera de él. Una vez que concluía aquella obra, el labrador arrimaba su arma y se ocupaba en las faenas campestres con la mayor tranquilidad. Cuando se tenía noticia de que el enemigo invadía por algún lado, los jefes en consejo señalaban los cantones que debían combatir. Enviaban entonces un aviso al cura de la aldea,

anunciándole lo que se había dispuesto. El cura mandaba tocar á rebato; corrían los aldeanos á la iglesia, y cuando estaban todos reunidos, el vicario leía desde el púlpito la siguiente requisitoria :

« En el nombre de Dios, y de parte del rey, se invita á la parroquía N... á que mande el mayor número de combatientes que pueda, á tal hora, tal día y á tal parte; deben llevar los víveres necesarios. »

Esto bastaba. Había seguridad de que los voluntarios llegarían sin faltar uno al lugar de la cita y á la hora señalada.

Al principio, los republicanos se vieron rechazados y vencidos en todas partes, y no sin motivo. El terreno de la Vendea es muy quebrado y montañoso en algunas partes: los caminos estrechos y hundidos á manera de nuestras zanjas, teniendo á un lado y á otro espesísimos matorrales, maleza y rocas; en otras partes el terreno es al parecer plano y escueto, pero está plagado de ocultas lagunas, de hondísimos pantanos y lodazales insondables. Naturalmente, los labriegos y aldeanos conocían palmo á palmo todos los campos, y sin dificultad podían poner al enemigo mil trampas y emboscadas. Á las veces, cuando menos lo pensaban, y sin que hubiesen oído el menor ruido sospechoso, los republicanos se veían rodeados de realistas, que les hallaban desprevenidos y les mataban sin misericordia, pues la guerra era á muerte por uno y otro lado; otras ocasiones, perdían largas horas metidos en las lagunas y pantanos, sin poder salir de ellos sino cuando ya era tarde y los vendeanos habían tomado las mejores posiciones.

Sin embargo, no siempre los vendeanos obtuvieron triunfos. En el sitio de Nantes perdieron el jefe ido-

latrado de los labriegos, el carretero Cathelineau; y aunque después la suerte les fué propicia en varias batallas y se hicieron dueños de casi toda la provincia, la Convención, exasperada, mandó todos los recursos necesarios á los jefes encargados de aquellas operaciones militares, con la orden de concluír la guerra antes del 20 de octubre, bajo pena de la vida si no obedecían. Como estos hombres, servidores de los *derechos del hombre* y de la libertad, sabían que las amenazas de sus amos siempre se cumplían, resolvieron morir sobre el campo de batalla, si era preciso, para vencer, más bien que perecer en un cadalso. Pusieron, pues, todos los medios, derramaron su dinero y su sangre en todas partes, introdujeron espías en donde quiera, y así lograron vencer constantemente á los realistas, hasta que éstos al fin se encontraron un día reducidos á la mayor extremidad. Rodeados, obligados á replegarse, llevando consigo una emigración de más de sesenta mil ancianos, mujeres y niños, embarazados con largas filas de carretas de víveres y manadas de ganado, los míseros vendeanos, que ya no contaban sino con veinte mil combatientes, resolvieron, en lugar de dispersarse como lo querían algunos, pelear sin cesar, sin tregua ni descanso, hasta morir todos, si era preciso, antes que entregarse.

La marquesa de Lescure, en unión de su madre, de su anciana tía y de la niña de brazos que llevaba consigo, acompañaba á su marido en todas las peripecias de la guerra. El 16 de octubre, habiéndose quedado en una aldea con su familia, en tanto que su marido, con un puñado de hombres resueltos, ocupaba una posición que debía atacar el enemigo,

quiso dormir algunas horas en una casa en donde las habían dado asilo; pero antes de la madrugada despertó con el estruendo del cañón y la fusilería, los lejanos toques de las cornetas y los redobles del tambor, y al mismo tiempo la llamaban para que fuera á la iglesia, en donde el cura iba á decir misa á la gente de reserva que estaba allí y debía partir al momento á reforzar los puntos atacados. La iglesia estaba repleta de infelices voluntarios que habían de morir casi todos antes de pocos días. Mensajeros llegaban á cada momento del lugar del combate, dando noticia de lo que allí pasaba y avisando la muerte de muchos de los jefes y oficiales. Cuando concluyó aquel acto tan tristemente solemne, el cura se acercó á nuestra heroína y la dijo en tono de consuelo, pero muy conmovido, pues acababan de llevar la noticia de la muete del general de Lescure.

— Dios, señora, os tiene sin duda preparados grandes infortunios... pero debéis resignaros de antemano pensando que en el cielo os aguarda la recompensa.

La marquesa comprendió en parte la verdad de lo que deseaba decirle el cura, pero no tuvo fuerzas ni tiempo para pedirle explicación de sus palabras, porque el rumor del combate se acercaba más y más y era preciso que huyeran las mujeres, si no querían caer en manos de los republicanos, que á nadie perdonaban la vida. Obligáronla á salir de la iglesia con sus compañeras y montar en los caballos que las tenían preparados, y así, antes de que aclarara el día, centenares de mujeres se hallaban dispersas por aquellos campos, sin saber adonde debían dirigirse. De repente se presentó un hombre jadeante, preguntando por la marquesa de Lescure.

— ¡Aquí estoy! exclamó ésta.

— Volad, señora, al lado de nuestro general, vuestro esposo, que está gravemente herido.

— ¡Ah! ¿no ha muerto, pues?

— No; pero no vivirá muchas horas.

En tanto el marqués se hallaba en las mayores angustias, fuera de las físicas que sufría, pues apenas le llevaron á un lugar seguro había enviado mensajero tras de mensajero á la aldea en que debía estar Victorina, para llamarla á su lado; pero ninguno de ellos había regresado, y él pensaba que su esposa, su hija y demás familia debían de haber sido víctimas de los republicanos. Así, ambos esposos sintieron un inmenso alivio al encontrarse. Sin embargo, Lescure estaba horriblemente herido : una bala le había entrado por la sien y le había salido por detrás de la oreja; pero, á pesar de tener la cabeza despedazada, no había perdido el conocimiento, y el último cirujano que le había visto daba esperanzas de que podría vivir. Victorina empezaba á hacerle las aplicaciones del caso, cuando fué preciso volver á emprender la marcha los republicanos avanzaban, y ya aquel asilo era peligroso. Los realistas estaban en completa derrota; todos los jefes más ó menos gravemente heridos, y muchos habían muerto; en tal situación, se resolvió que repasarían el río Loira antes de que el enemigo les pudiera alcanzar.

Desgraciadamente faltaba por completo la disciplina y quien se hiciese cargo de aquel movimiento con calma y orden. La marquesa de Lescure refiere en sus memorias las angustias que se sufrieron en aquella campaña, y dice que el espectáculo que se la presentó al llegar á la orilla del río, llevando á su

marido en una camilla, era cosa de espantar al más valiente. Toda la gente, tanto hombres como mujeres, era presa del terror y de la desesperación; además, la incertidumbre que tenían de hallar ó no asilo al otro lado del Loira; el desorden que se notaba en todas partes; los gritos estridentes de los niños asustados y hambrientos; los sollozos de las mujeres, y los quejidos y tristes ayes de los heridos que llevaban en carretas y cuyas sacudidas por terreno desigual les causaban horribles dolores; las voces de mando, las imprecaciones, alaridos, gritos... todo aquel conjunto de un ejército y de una tribu entera huyendo en derrota, daba la idea del día del juicio ó de la huída de los israelitas perseguidos por los ejércitos de Faraón.

Al otro lado del Loira recibieron la noticia de la ejecución de María Antonieta.

— ¡Ah! exclamó el marqués de Lescure cuando le participaron la triste nueva, ¿conque los monstruos la han matado? Yo me batía para rescatarla; ¡ahora, si Dios me permite vivir, será para vengarla!

Pero Dios no se lo permitió. La herida se había envenenado con tantos trabajos y marchas al descampado, y en breve el valiente joven se encontró á las puertas del sepulcro.

— ¡Oh! decía el moribundo á su heroica Victorina, si no fuera porque te dejo en tan horrible situación, moriría tranquilo. He cumplido con mi deber, y aunque he pecado, no dudo que Dios me perdonará, porque nunca he obrado contra mi conciencia. Me iré al otro mundo con confianza... Sólo me atormenta el tener que dejarte, pues me había propuesto hacerte feliz... Si alguna vez te he ofendido, perdóname...

Á poco murió en los brazos de su mujer, llorado no solamente por ella, sino por cuantos le conocieron. Otro tanto sucedió á su compañero de armas, el jefe que había dirigido la retirada, Enrique de Larochejacquelein: así perecieron aquellos nobles jóvenes tan dignos de mejor suerte.

La desconsolada viuda apenas tuvo tiempo para enterrar á su marido, cuando se vió precisada á continuar su fuga en pos del ejército en retirada, huyendo de día y de noche por montes y breñas, sufriendo frío, hambres, cansancio y la miseria más completa, además de las penas morales que la despedazaban el corazón. Tenía que andar por caminos cubiertos de lodo y de sangre, con los vestidos desgarrados y los harapos atados con cuerdas, pidiendo limosna en las chozas, durmiendo á campo raso ó entre el monte... ¿Quién hubiera dicho un año antes á aquella nieta de duques, hija y esposa de marqueses, aquella mujer elegante de la corte de Francia, que antes de pocos meses tendría que mendigar por amor de Dios un mendrugo de pan negro, que hubiera parecido indigno hasta para el último de sus criados?

Cuando llegaba á conseguir un caballo en que montar, tenía en lugar de silla una piel de oveja, atada con cinchas de rejo, por única montura. En medio de todas estas angustias y peligros, la octogenaria tía que acompañaba á nuestra heroína cayó en manos de los republicanos, y, á pesar de su edad, pago el crimen de su nacimiento con la vida...

Al cabo de poco más de un mes de aquella desastrosa retirada, la emigración, que constaba más de ochenda mil personas al empezar, se había reducido á diez mil. En Mans no más habían perecido á manos de

los republicanos ocho mil personas, entre hombres, mujeres y niños. Entonces habían querido repasar el Loira, pero supieron que el enemigo estaba apostado al otro lado, y fué preciso continuar la fuga con la mayor celeridad.

Habiendo enfermado la niña que llevaba consigo nuestra heroína, y no pudiendo continuar la marcha sin morir, la fué preciso dejarla entonces con unos honrados labradores que ofrecieron cuidarla y ocultar su procedencia á los republicanos, si pasaban por allí. Pero aquella desgraciada madre no la volvió á ver nunca, porque la niña murió á los pocos días.

En diciembre, los vendeanos se prepararon á dar su última batalla en Savenay.

Uno de los jefes de aquel ejército infeliz dijo la víspera á la marquesa de Lescure:

—¡Todo está perdido, señora! No podremos resistir el ataque de los republicanos. Dentro de doce horas ya habremos perecido. Yo pienso rendir la vida defendiendo vuestra bandera (ella la había bordado). Tratad de salvaros; huíd durante la noche, porque mañana ya será tarde.

El marqués de Donnissant, padre de la marquesa, al despedirse de su mujer y de su hija, y abrazarlas por última vez, las dió cita para *la eternidad*. Efectivamente, la derrota del día siguiente fué completa, y perecieron en aquella batalla todos los combatientes; los pocos que lograron escapar fueron casi todos asesinados en los caminos y en medio de las breñas, en donde les cazaban como á bestias feroces, sin distinción de sexo ni edad.

Entre tanto, las dos marquesas, madre é hija, disfrazadas de labriegas bretonas, huían despavoridas á

media noche en busca de algún asilo lejos de aquellas escenas de carnicería. Pero su marcha no podía hacerse con la presteza que deseaban : la senda que seguían en breve desapareció, y tuvieron que continuar corriendo por un terreno lleno de hoyos, concavidades, colinas, lodazales y pantanos que las impedían el paso, y á veces resbalaban y caían, sin que las fuera permitido exhalar una queja ni hablar en alta voz, temerosas de que las persiguieran. Cuando empezó á aclarar, se llenaron de aprehensión y zozobra, pues se oyó primero el estruendo de algunas descargas y después la fusilería y cañonazos sin cesar, hasta que concluyó el combate. Poco después oyeron que destacamentos de republicanos recorrían los campos buscando á los prófugos para matarlos. Entonces empezó para ellas el peor tormento : tenían que representar su papel de labriegas cada vez que se encontraban con alguien en los caminos, y así pasaron días, semanas, meses, hasta un año entero mientras que vivieron en una retirada estancia, en donde se ocultaron sirviendo como criadas en la casa de la heredad. La marquesa de Lescure guardaba de día las ovejas al rayo del sol y por la noche dormía sobre la paja al lado de su madre, tratando de ocultarse cada vez que pasaban destacamentos republicanos, temiendo ser reconocidas. Pero no por eso su vida era tranquila, ¡y cómo podía serlo! ¡llenas de alarma, de fatigas y de secretas penas, abandonadas por el mundo, viudas y sin protección! ¡Pero á la marquesa de Lescure faltaba aún otra amargura, pues estaba decretado que sufriría todos los dolores y angustias del mundo! Como hemos dicho arriba, cuando estalló la guerra tenía ya esperanzas de ser madre

por segunda vez, y todas aquellas aventuras y trabajos los había pasado en un estado delicadísimo; así fué que á poco de llegar á la estancia que la sirvió de asilo, dió á luz dos gemelas que parecían llegar á tiempo para consolar á aquella infeliz que todo lo había perdido. La primera murió al cabo de algunas horas de vida, y la otra al cabo de algunos meses, causándola con esto un dolor más. Á pesar de su existencia precaria y miserable, lloró mucho la muerte de la última niña, por ser el postrer recuerdo que la quedara de su desgraciado esposo; ya, pues, no la quedaba sino la memoria de su vida matrimonial: ¡todo había desaparecido como un sueño!

Con la muerte de Robespierre, el *Terror* calmó un tanto, y al fin pudieron aquellas pobres mujeres dejar su disfraz y salir á vivir entre la gente civilizada. Pero aun no era tiempo de descansar; perseguidas de nuevo, tuvieron que salir de su patria y refugiarse en España, en donde vivieron diez y ocho meses.

Á su regreso del destierro, Victorina se casó con un hermano del héroe de la Vendea. «Me parecía, dice en sus *Memorias*, que desposándome con Luis de Larochejacquelein me unía más á mi querida provincia, y juntaba dos nombres que no deberían separarse.» Después de haber pasado toda su primera juventud sufriendo tantas angustias y tan terribles penas, una vez casada con el marqués de Larochejacquelein, su vida fué tranquila, rodeada de los hijos que tuvo en su segundo matrimonio, aunque no por eso dejó de llorar las desgraciadas criaturas que había perdido durante aquel tiempo de amargura que hemos tratado de describir.

Sin embargo, Dios la tenía reservada aún grandes

aflicciones: su marido, que había seguido la causa de los Borbones y mandaba un cuerpo de granaderos, murió tratando de defender su partido con las armas en la mano, al regreso de Napoleón de la isla de Elba; su hijo mayor emigró á Portugal después de 1830, tomó servicio militar y también murió de un balazo. Pero felizmente quedaban á nuestra heroína siete hijos más, que procuraron consolarla en sus penas, y muchos amigos que sabían apreciar sus virtudes.

La marquesa había escrito su autobiografía hasta 1814, y el resto de su vida la escribió el literato legitimista francés, Alfredo Nettement. Modelo como era de mujeres patriotas de hondas convicciones, sus ideas eran siempre las mismas. Amaba con entusiasmo á sus compatriotas de la Vendea, y en todo tiempo les protegia, procuraba aliviarlos en sus desgracias y no cesaba de referir y admirar sus actos de heroísmo.

« Durante más de cincuenta años, dice su biógrafo, se la vió sin cesar con la aguja ó el huso en la mano, ocupada en hilar, tejer, cortar y coser vestidos para los ancianos, las mujeres y los niños de su provincia. Conocía y sabía de memoria los nombres de las familias pobres; averiguaba la vida de las nuevas generaciones y la edad y el nombre de todos los niños. Cada una de sus obras llevaba marcado por ella el nombre de la persona á quien la enviaba, con la cual realzaba el mérito de la donación. Cuando recibía las visitas de sus amigos, no dejaba su obra, y en tanto que encantaba á todos con su conversación amena é interesante, continuaba trabajando con naturalidad. »

Así pasó los últimos años de su existencia, y aunque tuvo la pena de perder la vista al fin de sus días, todo lo sufria con paciencia y dulzura, con la verdadera resignación de una cristiana. Murió el 15 de febrero de 1857, á los ochenta y cuatro años de edad. Habiendo mandado en su testamento que sus restos fuesen llevados al sepulcro en que reposaban sus mayores, se la vió pasar muerta por los mismos lugares y caminos que había transitado sesenta y cuatro años antes con los ejércitos realistas, victoriosos al principio y derrotados después. En todas partes se agolpaban las poblaciones enteras á inclinarse reverentes delante del cadáver de la mujer que llamaban *la madre de los pobres.* El obispo de Poitiers la hizo espléndidas exequías y pronunció una hermosa oracion fúnebre, discurriendo sobre el versículo de los Proverbios : *Echó su mano á cosas fuertes y tomaron sus dedos el huso.*

« Los hombres de todos los partidos, dice Imbert de Saint-Amand hablando de nuestra heroína, tienen que confesar que pocas serán las mujeres que reúnan todo lo noble y elevado á cuanto pueda sufrir un hombre. Su memoria se considerará ciertamente como la de la heroína más interesante de una guerra cuyos rasgos épicos arrancaron un grito de sorpresa al mismo gobierno republicano. La posteridad no es de ningún partido : ella admira la abnegación bajo cualquiera bandera que la encuentre; rinde homenaje á la virtud en donde se halla, y se inclina delante del espíritu del sacrificio, ya sea del heroísmo de los realistas ó de los republicanos, los cuales también dejaron ejemplos memorables. »

III

La esposa de Lafayette.

Hemos presentado ante nuestros lectores dos tipos de mujeres virtuosas de la Revolución francesa: la *mujer mártir*, en la princesa Isabel, y la *mujer heroica* en la marquesa de Lescure y La Rochejacquelein: tócanos ahora hablar de dos hermanas igualmente respetables, bondadosas, caritativas y abnegadas: Adriana de Noailles después marquesa de Lafayette, y Ana de Noailles, que fué marquesa de Montagú. Eran nietas del mariscal de Noailles, hijas del duque de Agén y pertenecían á aquella raza de mujeres mártires que murieron víctimas de la guillotina.

Pero antes de entrar en materia, permítasenos mencionar de paso la suerte de tres mujeres de aquella familia que fueron sacrificadas por la cuchilla de Marat y Robespierre: la mariscala de Noailles, la duquesa de Agén y la vizcondesa de Noailles. Con motivo de la ancianidad del mariscal de Noailles, que estaba agonizando, y no podían trasladarlo á tierra extraña, su mujer, su hija y su nieta habían permanecido en Francia, en tanto que casi toda la aristocracia emigraba. Muerto el mariscal, en agosto de 1793, y cuando se preparaban para alejarse de París, se vieron arrestadas en su casa de habitación, después encerradas en la prisión de Luxemburgo y por último condenadas á muerte por el

tribunal revolucionario. Una vez conducidas al lugar del suplicio, la anciana mariscala sufrió la muerte primero; siguióla su hija, y por último su nieta. Todas tres habían pasado las últimas horas de su vida exhortando á bien morir á sus compañeros de suplicio. En el momento en que la joven vizcondesa subía al cadalso, húmedo y resbaloso con la sangre de su madre y de su abuela, en lugar de estremecerse y perder todo recuerdo de los demás, se volvió hacia un hombre que deberían guillotinar después de ella, y á quien había oído blasfemar en la carreta, y le dijo con el acento de la súplica :

— ¡Por Dios, caballero, arrepentíos! aun es tiempo...

Esto fué lo último que se la oyó decir.

Volvamos ahora á las dos de Noailles que nos ocupan.

Empezaremos por Adriana de Noailles.

Á los catorce años casó con un joven de diez y seis, huérfano de padre y madre, que llevaba ya el título de marqués de Lafayette y poseía una fortuna inmensa. Aquella pareja de niños, al empezar la vida bajo los auspicios más risueños, parecía representar en el mundo el ideal de la felicidad sobre la tierra. No solamente armonizaban sus caracteres por su posición social, por su riqueza y por su edad, sino que en breve la joven marquesa participó y simpatizó con los sentimientos nobles é ideas avanzadas, humanitarias y liberales (en el buen sentido de la palabra) de su marido, tanto más cuanto que aquel amor al progreso, al bien del hombre, aquel odio á toda injusticia, aquella caridad con todo oprimido, se aliaba en ambos con el vivo amor al cristianismo, á la igle-

sia católica y á todos los verdaderos sentimientos religiosos.

Cuando se tuvo noticia en Francia de que la causa de la libertad en Norte-América estaba á punto de fracasar, más por falta de apoyo moral en Europa que de recursos materiales, gran número de jóvenes de la alta aristocracia francesa, encabezados por el joven marqués de Lafayette, resolvieron fletar un buque para ir á ofrecer á Wáshington sus servicios á la causa de la independencia. Además, no les disgustaba poder así batirse contra la eterna rival y enemiga de su patria: la Inglaterra.

Lafayette no había cumplido veinte años, y su mujer tenía poco más de diez y siete; ambos se amaban tiernamente, pero ambos ahogaron su pena y olvidaron el dolor de la separación, al contemplar la gloria que obtendría el joven combatiendo por una *idea* que tanto los había ocupado: la libertad de un pueblo oprimido y la emancipación de medio continente. Adriana, pues, en lugar de disuadirle de aquella empresa, que á muchos parecía descabellada, y era calificada como una locura en la familia de los dos esposos, Adriana, al contrario, lo alentó en su proyecto, simpatizando con él. ¿Por qué era esto? Porque aquella mujer tan joven por su edad estaba ya madura por el juicio, y al dar su mano de esposa se había propuesto ser no solamente la compañera material de su marido, sino su compañera moral, la hermana de su espíritu y de su alma, y hacía parte de su corazón así como también de sus ideas, cosa esencial para que un matrimonio sea feliz.

Al regresar Lafayette á Francia con una inmensa popularidad, dejando ya asegurada a independencia

de Norte-América, fué recibido por Luis XVI y su corte con aplauso y honores. Otro tanto sucedió á los demás jóvenes, sus compañeros. ¡Aquel desgraciado rey no caía en la cuenta de que los que llegaban de ultramar, repletos de ideas nuevas y de pensamientos de libertad, llevaban á Francia las semillas de un cataclismo social, que revolvería y echaría por tierra toda autoridad y toda institución constituída bajo las bases de gobierno monárquico! ¡Más aún, esos mismos jóvenes, llenos de entusiasmo, no comprendían que cuando se pusiese en planta lo que soñaban *in petto*, ellos mismos serían las primeras víctimas de lo que tanto habían glorificado y ensalzado! ¡Ah! ¡no hay nada que haga meditar más en las misteriosas vías que toma la Providencia para llegar á sus fines como el estudio de la historia! Cuando vemos que los hombres más grandes, los genios más brillantes no son sino miserables *ruedas*, débiles *tornillos* en la gran máquina del mundo, ¡cuán ridículos y mentecatos no deberemos aparecer á los ojos de los que nos miran desde arriba al notar nuestro loco orgullo y pretensiones á cambiar la faz del mundo á nuestra voluntad!

En 1787, Lafayette tomó asiento en una asamblea de notables y se hizo célebre por sus ideas progresistas y avanzadas; dos años después asistió como diputado á la Asamblea constituyente, y presentó como preliminar de la Constitución la *Declaratoria de los derechos del hombre*. Nombrado en París comandante general de la guardia nacional, en este puesto tuvo que sufrir mucho al comprender que la Libertad de sus sueños se había convertido en una loca antropófaga. Vió con espanto que la Revolución,

como un torrente desbordado, ya no regaba el suelo de Francia con las aguas benéficas de una sensata libertad, sino que, frenética y tempestuosa, todo lo atropellaba, lo rompía y despedazaba; por lo tanto su antigua popularidad se tornó en odio hacia él, y el pueblo mismo que lo había adorado le perseguía para asesinarle. Al fin, después de varios disgustos muy graves con los parisienses, dimitió el cargo de general de la guardia nacional y fué á pelear en calidad de general en jefe de los ejércitos de los Ardennes. Pero como, merced á los jacobinos, perdió algunas batallas, tuvo que presentarse á la barra de la Asamblea á contestar á los cargos que se le hacían. Ésta quiso arrestarlo, y se vió obligado á salir prófugo de Francia, dejando á su mujer en manos de los revolucionarios. En tanto que Lafayette se salvaba de los peligros que corría en su patria, iba á caer en poder de los austriacos, que lo sumieron en el fuerte de Olmütz, bajo pretexto de que era prisionero de guerra.

La marquesa de Lafayette, que había permanecido en sus tierras con sus hijos, tuvo entonces que someterse á entregarse presa en su castillo, bajo su palabra de honor. Pero como el gobierno departamental encontrara que la familia de Lafayette no estaba suficientemente castigada, quiso fingir que no confiaba en su palabra y mandó que pusieran una guardia armada á la puerta de su casa para que la vigilara.

Indignada esta respetable matrona, cuya palabra era más sagrada que la del mejor caballero, inmediatamente se presentó ante la municipalidad reunida y dijo:

— Declaro, caballeros, que si insistís en poner vi-

gilantes á mi puerta, vengo á retirar la palabra que os dí de no salir de mi casa. Yo no puedo incomodarme si no me consideráis capaz de cumplir con mi palabra. Mi marido ha probado ante el mundo que era un inmejorable patriota; permitid al menos que yo crea en mi propia probidad y que mi promesa de no huír no sea manchada con bayonetas. Pero está en vuestra mano el escoger entre mi palabra ó la vigilancia de vuestros centinelas.

Avergonzados de sus mezquinas pasiones ante la noble y digna conducta de la esposa de Lafayette, aquellos hombres convinieron en que permaneciera excepta de intrusos en sus tierras y vigilada tan sólo por sus sirvientes y antiguos siervos, que la idolatraban.

Pero á medida que la Revolución caminaba hacia el *Terror*, se olvidó toda consideración, se pisoteó todo respeto humano y divino, se puso en olvido toda veneración, y en breve la marquesa recibió la orden perentoria de seguir con una escolta á París, en donde la encerraron en un calabozo del cual ya habían sacado á su abuela, á su madre y hermana para llevarlas al cadalso. Permitiéronla dejar en su provincia á sus hijas; pero cuando se despidió de ellas, estaba persuadida de que jamás las volvería á ver en el mundo. Durante su cautiverio en París escribió su testamento que empezaba así:

« Señor, todos los elementos de mi vida están en vuestras manos; estad siempre conmigo, y nada temeré, ni aun las sombras de la muerte... Perdono de todo corazón á mis enemigos, si acaso los tengo, y á todos mis perseguidores y aun á los verdugos de los seres que más he amado... Declaro que jamás he to-

mado parte en intriga alguna que pudiera causar á mi patria algún perjuicio, que los principios de mi amor hacia ella son tan firmes, que ninguna persecución será suficiente, viniere de donde viniere, á cambiarlos en lo mínimo. Bendigo á mis hijos tiernamente y pido á Dios en cambio de aquella parte de mi vida que hubiera querido emplear en hacerlos felices, que Él les conceda la felicidad haciéndolos dignos de ella. »

Pero Dios la tenía reservada otra suerte y no aceptó el sacrificio de una existencia que estaba pronta á rendirse por su causa y la de Francia. Con la muerte de Robespierre, el 9 de thermidor, se abrieron todas las prisiones y descansó la guillotina de su trabajo diario. Sin embargo, la cárcel de la marquesa permaneció cerrada: los revolucionarios naturalmente odiaban demasiado á Lafayette, el padre de la libertad en Francia, para que perdonaran fácilmente á su mujer el crimen de llevar su nombre. Llevada ante un tribunal para ser interrogada, uno de los jueces le manifestó que él detestaba de muerte el nombre y la persona de Lafayette.

— Yo, por mi parte, contestó ella, sabré defender mi nombre y mi marido, siempre y contra todos.

La llamaron entonces insolente y la volvieron á encerrar en un calabozo, que compartía con toda suerte de hombres malos y mujeres desacreditadas; pero la marquesa supo allí, como en todas partes, hacerse respetar y acatar de todos.

Al fin, merced á la intervención del ministro de los Estados Unidos, fué puesta en libertad, al principiar el año de 1795. Inmediatamente que pudo verse con su hijo Jorge, le envió á la América del Norte á

buscar amparo y protección al lado de Wáshington, — el amigo de su padre, — con una carta que respiraba aquellos nobles y patrióticos sentimientos que la caracterizaban. En seguida, llamando á su lado á sus dos hijas, que había dejado en Auvernia, partió con ellas para Alemania, en busca de su marido prisionero. Allí, con mil dificultades obtuvo una audiencia del emperador de Austria, á quien pidió, como una gracia, licencia de encerrarse con Lafayette en la fortaleza de Olmütz.

Lafayette, que habia dejado desde que estaba en la cárcel de saber de su familia, y á quien apenas le había llegado la noticia de que en aquel *terror* revolucionario ningún miembro de la antigua nobleza había escapado con vida, vivía lleno de angustia y de zozobra: ¿cuál sería, pues, su sorpresa y su contento cuando vió entrar un día á su prisión á su mujer y á sus hijas?... Después de aquel día de consuelo, la familia de Lafayette, que había nacido y criádose en medio de la opulencia y las comodidades más exquisitas, se consideró feliz, á pesar de estar privada de todo aquello á que estaba acostumbrada, y se veía rodeada de miserias y sujeta á una estrecha y cruelísima prisión. Pero todos los sufrimientos eran pocos al considerar que se había reunido á Lafayette y le consolaba y acompañaba en sus penas. De todo carecían aquellas pobres mujeres, y aun se les había negado el uso de cuchillo y tenedor, de papel y plumas. Así, la marquesa, para entretenerse, escribió la vida de su madre sobre el margen de uno de los pocos libros que poseía, con un limpiadientes y un pedazo de tinta de China que había escapado á la vigilancia de los carceleros. Por lo demás, no carecían de ocupa-

ción, puesto que como no tuviesen criados, tenían que hacerlo todo por sí mismas. Sin embargo, en breve la señora de Lafayette, cuya salud se había debilitado en las prisiones de Francia, se enfermó gravemente en Olmütz, y durante once meses estuvo muy enferma sin que le permitiesen siquiera consultar un médico ni respirar el aire libre, amenazándola con que no podía volver al lado de su marido, si alguna vez salía de su prisión. Así permaneció en la fortaleza alemana veinte y tres meses, y no salió sino cuando, gracias á los tratados hechos por el general Bonaparte en Campoformio, éste exigió que pusiesen en libertad á todos los prisioneros franceses. Lafayette había permanecido en la fortaleza de Olmütz cinco años.

« Las ideas del señor de Lafayette, dice Imbert de Saint-Amand, en nada habían variado. Tranquilo, impasible, no odiaba á los partidos ni á las personas; hablaba de la Revolución como si se tratase de algún hecho de la antigüedad griega ó romana. El *Terror* para él no era sino un incidente, y pensaba que la historia de los naufragios no debe desalentar á los buenos marinos. Este hombre de convicciones verdaderas, había vivido con la misma filosofía en medio de la riqueza como en la miseria, idolatrado con loco entusiasmo unas veces, como odiado otras por el pueblo. Incorruptible y firme, tenía una confianza tan ciega, tan irresistible en su *idea,* que jamás vacilaba, y aunque unos le han llamado obstinado, otros le llaman héroe. Así, estaba tan tranquilo al salir del fuerte de Olmütz, como se había manifestado al entrar á él, y afrontó con igual valor la cólera de los jacobinos como la de los potentados. Conjunto raro

del hombre de acción y del doctrinario, del revolucionario y del gran señor, llevaba á los campamentos de la democracia una parte de su distinción aristocrática: todo lo había visto y en todo se hallaba mezclado. Vió caer sereno y contemplativo el edificio social, sin perder por eso la fe en lo porvenir; así, jamás se arrepintió de ninguno de sus actos, y decía que estaba listo, si era preciso, á embarcarse de nuevo en la nave de la Revolución. »

La carrera de Lafayette no había concluído, aunque permaneció enteramente eclipsado durante todo el primer Imperio, y no reapareció sino en 1815, en que fué nombrado diputado á las Cámaras. Desde entonces, hasta 1830, se le halló siempre en la lid como jefe del partido liberal, aunque nunca demagogo, y por último, y á pesar de su avanzada edad, él encabezó la revolución contra los Borbones y puso en el trono á Luis Felipe, muriendo cuatro años después. Nosotros los americanos deberíamos profesar á Lafayette grande estimación y respeto, pues este hombre célebre siempre miró con particular cariño é interés á todos los americanos de uno y otro hemisferio, mostrando gran simpatía por su independencia[1]. Pero

1. El padre de la que esto escribe, el general Joaquín Acosta, estando en Europa en 1828, fué presentado en casa del marqués de Lafayette por el barón de Humboldt, y desde entonces gozó de la estimación de aquel hombre esclarecido, tanto que no solamente frecuentaba su casa en París, en donde Lafayette recibía una escogida sociedad los martes de cada semana, sino que le visitaba en su casa de campo, LA GRANJA, de la cual encontramos en el « Diario » (que llevó el general Acosta durante en permanencia en Europa) varios pormenores interesantes acerca del modo de vivir patriarcal y aristocrático de aquella familia. En el mencionado « Diario » encontramos también una relación circunstanciada de la revolución del año de 30, dando la casualidad de

volvamos á nuestra heroína, que habíamos abandonado un tanto para hablar de su marido.

Á pesar de que á su vuelta á Francia la marquesa de Lafayette vivió tranquila y feliz en medio de su familia, su salud había sido minada por las angustias de la Revolución y las privaciones y sufrimientos físicos y morales de las prisiones en Francia y en Austria, por lo que cada día fué debilitándose de fuerzas, aunque no de ánimo, hasta que expiró en la noche de Navidad de 1807. Hasta el último instante de su vida guardó en su corazón una grande veneración y profundo amor á su marido. Pocos momentos antes de dejarle para siempre, le dijo al verle llorar á su lado :

— ¿Tienes alguna queja de mí, amigo mío?

que se hallase el general Acosta otra vez en París en 1848, cuando fué derribado del trono el mismo rey que había visto elevar con tanto entusiasmo.

En un libro titulado *Vida de Jorge Washington*, que posee la autora de este artículo, se encuentran las siguientes líneas, escritas de puño y letra de Lafayette, y dirigidas al general Acosta, que entonces era estudiante, aunque ya había peleado en la guerra de la independencia de su patria y era capitán de artillería. He aquí el escrito de Lafayette, que no traducimos por no quitarle su mérito y estilo :

« Je suis vivement touché du prix que M. Acosta veut bien mettre à quelques lignes de ma main sur les pages d'un livre consacré à la mémoire de mon paternel ami. J'aime à saisir cette occasion d'exprimer la satisfaction que nous avons trouvé, ma famille et moi, dans nos rapports d'amitié avec lui, et d'offrir à son patriotisme tous mes vœux pour la République Colombienne dont il est un digne citoyen. Il connait aussi tous ceux que je forme pour son bonheur personnel et qui me sont dictés par les sentiments d'une parfaite estime et du plus sincère attachement.

« LAFAYETTE.

« Paris, 9 avril 1830. »

— ¡Yo! Al contrario, ¿no has sido siempre el modelo de la bondad y la ternura para conmigo?

— Entonces, ¿piensas que he sido una buena esposa?

— Perfecta.

— ¡Dame, pues, tu bendición, Lafayette!

Y al decir esto trató de incorporarse y expiró.

« La memoria de la señora de Lafayette, dice un autor que hemos citado varias veces (Saint-Amand), no morirá. Se liga á su recuerdo la suprema poesía del dolor. Ella derramó aquellas lágrimas santas que convierten el pesar en éxtasis y unen al sufrimiento un secreto entusiasmo, lágrimas que son la sangre del alma, el sudor de la agonía, pero que son también el rocío que fecundiza y hace fructificar la virtud. Se podía decir de ella como decía san Juan Crisóstomo á una cristiana: « Poseéis una ciencia que se hace superior á todos los tormentos de la vida y la energía de un espíritu vigoroso que es más fuerte que las murallas y las torres elevadas. » El carácter de la marquesa tan heroico en las grandes circunstancias, tan bondadoso, tan sencillo en el comercio de la amistad, era firme cuando se necesitaba, pero no hacía alarde de aquella firmeza dura, altanera é inquieta que no debe emplearse para sostener las obras de Dios, sino la firmeza suave, humilde y digna de la verdadera cristiana. Allí en donde el paganismo hubiera empleado la venganza, el cristianismo se manifestó lleno de caridad. La mansedumbre habitaba su alma en los momentos en que tenía mil motivos para manifestar su resentimiento y su cólera. Los hombres de todos los partidos veneraban á esta mujer santa, que daba tan noble ejemplo del olvido de

las injurias, y á quien no lograron asustar con las prisiones, el destierro, la pobreza, ni siquiera con la amenaza del cadalso, realizando y personificando aquellas palabras de las Santas Escrituras:

» *Ella estaba alegre hasta en su último día. Abrió sus labios á la sabiduría, y la ley de la clemencia estaba en ellos.* »

IV

La señora de Montagú.

Hermana de la esposa de Lafayette, nieta, hija y hermana de mártires de la Revolución, como hemos dicho antes, la señora de Montagú representa, en la pléyade de mujeres heroicas de aquella época, el papel de la caridad, la abnegación y la misericordia cristianas, llevadas al más alto grado de perfección. El sentimiento evangélico la animaba para soportar tantas pruebas sin murmarar de la Providencia y ver en todos los hombres, aun entre los enemigos de su religión y de su familia, sólo hermanos á quienes era preciso socorrer en todo tiempo.

Habiendo tenido que expatriarse para acompañar á su padre, el duque de Agén, tuvo que dejar en Francia á las personas más queridas de su corazón, para después tener la horrible pena de saber en el destierro que habían muerto en el cadalso.

Cuando la marquesa de Lafayette salió de la prisión de Olmütz, encontró á su hermana en Witmold, ocupada solamente en socorrer á sus compatriotas

desterrados, á pesar de estar ella misma en la última miseria. Sin embargo, era tal su caridad que había fundado una sociedad titulada « Obra de los emigrados, » y á ella había dedicado todos sus desvelos; trabajaba sin cesar, noche y día, para dar asilo á los sacerdotes emigrados, á los ancianos, los niños y las mujeres enfermas que habían tenido que salir prófugos de su patria. En breve la señora de Montagú, que supo interesar en favor de la « Sociedad de emigrados » á todos los potentados de Europa, tendió una red en todas partes hasta el punto de lograr socorrer, dar asilo, alimentos y vestidos á más de cuarenta mil franceses desgraciados. Eso sí, esa obra de misericordia la costaba un trabajo ímprobo: escribía continuamente para recoger limosnas, no dormía casi, ni comía sino lo puramente necesario para no morir de hambre; vendió cuanto le quedaba de sus antiguas riquezas, hasta sus libros de devoción, hasta un traje de paño negro, su vestido de mayor aprecio: ¡cuanto tenía fué á dar á la caja de los pobres!

Habiendo regresado á Francia en 1800, se ocupó en hacer borrar de las listas de desterrados á cuantos pudo, y la mayor parte de los emigrados volvieron á su patria, merced á sus esfuerzos. La señora de Montagú era tan querida por los pobres, que en todas partes la rodeaban un sin número de gentes que la bendecían, dándole las gracias por sus oportunos servicios, habiendo salvado la vida á unos, á otros el honor y á muchos librádoles del crimen.

Aquella pasión por servir á los desgraciados no la dejó nunca. Su familia tenía que ocultarla sus vestidos para que no dispusiese de cuanto tenía en favor de los pobres.

Entre las buenas obras que ejecutó al regresar á su patria, fué buscar en las fosas comunes del cementerio de Picpús, en París, los restos de los que habían perecido bajo el hacha de la Revolución, entre los cuales se hallaban los de su madre, abuela y hermana. ¡Solamente en una de aquellas fosas comunes encontraron los restos de mil trescientas personas que habían perecido en cuarenta días! En unión de sus hermanas, las señoras de Lafayette y de Grammont, recogieron una suscrición entre los parientes de las víctimas (pues no se podían reconocer los esqueletos ni distinguir los unos de los otros) para levantar en aquel punto un monasterio que sirviese á las religiosas de al *Adoración perpetua*. En la capilla del convento se encuentran inscritos los nombres de todos los que están allí enterrados, entre los cuales se ven los del poeta Andrés Chenier; del sabio creador de la química moderna, Lavoisier, y entre los nobles, varios duques, duquesas, marqueses y condesas en unión de algunos pobres artesanos, labradores y sirvientes, todos igualmente inocentes, pero ejecutados en nombre del pueblo, de la humanidad y de la libertad. Las religiosas de la orden de la Adoración perpetua se turnan delante del santuario del Santísimo Sacramento, y prosternadas oran sin cesar por los mártires allí sepultados, y sobre todo por sus verdugos. La capilla está dedicada á Nuestra Señora de la Paz.

« En lugar de las figuras de mármol que se encuentran en los cementerios, dice el biógrafo de la señora de Montagú, lo que vemos en el recinto de la capilla á toda hora del día y de la noche es una hilera de esposas de Jesucristo que oran sobre los sepulcros. Las lágrimas se secan al fin, aun en los ojos de los

que más sienten, como sucede con todo en este mundo perecedero; pero las oraciones continúan allí sin cesar, y las súplicas de aquellas hijas de Dios se elevan al cielo sin tocar con la tierra, exentas de todo resentimiento. »

Después de una vida de abnegación, sacrificio y extraordinaria utilidad, la marquesa de Montagú murió en enero de 1839 á los setenta y dos años de edad, adorada por sus hijos y bendecida por cuantos la conocieron y trataron.

Ella personificó particularmente aquel versículo de la mujer fuerte : *Abrió sus manos al desvalido, y extendió sus palmas al pobre.*

PARTE SEGUNDA

BIENHECHORAS DE LA SOCIEDAD

Hay mujeres que por su posición, su nacimiento ó el genio que las anima, nacen para hacer el bien de sus semejantes en grande escala. Veremos en primer lugar las reinas que lo han sido no solamente de súbditos sino también de la caridad, y han hecho el bien de una manera real.

I

María Cristina de Saboya.

Cuando una vez le decían á Víctor Manuel II (el unificador de Italia y el perseguidor de la Sede Apostólica) que pensara en lo que hacía, porque Dios le podría castigar por sus hechos, exclamó :

— ¡ Cómo ! ¿ acaso no tengo yo en la corte celestial una multitud de santos de mi familia que intercedan por mí ?

Efectivamente, la casa de Saboya se distingue por la multitud de santos canonizados que registra su historia al través de los siglos. Entre éstos cuéntase la venerable María Cristina de Saboya, reina de las Dos Sicilas, hija de Víctor Manuel, pariente del moderno Víctor Manuel.

Hija del rey de Saboya y de su esposa María Teresa, archiduquesa de Austria, María Cristina nació en la isla de Cerdeña el 14 de noviembre de 1802.

Desde su primera infancia, esta princesa se hizo notar por su inclinacion á la virtud cristiana. Al cabo de muchos años, la aya de su niñez y dama de compañía de su juventud, decía : « Dotada de un carácter algo vivo y fogoso, á medida que iba creciendo en edad, se veía muy á las claras cuánto se esforzaba por todos los medios para vencerse y dominarse á sí misma; así es que cada día se la podía observar más recogida, devota y fervorosa en sus plegarias, más exacta y obediente á la voluntad de su madre y más afectuosa para con sus hermanas; en una palabra, de año en año se veía palpablemente cuánto iba adelantando en el camino de la perfección que nos manda el Evangelio. »

Siendo la menor de las cuatro hijas del rey, creció mimada y querida particularmente por su familia, pero su carácter era tan bueno, que aquellos consentimientos que podían haber dañado su buen natural la hacían más dulce y amable con todos.

« María Cristina, decían sus hermanas, poseía en tan alto grado el amor al orden y al buen arreglo de su persona y su aposento, que desde su primera niñez observaba con la más rígida exactitud las horas destinadas al estudio, á las labores y á todas las demás

ocupaciones propias de su edad y posición... No sólo procuraba ser exacta de todo punto en cuanto á su método de vida, sino también en todo lo que hacía: y lo hacía todo con la mayor perfección. Por frívola é indiferente que fuese la cosa en que se ocupaba, María Cristina quería hacerla perfectamente; de suerte que bien puede decirse que representaba en sí misma el prototipo ideal de la perfección. »

Instruída, amante del estudio de la literatura, hablaba y escribía su propio idioma, así como el alemán, el inglés y el francés con suma perfección; dibujaba y pintaba muy bien, y tocaba piano con maestría; además sabía coser, cortar y hacer toda clase de labores propios de su sexo.

Nacida y criada en una época de trastornos políticos en su país y en toda la Europa, comprendía, más que nadie en su familia, la incertidumbre y peligro de las gtorias humanas; era pues, humilde, abnegada y paciente á toda prueba, y jamás se la vió enorgullecerse por sus talentos, su alta posición ó su grande belleza, belleza notoria entre las princesas de su época.

Víctor Manuel, que había logrado hacer frente á Napoleón, sosteniéndose en seguida en la Cerdeña y recobrando el Piamonte y la Saboya, vióse después odiado por el pueblo y obligado á abdicar en favor de su hermano Carlos Félix (puesto que no tenía hijos varones) en 1821. Cuando llegó á oídos de la reina la noticia de la abdicación del rey, reunió á sus hijas en el oratorio del palacio y las dijo:

— El rey, vuestro padre, acaba de abdicar, y por lo tanto nos hallamos todos reducidos á la condición de simples particulares; demos gracias á Dios de

que han quedado puros la conciencia y el honor.

Aunque brotaban lágrimas de los ojos de las damas y caballeros de la corte con semejante noticia, las fisonomías de la reina y las princesas, según dijeron testigos oculares, sólo respiraban serenidad y completa resignación.

Poco tiempo después murió Víctor Manuel, y se casó la última hermana (que con ella acompañaba á su madre) con Fernando, rey de Hungría, y después emperador de Austria; las otras dos también se habían casado con príncipes italianos. Entre tanto María Cristina vivía sumisa á su madre, á tal punto que « era tan extremada su docilidad, que se sometía enteramente á la voluntad de su madre, sin resistirse jamás ni contradecirla siquiera en lo más mínimo ».

Poco le duró esta vida tranquila y sosegada, pues su madre también murió, y se encontró sin protección ni arrimo natural, poco querida por el rey que gobernaba entonces en Saboya, y en una corte que la miraba con despego y aun hostilidad. Así, á pesar de la repugnancia que la causaba la vida cortesana y los deberes de la altísima posición que demanda la de reina, aceptó la mano y la corona del rey de Nápoles, Fernando II, en 1832.

La fama de sus virtudes era tanta, que el pueblo napolitano la recibió con grandísima alegría, regocijándose porque tenían una *reina santa*. Desde ese momento María Cristina supo ganarse los corazones de todos, tanto en la corte como en todo el reino. Con su noble porte y amabilidad, tenía sobre su esposo grande influencia, y todo lo bueno que ejecutó aquel monarca, durante el tiempo que vivió María Cristina, lo hizo por el ascendiente que tenía sobre su espíritu

y corazón una virtud fortalecida por la ciencia y cimentada en sus grandes cualidades espirituales.

Naturalmente, la modestia de su continente, el poco apego al lujo y el ejemplo de sus virtudes produjeron grandes beneficios no solamente entre la alta sociedad, sino también bajaron á las clases medias, y de allí al pueblo mismo. Su traje era siempre sencillo y decoroso, y así la imitaban las damas de la corte y la seguían las demás mujeres de la ciudad. Como jamás se la veía ociosa, hízose de moda el estar cada dama ocupada también, pues parecía impropio que mientras que la reina leía ó labraba, sus damas estuvieran desocupadas. ¡Esto debería de causar mayor extrañeza en Nápoles, en donde se inventó aquella frase del *dolce far niente*, de que tanto alarde hacen los napolitanos! María Cristina cosía para los pobres vestidos burdos, pero útiles y abrigados, bordaba artísticamente bellísimas curiosidades que hacía vender después, y cuyo producto invertía también en limosnas.

Según se ha podido descubrir después (ella ocultaba su caridad), invertía más de 30.000 ducados anuales en el alivio de los desgraciados. Su dote había sido de 300.000 ducados. Vivió solamente cinco años en Nápoles, y cuando murió, sólo poseía siete ú ocho mil que mandó también que se gastasen en obras pías.

Desgraciadamente para Nápoles y para Fernando II, María Cristina murió al dar á luz á su hijo primogénito, en enero de 1836. El dolor del pueblo napolitano fué inmenso, y, con aquella impresionabilidad de esas naturalezas entusiastas de los meridionales, las lágrimas, los sollozos, los gemidos eran tantos que

sobrepujaban al tañido de las campanas y el de las músicas que acompañaban el féretro hasta su última morada.

Después de su muerte, y con motivo de innumerables peticiones que se han elevado á la Sanda Sede, ésta mandó instruír el proceso de su beatificación; con ese motivo se publicaron en la *Civilizacion Católica* de Roma unos apuntes históricos acerca de la vida de María Cristina, — los que fueron traducidos al español, y de allí es que hemos sacado los materiales para este ligero boceto, de una existencia digna por muchos motivos de ser conocida por la juventud, porque el buen ejemplo en donde quiera que se encuentre es siempre contagioso y aprovecha.

II

Adelaida de Sajonia.

La virtud de una reina de Inglaterra nos llamará la atención después: los fríos caracteres de Inglaterra reemplazarán la loca fogosidad del pueblo napolitano. Los ambientes del mar del Norte mecieron la cuna de Adelaida de Sajonia. Casada en 1818 con el heredero del trono de Inglaterra, subió al trono con Guillermo IV en 1830. Modesta, de costumbres purísimas, vivió retirada en el fondo del palacio de su esposo hasta 1837, año en que quedó viuda. Aunque se sabía que la reina era virtuosísima, ocultaba sus buenas obras con el mismo cuidado que otros ponen en ocultar sus vicios: la repugnaba llevar la diadema regia

á los lugares en donde se sufría; pero cuando se vió libre de la obligada etiqueta de las cortes, cuando se encontró dueña de su persona y de sus caudales, entonces el pueblo inglés comprendió y pudo admirar la preciosa joya que había lucido en la corona de Guillermo IV. Adelaida se puso inmediatamente á la obra; dedicó su existencia al alivio de los desgraciados y puso en ello todo su pensamiento. Derramó á manos llenas sus tesoros entre los pobres, y cuando murió, en 1849, se encontró que había gastado en limosnas 600.000 libras esterlinas (tres millones de duros). Ésta era la casi totalidad de sus rentas, deduciendo tan sólo lo indispensable para el sustento de una existencia modesta y retirada.

Si á la muerte de Adelaida los ingleses no prorrumpieron en lamentos ni en ruidosas expresiones de dolor como los napolitanos, en cambio no han olvidado ni olvidarán jamás las obras de beneficencia que llevó á cabo durante su vida la viuda de Guillermo IV.

III

Carola de Sajonia.

Otra reina contemporánea, Carola de Sajonia, último descendiente de Gustavo Wasa, ha dedicado su vida también á obras de beneficencia. En 1866, fundó con su bolsa particular un hospital para los heridos en la guerra entre Prusia y Austria, é hizo otro tanto en la guerra francoprusiana. Fuera de estos hospitales de sangre, esta reina generosa ha dado fondos

para otros : entre otras obras benéficas, estableció una casa de trabajo remunerativo para niñas desvalidas.

La reina de Sajonia tenía para ayudarla en sus labores de caridad á María Simón, mujer llena de entusiasmo y de deseo de hacer el bien. Cuando estalló la guerra entre Prusia y Austria, en 1866, ésta supo que los heridos que se hallaban en una fortaleza cercada de enemigos carecían de cuidados, y resolvió aliviarlos: púsose en marcha, y después de mil peripecias logró entrar y organizar el servicio del hospital militar. De allí pasó á otro y á otro con una abnegación singular. La reina Carola entonces la llamó á su lado, y si la primera daba los fondos y reunía recursos, la segunda ponía en práctica todo. Desde entonces ambas mujeres viven enteramente dedicadas á la misión que ellas mismas se han impuesto.

IV

La marquesa de Barol.

Como antes hemos dicho, no hay posición en la vida de la mujer que no sea propia para ejercer el bien; tanto más puede influír en la sociedad si su rango, su talento, su energía moral la permiten mezclarse activamente en el mundo, como sucedió á la marquesa de Barol.

Después de escribir la vida de la hermana Rosalía, aquella hija del pueblo que fué amiga de los reyes y de los grandes de la tierra, el vizconde de

Melún refirió, en una obra interesante, la existencia de una hija de los grandes y de los poderosos del mundo, que fué la amiga y la protectora de los desgraciados. « Ambas mujeres, dice Imbert de Saint-Amand, estaban inspiradas por el fuego sagrado de la virtud, la pasión de las empresas difíciles, la fe absoluta en la Providencia, el ardor infatigable del bien, el genio de la organización, la autoridad de la palabra y del ejemplo, el don de intimidar á los culpables, de provocar los arrepentimientos y hacer derramar nobles lágrimas. La carrera de la rica marquesa no fué menos edificante que la de la humilde hija de San Vicente de Paul. » Como hemos de relatar más adelante la vida de la hermana Rosalía, veamos primero quién era la noble marquesa de Barol y lo que hizo de bueno. Julieta de Colbert de Maulevrier, hija de una noble familia de la Vendea, y descendiente de Colbert, nació en 1785, y pertenecía por su raza y su nacimiento á aquellas mujeres víctimas de la revolución Francesa de las cuales ya hemos hablado en estas páginas. Como la esposa de Lescure, la esposa de Lafayette y sus hermanas, Julieta perdió sobre el cadalso á su abuela, á sus tías y á muchas parientas, pero ella se salvó, porque había tomado con su padre el camino del destierro, en donde permaneció errante lejos de su patria, hasta que Napoleón abrió las puertas de Francia á la nobleza desterrada. Á poco de volver á su patria, Julieta se casó con un rico italiano, el marqués de Barol, é inmediatamente después se radicó en Turín el teatro que debía ser de una vida consagrada únicamente á hacer el bien y á una caridad asombrosamente sensata y generosa.

Un día, refiere el biógrafo de la marquesa, yendo ella por una calle de Turín, se encontró con una procesión que acompañaba al Santísimo Sacramento. En el momento en que se arrodillaba, en medio del silencio, oyó detrás de ella una voz estridente y dura que gritaba :

— ¡No es ése el viático que necesitamos, sino alimentos!

Sorprendida y afligida volvió á mirar, y notó que la exclamación provenía de las ventanas enrejadas de una prisión. Inmediatamente llamó á la puerta y le dió al cautivo cuanto llevaba en su bolsa, suplicándole que no volviese á blasfemar.

En seguida quiso entrar á la prisión de las mujeres, y la encontró en una situación espantosa de descuido. ¡La miseria sombria y la mayor desesperación se leía en aquellas fisonomías degradadas por la pobreza y el crimen! En el acto se juró la marquesa á sí misma reformar á su costa las prisiones de Turín, y resolvió constituírse en institutriz y en amiga de las prisioneras.

Aquella idea, absurda según la consideraron sus parientes y amigos, levantó en torno de la marquesa una verdadera tempestad. »¿Cómo, decían, una mujer joven y de su categoría social sería capaz de tener comunicación con los seres más viles del mundo, visitar y tratar de reformar á mujeres corrompidas y criminales?... » Pero ella no hizo ningún caso de esas críticas, y llevó á cabo sus proyectos. Empezo llevándolas algunas comodidades que ellas no tenían, dándolas al mismo tiempo consejos y dicéndolas que deberían aceptar sus sufrimientos sin quejarse, para que Dios recompensase sus penas después. Al prin-

cipio no querían escucharla, pero ella al fin logró hacerse oír, y en seguida hizo vestir de limpio á todas aquellas infelices para que pudiesen asistir al santo sacrificio de la misa, en un altar que había improvisado en el extremo de un corredor. La marquesa, además, se encargó de subvenir á los gastos del culto y de la instrucción religiosa, que mandó les diera un sacerdote.

Un día, una mujer enfurecida, porque la señora Barol le había quitado algunas botellas de aguardiente que había ocultado, le dió de bofetones y la escupió. En lugar de molestarse, se acordó de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, y aguantó aquel ultraje sin quejarse.

Diariamente la marquesa convertía al bien á mujeres que parecían sin ningún sentimiento humano, con su dulce palabra, sus bondades inagotables y saludables consejos. Como no tenía familia, y sí una gran fortuna, se consagró á fundar con fondos propios toda especie de obras pías. Así, dice su biógrafo, ¿quién no se sorprende, lleno de admiración, al ver la multitud de establecimientos que una mujer, inspirada solamente del genio fecundante de la caridad católica, pudo llevar á cabo? Además de la instrucción religiosa, moral y manual que hacía dar en el interior de las prisiones, fundó un convento para las mujeres, que al salir de la cárcel quisieran retirarse por algún tiempo del mundo, bajo la advocación de santa Magdalena. Otra casa de asilo para las niñas perdidas desde su infancia, un asilo para las huérfanas, una escuela de artes y oficios, un convento del Sagrado Corazón para las jóvenes acomodadas, un hospicio para las niñas enfermas, y por último, poco

antes de morir, una iglesia en una parroquia pobre.

Durante la epidemia del cólera en Turín, en 1835, ella se manifestó sublime en sus acciones. « Sin cesar al lado de los enfermos, ella los ayudaba en sus angustias, les sostenía y consolaba en su agonía, asegurándoles que no abandonaría á sus familias. El gobierno le otorgó una medalla de oro, en conmemoración de su admirable manejo. Su valor era tanto más meritorio cuanto que tenía una salud tan delicada, que á veces se desmayaba durante las visitas que hacía á los desgraciados. »

No por estar siempre ocupada de los infelices, la marquesa abandonaba los cuidados de su casa, de su marido y de la sociedad. El palacio que habitaba en Turín era el centro donde se elaboraban todos los proyectos de caridad que después ponía en planta. Pero ella necesitaba alguna persona de noble corazón y elevados sentimientos que la ayudara en su obra, y después de leer el afamado libro *Le mie Prigioni* de Silvio Péllico, pensó en asociarlo á sus empresas de caridad. Después de diez años de duro cautiverio por motivos políticos, aquel hombre había salido al mundo pobre, pero lleno de fe, de mansedumbre y de perdón. Ella juzgó que era digno de la misión que se había propuesto, y le ofreció una pensión de 1.200 francos por año y alojamiento en su palacio. Silvio Péllico comprendió á su benefactora, y desde 1832 hasta 1854, en que murió, siempre la ayudó en sus faenas caritativas y empresas de beneficencia. Cuando le faltó este apoyo, y á pesar de su avanzada edad, la señora Barol continuó haciendo el bien sin desmayar. Naturalmente, fué recompensada con la más negra ingratitud. Durante la revolución en Ita-

lia, en 1848, lograron los tumultuarios que el pueblo se levantara contra su benefactora y, vociferando mil absurdas calumnias, amenazara incendiar los establecimientos de caridad que ella había fundado. Una turba rodeaba su palacio : aconsejáronla que abandonase la ciudad.

— No haré tal, contestaba; no puedo llevarme á mis quinientos protegidos, y yo tengo que quedarme con ellos, porque soy su madre.

La prohibieron las autoridades que visitase las prisiones.

— ¡Qué se ha de hacer! dijo; frecuentaré más los asilos; ya que no me dejan entrar á las cárceles, es preciso trabajar con más ahinco para impedir que los demás vayan allá contra su voluntad, enseñándoles á detestar el crimen.

No se crea que estas injusticias de las personas que más deberían de haberle agradecido sus obras, alteraron nunca sus ideas, y jamás, ni por un momento tuvo el pensamiento de abandonar el camino que ella misma se había trazado. Ella tenía amistades en todos los partidos políticos, y su casa era el lugar que frecuentaban con más gusto los hombres notables de Italia. Allí se discutían cuestiones de filosofía, de política y de literatura.

« La marquesa de Barol conservó la más afectuosa amistad con las dos santas reinas de Piamonte y de Nápoles, dice Imbert de Saint-Amand. Cuando iba á París, frecuentaban su casa De Maistre, Lamartine y Barante, los cuales tenían el mayor gusto en oírla conversar. » Viuda desde 1838 de un hombre que, como ella, tenía el corazón caritativo y generoso, y,

como no había tenido hijos, dedicó enteramente su fortuna al alivio de los desgraciados.

Al fin, las enfermedades la rindieron de tal suerte que no pudo volver á levantarse de la cama.

— Es preciso tener paciencia, decía siempre llena de valor físico y moral; con tal que hagamos la voluntad de Dios, no importa que estemos horizontalmente en nuestra cama ó perpendicularmente sobre nuestros pies.

Á la edad de setenta y ocho años, y sin poderse mover de su lecho de dolor, logró, á pesar de todo, fundar una iglesia en Turín, y ésta fué su última obra. Murió el 21 de enero de 1864.

« Su testamento, dice su biógrafo, es verdaderamente una obra maestra. Creó una especie de *comité,* bajo el nombre de *Opera pia Barolo* (obras pías de Barol), que es su legatario universal, su ejecutor testamentario permanente y la representación perpetua de su voluntad, que centraliza y dirige todas las instituciones caritativas que había fundado. Las casas de refugio, las escuelas, las salas de asilo, los hospitales y las congregaciones creadas por ella le han sobrevivido. El comité director tiene su asiento en el hotel de Barol, y sobre la portada de aquel palacio la municipalidad de Turín ha hecho grabar una inscripción que dice que allí vivió largo tiempo Silvio Péllico. »

« ¡Honor á las mujeres, dice uno de sus biógrafos y admiradores, que, como la marquesa de Barol, han transitado á la cabeza de aquella santa falange! ¡Honor á las heroínas de la Caridad, que han fundado su gloria en ser las sirvientas de los pobres, las compañeras de los enfermos y el consuelo de los afligidos!

Después de muertas, todavía son bienhechoras por el recuerdo, y las almas generosas, al estudiar la vida de estas mujeres venerables, procurarán seguir sus huellas y perpetuar sus virtudes. »

La relación de las obras buenas acometidas por otras mujeres es la lectura más provechosa, porque el bien es también contagioso como el mal; y, como tantas veces lo hemos repetido, todas podemos hacer algo en favor del progreso del bien en el mundo; unas poco, otras mucho, pero que cada cual examine sus facultades y sus recursos, y de seguro no habrá una sola mujer que con toda conciencia pueda decir: « Yo soy impotente para aliviar á mis prójimos. » ¡ Adelante, pues, marchemos sin desmayar por el camino del bien, siguiendo las huellas, de tantas mujeres virtuosas en todas las escalas sociales y en todos los países del mundo, y aun no dejará de haber algunas que en pequeña escala podrán imitar á la marquesa de Barol!

V

La condesa Bellino. — La marquesa de Pastoret. — La baronesa Burdett Coutts.

El dolor que causó á otra italiana, la condesa JOSEFA BELLINO, la muerte de su único hijo la inspiró la idea de dedicar su existencia y sus rentas á obras de beneficencia en grande escala. Fundó una serie de escuelas de artes y oficios en la pobre po-

blación de Novara, y á su muerte dejó para sostenerlas una renta anual de 100.000 francos.

Una gran dama francesa, la marquesa de Pastoret, notó un día desde las ventanas de su palacio cómo un niño que cargaba á toda hora á una criatura de pocos meses había torcido al fin las piernas del pequeñito á fuerza de recostarse contra la pared para aliviarse de un peso superior á sus fuerzas. Supo entonces que la madre de esos niños tenía que salir á trabajar diariamente para mantenerse, y para no dejarlos encerrados ataba el uno sobre el otro y los ponía en la calle para que buscasen su vida. Enternecida la marquesa, se propuso trabajar hasta lograrlo en el establecimiento de un asilo para recibir los niños que quedaban abandonados cuando sus madres iban á trabajar. Esa clase de establecimientos se ha multiplicado y los hay hoy en todas las ciudades civilizadas.

Inglaterra cuenta entre sus benefactoras á la baronesa Burdett Coutts, millonaria que cuenta su dinero con hechos de inmensa caridad. No sólo ha contribuído con grandes sumas para edificar iglesias, —ha dado para una no más 150.000 duros, y otros 250.000 para los obispados coloniales, — sino que ha fundado gran número de establecimientos de caridad, muchos asilos para mendigos, infinidad de escuelas y colegios; ha levantado en Londres cuadras enteras de casas pequeñas, pero aseadas é higiénicas, para que las habiten los pobres que pagan una renta casi nominal; envía anualmente grandes sumas de dinero á los desgraciados del mundo entero, y es la protectora nata de toda sociedad é institución que se funda para el bien del pueblo.

¿Quién no bendice á la mujer rica que se constituye en el mayordomo de sus haberes para distribuírlos al indigente, al necesitado, al ignorante?

VI

Dorotea Dix, Smith Bodichon, etc.

Después de las reinas y de las grandes damas de la aristocracia, veamos cuáles han sido las obras de las mujeres de la clase media que han dedicado su vida al bien de la humanidad.

La norteamericana DOROTEA DIX, oriunda de uua familia de la clase media de Boston, sintió desde su más tierna niñez un deseo ardiente de proteger al desvalido, pero sus pocos recursos la daban mucha tristeza. La Providencia, que vió en ella un instrumento para el bien, le proporcionó sin embargo los medios de llevar á cabo los sueños de su niñez. Permitióle primero ejercitar su entendimiento y ganar experiencia de la vida en una escuela para niñas desvalidas que fundó en su casa, y para la cual escribió algunos libros pedagógicos que nunca quiso firmar; después heredó una fortuna, la cual resolvió emplear de la manera más provechosa posible. Como ella comprendía que la ciencia de hacer el bien es muy difícil, y que es preciso estudiarla á fondo, resolvió pasar á Europa (1834) á estudiar á fondo las instituciones de beneficencia del viejo mundo.

Tres años gastó en visitar, estudiar y aun vivir largos meses en los establecimientos de beneficencia

y corrección de los principales países europeos. En 1837 regresó á Boston, llevando un inmenso caudal de datos y enseñanzas desconocidas en Norte-América. Inmediatamente emprendió marcha de provincia en provincia, de ciudad en ciudad, con el objeto de visitar las prisiones, las casas de asilo y de corrección de toda la República Unida. Notó que la parte más descuidada de la legislación de su patria era todo lo concerniente á las casas de locos y asilos de mendigos, y resolvió reformarlo.

En cada ciudad buscaba á las personas más importantes de ellas, las reunía, les dirigía sentidos discursos y no salia de la población hasta no ver fundado un asilo, un hospital, una casa para recoger los locos; y si ya los había y estaban mal organizados, trabajaba hasta reformarlos, asearlos y darles rentas.

Dorotea Dix había leído cuanto se había escrito acerca de la beneficencia; así es que su erudición y conocimiento de la materia que la ocupaba era tan profundo, que llevaba el convencimiento á todos los corazones. Ella no sólo hacía conferencias en todos los lugares por donde pasaba, sino que escribía sin cesar artículos en los periódicos, cuya elocuencia despertaba el entusiasmo.

Una vez que tuvo conocimiento exacto de las necesidades de las casas de dementes, — á lo cual tuvo al fin que dedicarse, por no poder abarcar con fruto todos los ramos de la beneficencia, — envió un memorial al Congreso de 1849, en el cual pedía ciertas tierras baldías para acrecentar las rentas de las casas de orates; pero el Congreso no le hizo caso. Al año siguiente, escribió un nuevo memorial más extenso, más completo que el primero, pero en vano : los

padres de la patria no se fijaron en él. En 1851, sin impacientarse, perseverante como todo el que tiene fe en la bondad de la causa que defiende, presentó un tercer memorial, el cual tuvo la suerte de los anteriores. Entonces, viendo que se la cerraba aquel camino, se propuso obtener de los gobernantes de cada Estado los fondos que se necesitaban para fundar casas de dementes en las principales ciudades de la Unión norteamericana. Esta vez sus esfuerzos tuvieron el éxito que pretendía. Con una energía imponderable, con una constancia maravillosa, con una fuerza de voluntad que nada doblegaba, obtuvo al fin que se fundasen hospitales de dementes en Pensilvania, Nueva Jersey, Rhode Island, Indiana, Illinois, Luisiana y la Carolina del Norte; y á más de los asilos para los pacientes, logró que se protegiese á las familias abandonadas de los locos, de los mendigos y desvalidos, y se fundasen escuelas para prevenir los vicios que producen la miseria y las enfermedades.

Merced al celo y laboriosidad de Dorotea Dix, á su grandísima y noble inteligencia, á su gran corazón, acabó por cambiar la suerte de los dementes en los Estados Unidos.

¿Podrá darse jamás una existencia más verdaderamente gloriosa que la de esta mujer? ¿No fué su misión más digna de aplauso que la de todos los conquistadores y guerreros de que nos hablan las historias? Sin embargo, si estudiásemos á fondo los medios que empleó para llevar á cabo tan grandiosa obra, hallaríamos que dos cualidades no más la inspiraron, en superlativo grado es cierto: un grande amor al prójimo y una perseverancia que no desfallecía nunca.

Su ejemplo puede imitarse, no lo dudéis : en grande ó en pequeña escala, todas las mujeres deberían seguir la nobilísima huella de la americana Dorotea Dix.

Pertenecientes á la misma raza inglesa, — aunque nacidas en Inglaterra, — encontramos en los anales de la beneficencia los nombres de varias otras mujeres, algunas de las cuales sólo de paso mencionaremos.

La señora Smith Bodichon, — inglesa de nacimiento pero casada con un sabio francés, — es uno de los tipos más simpáticos de la mujer moderna. Dedicóse desde su más tierna edad al estudio de cuestiones sociales y políticas que tocan con la suerte de la mujer. Trabajó con su padre, que era miembro del Parlamento inglés, en una famosa ley en pro de la propiedad de la mujer casada[1], para protegerla contra el despotismo de los malos maridos. Fundó la Universidad de Girton, en donde pueden ir á estudiar las mujeres que quieren dedicarse á las ciencias, y estableció en Londres un colegio para preparar niñas pobres para las altas enseñanzas del profesorado científico. La señora Bodichon ha escrito algunos libros comentando las leyes inglesas que se refieren á la mujer, y sus artículos sobre ciencias políticas y de legislación tienen mucha fama. En Argel, en donde vivió con su esposo, se dedicó á hacer mejoras agrícolas y fué una de las promovedoras de las planta ciones de eucaliptos, con lo cual han hecho sanas muchas comarcas abandonadas como mortíferas. Á más de mujer científica y filántropa, la señora Bodi-

1. Married woomen's property. A. A.

chon es artista de muchísimo mérito; es una notabilísima paisajista, de manera que la llaman la *Rosa Bonheur*[1] del paisaje.

Una de las mujeres que más ayudaron á la señora Bodichon en sus esfuerzos para proteger la propiedad de la mujer casada en Inglaterra, fué EMILIA BOUCHERETT. Fundó una sociedad llamada *Protectora del trabajo de la mujer,* y todas sus obras tienden á promover en sus hermanas el amor al trabajo y á la dignidad independiente fundada en la virtud.

LIDIA SELLON dedicó su fortuna entera y todo su tiempo á fundar escuelas, sacar de la degradación y la miseria á las niñas de su ciudad natal, Devonport, en donde reformó las costumbres de las clases proletarias. Esta señora fundó una sociedad llamada de las Hermanas de la Merced, las cuales, aunque no hacen votos religiosos, se dedican por amor de Dios á cuidar los enfermos desvalidos en las ciudades y los campamentos.

Hermana de la Merced fué en un principio la famosa filántropa FLORENCIA NIGHTINGALE. Aunque era mujer de grande instrucción, versada en lenguas antiguas y modernas, dueña de una amplia fortuna, y de buena posición social, todo lo abandonó para dedicarse completamente á obras de caridad. Tomó á su cargo durante la guerra de Crimea los hospitales de sangre ingleses é introdujo notables reformas, con lo cual salvó muchas de las vidas de los soldados. Á su regreso á Inglaterra la hicieron grandes ovaciones; la reina Victoria y el sultán de Turquía la premiaron y la dieron decoraciones honoríficas. Sus li-

1. Véase este nombre entre las mujeres artistas de este siglo.

bros acerca del cuidado de los enfermos han tenido tal popularidad, que se han vendido centenares de miles de ejemplares, y las sociedades que ha fundado para la protección de los desvalidos y el cuidado de los enfermos tienen fama universal.

Émula de Dorotea Dix, fué una inglesa llamada ISABEL FRY, la cual se dedicó en cuerpo y alma á la reforma de las prisiones de Inglaterra. Después de visitar todas las cárceles del continente europeo, regresó á Inglaterra y presentó al gobierno un memorial impetrando ciertas reformas benéficas. Pasaba largas horas en las cárceles de mujeres, acompañándolas en sus penas, consolándolas, enseñándolas y llevándolas alivios de toda especie. Reunió dinero para formar librerías en algunas prisiones, y toda su distracción era visitar á los que sufrían. Era tal el buen manejo y el orden que reinaban en su casa que, á pesar de ser casada y madre de familia, le alcanzaba el tiempo para atender á sus deberes caseros y también al alivio de sus semejantes.

Cuando murió, Isabel Fry dejó varias hijas educadas para seguir sus huellas por las veredas de la caridad y la filantropía.

Podríamos citar á multitud de mujeres que han fundado establecimientos de caridad, pero sólo mencionaremos algunas más.

MARÍA HILTON se había ocupado en su juventud de obras de caridad en Inglaterra, pero sin grande entusiasmo, hasta que habiendo visitado en Bruselas un asilo para niños por el estilo de los fundados por la marquesa de Pastoret, sintióse llena de entusiasmo en pro de los desgraciados, y juró no descansar hasta no llevare sa institución á su patria. Efectivamente,

después de entregarse á su obra en cuerpo y alma, al fin lo consiguió: fundó un asilo igual al de Bruselas, y otros más para las domésticas pobres y para niños contrahechos.

Lady Isabel Hope se interesó desde niña en los pobres arrendatarios de las propiedades de su padre, y cuando pudo disponer de su voluntad, fundó establecimientos de instructiva diversión para los pobres. Ha escrito muchas obras morales, y su vida es una cadena de buenas obras y hechos...

Quisiéramos mencionar á otras muchas mujeres benéficas, pero nos falta espacio: con las arriba nombradas habrá para que se comprenda que, en todas las clases de la sociedad, las mujeres pueden cumplir con el santo mandamiento de la caridad cristiana.

VII

Elisa Ana Bayley Seton.

Ya que nos ocupamos de las bienhechoras de la sociedad, debemos referir la vida de la mujer que más influencia tuvo en Norte-América en el progreso de la educación de la juventud femenina, y en la extraordinaria y providencial propagación del catolicismo en los Estados Unidos.

Elisa Ana Bayley Seton. « La vida de esta señora, dice el traductor francés de su biografía, presenta admirables ejemplos de virtud, tanto á las jóvenes solteras como á las madres de familia y hasta á las religiosas, es decir, á todas las personas de su sexo

en cualquiera posición que se encuentren. » Así, no podemos pasar por alto á esta respetable matrona sin procurar bosquejar su vida ejemplar, aunque sea á grandes rasgos.

Elisa Ana era hija de un médico de Nueva York, del doctor Ricardo Bayley, el que ocupaba una posición muy honorable en la sociedad de aquella ciudad. Allí había nacido nuestra heroína en 1774. Cuando apenas contaba la niña cuatro años, perdió á su madre, pero en cambio concentró su cariño en su padre, quien también la prefirió á todos sus demás hijos; la hizo dar una educación muy brillante y mucho más sólida de lo que generalmente se daba á las americanas de aquel tiempo.

Amante particularmente de todo lo religioso, desde su primera infancia la niña prefería los Evangelios á toda otra lectura profana; con frecuencia copiaba los trozos que más la gustaban, y sabía de memoria los salmos de David. Además, se propuso hacer esfuerzos para perfeccionarse, y sin cesar trabajaba para dominar sus primeros ímpetus, pues era demasiado viva y tenía un carácter naturalmente impaciente y hasta violento, carácter que supo dominar á un punto tal, que al hacerse mujer nunca se le notaron aquellos defectos.

Á los veinte años, Ana Elisa se casó con un comerciante de Nueva York, Guillermo Seton, de origen escocés, de familia distinguida y respetado por toda la sociedad americana. En breve la joven se hizo de moda y su casa era frecuentada por las personas más distinguidas de Nueva York. Era muy agraciada y elegante, agradable, comedida y de conversación amena; además, siendo rica y amante de la sociedad,

se veía sin cesar rodeada de amigos que veían en ella algo más que una mujer á la moda: una mujer digna y una matrona respetable bajo la capa de una mujer de mundo, pues todo se puede conciliar. No es preciso ser fútil y evaporada para amar moderadamente las fiestas y la sociedad, y en todas partes se puede ser virtuosa y ejercer una influencia benéfica. Una mujer verdaderamente respetable no será irrespetada jamás, aun en la sociedad al parecer más mundana. La vida de la señora Seton fué feliz y tranquila, viendo levantar en torno suyo una lucida familia, hasta 1800. En aquel año tuvo lugar en Norte-América una crisis monetaria que arruinó á una multitud de comerciantes nuevo-yorkinos, y entre éstos cayó el esposo de nuestra heroína. Afligido en extremo, temeroso de quedar desacreditado, lleno de afanes y angustias, sin duda el señor Seton se hubiera dejado llevar por el desaliento, si no hubiese encontrado á su lado á un ángel de bondad, lleno de inteligencia, de interés y de abnegación, que se propuso servirle de secretario y ayudarle á cargar el peso que le agobiaba: este ángel era su esposa. No solamente trabajaba á su lado á toda hora, poniendo en limpio sus cuentas, escribiendo las cartas que él la dictaba, sino que se manifestaba resignada á la pobreza y á sus consiguientes humillaciones, y siempre alegre y de buen humor, todo lo sufría sin quejarse y allanaba toda dificultad con semblante sereno y contento. Más aún: estudiaba los negocios de su marido para poderle dar consejos acertados, con lo cual, aunque el señor Seton quedó pobre, por lo menos su reputación no se nubló con ninguna mancha.

Por aquel tiempo apareció en Nueva York, con una

violencia espantosa, la fiebre amarilla, enfermedad de la cual murieron millares de personas. La señora Seton se manifestó entonces, en su carácter de enfermera, con una abnegación y un valor extraordinarios. Visitaba con su padre, que era médico, como hemos dicho antes, las casas de los desgraciados, llevándoles socorros, alimentos y remedios; y cuando la enfermedad llegó á un grado tal que su familia no le permitía visitar las casas de los contagiados, permanecía en su casa, pero no ociosa, sino ocupada en mandar cuanto podía á los barrios más pobres, y orando sin cesar para que Dios apartase aquel azote de la ciudad. Al fin, su padre murió, víctima de su filantropía y caridad, contagiado de los enfermos que visitaba noche y día, tratando de aliviarlos y salvarles la vida.

La señora Seton sufrió mucho con la muerte de su padre, á quien amaba tiernamente, y abandonando por entero la sociedad del gran mundo, se dedicó á cuidar de sus hijos y de su marido, que había enfermado del pecho, no permitiéndose otro entretenimiento que no fuera un estudio asiduo de su religión. Practicaba los ritos de la iglesia luterana, á la cual pertenecía, con grande escrupulosidad y rigidez, pero á pesar de ello siempre sentia tal vacío en el alma y en el corazón, que no quedaba satisfecha con las frías y mesuradas prácticas del protestantismo: buscaba algo allí que no hallaba, y entonces con ahinco se dedicaba á estudiar las Escrituras, sin que en ellas hallara todo lo que deseaba. Una de las cosa que más falta la hacía, era el poder visitar su iglesı diariamente, como sucede en la católica, y así pasaba los domingos con una amiga suya de sus mismas opi-

niones, recorriendo todas las iglesias á diferentes horas para hacer *acopio de devoción*, decía, que le durara toda la semana siguiente, en que estaban cerrados los templos protestantes.

En 1803, habiendo empeorado su marido, le recetaron un viaje á Italia; su esposa le acompañó, llevando consigo sólo á su hija mayor, niña en la infancia aún, y dejando á los demás niños en Nueva York con sus parientes: aquel viaje fué funesto en extremo.

Después de pasar muchos trabajos tanto en la mar cuanto á la llegada á Italia, resultó que tantos sacrificios fueron inútiles, puesto que el señor Seton murió pocos días después de su llegada á Europa. Sin embargo, aquellos sufrimientos fueron un crisol que demostró los quilates de virtud que nuestra heroína tenía en su carácter. Valiente, abnegada y llena de energía y fe en las bondades de Dios, no solamente ayudó hasta en los últimos momentos á su marido á bien morir, sino que tuvo fuerzas para arreglar el entierro y acompañarle hasta su última morada, sin desmayar ni dejarse abatir con aquel dolor inmenso en todas partes, y con más razón en tierra extraña, y lejos de sus parientes y amigos.

En Italia, la señora Seton, que no pudo regresar inmediatamente á América, tuvo la fortuna de encontrar una excelente familia italiana, que no sólo brindó auxilios y hospitalidad á su cuerpo, sino también á su alma. Viéndola deseosa de buscar consuelos en una religión que no fuese la protestante, en donde no los hallaba, la propusieron que estudiase á fondo la católica; la llevaron á visitar los monumentos, los monasterios y las iglesias que ha dejado la religión apostólica romana en Italia; le proporcionaron libros

de controversia, y por último, apelaron á un sabio jesuíta que tuvo con ella interesantes conferencias. En resumen, merced á aquellos estudios, antes de salir de Italia ya se había convencido de que la *verdad* se halla en la religión católica y no en otra alguna, pero no tuvo aún valor de abjurar el protestantismo, y partió para Nueva York, llena el alma de vacilaciones y de torturas.

Cuando sus parientes tuvieron noticias de las impresiones favorables al catolicismo que la señora Seton había recibido en Italia, suscitaron en torno suyo una terrible tempestad. En aquella época en la América del Norte (y aun ahora pocos años sucedía otro tanto), la fe católica era para sus habitantes algo como una mancha, una ignominia. Aquella religión, decían, era buena tan sólo para los pordioseros é ignorantes irlandeses, — los seres más abyectos de la creación; — por consiguiente, puede comprenderse cuál sería el escándalo al saber que una señora de la alta sociedad, perteneciente á una de las mejores familias neu-yorkinas, y aliada á otra no menos respetable, pretendía abjurar el protestantismo y hacerse católica. Así pues, influyeron para que obraran sobre su espíritu los ministros protestantes de todas las sectas. Protestantes de la iglesia ortodoja y de la escocesa, anabaptistas, metodistas, cuáqueros, todos los más entusiastas sectarios, la inundaron la casa de folletos, de artículos, de cartas y consejos, y como ella se manifestara firme en su propósito, frecuentando la iglesia católica y preparándose á abjurar, la asaltaron con amenazas, insultos y execraciones, haciéndola presente que no tenía derecho de educar á sus hijos en una religión que no era la de su familia

y que se haría responsable ante el tribunal de Dios por aquello. Asaltáronla entonces atroces dudas que la causaron muchos sufrimientos morales : sus vacilaciones, la agitación de su espíritu y encontrados sentimientos, son propios de una alma grande y noble que sólo busca la verdad, y prueban más que todo la sinceridad de aquella conversión.

Sin embargo, al fin logró allanar todas las dificultades que se le presentaban, y encontró la tranquilidad de su ánimo en una libre y pública abjuración que hizo el 14 de marzo de 1805, un Miércoles Santo, en la iglesia de San Mateo.

Además de que desde la ruina de su marido sus recursos pecuniarios eran escasísimos, desde aquel momento se vió abandonada por los parientes que tenían el deber de ayudarla, y por algunos meses ella y sus hijos se encontraron sumidos en la miseria. Pero la señora Seton no se dejó abatir, sino que buscó recursos en el trabajo, abriendo una *pensión* para los niños que enviaban sus padres como externos á los colegios de cierto barrio de Nueva York. Aquellas faenas, sin embargo, tan extrañas á su educación y costumbres, no la daban mayores comodidades, tanto más cuanto que tenía á su cargo á una cuñada suya que también había logrado convertir al catolicismo y que igualmente había sido arrojada del seno de su familia. Así pasó muchos meses, hasta que la Providencia, que la destinaba á muy altos fines, la dispensó su protección. Habiendo tenido noticia la sociedad católica de Baltimore de la situación angustiosa de la señora Seton, que todo lo sufría por amor á su religión, la invitó á aquella ciudad, en donde le proponía que fundara una escuela católica.

Ella accedió con gusto, y dejando á Nueva York pasó á Baltimore, en donde en el acto puso manos á la obra con laudable entusiasmo. Recibió en su casa á muchas niñas de religión católica, cuyos padres deseaban, además de que se les diera una buena educación instructiva, que se ocupara particularmente en formarles el corazón para la virtud y la fe.

El establecimiento iba viento en popa, cuando occurriósele al mismo tiempo, de una manera providencial, á la señora Seton y á un caballero, recién convertido al catolicismo también, que se tratase de establecer no sólo un colegio católico, sino también una comunidad religiosa que se dedicase á la educación de las niñas. Además, el caballero ofrecía dar los primeros fondos necesarios para la empresa, así como la señora Seton ofrecia dedicarse á ella en cuerpo y alma.

Resolvióse que aquella hermandad, que tomaría el nombre de « Hermanas de San José », se establecería en un lugar lejano de las ciudades y cerca de un seminario católico sito en Emmittsburg, en un campo agreste y sano. Allí se retiró la señora Seton con algunas señoritas que abundaban en sus mismos propósitos y buena voluntad, y se dedicaron á estudiar los reglamentos de las órdenes religiosas instituídas por san Vicente de Paul. Al cabo de algún tiempo se les agotaron los recursos suministrados por el recién converso, y sufrieron entonces tanto, que frecuentemente hubieron de ayunar á pan y agua por falta total de alimentos más nutritivos. Resolvieron entonces recibir algunas niñas que pagasen cierta pensión, y en breve, merced á este recurso y á otros que se les fueron proporcionando, la comunidad fué

tomando incremento, y en 1810 se edificó en aquel retirado sitio un espacioso y cómodo local que encerraba departamentos para las hermanas, para las educandas, para los niños de los alrededores, á los cuales enseñaban gratis, y para una enfermería gratuita en donde los desgraciados encontraban alivio para el cuerpo, y para el alma auxilios espirituales.

El principal objeto de aquella institución era honrar á Nuestro Señor Jesucristo, rindiéndole culto en la persona de los niños, de los ignorantes, de los pobres y de los enfermos, dedicándose particularmente á auxiliar á los niños huérfanos y desvalidos. Aunque la señora Seton había deseado seguir en un todo los reglamentos de San Vicente de Paul, se había apartado de ellos en lo que concernía á la educación de la niñez acomodada, y que podía pagar una cuota en cambio del favor que recibía. Pero en esto se pensó que era lícito hacer aquel cambio, porque las circunstancias eran muy diferentes en América de lo que sucedía en Francia en el siglo XVII. En los Estados Unidos convenía empezar por educar bien á las clases altas de la sociedad, infundirles religiosidad, fe y virtud, porque allí, más que en Europa, las clases altas y la plebe se confunden frecuentemente, y las primeras deben dar ejemplos de virtud á las bajas; era, pues, hacer un notable bien á la plebe formando á las niñas acomodadas en una escuela religiosa, perfectamente moral y en un todo cristiana.

En medio de la satisfacción que la causaba encontrar tan buen éxito en su caritativo propósito, la madre Seton tuvo grandes y terribles pesadumbres que despedazaban su corazón. En primer lugar vió morir á su lado á dos de sus cuñadas, quienes, ha-

biéndose convertido al catolicismo, vivían con ella, y en seguida su dolor fué mucho mayor con la pérdida de dos de sus tres hijas, niñas de catorce y diez y siete años, llenas de tempranas virtudes y grandes cualidades físicas y morales.

Á medida que se pasaban los años, aquel establecimiento de caridad fué creciendo en fama y en santidad. De todos los Estados de la Unión americana llegaban incesantemente postulantes á la comunidad religiosa y discípulas para el colegio, y fuéle preciso fundar en otras partes casas de caridad para que alcanzasen para todas las necesidades del público.

En tanto la madre Seton (que jamás, según dice su biógrafo, se la vió ociosa, mientras tuvo salud) se ocupaba sin cesar en el gobierno de la comunidad. Cuando no estaba en el coro ó no recorría los diferentes departamentos del establecimiento, pasaba el tiempo haciendo extractos, anotando y preparando los textos de enseñanza para el colegio, la escuela y las lecturas que las hermanas deberían hacer en comunidad; además, su correspondencia era voluminosa, y la tenía con todo el alto clero católico de Norte-América y con algunos miembros del europeo, con muchos seglares importantes, é infinidad de personas que la pedían consejo y la exponían sus cuitas. En su conversación, aquella señora tenía, según dicen, un encanto particular, y poseía en alto grado el don de la persuasión, por lo cual llevó á cabo muchas conversiones sorprendentes. Su bondad era inagotable, y la influencia que ejercía sobre los que la rodeaban era tal que la niñas del colegio la querían y respetaban como á una madre, los pobres la idolatraban y los sirvientes del colegio se acorda-

ban de ella con gratitud hasta el fin de sus días. La madre Seton no estaba, sin embargo, satisfecha consigo mismo, y sin cesar trabajaba en la santificación de su alma. « Todo lo pesaba en la balanza de la fe, dice el reverendo doctor White (uno de sus biógrafos): cruz y aflicciones, prosperidad y adversidad, salud y enfermedad, la vida, la muerte, las previsiones humanas, ella todo lo juzgaba bajo el punto de vista religioso. »

Á pesar de aquella vida tan laboriosamente ocupada en hacer el bien á sus semejantes, la madre Seton no había abandonado en lo mínimo el cuidado de los tres hijos que le habian quedado. Los dos varones, después de haber recibido una buena y sólida educación, bajo su inmediata inspección, fueron dedicados al comercio, la carrera que había seguido su padre, en la que el uno conquistó una buena posición en la sociedad, aunque el otro murió joven y desgraciadamente en alta mar. La última de sus hijas permaneció siempre á su lado.

Á medida que la madre Seton entraba en años, su salud se debilitaba hasta el punto de tener que renunciar por fin á sus ocupaciones y quedarse en la cama. Aunque la inacción era para ella el peor de los sufrimientos, su resignación era completa, y cada día se manifestaba más y más agradecida al Señor que la había permitido hacer parte de la verdadera religión y además servirle en ella antes de morir.

Al fin, el 14 de enero de 1821, aquella virtuosísima mujer dejó de existir sobre la tierra.

En su calidad de mujer de letras, las obras de la madre Seton, aunque no se han publicado sino pocas, son muy voluminosas. El diario de muchas épo-

cas de su vida y las cartas que escribía á multitud de personas, podrían servir de estudio psicológico para comprender lo que puede la virtud en una alma femenina. Los extractos, traducciones y refundiciones de obras extranjeras, propias para la educación, sirven aún en los establecimientos que dejó planteados, lo que prueba el gran mérito que tienen. Su estilo está esmaltado de bien traídas citas de los Evangelios y de los Padres de la Iglesia; además también dejó algunos himnos en verso, para los cuales había compuesto la música, en cuyo arte era versada.

Inmediatamente después de la muerte de la madre Seton, y según los deseos que había manifestado, se fundaron, bajo la vigilancia de las hermanas de San José, escuelas católicas gratuitas en Baltimore, Wáshington, Láncaster, etc., y además las hermanas se hicieron cargo de la enfermería anexa á la Universidad de Maryland.

Desde aquel tiempo, la institución de San José ha tomado un incremento maravilloso en un pueblo protestante. Los hospitales, asilos, hospicios y escuelas se multiplican como por encanto en todas las ciudades de los Estados Unidos. Además, las iglesias, capillas y adoratorios son infinitos. Las hermanas tienen á su cargo la casa de locos de Mount-Hope, uno de los establecimientos más importantes que se conocen en aquel ramo.

Entre muchas obras de mérito artístico que tienen las iglesias que pertenecen á la comunidad, hay una que han levantado á su fundadora, de mármol blanco, de estilo gótico, que dicen los conocedores que es digna de todo elogio.

En 1850 la congregación de San José se incorporó

á la de las hermanas de la caridad de Francia, y desde entonces sus reglamentos y hábitos son iguales á los europeos; y en América, como en Europa, el ser más digno de respeto es una hermana de la caridad, siendo aquel sencillo vestido el símbolo de todo lo bueno, lo santo y lo evangélico.

Tal ha sido el resultado en Norte-América de *la obra* de una sola mujer, y á la madre Seton, más que á ninguna otra, se le podría aplicar aquel versículo de la mujer fuerte:

Levantáronse sus hijos y la predicaron por beatísima.

VIII

Hermana Rosalía.

Hasta aquí hemos hablado de las mujeres que merced á su alto nacimiento y brillante educación han podido comprender fácilmente cuáles son los deberes de los superiores para con sus inferiores, y han dedicado su fortuna ó su tiempo á hacer el bien á sus semejantes. La educación aclara y abre el entendimiento; las tradiciones de las familias nobles obligan á los retoños á ciertos deberes para con sus dependientes, y muchas veces una esmerada educación encamina á la mujer por la senda de la virtud. Pero es más estimable, es más digno de elogio, es mucho más bello ver á una mujer del pueblo dedicarse á aliviar á otros aun más desgraciados que ella, haciendo sacrificios sin ninguna compensación sobre

la tierra. En este capítulo nos ocuparemos de mujeres plebeyas que han sido verdaderas santas, cuyo puesto en el reino de los cielos se hallará indudablemente muy cercano á la Verdad Eterna.

El biógrafo de la hermana Rosalía (vizconde de Melún) dice en su prólogo las siguientes palabras, que son dignas de copiarse al pie de la letra :

« El periodismo cuida tanto de publicar los crímenes, descubrir los escándalos; tiene tanta habilidad para dar luz sobre las iniquidades que tratan de ocultarse; en buscar los motivos olvidados que pueden tener los hombres para ser acreedores al desprecio de sus contemporáneos y de la posteridad, que es preciso oponer á aquellos malos ejemplos otros que revelen las secretas virtudes, en cambio de los vicios misteriosos, y la edificación á los escándalos. »

Y entre nosotros, ¡cuánta verdad no hay en esto con respecto del extranjero y de nuestra patria! Que se cometa un crimen inaudito, que se perpetre un asesinato, una infamia cualquiera, en los Estados Unidos, en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Rusia ó en Italia... al momento todos nuestros periódicos reproducen aquella noticia á porfía; los pormenores más escandalosos, las confesiones más indecorosas, las causas más corruptoras, cuyo ejemplo puede ser funesto para la juventud, todo aquello llena las columnas de los periódicos y pasa delante de la vista de nuestros hijos. ¿Qué objeto tienen las relaciones de los vicios más inauditos que refieren los diarios extranjeros sin embozo y que los nuestros repiten servilmente? Su objeto es despertar, sin duda, malsana curiosidad, interesar con la relación de vicios, muchas veces desconocidos entre no-

sotros, porque se piensa que sólo aquello divierte, entretiene y distrae; ¡y sin embargo no es así! La virtud también es agradable, sus acciones pueden ser dramáticas, la vida de los seres buenos tiene sus cuadros tan interesantes como la vida de los malos, — con esta ventaja: que al dejar el libro ó el periódico, el corazón palpita entusiasmado por el *bien*, y hasta las personas indiferentes sienten vivir en el fondo de su alma el deseo de imitar á aquel ser que le presentan tan ejemplar.

Para probar lo que hemos dicho, trataremos de sacar á luz escenas dramáticas é interesantes de la vida, no de una reina, de una princesa, de una mujer de la alta sociedad, de una viajera, una cómica, cantatriz ó aventurera; no, no necesitamos salir de un barrio de París para ello, y ni siquiera de un convento el más pobre, el más humilde, el más oculto, sito en la miserable calle llamada desde tiempo inmemorial de « La espada de palo ».

Juana María Rendú (conocida como hermana Rosalía en su comunidad) nació en una lejana provincia francesa, en Gex, cerca de las fronteras de Saboya, de padres honrados, de la clase media, que vivían de su trabajo. Había venido al mundo poco antes de que se desencadenara sobre Francia la gran tempestad revolucionaria (en 1787). Su madre tuvo grande influencia sobre el carácter de su hija, á quien crió religiosa sin afectación, amante de los pobres, incapaz de mentir y entusiasta por todo lo bueno y lo noble. Así pues, Juana, al abrir los ojos á la razón, en el tiempo del Terror en Francia, encontró que su fe era perseguida y que las personas por quien su familia profesaba más respeto tenían que ocultarse

para conservar la vida. Hizo su primera comunión en un subterráneo, en donde se había asilado un sacerdote católico, y fuéle preciso ocultar aquel acontecimiento de su vida á las personas de su pueblo, á riesgo de causar un grave perjuicio á toda su familia. De esta manera aprendió desde su primera infancia á ser discreta y supo cuán útil es saber callar á tiempo.

Cuando concluyó la época del Terror, Juana fué enviada á completar su educación en un convento de ursulinas. Pero, á pesar de que desde su infancia había resuelto consagrarse á Dios, no la satisfizo aquel convento : necesitaba no solamente orar y meditar en la misericordia divina, sino que la hacían falta los pobres; era para ella preciso hacer el bien material á los desgraciados, consolar á los afligidos de fuera y socorrer á los enfermos en sus sufrimientos; en fin, había nacido *hermana de la caridad* como otras nacen coquetas. Cuando salió del convento, su mayor dicha era pasar temporadas con una amiga de su madre, que era superiora del hospital de Gex. En fin, su vocación parecía tan completa, y su deseo tan vehemente de consagrarse á Dios sirviendo á los pobres, que su madre la permitió ir á París, á un convento de hermanas de la caridad, en el cual debería hacer sus *primeras armas*. Madre é hija se despidieron llorando; Juana tenía poco más de diez y seis años; — vivió cincuenta años en París y su madre permaneció siempre en Gex; murieron casi en el mismo día, y sin embargo ¡no se volvieron, á ver más en este mundo!

Aquella vocación en Juana era tanto más meritoria cuanto que su salud era delicada; tenía miedo

á los muertos, y tan nerviosa, que todo la impresionaba. Sin embargo, su voluntad era más grande que su constitución débil, y supo vencerse, dominarse y formarse un carácter enérgico y valiente á toda prueba. ¿Por ventura no será un estudio más interesante el de un alma de este temple, que lucha y sujeta los instintos de su naturaleza, y no la de un malvado ó de un ente débil que se deja llevar por sus malas pasiones?

Una vez profesa, la hermana Rosalía puso manos á la obra con actividad en la regeneración de los pobres de su barrio, regeneración tanto física como moral. En breve se le reconoció un mérito tan incontestable, que fué nombrada superiora de la casa de la calle de la « Espada de palo ». La Revolución que había hecho olvidar el camino de la iglesia á los desgraciados del barrio más miserable de París; las guerras que habían arrancado á los hombres de los talleres y á los niños de las escuelas; la situación efervescente de los años anteriores : todo aquello había sumido en los vicios y en la miseria á los habitantes del barrio de San Marcelo. Cincuenta años luchó la hermana Rosalía contra la impiedad y la inmoralidad, sin desmayar nunca, sin descansar, sin fatigarse jamás, siempre sobre la brecha, con la sonrisa en los labios, la confianza y la fe en el corazón... ¿No podríamos, decidme, señoras mías, poner á esta mujer en la categoría de las heroínas, como una Juana de Arco, una Carlota Corday ó una Pola Salavarrieta?...

La Revolución había desalojado todas las antiguas instituciones de beneficencia y destruído las iglesias : era preciso reconstruírlo todo, y á fuerza de vigor, paciencia, actividad y un gran genio gubernativo,

aquella pobre provinciana, sin relaciones, sin amigos, sin dinero, al fin tuvo tal influencia en la sociedad francesa, que la visitaban los potentados, la acataban los grandes y los príncipes, y la escribían de todas partes del mundo pidiéndola consejos y auxilios, sin que jamás ninguno hubiese sido frustrado en sus pretensiones, si eran buenas, y en sus deseos, si eran conformes con la moral y la religión.

Desgraciadamente, no nos es posible, en el corto espacio señalado en este libro, delinear siquiera la marcha triunfante de nuestra heroína por el camino del bien; aunque siempre humilde, bondadosa, alegre, ocupada como una abeja, pero sin manifestarse impaciente con los impertinentes, era, no diré querida, sino idolatrada por los infelices de todo el barrio, quienes sabían que siempre tenía tiempo para atender á sus quejas y socorrerlos en sus necesidades.

Su indulgencia con los pobres era tal que, estando un día enferma en su celda, de donde el médico le había prohibido que saliese, oyó voces á lo lejos y no pudo menos que bajar á preguntar que sucedía.

— Es un pobre, contestó la portera, que está furioso porque no ve á la superiora, con quien tiene un empeño.

Al momento hermana Rosalía pasó á hablar con el hombre y lo despidió satisfecho y contento.

— ¿Por qué no me avisasteis? dijo la buena hermana; espero que esto no volverá á suceder.

Y como la otra se excusaba recordándole su enfermedad, y diciendo además que el pobre le había contestado mal :

— ¿Cómo queréis, repuso la superiora, que aquel

infeliz haya tenido tiempo de estudiar las reglas de la buena educación? Es preciso no alejarlos con palabras duras, ni desconfiar de su aspecto vulgar. Generalmente, esta pobre gente es más estimable de lo que parece.

Sería preciso referir aquí su entera biografía si quisiéramos narrar todas sus buenas acciones y las innumerables conversiones que efectuó entre la hez del pueblo, volviendo á la vida moral á infinidad de familias entregadas al vicio y á la degradación más absoluta. El mejorar la suerte desgraciada de la niñez era lo que más la ocupaba, y creó no solamente asilos y escuelas gratuitas para los niños desvalidos, sino un asilo para los ancianos enfermos, el que después de su muerte se fundó definitivamente bajo la advocación de su patrona, santa Rosalía.

Ella era la consoladora de todos los desgraciados de cualquiera categoría á que pertenecieran : á unos enviaba á los hospitales, á otros á las escuelas, ó conseguía una beca en algún colegio para los estudiantes : á los conventos iban las niñas sin asilo; al seminario, los jóvenes que lo deseaban; conseguía empleos á los que querían seguir esa carrera; oficio, al artesano sin trabajo; en fin, todos salían llenos de consuelo de su presencia. No era extraño, pues, que tuviese diariamente una audiencia como la de un príncipe reinante ó un secretario de Estado.

Los jóvenes que le mandaban de las provincias con una carta de recomendación eran ampliamente protegidos por ella; en persona, les buscaba alojamiento honrado y barato, les recomendaba para que les diesen empleos, y los cuidaba si enfermaban; sólo con la condición de que algunas veces le ayuda-

sen á despachar su correspondencia ó la acompañasen á cumplir una obra de caridad en alguna guarida sospechosa de su barrio. Si la conducta de sus protegidos era mala, procuraba reformarlos; pero, si continuaban en ella, los hacía salir de París. Un día, mandó llamar á uno de sus protegidos que no había querido corregirse, y le dijo :

— Caballero, tiene usted un empleo en Constantinopla. He aquí el pasaporte, y pagado ya el viaje por ferrocarril y vapor. Vaya usted á componer sus maletas, porque debe partir esta noche.

Aquella noche (sin querer ella escuchar sus promesas de enmienda), el joven partió para Constantinopla, y esto sin que se le hubiese ocurrido desobedecerla, á pesar de que ella no tenía sobre él más derechos que los que la daban su influencia y su virtud.

Algunas veces se reunían en su sala de audiencia gran número de jóvenes de todas opiniones y partidos, que iban á ponerse bajo su dirección para ayudarla en lo que ella quisiese. Así vieron muchas veces salir de allí á Donoso Cortés con una lista de pobres que ella le había dado para que los visitase, encargo que él cumplía con el mayor gusto, distribuyendo entre los desgraciados los sobrantes de su riqueza. Cuando Lamennais estaba aún en el seno de la iglesia católica romana, también era uno de sus más asiduos visitantes. Estudiantes de las escuelas Normal y Politécnica, de medicina y de derecho, condes, marqueses y grandes de todas partes del mundo, recibían sus órdenes, las cumplían religiosamente, y volvían á darla cuenta de lo que habían hecho.

— Los he reunido á todos! decía ella llena de ale-

gría; los he reunido para el servicio de Dios; todos han trabajado en su honor; ¡qué día tan feliz para ellos!

Todos los soberanos que se sucedieron sobre el trono de Francia, desde el principio del siglo hasta 1854, desde Napoleón I hasta Napoleón III, le enviaban inmensa cantidad de limosnas para que las distribuyese entre los pobres de su barrio. Ella jamás se mezcló en la política, y recibía de todos los partidos, con igual entusiasmo y agradecimiento, cuanto la daban para *sus* desgraciados desvalidos.

Esto en tiempo normal; ¿qué sería en las angustiosas épocas de epidemias, durante las cuales morían centenares de infelices en los barrios pobres de París? « Ella, dice Imbert de Saint-Amand, durante las epidemias del cólera, era sublime de energía : pasaba las noches cerca de los enfermos, organizaba los hospitales, reanimaba con sus consejos al pueblo aterrado, consolaba á los que se afligían y luchaba á brazo partido con la espantosa peste. »

En 1854, Napoleón y la emperatriz Eugenia fueron personalmente á visitar á nuestra heroína en su pobre albergue, y el emperador la condecoró con la orden de la Legión de honor. Este favor ganó los corazones de los pobres del barrio de San Marcelo, más que si el soberano los hubiera condecorado á cada uno individualmente, pues aquella gente sabía agradecerla su abnegación, y la adoraban como al ser más santo del mundo.

Antes de concluír este estudio, haremos la relación de algunos de sus hechos y palabras que la pintan á lo vivo.

En las dos revoluciones de 1830 y 1848, la hermana

Rosalía impidió en varios puntos de su barrio que se levantasen trincheras y que se fusilase á los prisioneros; cuando aquel pueblo enfurecido no oía ninguna voz de autoridad, escuchaba y obedecía las órdenes de la pobre hermana de la caridad.

Una vez supo el jefe de policía que ella había ocultado y hecho salir de París á algunos miembros de una conspiración que se tramaba contra Luis Felipe, la cual habían descubierto antes de que estallase. Ella protegía á los conspiradores, no como conspiradores, sino como á perseguidos y desgraciados. La policía advierte á la hermana que si vuelve á proteger la fuga de los culpables se la pondrá en la cárcel. Al cabo de pocos días sábese que ha incurrido en la misma falta. Antes de dar orden para que se lleve á cabo la amenaza, el jefe de policía se le presenta un día á la hermana :

— Vengo, la dice, á advertir á usted que está gravemente comprometida por haber hecho salir de París á un importante miembro de los revoltosos, y he venido á preguntarle á usted cómo se ha atrevido á manejarse así, tanto más cuanto que ya estaba advertida.

— Señor prefecto, contestó ella, yo no soy sino una hermana de la caridad. Yo no tengo bandera y sólo tengo la misión de proteger á los desgraciados y perseguidos en donde los encuentre : yo no los juzgo. Así, pues, señor prefecto, se lo prometo, si alguna vez usted se encuentra en la misma situación, acuda usted á mí, que le serviré también.

En seguida dijo al jefe de policía que las hermanas de la caridad siempre pertenecen al partido de los vencidos y de los más infelices, y nunca quiso

prometerle que dejaría de proteger á cuantos conspiradores le pidieran auxilio.

En la siguiente semana, estando ella conversando con un jefe vendeano que había ido á darla las gracias por la protección que había dado á muchos de los pseudo-insurreccionados, repentinamente entró á la sala nada menos que el jefe de policía. La hermana, sin turbarse, hizo seña al descuido al conspirador para que saliese lo más pronto posible, y en seguida, con gran serenidad, entabló con el jefe de policía una larga é interesante conversación, que dió tiempo al otro de alejarse sin que sospechara nada su perseguidor.

Cuando al cabo de pocos días el jefe de policía tuvo noticia de cómo la hermana lo había engañado, fué á reconvenirla.

— ¡Qué quería usted que hiciera! exclamó ella; yo lo hice tanto por él como por usted. Deseaba que usted no tuviera la pena de tenerlo que apresar y en seguida sumirlo en una prisión; ¿por ventura no hice bien?

Habiendo logrado huírse de entre las manos de los energúmenos insurrectos de Junio de 1848, un oficial de la guardia móvil se había refugiado en la mansión de la hermana Rosalía. Los amotinados se presentan á la puerta pidiendo venganza y que les entreguen á su víctima. La hermana Rosalía salió á conferenciar con ellos; pero aquellos hombres estaban ebrios de sangre y de venganza, y á todas sus palabras contestaban con gritos horribles.

— ¡El prisionero es nuestro! exclamaban; ¡entréguenlo para matarlo!

— ¡Matarlo aquí! dice ella; ¿en esta casa?

— No, aquí no, si no quiere la hermana, pero en la calle sí. ¡Su muerte está decretada!

Una hora entera duró aquella lucha entre el ángel del bien y el genio del mal. Los hombres furiosos no cedían ni un punto, ni ella tampoco.

— ¡Entregue el prisionero! gritaban.

— ¡No lo entregaré jamás! contestaba.

— ¡Entraremos á buscarlo!

— ¡No entrarán!

Al fin llegaron hasta el lugar en donde estaba el oficial, disputando el terreno la hermana Rosalía palmo á palmo.

— ¡Muere, infame! gritaron los más energúmenos.

Y varias armas se levantaron apuntándole.

La hermana Rosalía se interpone, y encarándose con aquellos locos levanta las manos y exclama de rodillas:

— ¡Hace cincuenta años, señores, que os he consagrado mi vida; por todo el bien que os he hecho á vosotros, á vuestras mujeres y á vuestros hijos, sólo pido la vida de este hombre!

Una conmoción eléctrica inspira á todos aquellos hombres, y al mismo tiempo las armas se inclinan, el silencio sucede á los gritos de odio, lágrimas de ternura inundan muchas mejillas ennegrecidas por la pólvora, y volviendo la espalda salen corriendo de aquella casa, vencidos y subyugados sólo con la voz de una humilde mujer. ¡El prisionero se había salvado!

Podríamos multiplicar hechos y palabras heroicas, que pintan el carácter de esta mujer que tuvo todas las virtudes y las cualidades de la mujer fuerte de la Escritura.

Hacia el fin de su vida cegó, cosa que la afligía, porque no podía continuar sirviendo á los desgraciados. « ¡ Ah! decía, ¡ Dios me ha quitado la vista, porque yo gozaba demasiado viendo á mis pobres! »

Sólo una vez usó la cruz de la Legión de honor : cuando la llevaron al cementerio. Vestida con su hábito de hermana de la caridad, llevada en el carruaje de los pobres, sus funerales hacían un raro contraste con la inmensa multitud que acompañaba su cadáver; un cardenal, un obispo, los principales miembros del clero, condes, duques y marqueses, mendigos, artesanos, estudiantes, pobres, ricos, viejos, jóvenes... la nación entera estaba representada en aquel entierro, y además le rindieron honores los soldados como á miembro de la Legión de honor.

La vida de la hermana Rosalía se puede compendiar en estas palabras, que ella repetía frecuentemente :

« Tengamos un corazón de *niño* para con Dios, de *madre* para con el prójimo y de *juez* para con nosotros mismos. »

IX

Las Hermanitas del Jornalero.

En el año de 1867, leemos en el *Catholic World*[1], un corto número de señoras vestidas con un sencillo uniforme y que se apellidaban *hermanas de la Asunción* se embarcaban en un puerto de Francia.

1. Número 229, abril de 1884.

en vía para Argel. Poco antes, el hambre había despoblado gran parte de aquella colonia, é innumerables niños huérfanos yacían sin protección ni amparo posible. Los misioneros que visitaban á Argel pidieron auxilio á Francia, y en el momento se organizó una especie de institución de señoras que con la bendición de su obispo se dirigieron á África. Una vez allí, reunieron á los huerfanitos, los vistieron, los alimentaron, los enseñaron, y pocos meses después esos pequeños árabes, que habían corrido peligro de morir física y moralmente, servían de núcleo para atraer á los hombres y mujeres que no habían querido antes oír la voz del cristianismo.

Las hermanas establecieron dos poblaciones cristianas, fundaron escuelas, fabricaron iglesias, casaron á las niñas convertidas con los neófitos que los padres misioneros habían educado, y una vez que vieron que la pequeña colonia iba en vía de prosperidad, y que podía florecer sin ellas, las hermanas regresaron á Francia, en busca de nuevos campos que labrar.

El obispo de Grenoble vivía entonces atormentado con la desmoralización y la degradación espiritual de los trabajadores en las grandes fábricas que encierra el obispado. Aquellos infelices existían literalmente como bestias del campo, sin instrucción, sin creencias y sin ideas de moralidad; y eran focos de revolución y desorden sus habitaciones y lugares de reunión. Los dueños de las manufacturas no sabían cómo remediar aquello, y el obispo no veía tampoco esperanza de alivio, cuando se le ocurrió á monseñor Fava llamar en su auxilio á las hermanas de la Asunción que acababan de regresar de África. Ellas no

encontraron ningún inconveniente al proyecto; proyecto que, observa el autor del artículo, era mucho más trabajoso de lo que á primera vista parece. Aunque menos aventurado que la misión á África, el plan de campaña en Francia demandaba más valor y mucho más tacto y habilidad. El jornalero francés, que es mucho más inteligente y despierto que el habitante de África, ofrece grandes dificultades para hacerle abandonar las sendas del vicio. El obispo exigía que las hermanas fuesen á vivir en el centro mismo de los lugares que deberían purificar; convertirse en las sirvientas, las consejeras y las cuidantes de los jornaleros; conocer á fondo su vida, sus necesidades y sus penas para comprender los peligros que corrían, y ampararlos. Se llamarían en adelante « las Hermanitas del Jornalero » *(les Petites Sœurs de l'Ouvrier)*, y como, símbolo de la sencillez y la pureza, las hermanas deberían estar siempre vestidas de blanco.

Un rico padre de familia de Grenoble puso á la disposición de la nueva institución una casa de campo grande, cómoda y rodeada de un hermoso jardín, en la cual las hermanas arreglaron grandes dormitorios para las jóvenes empleadas en las vecinas fábricas, y cuyas familias vivían lejos. Éstas deberían pagar una pequeña cuota para que les dieran los alimentos; el albergue les salía de balde, y poseían además medicamentos gratuitos, si llegaban á enfermar.

La vida de las hermanitas es de un continuo sacrificio, y sin cesar cuidan y vigilan á más de setecientos jornaleros, hombres, mujeres y niños que trabajan en las fábricas vecinas. Ellas dedican todas las

horas del día y parte de las de la noche á sus protegidos, los vigilan cuando están trabajando, los asisten en sus faenas, les llevan aguas frescas cuando hace calor, viven en su compañía sin cesar, les enseñan por la noche, recompensan á los que se manejan bien, les aconsejan y amonestan, y los cuidan cuando están enfermos, hasta curarlos ó enterrarlos. Les enseñan á economizar, pidiéndoles una parte de su salario, que ellos dan con gusto, para una caja de ahorros que será la esperanza de su vejez y el patrimonio de sus hijos. Siempre pacientes, predican con sus obras, con su dulzura y buenas palabras, —y en cuatro años cambiaron completamente la faz moral y física de las fábricas que habían pedido auxilio á las hermanitas de los jornaleros. El lenguaje mismo de aquellos infelices ha variado, pues para no ofenderlas, esos hombres soeces y vulgares no se atreven á decir malas palabras en su presencia, y el que fuera suficientemente insolente para insultarlas perdería hasta la vida en aras de la venganza de sus compañeros. El vestido blanco de las hermanitas es respetado, querido, adorado por aquella población, y ya en varias partes de Francia las han llamado para que se hagan cargo de la policía de las fábricas y de las manufacturas. Es enternecedor ver cómo, para imitarlas y darles gusto, el jornalero que no ha aprendido ninguna oración en su niñez reza con las hermanitas cada vez que ellas lo exigen; aprenden el Padre Nuestro después de viejos; van á misa y cumplen con gusto sus deberes religiosos.

« Se las ve, dice el autor del artículo, de aquí para allí, en grupos de tres ó cinco, en donde quiera que un obispo las llama, ó un dueño de fábrica las

necesita para que les vaya á ayudar á dirigir á sus jornaleros; y como ángeles de la guarda, ellas son el puente de comunicación entre el patrón y los obreros, suplicando al uno en favor del otro y haciendo la vida de uno y de otro tolerable. En todas partes llevan la misma existencia, existencia que sería imposible para mujeres educadas y virtuosas si no fuera porque ellas sólo viven en el espíritu del Evangelio, y de Aquel que pasó su existencia al lado de pescadores y publicanos »...

X

Las Hermanitas de los Pobres.

Veamos ahora lo que dice Máximo du Camp de la beneficencia de las mujeres en París[1] :

« En este París tumultuoso,—que más que nunca, más que bajo el reinado de Luís Felipe, más que bajo el segundo Imperio, se ha convertido en el lugar más malo del universo; en este París en que las libertades públicas se convierten en libertinaje; adonde los extranjeros de todos los países llevan su dinero, sus depravadas curiosidades, para calumniar mejor nuestras costumbres,—es preciso á veces alejarse del centro de los Campos Elíseos, de esos cafés envenenados con ajenjos, de esos teatros, de esos

1. El literato y académico francés Máximo du Camp ha publicado una serie de estudios en que relata las obras de la caridad privada en París.

edenes, de esas locuras, y, yendo á los arrabales, á las parroquias lejanas del centro, entremos en esas casas de tristísima apariencia. Ningún emblema exterior las señala, y son tan discretas como una caridad anónima. Á todas las horas del día y de la noche se abre la puerta, porque la hospitalidad no duerme nunca. En los muros de los corredores están colgados cristos que la municipalidad aun no ha bajado; en los dormitorios se ven las camas apretadas unas contra otras; todo sitio ha sido utilizado, porque sin cesar llaman á la puerta y piden auxilio. En las salas están reunidos los pensionistas; el lavadero está lleno, en la cocina hierven las ollas; hay adoloridos en la enfermería; si sale el sol, los inválidos se sientan en el jardincito; todo está lavado, acepillado, relumbroso; á fuerza de cuidados y limpieza se impiden las epidemias. El asilo está tranquilo, y apenas se oyen los rumores exteriores. La vida individual allí es libre; pero por espíritu de orden, la vida común tiene reglas fijas: todos se levantan, comen y se acuestan á determinadas horas. ¿Serán felices aquellos pensionistas? No lo sé; pero ya están en paz; la casa no arroja á los que una vez acogió.

» ¿Y quiénes son estos pensionistas? ¡Quiénes, sino aquellos que la sociedad repele! ¡ infelices que le causan horror, lázaros que no han enternecido al mal rico! Aquí se encuentran los ancianos, los débiles, los idiotas, que las familias rechazan, que los asilos no han podido recibir; allí los incurables, los que son devorados por el cáncer, que se los come la herpes, enfermedad que en la edad media llamaban *noli me tangere,* ¡ no me toquéis! ¿Y por qué no están en los hospitales públicos? Porque estos desgraciados saben

que la ciencia no los podrá curar, en tanto que la religión tiene palabras que fortifican los corazones y abren la esperanza al alma. Mas lejos vemos á los niños engendrados en la podredumbre y el vicio, recogidos en los muladares, lepra viviente y lepra moral más difícil de curar que la lepra física. Para arrancar á esos niños del vicio que los solicita, para quitarles la corrupción en que nacieron, es preciso una caridad tan ardiente que no pueda enfriarse. Es imposible ver á los que se han dedicado á esta engañosa tarea sin acordarse de la fábula de Sísifo : aunque se trabaje en impedir que caiga la roca, ella cae; pero nada, nada los cansa ni debilita su valor; y si logran salvar un solo niño entre ciento, entre mil, la simiente de su buen deseo no se ha perdido.

» Los que se sacrifican así á estas obras que no conoció la antigüedad, pertenecen á congregaciones religiosas, ya con un hábito, ya con otro; la obra no se interrumpe porque se ore; se ruega por los que se salvan y también por los que los maldicen y persiguen. En el ser humano no ven sino la enfermedad física y la enfermedad moral, y procuran curar una y otra. ¿Quiénes son? Ya no tienen nombre: se llaman hermano José ó hermana Magdalena; la caridad se ha cerrado sobre ellos y los ha separado del mundo, adonde no volverán sino en busca de los desgraciados que procuran socorrer. Abnegación, fatiga, cuidados repugnantes dentro de la casa; en la calle, los insultos de los vagamundos; en contorno, un viento de ateísmo que sopla y amenaza destruír los refugios y asilos. ¿De dónde vienen estos héroes de la caridad? De todas partes, de la ciudad y del campo; entre los hombres, veo sacerdotes, soldados, labrado-

res, abogados, profesores; entre las mujeres, cuento sirvientas, labradoras, hijas de las tenderas acomodadas y de ricos comerciantes, así como de los poderosos y de los nobles, los cuales quizá conservan el recuerdo de las fiestas profanas en donde brillaron antes de aplicar el agua fenicada á las llagas cancerosas ó lavar la ropa de los idiotas : hay más de una que conozco.

» Hermana María : cuando delante de vos la superiora pronunció mi nombre, os vi temblar y bajasteis la cabeza como si quisierais ocultarla debajo de la almidonada cofia. Os reconocí entonces... Vuestro abuelo materno, el general... era pariente cercano mío. Cuando yo era niño, ¡cuántas veces no jugué con vuestra madre, pues teníamos la misma edad! Os vi chiquitita y ya niña casadera. ¿No os acordáis de una noche en que me cantasteis el *Adiós* de Schubert? Teníais un cuello encantador que me gustaba mirar. Vuestro hermano es conde y sigue su camino en la vida mundana. La existencia os ofrecía mil seducciones. Cuando llegasteis á los veinte años, os dijeron : « Ya debéis casaros »... Y contestasteis : « Seré la esposa mística de Aquel que es, y le cuidaré en los pobres. » Y vestisteis el pesado sayal y tapasteis vuestros cabellos rubios. ¿Habrán encanecido? No pude verlos, pero desde entonces fuisteis la madre de todos los que sufren. La palidez del claustro se ve sobre vuestras mejillas que no han perdido la placidez infantil; esas manos tan finas y esas uñas bien cuidadas se han endurecido en componer colchones, curar úlceras y en repasar las cuentas del rosario de ébano. Los desgraciados que yacen en los dormitorios os ven pasar y os contemplan con ternura cuando les

habláis. Noté una cosa que me ha sorprendido. Cuando erais joven, al lado de vuestra madre, en aquella casa que tenía un gran jardín, estabais siempre triste y meditabunda, como si os pesaran los días demasiado largos; cuando os encontré después de veinte años, en la enfermería, me parecisteis activa, alegre, siempre riendo y tratando de divertir á los enfermos. ¿Es decir que la tranquilidad se encuentra allí en donde estáis? Hermana María, mi prima y mi hermana, estas líneas no las veréis jamás, y por eso me atrevo á deciros : ¡Sois una santa!

» Á veces pienso : ¿será que el alma de París se ha refugiado en estas casas? Á veces lo creo así; aquí se halla el alma de la benignidad y del deseo de la perfección, que se alcanza aquí, porque se ha retirado del París material, cuyos desperdicios y ruinas recoge en seguida. Es un consuelo saber que mientras que el París ocioso y corrompido sigue adelante en su marcha ruidosa, la caridad, humildemente vestida y generosa, se trasnocha, ora, y, llena de abnegación, brilla por encima de nuestras locuras como una antorcha al borde de un abismo. Las casas en donde la obra de la salvación y de la hospitalidad se lleva á cabo con una perseverancia que sólo la fe tal vez puede sostener son numerosas en París, porque allí, más que en ninguna otra parte, la miseria se multiplica, las caídas son frecuentes y urgente el socorrerlas. No podré estudiar todos estos establecimientos á cuya puerta no se ha llegado en vano; escogeré algunos que puedan servirnos de tipo y de ejemplo. Diré cómo fueron fundados y qué especie de infortunio se han dedicado á remediar, con qué recursos levan á cabo su misión, y, aunque con prudencia,

hablaré de los medios, difíciles unas veces, y aun repugnantes otras, con que se ha logrado subsistir primero, y después prosperar en pro de los desgraciados.

» Empezaré por las *Hermanitas de los Pobres.*

» ¿Quién no se acuerda de la parábola del grano de mostaza, tan pequeño que apenas se veía cuando caía al suelo, y de donde salió una planta en que anidaban las aves del cielo? Ésta es la imagen de las Hermanitas de los Pobres, tan humildes en un principio, que hasta se avergonzaban de su pobreza, y que hoy ha tomado las proporciones de un beneficio público. »

No seguiremos al autor palabra por palabra ni frase por frase, porque nos alargaríamos demasiado. Baste al lector saber que esta institución nació en una triste población de las costas de Bretaña (en Francia) llamada San Serván. Pusiéronla en planta una sirvienta vieja, un humilde vicario y dos jóvenes costureras.

La sirvienta vieja se llamaba Juana Jugán.

Era una pobre campesina que, después de haber estado como criada en varias casas de la ciudad de San Serván, fué á dar á la de una solterona vieja muy caritativa. Allí aprendió á tener misericordia de los pobres.

Cuando murió su ama, en 1838, Juana, que tenía ya más de cuarenta y seis años, empezó á llevar á su humilde cuarto, en donde trabajaba, primero á una anciana ciega y paralítica que, abandonada de todos (en San Serván no había ninguna casa de beneficencia pública) y ciega, hubiera muerto de hambre y de frío. Juana la llevó, pues, á su cuarto,

púsola en una cama al lado de la suya, y para consolarla la dijo:

— ¡Me serviréis de madre!

Y en seguida trabajaba doblemente para mantenerla

Poco tiempo después Juana lleva á su cuarto á otra anciana enferma y la instala cerca de la primera, y como ya no quedaba lugar en el cuartito para trabajar, cosía en un corredorcillo al aire libre.

Dos años después, sin contar con nada, Juana tomaba en arrendamiento una casa, é instalaba veinte ancianas, paralíticas unas, ciegas otras, sordas todas é infelices, y resuelve salir á pedir limosna por la ciudad para mantenerlas, puesto que ya no tenía tiempo para trabajar y el día apenas le alcanzaba para cuidar á sus huéspedas. En aviar á aquellas viejas empleó unos 600 francos que poseía de lo que había economizado durante toda su vida, y no le quedaba más recurso. Pero Dios es grande. El cura, que supo la obra de Juana, la ayudó y la recomendó á sus feligreses, de modo que todos los días había algo que comer en aquel hospicio improvisado. Cuando todas habían comido, Juana recogía los sobrados para ella. Las gentes de los alrededores se enternecieron con semejante caridad, y reuniéronse varias familias para comprar y regalar á Juana una casa más grande, en donde cupieran mejor las veinte ancianas; pero ella, que tenía una verdadera fiebre de caridad, á poco había reunido ya treinta pensionistas; después fueron cincuenta, y no se habían pasado dos años cuando ya contaba con sesenta y cinco bocas que mantener y sesenta y cinco cuerpos que vestir y curar. Juana recorría los alrededores y los lugares más in-

mundos en busca de seres desgraciados que llevaba á su casa; los lavaba, los vestía y los cuidaba como si fuesen sus hermanos.

Una vez se encuentra con dos niños hambrientos, casi desnudos y sin familia; al momento los lleva á la casa y los alberga entre las viejas y viejos.

Llegan á oídos de la Academia Francesa estos actos de virtud, y en 1845 la decretan el premio de *virtud* y 3.000 francos. ¡Tres mil francos! ¡Qué dicha para Juana, y cuánto bien podría hacer con aquello!

Pero no se crea que Juana trabajaba sola; en breve encontró otros corazones tan caritativos como el suyo que la ayudaron. María Agustina y María Teresa eran dos inteligentes muchachas que se dedicaron á la caridad sin tregua, y ocurrióseles á ellas por primera vez convertir aquella casa de refugio en una especie de convento. Ayudóles en esto el vicario, sacerdote joven y lleno de amor de Dios y del prójimo. El abate Le Pailleur, dice el autor del artículo que analizamos, era el alma de la obra que nacía y en la cual tenía parte; todo cuanto poseía era para los viejos indigentes; casi nunca compraba un vestido y ayunaba mucho más de lo que manda la Iglesia. Una vez que estuvieron en grandes apuros, el excelente abate vendió su reloj de oro, sus ornamentos mejores, el cáliz que le había servido cuando cantó su primera misa; todo lo que más apreciaba fué vendido para comprar camas para los enfermos. « Es preciso que su fervor haya sido muy grande, añade du Camp; comprendo que haya tenido confianza en Dios, — pues era sacerdote, — pero no dudó de la humanidad tampoco, puesto que cada día, cada

hora, por decirlo así, pedía para sus pobres, y siempre obtuvo lo que quiso. Ahí está el milagro: el maná que alimenta á los hambrientos perdidos en el desierto de la vida no les caía del cielo, sino de las manos de los hombres, y lo que permitió que se auxiliase á esos infortunados fué su fe en la humanidad, en la caridad sin fondo y en su conmiseración... El alma del pobre vicario tenía alas, y ellas le llevaron mas lejos y sobre todo más arriba de la previsión humana. »

La casa de San Servan llegó á estar tan llena de pobres, que las hermanas no tenían un lugar en donde reclinar la sien, ¡y aun había en la calle desgraciados que pedían auxilio! Pensaron que sería bueno agrandar la casa; ¿pero como y con qué? Por todo caudal tenían en caja diez céntimos. Sin embargo, las valientes mujeres se pusieron a traer personalmente las piedras que hallaban por los caminos y á cavar para echar los cimientos. Apenas vieron aquello los albañiles de San Servan, cuando corrieron á ofrecerles sus servicios gratuitamente, y al mismo tiempo enviaronles de todas partes cuantos materiales necesitaron. Pocos meses despues estaba concluído el edificio, y cuarenta indigentes fueron albergados en el.

El abate Le Pailleur aconsejó a las hermanas que se dedicasen a socorrer sólo a los ancianos, pues era imposible que albergasen a cuantos desgraciados había en Francia.

Poco a poco las sirvientas abnegadas de los pobres se multiplicaron, y se multiplicaron tambien las buenas mujeres que pedían la lismosna por caminos y calles, y la obra prosperaba.

El abate dividió entonces su ejército, y mandó á una de las fundadoras, á María Agustina, á que fundase una casa en Rennes. Pocas semanas después de haber llegado á Rennes, la obra iba en vía de progreso, y las limosnas eran abundantes : hombres, mujeres y niños pobres, todos daban algunos céntimos para una institución tan buena. En el mismo año fundó María Agustina otra casa en Dinán, en donde la municipalidad la protegió generosamente, y en 1849 el abate fué á Nantes con la madre María Teresa, á quien dió veinte francos (cuatro pesos), y le dijo que esperaba que eso le bastaría, y que al cabo de tres meses volvería á ver cómo andaba la fundación. Efectivamente, al cabo de ese tiempo María Teresa ya tenía un alojamiento en donde cuidaba á cuarenta ancianas, y las limosnas le bastaban para mantenerlas.

De 1842 á 1883, es decir, en cuarenta y un años, las hermanitas de los pobres han fundado en Francia, y fuera de ese país, 217 casas de beneficencia, que albergan á 25.000 desgraciados, servidos por 3.400 religiosas, — pues tienen ya regla y votos. En París no más tienen cuatro establecimientos con 1.200 ancianos, cuidados por unas cien hermanas.

Para desempeñar todos los gastos, las hermanitas de los pobres no tienen más recursos que los de la limosna. Piden á Dios por medio de los hombres el pan de cada día, y Él siempre lo da. Es prohibido tener en caja más de lo preciso para cada día. Diariamente salen de cada casa dos hermanas limosneras, y se las ve pasar aprisa y alegres porque van en busca del pan del día siguiente. Todo lo reciben : dinero, vestidos, alimentos, lo que quieran y puedan

darles. En todas partes las reciben bien, y nunca salen de una casa sin haber recibido algo; los obreros, los trabajadores, les alargan su modesto óbolo, sin que sea necesario pedirles : « ¡para sus viejos! » les dicen enternecidos. Hay hoteles, tiendas y establecimientos públicos que mandan todo lo que les sobra de las comidas, los mendrugos de pan, etc., á las casas de las hermanitas. Algunos colegios también envían el resto del pan que dejan los estudiantes.

Un coche, prestado gratuitamente por un hombre caritativo, recorre las calles y los mercados recogiendo las limosnas de granos y los alimentos que regalan al establecimiento.

Como no tienen recursos para dar á los viejos café puro, cosa que ellos desean más que todo, las hermanitas piden los residuos que quedan en los cafés y restaurantes, y con eso dan á los viejos algo que se parezca á lo que tanto les gusta.

Una vez por año,—el 19 de marzo, día de San José, — el arzobispo de París y algunos canónigos van á una de las casas de las hermanitas, y poniéndose el delantal blanco de las sirvientas, sirven ellos mismos la comida á los ancianos, que se llenan de gozo y orgullo al ver aquella señal de fraternidad cristiana.

Las hermanitas ne se sientan nunca á comer hasta que el último anciano no haya concluído, y á veces no les queda lo suficiente para apaciguar su hambre.

Las camas de los ancianos están, en París, cubiertas en gran parte con colchas de retazos de raso, terciopelo y ricas telas,— andrajos que han recogido en las casas de las costureras y de los ricos. Aquello lo

cosen las ancianas que aun puedan hacerlo, y los viejos sastres que todavía alcanzan á ver dirigen con orgullo el ramo de vestidos; otro tanto hacen los antiguos zapateros con los botines rotos que les regalan; los carpinteros arreglan muebles con los viejos que les dan. Los jardines están bajo la dirección de jardineros, y los albañiles tienen orgullo en ayudar á componer la casa. Todos aquellos ancianos, — que no baja ninguno de setenta y cinco años, — hacen su gusto; no los atormentan, no les exigen nada, pero poquísimos son los que no sienten placer en tratar de ayudar á las hermanitas en sus faenas domésticas.

Sin embargo, la mayor parte de aquellos asilados han vuelto á la infancia, y muchos no pueden ni siquiera pedir lo que desean, y tienen que adivinarles; otros han llegado á convertirse en troncos vivientes, sin mirada, sin movimiento, y viven como niños recién nacidos, á quienes hay que cuidar como á éstos. Hanlos reunidos en una sala en donde están á cargo de una hermanita que los cuida, y que no ha logrado impedir, á pesar de sahumar continuamente el dormitorio, que la fetidez se haga sentir á toda hora.

En otra parte se encuentran los locos que no están furiosos ni son peligrosos...

« Se ven, se tocan, enternecen esas miserias físicas, dice du Camp, y se adivinan y aterran las morales. Ciertamente, la casa de las hermanitas es un puerto, un puerto de salvación y de refugio. ¿Pero de dónde han venido esos infortunados? ¿Quiénes son los que después del naufragio al fin llegaron allí? En aquel lugar abordaron existencias cuyas desgracias no han sido inventadas por novelistas.

» ... Ellos no refieren su pasada vida, y sólo las hermanitas lo han oído, y ellas callan... »

Entre las mujeres hay muchas antiguas actrices, que han sido aplaudidas con entusiasmo; bailarinas y mujeres de la vida airada, que aun hacen dengues y olvidan sus cabellos canos y sus arrugas... Sin embargo, parece que son mucho más trabajosas las mujeres que los hombres; son más nerviosas, se quejan, lloran y son más exigentes, porque se acuerdan sin cesar de lo que fueron y de lo que son. Generalmente los hombres son respetuosos y agradecidos con las que tanto los cuidan.

Los sexos están divididos, salvo cuando reciben marido y mujer, y entonces les permiten hablarse una vez por día, y se reúnen en la capilla, en donde todos y todas las que pueden moverse van á oír misa todos los días; los que no pueden caminar van en sillones de ruedas, y las hermanas llevan aún á los idiotas. Allí se albergan no solamente franceses, sino que todo ser desgraciado, que esté viejo y no pueda trabajar, tiene derecho á ser recibido.

Las hermanitas se levantan á las cuatro de la mañana, todo el año, y trabajan sin cesar hasta las diez de la noche. Aquella vida fatigosa y malsana las gasta pronto, y pocas son las que llegan á viejas.

« La regla, dice du Camp, tan severa para con las religiosas, es indulgente para con los pensionistas; en realidad, ellos son los amos, y las hermanas sus humildes sirvientas: lávanlos, cocínanles, los cuidan en la enfermería, piden para ellos y son sus sirvientas en toda ocasión. Ellas los alimentan, los visten, los acuestan, los calzan, los curan, les cambian los vestidos, les hacen los remedios durante las enferme-

dades, los consuelan en la hora de la muerte, los ponen en el ataúd, oran por ellos y los acompañan hasta el sepulcro. En estos refugios, la disciplina no sólo es suave, sino maternal. La mujer nació para ser madre : bien puede hacer votos; la naturaleza puede más; su voluntad ó las circunstancias doblegarán la ley física del sexo, pero nada se puede contra la ley moral; en la infancia, es madre con su muñeca; vieja y estéril, es la madre de los pequeñuelos; hermana de la caridad, lo es con sus enfermos, con los apestados de San Lázaro, con las arrepentidas del Buen Pastor, con los vagamundos de Villers-Cotterets; la religiosa es tanto más madre en sus funciones de hospitalaria, cuanto que no lo ha sido en realidad. Esto es lo que no han comprendido aquellos buenos libres pensadores que pretenden obligar á los hospitales de París á que tengan enfermeras *laicas*. ¡Qué palabra y qué acción tan bárbara! — ¡Sí, conozco á esas enfermeras *laicas*, las he visto en actividad, y sé cuántas botellas de ajenjos y de golosinas contienen sus bolsillos!

» En sus casas, con sus enfermos, las hermanitas de los pobres son madres, madres tiernas, cariñosas, atractivas, siempre sonriendo, como debe ser el que quiere contentar y entretener á los niños. ¡Cuántas beatitas jóvenes y frescas he visto yo rodeadas de una bandada de hijos, entre los cuales el más joven contaba setenta y cinco años de edad! Y no se diga que aquello era fingido : yo las he visto al través de las rendijas de las puertas, sin que supieran que había quien las viera, y he sorprendido en la intimidad aquella vida diaria de familia. Lo que más me ha sorprendido en ellas es la alegría que manifiestan á

todas horas. Y la sonrisa mora entre sus labios como si fuera una de las leyes de su institución. Llevan la serenidad en el alma; y la conciencia del deber cumplido les da una traquila satisfacción que se traduce en un resplandor interior que brilla en sus ojos é ilumina sus fisonomías. »

XI

Las Damas del Calvario.

Continuaremos extractando de los artículos de Máximo du Camp lo que más pueda interesar á nuestros lectores.

La asociación llamada de *Las Damas del Calvario,* que tanto bien ha hecho en París, no está, como las Hermanitas del Jornalero y las Hermanitas de los Pobres servida por religiosas, ni por mujeres que hayan hecho votos ningunos, sino por señoras del gran mundo parisiense, que no dejan la sociedad, que poseen casa é hijos, que van al teatro, á los bailes, á los paseos, y sin embargo consagran algunas horas de cada día ó de cada semana á cuidar incurables acancerados y limpiar asquerosas llagas.

Aquella institución fué fundada por una viuda realmente inconsolable y que también había perdido sus hijos. Se encontró sola y desesperada; no podía resignarse á la pérdida de los seres más queridos. Su marido había sido un pobre negociante que al morir

no le dejó más renta que 1.200 francos anuales ($ 240), y luchando con su dolor para acallarlo, la viuda Garnier (Juana Francisca Chabot) quiso entregarse á hacer el bien á los desgraciados. Su poca fortuna apenas le alcanzaba para no morir de hambre en la ciudad de Lyón, en donde vivía. Empezó por ofrecer sus servicios á los benefactores parroquiales; pedía limosna para los pobres, hacía vestidos para los niños desnudos, tejía medias de lana para los enfermos del hospital, y llevaba alimentos á los pobres á sus miserables habitaciones, — ¡y éstos son innumerables en la ciudad de Lyón! — Ella siempre emprendía las misiones más trabajosas, las que más fatigaran, todo aquello que pudiera hacerla olvidar sus penas personales. Un día, la mandaron á visitar á una infeliz mujer que vivía abandonada de todos: se dice que era una lazarina, aunque aquel mal es rarísimo en Francia. Lo cierto es que la encontró en el estado más asqueroso á que puede llegar un ser humano sin morir; y lo peor es que estaba tan pestilente su alma como su cuerpo, y éste se hallaba en aquella situación con motivo de sus muchos vicios. La viuda se dedicó á cuidarla. Poníase una gran blusa por encima de su vestido, y todos los días se presentaba en la choza de la desgraciada, y ella misma la levantaba, la lavaba y la curaba. Y era tal la fetidez, que de vez en cuando tenía que salir fuera del aposento á respirar aire puro.

Al principio, aquella infeliz la recibía mal; pero poco á poco fué ablandándose ese corazón de piedra, y lo manifestó un día besándole la mano.

Esta clase de caridad es esencialmente cristiana; el Oriente no la ha conocido nunca, y en el antiguo

Testamento vemos que los amigos de Job lo visitaban, pero nunca trataron de aliviarle; le hablaban y disertaban con él, pero ni siquiera se le acercaban. « La viuda Garnier, dice du Camp, no entraba en discusión con la enferma, pero le llevaba vino con azúcar, buenos alimentos; la curaba y la daba consuelos de ternura y esperanza, que llegan al alma y la iluminan sin saber cuando. » Al fin logró llevarla al hospital; pero era tal la pestilencia de la mendiga, que cuando el capellán se le acercó la primera vez, estuvo á punto de huír horrorizado. La señora Garnier, al ver aquello, se sentó sobre la cama de la enferma y la abrazó, con lo cual el capellán volvió en sí...

La *leprosa* murió en breve, pero murió sin odios, llena de fe, tranquila y consolada por aquel ángel de caridad.

Desde entonces la señora Garnier ideó una institución que se ocupara solamente de los seres más asquerosos y abandonados, fruto de los vicios de la civilización actual. Pensó que era preciso buscar á aquellos desgraciados incurables y lavarles el alma y el cuerpo, dulcificarles en lo posible una vida tan espantosa y dedicarse á ellos. « Sólo las mujeres, añade du Camp, son capaces de aquellos sacrificios prolongados, que no se desalientan con el cansancio, el asco, ni la ingratitud; y entre ellas, las que guardan en el corazón un luto permanente, las que se han entregado á Dios, no para que Él las consuele, sino para que les dé la paz del alma, las que han pedido al amor divino la tranquilidad que no les dió el amor terrestre — las viudas, en una palabra —, que se han convencido de que la fe fortifica y á quienes han

enardecido las verdades celestiales, son las que se dedican con más ardor á aquellos actos de caridad. Así pues, las mujeres incurables serán reservadas á los cuidados de las viudas. Aquél fué el pensamiento primordial de la obra, y no se han apartado de ella. »

La viuda Garnier empezó su obra tomando en arrendamiento un cuarto, y allí llevó en primer lugar á una niña desgraciada que había sido quemada y cuyas llagas infectas no tenían remedio. Dos mujeres viudas la acompañaron en su obra de caridad y llevaron dos enfermas más. Á poco tomaron una casa y se propusieron buscar neófitas que las acompañasen en sus faenas. La viuda Garnier era incansable : no dejaba de pedir hasta que le daban. Era tan exaltada en su amor al bien, que á veces la creían loca ó visionaria, — y se lo decían. Sin embargo, encontró tanta resistencia, que resolvió hablar al arzobispo de Lyón y preguntarle si su proyecto sería irrealizable.

— No, la contestó; es bueno, aunque será difícil llevarlo á cabo; pero Dios la protegerá; siga sin miedo, yo le ayudaré. — Y añadió : la obra se llamará de *Las Damas del Calvario* [1].

La aprobación del arzobispo de la católica Lyón no fué solamente un estímulo, sino un mandato. Mucha gente que se había manifestado indiferente á la obra empezó á dar limosnas. Con ese motivo las damas buscaron otra casa más grande, y como un cochero no quiso llevar á una de las enfermas, la señora Gar-

1. Hay una congregación llamada de *Las Hermanas de Nuestra Señora del Calvario*, pero es diferente.

nier la tomó en los brazos y la llevó personalmente. Esto sucedía el 3 de mayo de 1843.

Dos años después, ya la casa se había convertido en un verdadero hospicio, y se decidió entonces darle reglamentos serios. La asociación se componía : 1.° de señoras viudas que no iban al hospicio, sino á curar á los incurables; 2.° de las viudas que vivían en el asilo y cuidaban á los enfermos día y noche; 3.° de las que no se ocupaban sino en pedir en las calles y en las casas las limosnas necesarias para todos los gastos; 4.° de asociadas que daban por lo menos una suma de 20 francos por año. Todas, tanto las activas como las contribuyentes, debían ser viudas; es la orden de la viudez : « Esta pobre viuda, decía Jesús á sus discípulos, ha dado más que los otros. »

Uno de los artículos del reglamento dice expresamente : « La damas asociadas no forman una sociedad religiosa propiamente dicha. La asociación no exige de sus miembros ningún voto, ni perpetuo ni temporal. Se puede ser miembro sin renunciar á su familia, á sus bienes y á su libertad. » « En esto se encuentra la originalidad de la obra, dice el autor del artículo que analizamos, y en esto consiste su fuerza. »

Era tal la fe de la viuda Garnier, que sin tener un óbolo en caja compró un castillo viejo llamado de la Sarra, en los alrededores de Fourviére, y logró reunir el dinero necesario no solamente para comprar los edificios viejos, sino también para hacer otros nuevos, y trabajó noche y día hasta fundar un verdadero hospicio con todo lo necesario para sus enfermas.

El hospicio nuevo se componía de grandes dormi-

torios bien ventilados, con jardín, con alamedas de árboles sombríos para las enfermas que podían salir, y con todos los edificios necesarios para el servicio. La instalación se hizo el 2 de julio de 1853, y el 23 de diciembre del mismo año la noble y santa viuda Garnier moría en el asilo que había construído, á los cuarenta y dos años de edad y cuando parecía llena de vida, fuerza y vigor. Lloráronla amargamente no sólo las enfermas, las que tenían en ella más que una madre, sino también cuantos la habían conocido y tratado.

Pero el impulso estaba dado, y la asociación ne se turbó con la muerte de la fundadora. Una obra tan benéfica y necesaria no podía morir. Dios se valió de la viuda Garnier para fundarlo. Veremos ahora á otra viuda continuarla con el mismo empeño y entusiasmo cristiano.

El 8 de diciembre de 1874, la viuda Lechat fundaba en París un pequeño hospicio para los incurables, sucursal del de Lyón. Ayudada por cuatro viudas más, la señora Lechat se estableció en una casita muy pobre, en donde apenas cabían doce camas para las enfermas incurables, sin más recursos que los que esperaban de la caridad pública.

La casa estaba cerca del río, y una noche de 1875 rompióse una muralla que contenía al Sena, que iba crecido, y de repente vióse inundado el hospicio, y si no hubiera sido porque los vecinos pobres corrieron á sacar á las desgraciadas enfermas, éstas hubieran perecido, pues con dificultad les salvaron la vida, aunque no sus cortos haberes.

Pasada la inundación, las damas del Calvario volvieron á su casa: pero cada día se presentaban nue-

vas dolientes y no había lugar para ellas, lo cual afligía sobremanera á las enfermeras.

¿Qué hacer? Apelar á la caridad de las señoras ricas de la sociedad. En breve reunió la viuda Lechat lo suficiente para comprar un terreno, y sobróle dinero para empezar á edificar. « Las mujeres, dice du Camp, acometieron con entusiasmo aquella obra : unas pedían y otras daban. Hubo una que vendió todos sus diamantes, que eran bellísimos y abundantes, y dió todo el producto de la venta, con la condición de que no se publicara su nombre. Más de una, de las cuales habla el mundo, cuyos títulos son conocidos y que viven en hermosos palacios históricos, — cuyos abuelos siguieron á Pedro el Ermitaño á las cruzadas, — muchas de éstas han economizado en el lujo de sus vestidos; no han renovado sus fastuosas habitaciones cuando lo necesitaban, para dar disimuladamente billetes de mil francos, pulseras, anillos y aderezos á las damas limosneras. Conozco á una señora joven, bella y elegante, que durante dos inviernos consecutivos no se presentó en los salones del gran mundo sino con vestidos de lana. Aquello me llamó la atención entonces : ahora ya lo entiendo. »

La señora Lechat no tuvo la dicha, como la viuda Garnier, de ver concluído su hospicio : murió antes de que terminase, el 29 de septiembre de 1879.

El cetro, — que, dice du Camp, « es un manojo de hilas », — pasó á manos de la viuda Jousset, á la cual tocó instalar la institución en los nuevos edificios.

He aquí la descripción que el autor del artículo del hospicio :

« Se entra por una pequeña puerta, — que nunca está cerrada de día, como si temiesen que los dolores no entrasen suficientemente aprisa, — á un jardín terraza, sostenido por piedras de molino, el cual es aún demasiado nuevo para que se vean en él árboles; y como aun no se goza allí de sombra, han formado un sombrío artificial, bajo el cual los incurables pueden respirar aire puro, sin que les toque el sol ni el viento. Al otro extremo del jardín se halla el hospicio, — vasto edificio construído sencillamente con grandes ventanas, como las que deben tener las habitaciones de enfermos. La casa está bien orientada... Delante del edificio se halla una casilla de madera que sirve de *locutorio* y en donde la superiora recibe las visitas. En el interior todo está limpio, bien distribuído, bien ventilado y lleno de luz. Los corredores son espaciosos, y en ellos se ven los aguamaniles con agua en abundancia y una gran sala de farmacia. En ésta vi un mueble de madera sin barnizar, con cajones, y escrito en cada uno de éstos el nombre de las señoras que visitan el hospital, y en los cuales guardan el delantal que se ponen para asistir á los enfermos.

¡Y qué nombres! Los de diez y siete condesas, tres ó cuatro princesas, varias duquesas, vizcondesas y baronesas, pertenecientes á las familias más ilustres de Francia se hallaban allí inscritos. (Du Camp los cita uno á uno.)... « En un salón espacioso vi, dice, veinte camas rodeadas de cortinas de algodón, en donde están las enfermas de más gravedad, y dos cuartos aparte para los niños enfermos de la parroquia. Cerca de los dormitorios está la capilla, y más lejos un salón en que depositan á las infelices que

han descansado para siempre, antes de llevarlas al cementerio. En aquella casa no es como en los hospitales : allí el cadáver es respetado y rodeado de oraciones hasta que se lo llevan á enterrar.

» En el segundo piso se encuentran los dormitorios de las damas que viven en el hospital, así como la ropería, la confección de los remedios, etc.

» Los cuartos reservados á las señoras que viven allí tienen todas las comodidades, los perfumes y los utensilios que usan las señoras. Ellas llevan cuanto poseen de más precioso : retratos de sus parientes, muebles y cuanto pueden necesitar.

» Un olor de ácido fénico sube hasta allí de los salones bajos, como para recordarles el lugar en que se hallan. » Las damas del Calvario, las viudas, han comprendido por experiencia que las penas se suavizan y se hacen menos duras cuando tienen por continua compañera la misión de aliviar los sufrimientos, y no pueden menos que reconocer que la mejor manera de no reflexionar demasiado en su propio sufrimiento es pensar siempre en el de los demás.

Las enfermeras pagan cierta cuota mensual por el derecho de servir á los enfermos, « como viajeras de la beneficencia alojadas en la gran fonda de la caridad », dice du Camp.

En el tercer piso viven las sirvientas, todas jóvenes y robustas; no reciben paga ninguna en cambio de sus servicios; ellas hacen los vestidos y dobladillan las sábanas, aplanchan y arreglan la ropería.

La cocina está en la parte inferior del edificio, como también el comedor de las señoras residentes y las demás piezas destinadas al servicio doméstico.

Las enfermedades asquerosas, los cánceres pestíferos, las lepras y las llagas espantosas que aquellas mujeres abnegadas curan, los males horribles que se ven allí, no se pueden explicar; y aunque Máximo du Camp los describe largamente, nos parece inoficioso seguir su ejemplo, y pasaremos esas páginas sin analizar gran parte de ellos.

Sin embargo, transcribiremos un caso :

« Sobre una cama baja vi á una niña de unos trece años; tenía la cara desfigurada por la hinchazón de las mandíbulas, lo que la daba un aspecto de tipo japonés, á lo cual se añadía la viveza de la mirada y los cabellos recogidos al estilo chinesco. Tenía una expresión inteligente, su sonrisa era amable y manifestaba agradecimiento. Permanece siempre acostada de espaldas, porque la ausencia de fosfato de cal en los huesos la ha quitado todo movimiento, y está en un estado gelatinoso. No mueve sino el brazo izquierdo; en el brazo derecho las articulaciones se han desviado á tal punto, que los dedos se le han volteado al revés, y las piernas sin huesos parecen de trapo, y se podrían hacer nudos con ellas. Toda la vida la tiene en la cabeza, y parece como si el resto del cuerpo estuviese muerto. Aquella cabeza piensa, es racional y no se sorprende al verse ligada á un cuerpo sin movimiento y sin vida. La niña no sufre, pero está muriéndose gradualmente. Pronto aquella alma saldrá de ese cuerpo inmóvil. Cerca de ella había una especie de animal sentado en un sillón que parecía mirarla con curiosidad. ¿Qué cosa es eso? Debe ser un ser humano, porque habla. Los pies y las manos son de una sustancia blanda; la lengua, más grande que la cavidad de la boca, cae

sobre los espesos labios; la cara está hinchada y los ojos parece que le salen de la cabeza; pero habla, aunque de una manera incoherente y con gran dificultad. Esta criatura embrionaria, que no se mueve, tiene treinta y seis años; pero al cabo han logrado aquellas santas hermanas hacerla comprender los fundamentos de la religión, y acaba de hacer su primera comunión. »

No nos atrevemos á seguir á Máximo du Camp en sus descripciones de las espantosas enfermedades que se encuentran allí; basta decir que no reciben sino las incurables, las que los hospitales no pueden aceptar porque inficionarían á los demás enfermos.

Cuando el día está claro y tranquilo, las enfermeras toman en sus brazos á estos seres, que casi no tienen nada de humano, y los sacan al jardín para que respiren mejor aire. Los cánceres de toda clase, de todos tamaños, en todas las épocas de su desarrollo, se encuentran allí en el estado más pútrido. « Lo quesufren aquellas infelices, dice el autor del artículo, con aquellos males sin remedio y sin esperanza de alivio, lo dejo á la imaginación del lector. Detrás de las blancas cortinas se oyen quejidos dolorosos; á veces, durante la noche, se oye un grito en medio del silencio; es que aquella fiera interior muerde á la enferma y la despierta. Las damas del Calvario nunca están lejos, y no se necesita llamarlas para que se presenten al lado de la que las llama. Ellas saben administrar el hidroclorato de morfina con la habilidad de un practicante de medicina, y conocen á fondo la manera de administrar las inyecciones. Los médicos nunca tienen gran compasión de aquellas enfermedades incurables, que consideran

como un error de la naturaleza; pero en los casos en que los remedios son ineficaces, las palabras afectuosas son un consuelo. Es preciso pensar en el enfermo y no en la enfermedad, y nunca se le pueden prodigar demasiados consuelos, ternura y atenciones. Así lo piensan las damas del Calvario; ellas tranquilizan á los que sufren tormentos, y los duermen con suaves palabras que fortifican, y que son como las letanías de la compasión; ellas calman á las que se desesperan con tanto sufrimiento; se arrodillan al lado de sus camas, oran fervorosamente y hacen descender la esperanza hasta los corazones exasperados.

» ¿En dónde se podrá rezar con más devoción que en aquella enfermería en que ya nada se aguarda de la ciencia humana; en donde cada minuto lleva un nuevo tormento; en donde, si están despiertos los enfermos, es en agonías; si duermen el sueño, es una pesadilla, y el alma no tiene otro refugio que en las esperanzas de ultra tumba? Una mujer que tenía hinchadas las rodillas y las piernas comidas por una horrible llaga me decía:

» — ¡Algo diera yo por poder caminar!

» — ¿Para qué? le pregunté; ¿para pasearse?

» — No, señor, para ir á la iglesia.

» Sin embargo, si ellas no pueden ir á la iglesia, la iglesia las va á buscar en sus camas. Todas las mañanas á las siete, las paredes del dormitorio se abren de par en par, y aparece la capilla, de donde se exhala un ambiente perfumado que llega hasta las camas de tormento como una caricia celestial. Las señoras que viven allí se arrodillan, y detrás de ellas las sirvientas; el sacerdote sube al altar, empieza la

misa, suena la campanilla, y los enfermos desde sus camas alargan los brazos hacia Aquel á quien invocan en la hostia santa. Todos los corazones se conmueven cuando el sacerdote, al terminar la oración dominical, dice *Et libera nos a malo,* « líbranos de todo mal »... ¡Con qué fervor contestan esos infelices: *¡Así sea!* Para ellos el mal está presente, es espantoso, y sería sobrehumano si fuera además maldito. Para los orientales el mal es el diablo, y así lo consideran. »

Según una leyenda oriental, el cáncer es obra del diablo, y podría creerse al ver las horribles consecuencias que deja en el cuerpo humano; pero las damas del Calvario han formado con él un puente para subir al cielo.

« Una mañana del mes de abril, sigue diciendo nuestro articulista, llegué al hospicio un poco antes de la hora de la visita de los médicos. Hacía frío, pero el edificio respiraba alegría y limpieza. Las señoras que allí residen, así como las que van de fuera, estaban reunidas en los corredores: había veintitrés que habían llegado de diferentes parroquias de París á cumplir con su deber matinal. Vestían el delantal blanco sobre el vestido negro de las viudas, llevaban las hilas en la mano y conversaban entre sí. Sobre el pecho lucía la cruz de plata, que es la decoración del Calvario, y en un dedo el anillo nupcial, de donde había huído la esperanza que, al desaparecer, no les dejó sino la fe y la caridad para consolarlas. Si los duques, los príncipes, los marqueses, los condes y los magistrados, los millonarios que dejaron de existir, pudieran ver lo que hacen sus viudas hoy, deberían sentirse felices al ver cuán

honrado está su nombre y en qué buenas manos dejaron el cuidado de las almas de sus hijos. Si aquellas mujeres fueran allí algunas veces por ostentación y capricho, nada querría decir; pero éstas se presentan todos los días á cumplir un deber con perseverancia incansable, con grande heroísmo.

» Las damas del Calvario entraron al fin en el dormitorio; yo las seguí; cada una se puso de rodillas, y antes de comenzar sus faenas, recitaban una oración cuyas últimas palabras eran éstas: « Permitid, Señor, que nuestros enfermos tengan la suficiente paciencia y resignación para sufrir sus dolores, y á nosotras inspiradnos fe y caridad. » En lo que las toca, creo que su oración es escuchada. Inmediatamente después se acercaba cada una al enfermo que le tocaba... El médico iba de cama en cama prescribiendo el remedio que debía dársele y al mismo tiempo consolándole con palabras engañadoras pero necesarias... Yo escuchaba las explicaciones técnicas del médico, y al mismo tiempo contemplaba con admiración las curaciones que hacían aquellas señoras con sus delicados dedos y con sus blancas y suaves manos... »

Y no solamente limpiaban y curaban las llagas, sino que, usando de amables palabras, lavaban y peinaban á aquellas desgraciadas, cuya fetidez casi no podían soportar los médicos enseñados á esas faenas.

« Casi todas, añade du Camp, son mujeres delicadas, nerviosas y criadas en la opulencia. ¿Podrían llevar á cabo este heroísmo si no tuvieran fe? ¡ No, jamás! »

Cuando han curado todas las enfermas en cama,

las enfermeras van á un salón en donde se presentan las pobres de la calle, pero que aun pueden moverse. Á éstas también curan, peinan, lavan, limpian y mudan, y aun les dan algún dinero para que compren con qué mantenerse.

La gente pobre es muy amiga de las más altas señoras de la aristocracia, y siente orgullo en ser asistida por ellas. Á veces dice una enferma con cierta satisfacción, que no procura ocultar:

— La duquesa X... vino hoy en su cochecito inglés, y fué la que me curó. ¡Es tan encantadora!

Todos los días á las nueve de la mañana y á las cinco de la tarde curan á las enfermas, y las mismas señoras son las que recogen los trapos y vendas sucias, y los cuentan y arreglan para enviarlos á la lavandera. Todas ellas conservan su personalidad; no abdican ni su nombre, ni su título, ni su posición social; y á las mismas que estuvieron en la Ópera en la noche anterior, ó en algún baile ó banquete, se las encontrará al día siguiente al lado del enfermo acancerado, cuidándole y vendándole. Las parisienses no pueden ocultar su gracia natural ni al lado de los agonizantes, y su modo de arrodillarse, de rezar, de dirigirles la palabra á los enfermos, las haría reconocer en todas partes.

« Mientras más estudio, concluye diciendo el articulista, y levanto los velos que oculta la caridad privada y penetro en los arcanos del sufrimiento, de la compasión y de la fe, más comprendo que las declamaciones de los envidiosos y los gritos furiosos de la multitud no son ya de nuestra época, y que la parábola del mal rico no se aplica al rico francés. »

XII

Hospitalidad para el trabajo.

« Hoy, dice Máximo du Camp, me toca hablar de las obras de caridad transitorias, que socorren un mal pasajero, lo calman, lo reconfortan y lo ponen en vía de curación. Estas obras son como esas chozas que se construyen en los Alpes para que sirvan de refugio cuando los caminos están repletos de nieve; el viajero encuentra allí abrigo contra la tempestad; duerme tranquilo y cobra vigor para continuar su camino que pudo haberle llevado hasta precipitarle en el abismo. París está lleno de viajeros que vagan perdidos en la tempestad, y se adelantan á tientas golpeándose contra los obstáculos y buscando una vía que no encuentran. Cuando caen muertos de hambre y de cansancio, cuando se cierran las más miserables posadas, cuando les falta un mendrugo de pan, cuando tienen que entregarse á la existencia del vago, ¿qué les queda? La miseria, la miseria que nadie puede comprender si no la ha estudiado, — la miseria que los obliga á dormir al pie de las fortificaciones, entre los árboles del bosque de Bolonia y comer lo que encuentran entre las basuras que arrojan á las calles... »

Du Camp refiere la situación á que llegan aquellos desgraciados, hombres y mujeres, que viven en el

invierno á la pampa, y duermen á hurtadillas bajo los aleros de las casas, á despecho de la policía. Hay en París todos los días de 50.000 á 60.000 individuos que no tienen un techo que los abrigue por la noche, y que no saben por la mañana en dónde dormirán cuando llegue la hora de descansar. París, como toda capital, pero más que todas las del mundo, es el sueño dorado de todo trabajador de Francia; de las provincias van á esa capital á buscar trabajo superior al que encuentran en las ciudades subalternas, pero con rarísimas excepciones, en lugar de hallar El Dorado que ambicionan, caen en la mayor miseria y se vuelven criminales ó pordioseros. Si esto sucede á los hombres, ¿qué será de las pobres mujeres? Éstas van á París de todos los rincones de Francia, llenas de esperanzas ficticias y acaban por caer en el vicio, y éste las conduce á la miseria más triste y vergonzosa. Pocas trabajadoras hábiles logran ganar tres francos (6 reales) por día: las más ganan dos francos, y muchísimas menos. ¿Cómo pueden vivir así? Es un misterio... Se entregan, como último recurso, á los vicios y á oficios pecaminosos; al fin envejecen, y si no son recibidas en las casas de las *Hermanitas de los Pobres* ó en otras instituciones caritativas, pues no todas caben allí, ¿qué será de ellas? Nadie lo sabe.

Estos peligros, estas miserias, estas desgracias las vemos en todas las capitales del mundo, en Europa como en América, y aún no se ha podido encontrar remedio alguno. Veamos qué han hecho en París esas almas caritativas que se entregan al estudio de las miserias humanas:

« Sobre ese terreno, en donde jamás faltan comba-

tientes, dice el autor que analizamos, la caridad sostenida por la fe ha combatido heroicamente, tanto más admirablemente, cuanto que lo ha hecho en secreto y sin que nadie lo sepa. Para salvar á un hombre que se ahoga, basta á veces tirarle una cuerda; para salvar á una mujer que se pierde, que va á desaparecer en el lodazal de la miseria y la desmoralización, no se necesita frecuentemente sino tenderle la mano, ponerla á cubierto, darle tiempo para respirar y afirmar su valor debilitado por una larga lucha. De esta sencilla idea nació la *Hospitalidad para el trabajo*, que es un refugio temporal, en donde renacen las fuerzas y se aclara el porvenir. Habíase empezado á establecer uno de aquellos dormitorios hospitalarios que en Inglaterra llaman *work houses,* que san Juan de Dios fundó primero en Granada hacia 1545, y que llamaron *Hospitalidad nocturna.* Todas las noches les abrían la puerta á las desgraciadas que iban á pedir asilo; las daban una cama; y al día siguiente temprano las dejaban salir. Estas infelices habían dormido una noche tranquilas, pero eso era todo. Como era posible que las mismas volvieran de nuevo todas las noches, y ése no era el objeto de la caridad, según los reglamentos, no eran admitidas allí sino cada cierto número de días... Sin embargo, era duro rehusar albergue á muchas que parecían muertas de debilidad y miseria, y entonces algunas señoras resolvieron fundar un asilo en donde pudieran ampararlas durante tres meses consecutivos, mientras que encontrasen colocación, y además, á las que ignoraban todo oficio las enseñaban uno, y se encargaban de buscarlas colocación honrada. Reuniéronse, pues, algunas señoras de la alta sociedad, y cada cual dió

lo que tenía para la obra; tomaron en arrendamiento una casa en la *Grande Rue d'Auteuil,* número 39, y entregaron la dirección de ella á las Religiosas de Nuestra Señora del Calvario, que es otra asociación distinta de la de las Damas del Calvario, que ya conocen nuestros lectores. La comunidad de Nuestra Señora del Calvario fué fundada en la pequeña ciudad de Gramat en 1833, por el abate Bonhomme, el cual también había organizado un colegio y fundado una congregación de sacerdotes. Esta comunidad de mujeres es una escuela en donde se enseña, y al mismo tiempo se hospeda á los pobres y se recoge á los convalecientes que salen de los hospitales, se forman trabajadoras y se instruye á los sordomudos. En todas partes donde se sufre, allí está la congregación de Nuestra Señora del Calvario. En la calle de Auteuil estas buenas religiosas han fundado una casa que es enfermería, escuela, hospicio y casa de trabajo. No han tenido con qué comprar terreno todavía, ni casa, y tienen que pagar arrendamiento. Aunque aquella casa es triste y pobre, la limpieza es su mayor lujo... Allí van á pedir la Hospitalidad mujeres de todas las nacionalidades del mundo y de todas las religiones posibles; la Hospitalidad recoge á cuantas puede: le basta que sean desgraciadas y que necesiten de su protección. Llegan aquellas miserables cubiertas de parásitos asquerosos, pestilentes... Hay un cuarto en que las hacen desnudar y las meten en un baño... Algunas se resisten, pero tienen que ceder, y en cambio les dan ropa limpia y una cama abrigada; además, ofrecen también una cuna á las infelices que llevan niños pequeños. »

Y aun no satisfecha la institución con dar abrigo,

pan y vestido á las pobres que reciben durante tres meses, no las dejan salir sin buscarlas primero una colocación honrada, después de haberlas enseñado un oficio, si no lo tenían antes.

Durante los años de 1881, 1882 y 1883 recibieron en ese hospicio á 7.534 mujeres, de las cuales 3.653 fueron colocadas en diferentes casas y tiendas, después de haberlas dado alimentos corporales y espirituales que las deben fortificar en la senda del bien. Allí van á parar las que salen de los hospitales convalecientes y acaban de reponerse entre las religiosas del Calvario.

Á la Hospitalidad llevan también á las que encuentra la policía vagando por las calles de París sin asilo y sin oficio. Cuando una infeliz mujer que ha andado todo el día por la ciudad en busca de un empleo, se deja caer al llegar la noche sobre un banco de algún paseo público ó sobre el quicio de una puerta, la policía se acerca, la interroga, y como no la pueden llevar al retén porque no ha cometido delito alguno, la mandan al maternal asilo de Auteuil, en donde permanece en seguridad hasta que la superiora la ha encontrado una colocación honorable.

¡Qué refugio de moralidad es ése! ¡Qué hospitalidad tan bien empleada es aquella! Si pudiéramos plantear en todas partes asilos de éstos, con seguridad se vería en breve la diferencia en pro de la civilización y la moralidad pública. ¿Por ventura no habrá entre los que nos lean algunas almas caritativas que hagan suya esta tarea? Sud-América está muy atrasada, muy pobre, es muy desgraciada; pero si empezáramos á trabajar en la morali-

zación de las clases bajas, en dar empleo á los vagos, asilo á los desamparados que transitan por nuestras calles y duermen abandonados en los quicios, en los portones, debajo de los árboles de las alamedas y sirven de foco de inmoralidad permanente, no hay duda que adelantaríamos más por las sendas del progreso, que con esos supuestos *ornatos* de las ciudades que á nada conducen, que no concluyen nunca y no pueden servir sino de irrisión, — ¡como si viésemos un vestido recamado de oro sobre el cuerpo ulcerado de un mendigo!

Pero debemos empezar por no pedir nada á los gobiernos que nada tienen; deberíamos tratar de fundar *sociedades* en las cuales cada miembro se comprometiese solemnemente á dar mensualmente una corta suma para ese objeto, y cuando hubiera el suficiente dinero, se podría enviar á Francia á traer algunas hermanas de María y José, ó religiosas de Nuestra Señora del Calvario, las cuales fundarían fácilmente casas de asilo para los que vagan sin amparo por las calles. Todo lo que hagamos aquí por nuestras propias fuerzas, de seguro encallará; pero si lográsemos traer algunas de esas francesas, enseñadas ya á esas faenas caritativas, que llevan en sí la experiencia de los siglos y la costumbre de hacer el bien con ORDEN, con CONSTANCIA y con ENERGÍA, — que es lo que nos falta, — de seguro haríamos un gran bien. Con el mayor gusto pondríamos nuestra humilde pluma á la disposición de las asociaciones que se fundasen con ese objeto, y nos comprometeríamos á tomar una parte en ellas en cuanto nos alcanzaran las fuerzas y el tiempo. La misión de la mujer en nuestro siglo, repetiremos otra vez, no es la de

cruzarse de brazos y aguardar á que los hombres lo hagan todo. Tenemos una tarea que llevar á cabo, y toda mujer debe trabajar para hacer el bien á sus semejantes en la esfera que Dios la ha puesto. Ya no es permitido que una mujer se fastidie, porque quien trabaja no se fastidiará jamás, y todas, más ó menos, debemos ejercitar nuestras facultades mentales y físicas para cumplir con nuestra misión sobre la tierra.

Tiempo ha que algunas señoras bien intencionadas trataron de establecer en Bogotá una casa de asilo, pero no pudo llevarse á cabo: primero, porque aquellas señoras carecían de experiencia en el asunto, á pesar de su buena voluntad; y segundo, porque quisieron pedir auxilio al gobierno, y el gobierno ofreció y no pudo cumplir. Así pues, la idea no es nuestra: pertenece á las señoras que la iniciaron, pero que no les fué posible llevarla á cabo. Ahora se debe hacer un esfuerzo nuevo: recoger algún dinero mensualmente, y aguardar á poseer el suficiente para mandar á traer á las hermanas que hemos dicho, y, una vez que ellas estuviesen en América, no dudamos que la obra de caridad se podría llevar á cabo con la ayuda de Dios.

En el asilo parisiense, las pobres mujeres aprenden un oficio, como dijimos antes, y cuando tienen algunos conocimientos prácticos, la superiora, que las conoce ya, puede colocarlas en la casa ó en el empleo para el cual son adecuadas. Entre éstas se encuentran algunas á quienes una educación poco práctica las impide encontrar el empleo que ambicionaban, y muchas, después de haber estudiado ciencias, tienen que aprender algún oficio manual para ganar honradamente la subsistencia. Se piensa que con

saber cosmografía, historia, astronomía y retórica, la infeliz niña encuentra trabajo remunerativo; y como no las enseñan el arte práctico de la existencia, morirían de hambre si en aquel asilo maternal no las enseñasen el arte de ganar el pan de cada día, trabajando manualmente. « Me han asegurado, dice du Camp, y yo lo repito, que hay tres mil peticiones de institutrices graduadas que piden en vano empleo en el solo departamento del Sena. » ¿Qué será de nosotras, pregunté á un moralista, cuando salgan de los liceos las niñas que hoy se educan allí? Y él me contestó : « Eso mejorará la parte intelectual de las mujeres perdidas. »

Las pensionistas de la Hospitalidad del trabajo, que colocan en varios empleos las señoras que protegen el asilo, son de dos categorías : unas han sido salvadas de la miseria y han seguido por el camino del bien sólo con aprender un oficio lucrativo; otras, cuya vida manchada las ha pervertido, permanecen en el asilo algún tiempo, y la mayor parte salen de él corregidas con la paz que se respira allí, la dulzura de sus maestras, la diciplina y el buen ejemplo que las dan.

Á pesar de que aquella obra no cuenta con nada seguro y vive de limosnas y del trabajo de las pensionistas, las hermanas tienen cuidado de que los alimentos sean buenos, sanos y fortificantes, mejores dice du Camp, que los que se encuentran en la mayor parte de las mesas de los artesanos parisienses. Las dan cuatro comidas. El almuerzo consiste en un plato de sopa y pan ; la comida se compone de sopa, un plato de carne y otro de legumbres; por la tarde, un pedazo de pan, y sopa y legumbres en la cena;

en las comidas, les sirven cerveza confeccionada en la casa misma, y sólo en las grandes fiestas religiosas las dan alguna fruta. La manutención y albergue de cada asilada cuesta poco más de un franco por día, y no produce sino como 45 céntimos de franco; es preciso, pues, apelar á la caridad privada para pagar los gastos, y así lo hacen. Sin embargo, la superiora de la obra tiene esperanzas de fundar un establecimiento para lavar y aplanchar ropa, y cree que con las utilidades de ello podrá subvenir á todos sus gastos, sin tener que apelar á la caridad pública. Aquel oficio, asegura, sería muy útil y sumamente fácil de aprender.

« El trabajo no cesa en aquella casa, dice el autor que analizamos: allí la labor se hace más fatigosa por ser tan pequeño el local. Se sorprende uno al ver cómo viven 115 mujeres en tan exiguo local, y más sorprende aún que sólo nueve religiosas bastan para todo el servicio, á cada momento interrumpido. Desde la mañana hasta la noche es preciso estar alerta para abrir á las desgraciadas que llegan; atender á los amos que van allí en busca de una obrera ó de una criada; despachar á las que se van; dar consuelo á las que se afligen; decir buenas palabras á las que se desesperan y hacer el bien á todas. La vida más santa y caritativa es la que consagra todos los momentos de la existencia al bien sin cansarse ni desfallecer jamás. Bastaría pasar un día en la sala de recibo de aquella casa para informarse acerca de las innumerables miserias que sufren las mujeres, y se comprendería mejor la bondad de la caridad que si leyésemos todas las obras de moral del mundo entero. Allí se las ve en esas luchas y combates secre-

tos en donde el alma se manifiesta á las claras. Sea como fuere la miseria, aunque se presente con ceño feroz é implacable, la caridad no desmaya nunca: ella entonces se reviste de todo ropaje, y á todas las crueldades de la suerte opone todas las dulzuras de la maternidad que no se agota y parece fecundizarse á medida que penetra en el fondo de las esterilidades del infortunio. De todas las voluptuosidades, la más exquisita es el sacrificio de sí mismo.

» Una institución como la *Hospitalidad para el trabajo* ¿podría acaso fundarse por medios laicos? No lo creo. Ninguna mujer asalariada, sea el que fuere su salario, hará jamás lo que lleva á cabo la religiosa á quien no se paga, que come cuando todo el mundo ha comido, que no se acuesta sino cuando todos están en la cama, y se levanta la primera de todas. Para andar en pos de semejantes faenas, amarlas y entregarse en cuerpo y alma á ellas, y no buscar más recompensa que la que ellas le proporcionan, es preciso tener la vocación de la abnegación y creer que se obedece á la inspiración de una orden superior. La regularidad, la economía, el espíritu de orden en la dirección de la obra, son cualidades indispensables para llevar á buen puerto estas funciones; pero ¿qué objeto tendrían las cualidades administrativas más desarrolladas si no estuvieran dominadas y, por decirlo así, arropadas por esa ternura que se afana por el mal sólo porque tiene esperanza de curarlo, y sólo penetra en el alma con la voluntad de salvarla? En esto está cabalmente esa fe que permite cumplir con tareas que parecen sobrenaturales, porque son tan grandes á los ojos del vulgo. Si á esa fe, que de nada duda porque no

puede dudar de sí misma, se le sustituye la autoridad de los empleados civiles, no habrá poder humano que éstos puedan nunca reemplazar con cosa alguna las creencias que se afirman y se asocian á todos los dolores y desgracias humanas. Para aquellos que han puesto su esperanza de recompensa en el cielo, no hay jamás sacrificio demasiado duro. Más allá de la vida ellos ven un punto luminoso hacia el cual se dirigen sin mirar para atrás. Mientras más penosa es la acción que cumplen, más absoluta es la abnegación y más cerca ven el foco luminoso hacia el cual vuelan. La certeza de llegar á gozar de esa luz inmortal los hace cumplir con una misión de la cual se aprovecha el pueblo infeliz y adolorido. Por eso es un crimen horrible el tratar de apagar esa luz. Conocí una vez á un hombre honrado que había sufrido mucho porque puso su fe en la virtud desinteresada de las turbas. Al envejecer buscó para consolarse las ideas abstractas. « Usted se levanta muy alto, le dije un día. — Sí, me contestó sonriendo, ¡pero subo hacia el vacío! »

» No he olvidado esa palabra. Pero sí, puedo asegurar que no es hacia el vacío que se elevan las mujeres que protegen y dirigen la *Hospitalidad para el trabajo.* »



XIII

El hospicio de jovenes tísicas.

El antiguo código de la caballería, dice du Camp, tenía un mandamiento que decía asi: « Respetarás á todos los débiles y te constituirás en su defensor. » Una vez que hubo desaparecido la orden de la caballería, ese mandamiento fué aceptado por almas religiosas que, sin saberlo, son la viva divisa de aquel mandamiento. Ya hemos visto las obras de las Hermanitas de los pobres y las de las Damas del Calvario, las cuales « respetan al débil y le protegen, como hacía el caballero que deseaba ser fiel á su orden ». « Y no sólo lo respetan, añade el escritor, sino que lo buscan y se arrojan en medio de las desesperanzas humanas para buscar alguna desgracia mayor que todas. Detrás de la humildad de una existencia voluntariamente anulada, hay una constancia en la abnegación que llena de admiración á los más incrédulos; bajo el escapulario de algunos hombres y la pañoleta de algunas mujeres, hay corazones que han pasado por todos los sacrificios humanos. En aquellas casas, á las cuales he penetrado de de día y de noche, sin que me esperasen, siempre he visto el mismo espectáculo : gentes que procuran hacer olvidar el sufrimiento ajeno con dulces palabras y buenas acciones. Entre el dolor y la caridad hay allí una lucha incesante; el dolor se multiplica,

se presenta bajo diversas formas, pero la caridad lo acecha, lo persigue, lo alcanza y lo debilita, aunque no tenga esperanza de vencerle enteramente.

« Á medida que se han desarrollado los grandes centros de población, la indigencia y las enfermedades han encontrado mayor número de víctimas. En las ciudades demasiado pobladas, esa plaga es permanente, y sólo tiene un enemigo : la permanente caridad. En el centro de inmensas ciudades como París, la caridad no puede ser general, porque perdería su tiempo y no alcanzaría á aliviar á los desgraciados. Ha tenido, pues, que limitarse á dividir su acción para no faltar á la misión que se ha impuesto. Así como hay médicos que sólo se ocupan de ciertas enfermedades, así las instituciones de caridad no abren los brazos sino á ciertas miserias. Ya hemos visto que las hermanitas de los Pobres no recogen sino ancianos indigentes, las damas del Calvario no cuidan sino cancerosos, etc. etc. Tal parece como si la fe enviase uno de sus apóstoles al lado de cada debilidad de la materia y del espíritu para curar sus llagas y limpiar el alma. »

El fundador de la obra que nos ocupa hoy es un sacerdote de noble raza, llamado Luis Juan María de Soubiranne. Era Vicario de San Miguel de Castelnaudary (en el mediodía de Francia) en 1820. Desde que empezó á ejercer su ministerio procuró hacer todo el bien posible en su parroquia y fundar asociaciones benéficas, que al principio no tuvieron efecto.

Al fin resolvió tratar de establecer una institución para proteger á las sirvientas sin asilo, que van á las ciudades en busca de servicio, y allí muchas veces se pierden y desmoralizan porque no encuentran un

alojamiento honrado en que albergarse mientras buscan una casa.

En 1854 logró que dos sobrinas suyas organizasen una comunidad llamada de María del Socorro *(Marie Auxiliatrice)*.

Esa buena obra, nacida en Castelnaudary, no pudo prosperar en un lugar tan poco poblado, y así fué que emigró á Tolosa, gran ciudad de 120.000 habitantes. Pero aun allí encontraron que no podían hacer el bien como lo deseaban. Ya en 1870 había muerto el abate Soubiranne, pero su idea se había encarnado en sus discípulas. « La mujer, observa el autor, es más audaz que el hombre; su corazón la arroja, y á veces la precipita en medio de peligros que no había medido ni previsto. » Así fué que la comunidad de María del Socorro soñó con ir á París; pero ir á París en medio de la guerra con Prusia era imposible. Fué preciso aguardar, pero aun antes de que se acabasen de calmar las pasiones despertadas por la Comuna, las hermanitas de María del Socorro llegaron á París, en donde pensaban que serían más útiles, por lo mismo que aquella ciudad había sufrido tanto.

« Las comunidades contemplativas, dice du Camp, pueden vivir en el campo; en el desierto están aún mejor; pero las activas no tienen razón de ser si no van á buscar la riqueza, el vicio, la caridad y la enfermedad que les proporcionan un gran campo de miserias y de limosnas. »

En París las hermanas encontraron que, aunque su idea primordial era buena, no era completa. Resolvieron, pues, recibir niñas externas é internas para enseñarles las nociones rudimentales de la educa-

ción moral é intelectual; mujeres pobres, viudas la mayor parte, á quienes proporcionaron un asilo honrado y barato en donde pudiesen albergarse y vivir tranquilas. Éstas pagan una corta pensión en cambio de un cuarto abrigado y una alimentación sencilla, pero sana y suficiente. Al lado de éstas hay una sección en donde se hallan las institutrices que buscan un empleo y pueden vivir tranquilas mientras lo encuentran; y por último, hay otra sección destinada á las sirvientas, costureras y mujeres trabajadoras que no tienen casa ó que han tenido que dejar su oficio porque están enfermas. Las hermanas del Socorro las albergan, las cuidan y las proporcionan los medicamentos que necesiten. Tienen derecho á permanecer en aquel asilo pagando una cuota insignificante durante tres meses, con la condición de recogerse á las siete de la noche.

Habían notado las hermanas que muchas jóvenes, — costureras por lo general, — sufrían de enfermedades del pecho, y pensaban que obra tan buena sería tener una casa en el campo en que las enfermas pudiesen respirar aire libre y puro.

Deseosa la madre superiora de arrancar del vicio á una joven costurera sin familia y enferma, resolvió admitirla definitivamente en el asilo, y éste fué el primer paso dado hacia el *Hospicio de jóvenes tísicas,* que se fundó después.

La comunidad se sostiene con limosnas, naturalmente, y cada día algunas hermanas salen á buscarlas por la ciudad. El vestido de las novicias es blanco; el de las profesas es negro, con pañoleta y cofia blancas y velo negro.

De la cintura les cuelga un rosario, el cual, dice

du Camp, al golpearles las rodillas les dice: « Pensad en Dios. »

Dos hermanas « limosneras » entraron un día á una tienda en donde vendían géneros de lana, con el objeto de pedir unos pedazos de franela para abrigar á algunas enfermas del pecho que tenían en la enfermería.

— ¡Cómo! exclamó la tendera, ¡ustedes cuidan á las tísicas! ¡Ah! repuso llorando, ¡yo tengo una niña que se me muere de ese mal; si me la quisieran recibir en su casa, al menos tendría aire que respirar!

Las hermanas encontraron en un miserable cuarto, en donde no podía casi respirar, á una pobre niña de diez y siete años en el último estado de tisis.

Avisáronle á la superiora, la cual inmediatamente la llevó al asilo, y aunque era contrario á los reglamentos, la instaló en una pieza grande, clara y alegre.

¡Cuántas infelices mueren en París de tisis desarrollada por los malos aires y por falta de precauciones higiénicas! En los hospitales no las reciben, porque es una enfermedad muy larga y no tienen campo sino para los males agudos y de corta duración.

Las hermanas de María del Socorro resolvieron entonces trabajar para conseguir una casa fuera de París, en donde pudieran mandar á morir tranquilas á las tísicas que habían recogido.

Acogieron esta benéfica idea varias señoras caritativas de París, y pocos meses después pudieron arrendar unas casuchas poco cómodas en Livry, en las goteras de la ciudad. Allí llevaron á las enfermas y las instalaron en las mejores piezas, y la superiora

de aquella sucursal de la casa madre dormía en un cuartito tan desabrigado, que cuando llovia á media noche tenía que abrir un paraguas. Pero las pocas enfermas que cabían estaban bien y tenían un jardín adonde bajaban cuando lucía el sol.

Aquellos actos de abnegación llamaron la atención de algunos ricos de París; éstos se reunieron y entre todos formaron una sociedad de beneficencia y recogieron una cantidad con la cual compraron una buena propiedad á 18 kilómetros de París, con su casa de habitación, llamada Villepinte, y se la alquilaron á las hermanas de María del Socorro por una suma nominal. Villepinte había pertenecido á una abadía de la edad media y después á varios señores nobles, los cuales habían fabricado una casa de campo con sus edificios para negocios de campo y un hermoso parque.

El nuevo hospicio se instaló allí el 19 de marzo de 1881, pero depende del de París.

Cuando du Camp visitó esa casa de beneficencia encontró á treinta jóvenes enfermas, pero que aun parecían gozar de una salud suficiente, trabajando alegremente y paseando por el parque, todas llenas de ilusorias esperanzas de curación. Allí no van sino las que han sido desahuciadas por los médicos, pero sin embargo algunas se han curado.

La vida que llevan es muy descansada. Deben presentarse á las ocho en el refectorio; en seguida, las que tienen fuerzas se ocupan en arreglar los dormitorios, etc., y después salen á pasear al parque; si pueden, cosen de las dos á las tres; comen, y luego, de las cuatro á las cinco, vuelven á coser; á las seis refrescan y á las ocho se acuestan. La comida es

buena y nutritiva, y á cada enferma le dan lo que más puede convenirle. Los dormitorios están divididos según el grado más ó menos adelantado de la enfermedad, y son todos grandes, ventilados, pero sin corrientes de aire y en el invierno bien calentados. Todas estas comodidades provienen de las limosnas y caridad de las mujeres del gran mundo de París, cuyos nombres se encuentran siempre en toda buena obra, y sin que nadie lo adivine dan á los pobres no sólo su dinero, sino su tiempo y sus cuidados. Ya hablamos de ellas en el artículo que corresponde á las Damas del Calvario.

Á más de esos dormitorios, hay otros en que se ven menos camas; éstos son los de las enfermas graves, y por último uno en que hay dos camas: las de las moribundas. Cada vez que muere una allí, cambian el papel del cuarto para cortar el contagio.

« Cuando entré en aquella pieza, dice du Camp, vi que una hermana estaba sentada haciendo medias y vigilando á dos niñas de diez y seis años que casi no estaban en este mundo. La enfermedad las había enflaquecido hasta ponerlas trasparentes, pero tenían el espíritu sereno, el cual se afina á la hora postrera y comprende ya misterios que la materia le impedía entender. En ese estado parece como si el alma se cerniera sobre el cuerpo aniquilado; todavía no ha partido, pero ya no es de este mundo. Una de estas moribundas tiene la cara envuelta en trapos; un tumor horrible le cubre el ojo derecho. Sobre una mesa cerca de su cama veo toda clase de golosinas, una taza de caldo frío y una copa de vino de Málaga; la infeliz no puede ya probar nada; tiene la cabeza sobre la almohada, está sin movimiento y parece

tranquila y contenta; le hablo, pero casi no puede contestarme. La otra es encantadora; está acostada largo á largo sobre la espalda, inmóvil, y tiene los ojos fijos, mirando el mundo invisible sin duda. Chateaubriand dijo: « ¿Porqué no se ha de tener en la tumba la gran visión de la eternidad? » Sus cabellos rubios le formaban una especie de auréola en contorno de la cabeza, y la palidez de su frente parecía de cera; tiene los ojos inmensos rodeados de ojeras; el pulso es acelerado, como si quisiese acabar ligero, así como la respiración pronta también. Tenía las manos sobre la colcha y las movía como con una convulsión.

» — ¿Cuántos años tiene usted? le pregunté.

» — En el mes de mayo cumpliré diez y ocho, me contestó en voz baja.

» — Ése es el mes de las rosas, le contesté; le traeré un ramo.

» — Me gustará mucho, dijo con cierta semisonrisa.

» Me alejé prontamente; la vista de los que van á morir me recordaba demasiado á los seres queridos que partieron así.

» Salí por un pasadizo, y sin pensarlo abrí una puerta que me quedaba al frente. ¡Me quedé de una pieza! En un cuarto angosto, iluminado por una gran ventana que parecía abrirse sobre el infinito, vi á una niña acostada sobre un lecho enteramente blanco. Detrás de ella había tres luces, que eran como una confesión de fe. Una hermana y una madre estaban arrodilladas rezando frente al cadáver vestido de blanco y con un cinturón azul que le bajaba hasta los pies. En las manos blancas, blanquísimas, tenía

un rosario como si rezara una oración suprema, y un velo de muselina la envolvía completamente. Los párpados cerrados y la palidez que hacía contraste con los cabellos negros y la sonrisa sobre los labios la daban una expresión de paz que me llamó la atención. Recordé una frase de san Pablo : « No estéis tristes como los paganos que no tienen esperanza. »...

» Las hermanas de María del Socorro son muy dulces y maternales con sus enfermas, y se muestran ingeniosas para llevar á cabo el tratamiento que los médicos prescriben á cada enferma... » Frecuentemente, para ocultarlas su estado de debilidad, no las permiten hacer su cama y barrer el dormitorio, lo que todas tienen gusto en hacer como un pasatiempo, y las distraen con otras ocupaciones más fáciles. En cuanto á los alimentos, no podrían estar mejor servidas en parte alguna; cuando les falta enteramente el apetito en el último período, piden toda clase de golosinas que las hermanas procuran darlas.

En muchos casos las buenas enfermeras han logrado curar á las que sólo están en el primer período de la tisis. De 229 enfermas que recibieron en todo el año de 1883, curaron radicalmente á 74 y mejoraron notablemente á 59; lo cual prueba que cuando se logra combatir los primeros síntomas de la tisis con una buena alimentación, aire puro y una vida arreglada y sana, no es difícil llegar á curarla.

Fuera del hospicio en que cuidan á las enfermas indigentes, ó que pagan una pensión casi nominal, las hermanas reciben como pensionistas algunas señoras de salud enfermiza que no tienen hogar y desean que las cuiden manos caritativas y no mercenarias. El parque con sus sombreadas alamedas les

llama la atención, pero más que todo el amor evangélico de las religiosas.

La leche es uno de los alimentos más necesarios para las enfermas; así es que las hermanas tienen un pequeño cercado y un pesebre para cuidar algunas vacas y cabras que forman además la distracción de las enfermas.

« La primera vez que visité el hospicio de Villepinte, dice du Camp, lo hice con el consentimiento de la superiora, y, como avisé el día y la hora en que debería ir, me aguardaban naturalmente. Así fué que aunque la casa me pareció una enfermería modelo, en donde los enfermos y los agonizantes eran tratados con el mayor cariño, y aun las muertas recibían pruebas de respeto; sin embargo, mi visita había sido anunciada, y todo lo encontraba en el mayor orden; las enfermas estaban alegres, los alimentos eran suculentos y hasta la muertecita la veía bien ataviada.

» Todo aquello me enterneció, pero me propuse presentarme otro día de repente... Así lo hice, y algunas semanas después me encontraba á la puerta de Villepinte. La superiora del asilo me recibió con sorpresa y al momento volví á pasearlo. Lo encontré en el mismo estado de orden en que lo vi la primera vez. No me fué posible encontrar la menor diferencia en cosa alguna.

» — ¿Y la jovencita del pelo de oro? pregunté de repente.

» — Murió anoche, me contestaron.

» Subí al cuarto fúnebre : la pobre niña estaba tendida sobre la cama que debería dejar sólo para ser llevada á enterrar; vestía el traje blanco y la cinta

azul; las manos cruzadas sobre el pecho con el rosario entre los dedos; el velo de muselina la cubría completamente, y detrás se hallaban las tres luces simbólicas. Al pie de ella oraban las hermanas. Todo estaba, pues, lo mismo que el primer día; sólo la muerta era diferente.

» Una madre que había perdido uno de sus hijos tuvo la idea de fundar un asilo para los niños enfermizos y débiles. Nadie sabe lo elocuente que es una cuna vacía, y qué esfuerzos de caridad se hacen para hacer callar el dolor de una madre. En la soledad, en sociedad, en las faenas de la casa, en medio de las ocupaciones más frívolas de la vida, siempre y á toda hora el niño perdido llora en el corazón de la que le dió el ser. Ella no más le oye, y el ruido y la alegria de los demás no le impiden oírle. « Según la doctrina de los indios, dice Chateaubriand en sus *Memorias,* la muerte no nos destruye, sino que tan sólo nos hace invisibles. » Aquello es cierto, sobre todo para los niños. Su cuerpecito material ha devuelto á la naturaleza lo que ésta le había prestado; el polvo se ha convertido en polvo, pero su alma ¿en dónde está? Ella está con su madre, la sigue á todas partes, la aconseja y la enternece. El niño que ha sufrido piensa en los que sufren, y le dice á su madre :

» — ¡Anda, socorre á los pequeñuelos como lo era yo cuando estaba en tus brazos; esos infelices tal vez tendrán que dejar á sus madres porque éstas no los saben cuidar como deben!

» La madre piensa que es el recuerdo de su hijo el que la empuja á las buenas obras en favor de la infancia raquítica. Pero se equivoca : es el niño mismo

que la inspira, que la dirige y la obliga á cumplir esas acciones caritativas, en las cuales tal vez no hubiera pensado antes. »

Tal vez la idea poética de du Camp no es enteramente exacta, ni debemos pensar en que así sea, pero es tierna y hermosa.

En las orillas del parque de Villepinte se encuentra una construcción nueva que lleva esta inscripción con letras negras:

Fundación Hochon-Lefuel.

Este edificio ha sido mandado construír y lo sostiene casi sola una señora que llora la pérdida de un hijo pequeño, y que se ha propuesto fundar un hospicio para los niños raquíticos. Es preciso, pensó, no solamente curar á los tísicos, sino en primer lugar impedir que lo sean. Aquel asilo recibe niñitas de cuatro á doce años, que sean de una constitución débil y propensas á enfermarse del pecho. Allí les darán educación física y moral y les impedirán que se desarrolle en ellas el terrible mal que las amenaza.

Éste es un establecimiento relativamente nuevo: se abrió el 1.° de diciembre de 1883.

La hermana de María del Socorro que han escogido para encargarse de las niñitas, es joven y alegre, para que pueda instruírlas divirtiéndolas. ¡Infelices criaturas! Algunas son mal conformadas, otras sordas y escrofulosas, de mal color todas, ó á lo menos de un aspecto de mala salud.

Aunque la institución se fundó ha poco, pronto tuvo un personal completo: capellán, médico, religiosas y maestras. Se verá con este ensayo si es posible

salvar á un niño cuya constitución ha sido viciada desde su nacimiento. El agente principal en que fundan la esperanza de aquel establecimiento es el ambiente puro que se respira en los bosques. Tienen muchos árboles, sobre todo pinos (cuya fragancia es muy provechosa para las enfermedades pulmonares) y prados, jardines y hortalizas.

Máximo du Camp dice que algunos médicos famosos recomiendan á los enfermos del pecho, y sobre todo á los niños, que tengan una rama de pino ó de otro árbol verde suspendida sobre la cama, y exige además mucho aire puro.

El hospicio de las jóvenes tísicas no cuenta sino pocos años de existencia, y ya ha probado que puede hacer un gran bien, pero le falta, dice du Camp, mayor número de dormitorios para poder recibir más enfermas. « Un millonario, concluye diciendo, que quisiera tomar á su cargo esta obra, haría un acto grandioso y merecería bien de la humanidad. » Si en Sud-América, añadiremos, se pudiera hacer la centésima parte de lo que llevan á cabo las mujeres europeas, el aspecto de estos países cambiaría. Para esto bastará buena voluntad, espíritu de orden y sobre todo de constancia, que es lo que nos falta siempre, y más que todo esta actividad y ánimo para no desalentarse en las empresas que se comienzan.

PARTE TERCERA

MUJERES MISIONERAS Y MORALIZADORAS

Mujeres misioneras.

I

Hay varios modos de ser *misionera :* puede serlo una persona entre salvajes ó en las ciudades demasiado populosas — en que la corrupción de las costumbres ha hecho olvidar el cristianismo — y en los distritos alejados del centro de la civilización, y adonde no llega sino muy amortiguada la doctrina del Salvador.

Á todas tres clases de misioneras pertenece el interesante tipo de mujer que vamos á presentar hoy á nuestras lectoras.

Nacida madama Duchesne en vísperas de la Revolución francesa, en Grenoble, su familia hacía parte de la clase tan respetable de fabricantes y abogados que han tenido siempre grande influencia en la política, y formaban la clase media, ó *tiers état,* que tanto papel hizo en la Revolución francesa.

Felipa Rosa Duchesne desde muy niña manifestó un carácter serio, decidido y perseverante. Nunca pudo dedicarse á los estudios ligeros y á las artes de adorno, y, apenas llegó á tener una opinión propia, se dedicó á estudios religiosos, manifestando deseos de hacerse monja, á pesar de que sentía que más la convenía una vida activa y nó contemplativa. La Revolución impidió llevar á cabo sus proyectos, puesto que se dispersaron las comunidades y se cerraron los conventos. Habiendo perdido á su madre en 1793, Felipa fué á vivir en Grenoble con una monja exclaustrada, y entre las dos se dedicaron á socorrer á los presos políticos, ayudar en su ministerio á los sacerdotes (que tenían que vivir ocultos) y enseñar la doctrina á los niños del pueblo, que crecían en medio de aquellas escenas de sangre y sin ninguna enseñanza religiosa. Su valor á toda prueba, su perseverancia y actividad eran incansables. Esta existencia duró hasta 1801, cuando, merced á la cooperación de sus parientes ricos, reconstruyó el convento de la Visitación, donde se había educado. Esta tarea fué ardua, porque con dificultad lograba reunir á las monjas dispersas en diferentes partes de Francia y aun en países extranjeros. Al fin acogió con gusto la idea de reunir la comunidad de la Visitación con la sociedad recién fundada en Amiens por madama Barat. En las reglas de la sociedad del Corazón de Jesús la madre Duchesne encontró todo lo que había ansiado siempre, puesto que en ellas se combina el espíritu evangélico y la religión con la actividad que demanda la enseñanza de la juventud de todas las clases de la sociedad.

Sin embargo, la madre Duchesne encontraba que

no era suficiente para su actividad y deseo de hacer el bien aquella misión comparativamente fácil de enseñar á las clases civilizadas de Francia : quería abandonar las comodidades y la cultura para irse á algún país salvaje, en donde pudiera conquistar almas para Dios, tal vez á costa de su vida. Tenía esta mujer un temperamento de misionero en unión de una salud excelente y de una paciencia y perseverancia extraordinarias. Así pues, habiendo concebido desde 1805 el deseo de ir á las provincias menos civilizadas de la América del Norte á llevar la religión católica al foco mismo del protestantismo, jamás cejó en su propósito, aunque no logró llevar á efecto lo que tanto ansiaba hasta 1818. Durante aquellos catorce años no desmayó un momento en su deseo y en sus ruegos y súplicas á la superiora de su orden para que le permitiese pasar á la Luisiana, de donde algunos de sus habitantes habían escrito pidiendo que fueran monjas del Corazón de Jesús á fundar un convento.

Al fin, el 21 de marzo de 1818 la madre Duchesne, con tres ó cuatro compañeras, se hicieron á la vela desde Bordeaux. Á su llegada á Nueva Orleáns se fueron á albergar en un convento de monjas ursulinas. La corrupción en aquella ciudad era espantosa. Las mujeres de raza blanca no pensaban sino en ponerse joyas, en renegar, en fumar como soldados; no tenían la menor noción de lo que era una religión, ni de obedecer á cualquiera autoridad. En cuanto á los miembros de la raza negra, éstos estaban más salvajes que cuando erraban por los desiertos africanos. Pero su misión no era en Nueva Orleáns sino en San Luis. Esta ciudad no contaba entonces sino mil al-

mas. El centro religioso de aquel distrito era un granero de tablas, casi en ruinas, en donde vivían el obispo y cinco sacerdotes, más como mendigos que como lo demandaba su categoría. El pobre obispo tenía á veces que albergar en su dormitorio á los cerdos, y estaba tan pobre, dice la madre Duchesne, que no tenía con qué pagar el pasaje en el bote que atravesaba el río, ¡dos céntimos! Pero aun aquel lugar era demasiado civilizado para las misioneras, y se fueron á establecer en un población, en las orillas del Missouri, llamada San Carlos. En la miserable habitación que las dieron no había la menor señal de civilización, y para no morirse de hambre las monjas personalmente tenían que sembrar y coger las sementeras. Como les hubiesen regalado algunas vacas, ellas las llevaban á los pastajes, y cuidaban en el invierno en la pesebrera.

Algunos clérigos y frailes que habían emigrado desde la época de la Revolución ayudaban á estas santas mujeres en su misión de convertir, enseñar y civilizar á los habitantes de los contornos.

Era tal el frio que hacía en aquel lugar, durante el invierno, que hubo día en que la leche se heló hasta el punto de tener que partirla con un hacha. Como ellas tenían que hacerlo todo, desde cocinar, cuidar de las sementeras y atender á sus deberes de maestras, vivían pasando y repasando por un patio en donde el frío era intenso. Además, los vestidos se les habían acabado, así como el calzado, y presentaban, dice la madre Duchesne, un aspecto miserabilísimo. Pero nada de esto resfrió su celo y constante buen humor, y todo lo hacían cantando y alabando á Dios. Al principio sólo poseía la comunidad un plato de

lata, en el cual comían por turnos, y como no tenían con qué comprar más, se contentaban con su miseria.

En tanto la influencia moral sobre las poblaciones adyacentes progresaba de una manera prodigiosa. Se aumentaron las discípulas que tenían recursos para pagar una pensión, y la escuela gratis para los pobres era crecidísima ya en 1820. Ellas no se contentaban con enseñar á las niñas : toda mujer blanca, negra ó india, joven ó vieja, que deseara instruírse, hallaba amable acogida entre las monjas del Sagrado Corazón. Á poco fué preciso fundar otro establecimiento en San Landry y en seguida otro en San Miguel, en las orillas del Mississipi. Sin embargo, aquel progreso era interrumpido con frecuencia por la fiebre amarilla, que llevaba su terror á todas las poblaciones, y después, desde 1830, el cólera produjo el mismo efecto.

La madre Duchesne trabajó sin descanso como superiora de todos aquellos establecimientos hasta 1840, cuando logró que otra tomara el gobierno de ellos para realizar el deseo que había tenido toda su vida : el de visitar las misiones que tenían los jesuítas entre los indios semisalvajes que vivían en el fondo de sus bosques.

La madre Duchesne había cumplido setenta años cuando emprendió este viaje, con tres hermanas y un negro fiel. Muchos trabajos tuvieron que sufrir durante el viaje, pero diez y ocho millas antes de llegar al primer pueblo, el de los Pattawatomis, 150 indios espléndidamente vestidos con plumajes, salieron á recibirlas, á caballo, en corceles ricamente enjaezados, llevando banderas blancas y encarnadas. Llevá-

ronlas á las casas de los jesuítas manifestándoles el mayor respeto, y allí tuvieron que besar á todas las mujeres y dar la mano á todos los hombres, que eran 700. El pueblo se llamaba Boquerón de Azúcar.

En breve las monjas aprendieron del idioma lo suficiente para enseñar á las mujeres la doctrina, así como la costura, el arte culinario y la lectura. Además, las monjas fabricaron en pocos días vestidos para cubrir aquellos salvajes que andaban casi desnudos. Entretanto los jesuítas enseñaban los rudimentos de agricultura y otras ciencias útiles á los hombres de la población. Progresaba grandemente la nueva colonia, y la madre Duchesne estaba contentísima, cuando llegó el invierno y con él un frío intenso. La ninguna comodidad de las habitaciones y los escasos alimentos (á veces no tenían otro alimento sino pepinos únicamente) enfermaron á la madre Duchesne, para quien era muy dura semejante existencia á los 70 años; así, al cabo de un año, la obligaron los Padres jesuítas á volver á San Carlos. « Yo no puedo pensar sino en mis indios, » escribía... « Me parece que al dejar á mis indios abandoné mi elemento natural, » añadía.

Tuvo el gusto de ver, antes de su muerte, á los 84 años de edad, establecimientos del Sagrado Corazón en Nueva York, Montreal, Halifax, Filadelfia, Búfalo, Detroit, Sandrich y Albany. Murió en noviembre de 1852, después de haber pasado 34 años en América. Se han fundado conventos del Sagrado Corazón en toda la América del Sur; en el Perú, Chile y Bolivia se cuentan 5 conventos del Sagrado Corazón, y por junto 31 casas de educación, 1.200 monjas, más de 3.000 educandas acomodadas, y de

4 á 5,000 huérfanas, á quienes se educa de balde.

Las misiones del África central cuentan en este siglo, entre otras religiosas muertas en su puesto al lado de los que habían ido en nombre de Cristo á difundir el Evangelio, á dos hermanas de la congregación de San José de la Aparición : sor Josefina Fabiani y sor Magdalena Carcassián. El recuerdo de estas dos misioneras no debe perderse. Sor Josefina era hija de padres grecocristianos. Después de recibir educación en el convento de las hermanas de San José, pasó á encargarse del cuidado de las niñas de Siria, cuyos Padres habían perecido á manos de los musulmanes. Una vez que hizo sus votos, emprendió el apostolado en el interior de África, en donde convirtió á gran número de musulmanes y se hizo respetar por los jefes de las tribus árabes. Sor Josefina fué la primera superiora de las misiones del África Central, pero murió á los 33 años de edad, en el ejercicio de su ministerio santo. Sor Magdalena Carcassián era de la Armenia. Ésta desde su infancia se dedicó á la conversión de los negros. Era muy ilustrada, y á más del armenio hablaba el árabe, el turco, el francés y el italiano. Después de hacer sus votos pasó nueve años en el Obeid ocupada en la conversión de los infieles, hasta que, debilitado su cuerpo con tantos sacrificios, no pudo resistir más y murió á los 27 años en 1876.

Estas dos mujeres son los tipos de la multitud de hermanas de la caridad que se encuentran hoy en todas partes del mundo ocupadas en la conversión de los infieles; muchas han muerto en la China y el Japón asesinadas por aquellos mismos que trataban de conducir al cielo; otras han regado con su sangre

el África, América y la Oceanía, cumpliendo con los arduos deberes que se habían impuesto.

Entre las misioneras debe contarse una india norteamericana de la raza cheroke, la cual, movida por el deseo de instruírse, abandonó su tribu y se acercó á la misión de blancos más cercana que encontró. En breve aprendió el idioma inglés y las verdades fundamentales del cristianismo; se hizo bautizar con el nombre de CATALINA y en tres meses aprendió á leer y escribir. Su padre era el jefe de su tribu; así fué que cuando volvió á juntarse con su pueblo, ejercía grande influencia sobre los indios. Fundó entre éstos una escuela y convirtió á muchos de sus parientes. Preparábase para pasar á las tribus vecinas para llevarles la luz del cristianismo, cuando el demasiado estudio la causó una grave enfermedad, de la cual murió á los 23 años de edad en 1823.

DAMIANA DE CUNHÁ, brasileña, debe mencionarse también como una de las mujeres misioneras que más bien han hecho y más han trabajado para convertir los indios de la provincia de Joyas.

Muchas americanas del Norte é inglesas han recorrido la India, la China y el África, ocupadas en la conversión de los infieles[1].

II

Se había pasado un siglo desde que los ingleses se hicieron dueños de la India, y aunque habían hecho

1. Citaremos tan sólo los nombres de Leonor Macomber, Enriqueta Neuwell, etc.

algunos esfuerzos para instruír á los niños indianos, en realidad poco se trabajaba para dar educación á la parte femenina de aquellas dilatadas y pobladísimas regiones.

Las mujeres del imperio indiano yacían entregadas á la más completa degradación é ignorancia, sin que nadie se ocupase de su situación. Tocaba á una mujer emprender la obra salvadora de civilizar á sus desgraciadas hermanas asiáticas. Por casualidad una señorita inglesa supo el estado de aquellas desdichadas y resolvió emprender una cruzada contra la ignorancia de las indianas. La señorita Cook se preparó en Inglaterra dedicándose á aprender todos los oficios, todas las artes que podrían serle útil á ella y á las que iba á enseñar. Embarcóse para la India en 1821 y apenas desembarcó en Calcuta buscó quien le enseñase el idioma hablado por los habitantes de Bengala y Calcuta; una vez que lo supo lo suficientemente para que la entendiesen, tomó en arrendamiento una casa en el centro de la población y abrió una escuela para las niñas indianas. Visitaba personalmente las calles y las casas, ofreciendo á madres é hijas regalos para que concurriesen á sus lecciones. Al fin reunió unas pocas niñas de las clases elevadas y gran número de plebeyas. Le llovían dificultades y contratiempos, la insultaba el pueblo, la despreciaban los demás, pero nada la quitaba el ánimo y la perseverancia; así fué que al fin su escuela progresó tanto, que pudo edificar un local al cual concurrieron muchas más discípulas de lo que jamás había esperado.

La señorita Cook fundó entonces entre sus compatriotas una *sociedad* protectora de esa escuela, y ella

se dedicó á otro establecimiento: un asilo para huérfanas abandonadas. En esta última tarea la ayudó su marido, pues en el entretanto se había casado, pero no por eso abandonó un solo día sus empresas filantrópicas.

El asilo de huérfanas progresó maravillosamente, y la señora COOK WILSON educaba las niñas para madres de familia, dándoles una educación cristiana y enseñándolas cuantos oficios podrían serles útiles. Su intención era formar hogares civilizados que sirviesen de núcleo para cristianizar la raza india. No permitía que saliesen las huérfanas del asilo sino como esposas de indios cristianizados, los cuales eran protegidos por la colonia europea y vigilados por ésta.

Las fundaciones de la señora COOK WILSON pueden considerarse en realidad como el verdadero principio de la civilización europea llevada al Asia por los ingleses: éstos sólo habían logrado conquistar y sujetar á los asiáticos; las mujeres fueron las que echaron los cimientos del verdadero imperio de la Inglaterra en la India.

Existe hoy en Londres un establecimiento llamado *Escuela Médica* y *Zenana* en la cual preparan á las futuras misioneras de la India. Más de 60 señoras educadas allí han marchado al Asia con el objeto de cristianizar á los indianos. Como virreina de la India, lady Dufferin protegió particularmente ese establecimiento y fundó en el virreinato de su esposo nuevas escuelas como las de la señora COOK WILSON.

Curiosísima es por cierto la vida de ANA LEONOWENS. Esta señora, habiendo quedado viuda de un oficial inglés en la India, se ofreció y fué aceptada

como institutora del rey de Siam. Durante su permanencia en aquella corte impidió muchos crímenes, hizo abolir la esclavitud y fundó varias instituciones cristianas. Á su regreso á Europa, en 1867, escribió las memorias de su permanencia en la corte de Siam.

Sin embargo, como hemos dicho, no es preciso ir á países lejanos para cumplir con la ley del apostolado, y la prueba de ello es que SARA ROBINSON, sin salir de su patria, ha pasado su vida volviendo al bien á los infieles de Inglaterra. Como oyese referir en 1862 el estado de completa irreligión y estado vicioso de los soldados ingleses, resolvió corregirlos. Á pesar de tener una salud delicadísima, emprendió una misión de cuartel en cuartel para predicar la temperancia, distribuyendo entre los soldados te y café. El gobierno le concedió un terreno para levantar un establecimiento presidido por ella, pero como se le retirase la concesión, levantó una suscripción que llegó hasta 20.000 libras. Hoy posee un verdadero palacio, en donde los soldados encuentran una librería moral, conciertos musicales y otras diversiones inocentes, á más de toda clase de refrescos, pero nada alcohólico ni malsano, y más barato que en otra parte.

No satisfecha con sus esfuerzos en pro de la moralidad de los soldados, Sara Robinson ha tomado bajo su protección á las mujeres de éstos : enséñales á coser, á remendar, á leer y escribir, y les hace lecturas edificantes. Aquel establecimiento ha hecho un bien inmenso entre los soldados, y dícese que todos los que han tenido la dicha de frecuentarlo conservan de él un recuerdo que no se borra nunca.

Lo que Sara Robinson hizo para los soldados, otra

mujer, la llamada *amiga del marino*, INÈS WESTON, ha llevado en favor de los marineros. Ha fundado un periódico para los tripulantes, el cual se distribuye en todos los buques que salen de Davenport. En aquel puerto ha fundado restaurantes y hoteles en los cuales no se permiten licores; á más de gabinetes de lectura, conciertos, todo lo ha ideado para moralizar al marino. Su espíritu de orden es tal que dícese que en breves días organiza y arregla una casa, una fonda, cualquier establecimiento, y sabe darles estatutos adecuados y permanentes.

En la América del Sur se han presentado naturalmente gran número de mujeres que consagran sus bienes y su existencia al ejercicio de la caridad apostólica, pero los datos que tenemos de aquellas obras son tan escasos, tan deficientes, que apenas se pueden citar algunos nombres que deben recordarse para venerarlos. Así, en Chile fundaron hospitales, hospicios, casas de asilo y de trabajo para las niñas desvalidas las siguientes señoras : con regia generosidad la señora DE EDWARDS consagra sus millones á los asilos de caridad que sostiene; con igual caridad socorrieron á los pobres las señoras Contador de Hermida, de Varela, de Errazúriz, de Correa, de O'Higgins, de Soffia, de la Cruz, etc., etc.

En Colombia las fortunas son tan escasas que las muchas mujeres que se han dedicado á la caridad no han podido dejar estampado su nombre en monumentos y casas de asilo, sino apenas en algunas salas de los hospitales y asilos de indigentes y en la multitud de caridades privadas que sin cesar hacen gran número de mujeres que, modestamente y sin que lo sepa casi nadie, viven amparando al pobre y al

desgraciado. Los nombres de estas damas caritativas son dignos de respetabilísima memoria, que deben conservar los niños y los enfermos grabados en su corazón, pero que quizás no querrían ellas ver publicados en un libro. Sin embargo, no podemos menos de citar una sociedad religioso-caritativa, la del Sagrado Corazón de Jesús, que se extiende como una reden toda Colombia y cuyos miembros hacen todo el bien posible en todas direcciones, pero que carece de la vitalidad que tienen esas asociaciones en otras partes, por falta de práctica. Empero, á pesar de la gran modestia que distingue á las damas colombianas, mencionaremos á las siguientes, que se han dedicado con ahinco á hacer el bien bajo todas sus formas. La señora doña María Antonia Vergara de Vargas sostuvo durante largos años una casa en que daba educación y asilo á niñas pobres y desamparadas; la señorita doña María de Jesús Rubio, que no vive sino para enseñar á los niños, visitar los enfermos, proteger á los desdichados; doña María Antonia Borda de Orrantia que se desvela por el bien de los pobres; doña Dolores Orrantia de Borda, que en sus propiedades rurales se goza en enseñar al ignorante, y va de choza en choza enseñando prácticamente á remendar y coser á las labriegas; doña Josefina Ospina de O'Leary, quien se halla á la cabeza de toda asociación para hacer el bien. La señora Elena Miralla, quien á pesar de su poca fortuna reúne algunas veces en el año á todos los niños más pobres de su barrio para darles una buena comida, de la cual carece ella misma con frecuencia; y cien más cuyos nombres no citamos por no ofender su modestia.

Además, últimamente las damas bogotanas se han

reunido para fundar una asociación que tiene por objeto proteger, amparar, vestir, etc., á los desdichados leprosos del lazareto llamado de Agua de Dios, obra de caridad utilisima, tanto para los infortunados enfermos como salvadora para la población que se veia amenazada por la propagación de un mal que podía llevarla á su pérdida.

Damas caritativas en extremo se encuentran en Cuba. Doña SUSANA BENTTEZ dejó una rica renta á su muerte para que se sostuviese un colegio para niñas pobres que había fundado en la Habana. La señora MARTA ABREU DE ESTÉVEZ quiso unir las artes á la beneficencia : construyó un magnífico teatro en el cual gastó 120.000 duros con el objeto de que los productos se invirtiesen en el sostenimiento de ciertas escuelas públicas; y con sus hermanas doña ROSALÍA ABREU DE SÁNCHEZ y doña ROSA ABREU DE GRANCHER sostienen escuelas para niñas de color (con un capital de 100.000 duros), fuera de las recompensas en que invierten grandes sumas para los alumnos y sin contar otras obras de caridad que llevan á cabo en secreto. Doña JOSEFA SANTA CRUZ DE OVIEDO legó su fortuna para que se construyese un hospicio; doña ANA MANDAN fundó escuelas rurales con capitales propios. En Méjico, la señora CARMEN ROMERO RUBIO DE DÍAZ fundó un establecimiento utilísimo, en donde la mujer trabajadora puede dejar sus niños pequeñitos al abrigo y disfrutando de alimentos y educación primaria.

Aun podríamos citar otros ejemplos de mujeres que han seguido las huellas de los apóstoles sobre la tierra, pero creemos que bastan esos cortos bocetos para probar que la mujer como el hombre es muy

capaz de ser verdadera misionera : es decir, que muchas han pasado su existencia entre los pobres, así como en países lejanos, en medio de infieles, rodeadas de peligros, con el único deseo de llevar la luz del cristianismo, es decir la civilización verdadera, á las almas de los que no conocen á Jesucristo. Que ellas han pasado los mismos trabajos, han sufrido las mismas penalidades y han hecho el mismo bien que los hombres que han consagrado su vida á la conversión de sus hermanos privados de la luz de la religión.

Mujeres moralizadoras.

I

La mujer moralizadora es aquella que con sus virtudes y sus sanas obras da un ejemplo digno de ser seguido por los demás; las que han dedicado su tiempo y sus esfuerzos á educar, amparar, proteger y hacer el bien del prójimo; aquellas cuyos escritos han llevado la idea de la necesidad de la moral evangélica y han transitado ellas mismas por el camino del bien, siendo un dechado en su conducta moral; aquellas, de cualquier capa de la sociedad á que pertenezcan, que han sabido traducir las necesidades de su época en pro de la humanidad, ya sea con sus escritos, sus obras ó su palabra. No hay ninguna mujer rica ó pobre, vieja ó joven, casada ó soltera, á quien no se le presente ocasión diariamente de hacer el

bien con su palabra, sus acciones, sus modales, en fin con su ejemplo.

Una de las mujeres que han influído más en el mundo en la gran cuestión de la emancipación de los esclavos, es indudablemente la autora de *La Cabaña del tío Tom.* Veamos primero quién es ella, y después hablaremos de su obra. ENRIQUETA BEECHER STOWE nació en los Estados Unidos de Norte América en 1812. Desde muy niña se dedicó á ayudar á una hermana suya en el manejo de un colegio de niñas, que fué muy famoso en los Estados Unidos en el primer tercio del presente siglo. Casada después con un profesor de teología, abandonó toda ocupación que la llevara fuera de su hogar, hasta que educados sus hijos ya pudo atender á otros deberes. Aunque había escrito para la instrucción de sus hijos varios libros, no fué conocida en el mundo sino cuando publicó su obra maestra: *La Cabaña del tío Tom.* Aquel libro le fué inspirado durante una mansión que hizo en el sur de los Estados Unidos. Tuvo ocasión entonces de estudiar la situación de los esclavos, y resolvió dedicarse en cuerpo y alma á la abolición de la esclavitud en su patria, escribiendo en 1852 la novela de que hemos hablado, fundada toda ella, según parece, en hechos verdaderos.

La lectura de aquella obra produjo una impresión extraordinaria. Jamás libro alguno escrito por mujer tuvo una popularidad semejante en el mundo entero. La primera edición de la *Cabaña del tío Tom* constó de 300.000 ejemplares, que se agotaron en pocos días. Tradújose en todos los idiomas y de entonces para acá se han vendido millones de ejemplares. La idea abolicionista, que estaba en todos los corazones

pero que no se encarnaba de una manera clara y popular en ninguna de las muchas obras que se habían escrito sobre el asunto hasta entonces, se halló de repente palpable ante todos en aquella novela. La idea continuó labrando sin cesar y produjo la guerra civil de los Estados Unidos del Norte y la emancipación de los esclavos; no sólo allí, sino que la idea fué tomando cuerpo en otros países que aun conservaban esta institución de los tiempos bárbaros y anticristianos.

La señora Beecher Stowe ha escrito mucho después, pero ninguna de sus obras alcanzaron la popularidad de la *Cabaña del tío Tom.*

II

Se nota una tendencia general en todos los escritos femeninos y es que casi todas las mujeres que se han dedicado á la literatura tienen por objeto moralizar, instruír, educar y contribuír con su óbolo al bien de la humanidad.

Una de las mujeres que tuvieron mayor influencia en Francia en la marcha de la cultura femenina es indudablemente la conocida educacionista Enriqueta Genest de Campán.

La Revolución francesa del fin del siglo pasado arruinó desde sus cimientos todas las escuelas y colegios de niñas en Francia : establecimientos que hasta entonces siempre habían sido regidos por comunidades religiosas. Cuando concluyeron las sangrientas escenas de la guillotina y se formó un go-

bierno ordenado, éste quiso organizar las escuelas de niñas, pero no encontró absolutamente una sola maestra; todas las religiosas, sin excepción ninguna habían sido perseguidas, guillotinadas, desterradas... La enseñanza de la mujer había sido borrada por completo de la superficie del país más culto del mundo en medio de la vorágine de una revolución que se decía protectora de la humanidad[1]. El gobierno consular, empero, decretó que se abriesen en todas las ciudades y villas escuelas de niñas, las cuales quedaron cerradas hasta que, publicada la libertad de enseñanza, algunas de las antiguas religiosas que habían quedado escondidas se presentaron á tomar á su cargo las escuelas públicas para la clase proletaria. Esto estaba muy bien y remediaba un tanto el mal, pero faltaban colegios para las niñas de las clases acomodadas, lo cual disgustó muchísimo al primer cónsul, Napoleón, y mandó que se hiciesen esfuerzos para que aquella situación vergonzosa para Francia no continuase.

Entre tanto, una antigua camarista de la guillotinada reina María Antonieta, viéndose pobre y desvalida, había abierto ocultamente un pequeño colegio en las inmediaciones de París : ésta era ENRIQUETA GENEST DE CAMPÁN. Súpolo Napoleón é inmediatamente mandó á su colegio á las niñas de su familia, y en 1808, siendo ya emperador, la encargó de la dirección del colegio de Ecuén, fundado para educar á las hijas de los miembros de la orden de la Legión de honor.

1. Veáse *Historia de la Educación de las mujeres en Francia*, por P. Rousselot.

Madama Campán tenía el un espíritu de orden y de la organización muy desarrollado. Aunque los reglamentos que puso en planta fueron calcados sobre los del colegio de madama de Maintenón, supo modernizarlos á las costumbres de la época; introdujo la higiene en la educación de la mujer, sistema desconocido en los anteriores siglos. Después de una práctica de veinte años escribió una obra sobre la materia, en la cual encerró su grande experiencia, su espíritu de observación y su talento organizador. Esta obra — *La Educación de la mujer* — ha servido en Francia de norma para todos los colegios de niñas que se han fundado después.

Esta señora escribió otra obrita muy útil llamada *Consejos á las hijas del pueblo,* la cual ha servido también de constante modelo á los que se han ocupado de la educación y moralización de la mujer plebeya y trabajadora.

III

Contemporáneas de la antigua camarista de María Antonieta fueron las señoras de *Remusat, Guizot, Necker de Saussure, María Edgeworth* é *Isabel Hamilton;* dos francesas, una suiza y dos inglesas, las cuales tuvieron grande influencia en el progreso de la educación femenina en Europa en el primer tercio del presente siglo.

La condesa de Remusat escribió un tratado de pedagogía que haría honor á un filósofo, y sus conceptos y observaciones son profundos y dignos de estu-

dio. Ella dijo que, *para enseñar á los niños, se debe empezar por instruír á las madres.* He aquí como analiza las cualidades y propensiones de la mujer: « La mujer es *racional,* puesto que tiene la noción de lo verdadero y de lo falso; es *moral,* puesto que siente y conoce el bien y el mal; es *libre* en fin, y para que esta palabra no alarme, diremos con Bossuet, aunque lo nieguen los impíos, que es libre « porque la asiste el poder de obrar ó no obrar ». ¿Porqué, pues, ha de dejar su razón sin alimento, su conciencia sin luz, su libertad sin preceptos? » Quisiéramos poder trascribir muchos párrafos de esta interesante obra, pero no nos alcanza el espacio, y tenemos que dejar en el tintero mucho de lo que pudiera servir de enseñanza para las que desean instruírse verdaderamente.

PAULINA DE GUIZOT, esposa del célebre historiador y hombre de Estado, escribió unas *Cartas sobre la educación*, en las cuales aboga en favor de la educación doméstica dentro de la casa paterna y no considera las enseñanzas religiosas como la base de toda instrucción. No piensa lo mismo la señora NECKER DE SAUSSURE. Su bellísimo tratado de *Educación progresiva* es una de las obras pedagógicas más bellas que se han escrito sobre la materia. Esta señora creía, lo mismo que Pestalozzi, que la educación intelectual sin nociones profundas de religión y de acatamiento á la justicia divina no solamente será estéril sino perniciosa.

La irlandesa MARÍA EDGEWORTH no se quiso casar nunca para poderse dedicar con mayor ahinco á sus estudios literarios y moralizadores. Empezó su carrera literaria escribiendo con su padre una obra sobre

educación práctica, libro que fué publicado al fin del siglo pasado. Desde los primeros años del presente siglo María Edgeworth emprendió sola su tarea de educacionista, y desde 1800 hasta 1834 no hubo año en que no diese á luz alguna obra propia para la moralización de la juventud. Cuando murió, en 1849, á los 83 años de edad, dejó una huella luminosa que por cierto no se borrará por mucho tiempo de los anales de los educacionistas morales y filántropos de Inglaterra.

La otra inglesa que mencionamos ha poco se llama Isabel Hamilton. Esta dama no sólo fué escritora filosófica y de metafísica y escribió unas importantes *Cartas sobre educación,* sino que con sus escritos llamó la atención sobre la situación miserable, física é inmoral de una provincia de Escocia. Su voz fué escuchada por otros filántropos y personas religiosas, y en pocos años logró cambiar y mejorar notablemente á los habitantes de Glenburnie.

IV

Á pesar de que la educación de la mujer en España nunca ha sido tan esmerada como en otros países de Europa, las pocas escritoras que se han señalado en este siglo en la península, casi todas han sido particularmente instruídas, de grande aliento y varoniles en sus tendencias hacia el bien.

Después hablaremos de las literatas; en este lugar no admitimos sino á aquellas cuyas obras más importantes se han encaminado particularmente hacia

la moralización del género humano. Generalmente se cree que en España las mujeres son poco amantes de la instrucción y, con algunas excepciones, nada literatas y cultivadoras de las letras. Sin embargo, podríamos dar una lista bastante larga de mujeres literatas y poetisas, no solamente de este siglo, sino también de épocas antiguas. Y lo curioso es que, y lo repetimos, aunque en España realmente la educación femenina ha sido bastante descuidada, las mujeres que se han dado á conocer se han presentado como poseedoras de talentos de primer orden, y cuyo acento vigoroso é ideas elevadas podrían enorgullecer á cualquiera nación, en donde tanto los gobiernos como los particulares se han ocupado preferentemente de la educación de la mujer.

Hace algunos años que nos llegó á las manos una noticia, escrita por un francés (M. A. de Latour), en la cual trata de una dama cuyo carácter y escritos nos llamaron la atención; y después hemos leído varias obras de la misma señora, en las cuales el estilo é ideas son realmente de primer orden y dignas de la pluma del mayor filántropo del siglo.

He aquí algunos extractos traducidos de la notícia de M. de Latour :

« Hace seis ó siete años (escribía en 1873), la Academia de ciencias morales y políticas, nuevamente instalada en Madrid, daba el siguiente tema para que se escribiese una memoria que debería ser premiada :

» Definir los caracteres de la beneficencia, de la filantropía y de la caridad;

» Señalar las condiciones que las unen y las diferencias que las separan;

» Manifestar la manera como pudieran reunirse

entre sí y que contribuyeran á aliviar á la humanidad.

» Seis meses después la Academia recibía varias memorias, una de las cuales llamó particularmente la atención : llevaba este epígrafe :

» La beneficencia envía al enfermo una camilla, — la filantropía se le acerca, — la caridad le da la mano.

» El cuerpo de la memoria cumplía lo que prometía aquella concisión original y triple definición. La Academia encontraba en cada página una erudición extensa y sólida, conocimientos exactos y precisos, miras elevadas y que llevaban el sello de una filosofía enteramente cristiana, un conocimiento profundo del corazón humano, una inteligencia firme pero amable de los principios que deben presidir en la administración de la beneficencia pública; todo aquello, dicho en estilo incisivo, claro, elocuente á veces, y á veces original, rápido y siempre natural. La Academia se sorprendía, sin embargo, de que un filósofo y un literato como aquél no estuviese entre sus miembros, y más se admiró cuando encontró que el autor era un desconocido, que se firmaba « García Carrasco ». ¿Quién era García Carrasco? ¿Quién había visto ese nombre en algún libro ó en algún periódico? Nadie. Iban á averiguar quién era, cuando una carta dirigida á la Academia hizo crecer la sorpresa, pues la carta estaba firmada : doña CONCEPCIÓN ARENAL DE GARCÍA CARRASCO.

» En ella manifestaba haber tenido noticia de la decisión de la Academia, y que esto la obligaba á declararse como la verdadera autora de la memoria premiada; á la que, por un rapto de amor materno, ha-

es aquélla y cuánto mérito tiene. Y concluye asegurando que si la beneficencia pública ha mejorado notablemente en España en los últimos años, esto se le debe á esta señora. « Los sentimientos que ella expresa, dice, con un acento tan nuevo de elocuencia y de caridad, muchas mujeres los tenían en el corazón y no habían aguardado á que ella hablase para entregarse á la caridad y cuidar de los enfermos y niños abandonados, pero los acentos de esta señora han despertado á los hombres de Estado de su patria y hécholes posible lo que antes parecía un sueño.

Dos años después doña Concepción Arenal publicó un librito titulado : *Manual del visitador del pobre*, el cual, según M. de Latour, es perfecto en su género y ha sido traducido al francés, al inglés, al italiano, al alemán, al polaco.

Á pesar del mérito del *Manual del visitador del pobre*, hay otro libro de la misma autora que debería hallarse en manos de todas las mujeres : hablo de *La Mujer de su casa*.

La Mujer de su casa es, en pocas páginas, una obra maestra; y se comprende que la señora Arenal tiene el don de abrir brechas en el camino de la civilización para que penetre la luz al entendimiento de los demás. En esta nueva obra explica claramente que *la mujer de su casa* más perfecta, en lugar de ser la maravilla que se la quiere llamar, aunque sea virtuosísima puede ser perniciosa. Sin embargo, como el espacio que tenemos señalado para tratar estas cuestiones es corto y no es posible alargarnos demasiado, bastará por ahora dar á conocer someramente algo de lo que aconseja la autora del libro.

Veamos cómo explica y prueba que la mujer tam-

bién tiene deberes sociales, deberes serios fuera de su hogar; dice así :

« No se apresure el lector á decirnos que empleamos palabras contradictorias y frases extrañas para hacer efecto á costa de la exactitud; poca observación se necesita para convencerse de que la misma persona que en casa se desvive por sus hijos, por su marido, por sus padres, fuera de ella nada hace; cree que las necesidades sociales no son de su incumbencia, y su misión se reduce á las de la familia. Así se lo han dicho de niña, de joven y de mujer; así se lo repiten aun aquellos que abogan porque se instruya, porque se eleve, porque tenga más derechos.

» Las cuestiones sociales no las entiende, ni suele saberlas, ni le interesan; y cuando el mal es tan grave que no puede ocultársele, llegan los ayes á sus oídos, más bien que la dolencia que los produce á su conocimiento, y propende á mirarla como resultado inevitable del encadenamiento de las cosas, y como falta de las personas... La mujer de su casa que vive sólo en ella no entiende ni le interesa nada de lo que pasa fuera, y juzga imprudencia, absurdo, quijotismo, disparate, tontería, según los casos, el trabajo, los desvelos y los sacrificios que por la obra social está dispuesto á hacer el padre, el esposo ó el hijo. Ellos no deben ser sino para los suyos, para su hogar, porque cuando allí falte algo, no han de venir los de fuera á traer la tranquilidad, el dinero ó la salud que se perdió trabajando inútil y neciamente por los que no lo merecen ó no lo necesitan... ¿Á qué fastidiarse y matarse por cosas que no son obligatorias y no producen honra y provecho?... Concentrada

en su hogar, ideas, afectos, deberes, todo lo refiere á él; su tendencia es á juzgar que el hijo hace siempre demasiado por la sociedad, por los extraños, y que éstos hacen siempre demasiado poco por él. Este modo de ver predicado constantemente, inoculado con el cariño, no puede dejar de influír en el hijo si, como es de temer, en la mayor parte de los casos el egoísmo y el amor propio le predisponen á exagerar sus méritos y sus derechos, y preocuparse poco de sus defectos y de sus deberes, siendo entonces terreno apropiado para que germine la injusticia que el amor ciego y la ignorancia de su madre han arrojado en su corazón. ¿El que la mira con respeto, el que tal vez la califica de santa, puede sospechar que lo incline al mal?

» Ella, por otra parte, ejerce esta mala influencia sin saberlo y fatalmente; emparedado su espíritu, sin conocimiento de las relaciones que hay entre el bien de su casa y el bien público, ignora que el problema consiste en armonizarlos y no en procurar que se aislen, lo cual, sobre ser imposible, los pone en el caso de que se hostilicen.

» Al indicar cómo la mujer, limitada á la esfera del hogar doméstico, entibia las virtudes sociales del hombre y le retrae del público bien, hemos considerado el caso menos desfavorable, es decir, la más perfecta mujer de su casa. Como un gran número, el mayor, estará por debajo de este nivel, aumentará en proporción la perjudicial influencia que ejerzan; así puede observarse muy á menudo en mujeres que aconsejan á sus maridos é hijos acciones reprobables, que no se lo parecen, cegadas por el sentimiento egoísta del provecho de la familia, único en que se

ocupan, comprenden y desean, y al cual están dispuestas á sacrificar dignidad, delicadeza y hasta el honor. Se dirá que hay muchos hombres que hacen lo mismo, es cierto; pero son personas decididamente inmorales, mientras que mujeres honestas y honradas, por no comprender bien la moral en cuanto traspasan los umbrales de la casa, sin ser malas, aconsejan el mal, sin ser viles impulsan hacia hechos indignos. Tratándose de virtudes y de relaciones sociales, á igualdad de moralidad, por regla general, la mujer tiene menos delicadeza y escrúpulos que el hombre. No es culpa suya; y este hecho, completamente artificial y obra de preocupaciones y errores, tiene consecuencias gravísimas, aunque poco aparentes, y se asemeja á esas filtraciones que no hacen ruido y socavan los edificios. »

En algunas páginas llenas de calor y elocuencia, la señora Arenal demuestra que la presente época necesita de todos los esfuerzos de la mujer para ayudar en la obra de aliviar á la humanidad; que la sociedad no acepta el dinero de la que puede darlo no más, sino del trabajo de todos los miembros que la componen, y por último que la mujer entregada exclusivamente á los deberes de su casa, y nada más, no cumple con su misión sobre la tierra.

Á las que le observan que las falta tiempo para ocuparse en otras cosas que no sean las que convienen á su hogar, les contesta que no es tiempo lo que les falta, sino orden, y les sobra curiosidad y trabajo mal dirigido; asegura que hay entre las mujeres una gran tendencia á malgastar el tiempo, á ocuparse de futilezas, en labores inútiles, en conversaciones vanas, en repeticiones inconducentes, en ridiculeces que

llaman trabajos y que no son sino la careta de la ociosidad.

« El hombre, dice, hace cuanto puede por empequeñecer, por rebajar á la mujer, y luego quiere que, como madre, se eleve y sea grande, que es como privar á una persona del sustento necesario y pretender que levante pesos enormes. Y ya que por la comparación hemos venido á lo físico, notaremos que físicamente también es la mujer de su casa muy inferior á lo que debía ser, y cría á sus hijos para que perpetúen y aumenten esa inferioridad... Un círculo de errores y preocupaciones horminguea en torno de la mujer, formando una atmósfera que la envuelve; todo conspira contra el régimen propio para fortificar su físico y el de su familia. »

Asegura que á la mujer falta aire y luz física y moral, y que como cría á sus hijos en este medio, éstos tienen que crecer en la ignorancia moral y la debilidad física. « Pero, dice, no es raro que los padres digan (y con razón) que las madres *echan á perder á sus hijos*: lo que callan es que ellos echan á perder á las madres. » Nuestra autora prueba que las mujeres viven fuera de la corriente de la civilización porque los hombres no procuran llevarlas consigo.

« Uno de los mayores enemigos de la mujer es el *tedio*, enemigo á veces de su virtud, consecuencia de la monótona vida y falta de recursos intelectuales. Los daños del tedio (verdaderos estragos) son poco perceptibles, porque no hacen explosión, sino que corroen ó depravan las aficiones, poniendo el alma en una situación que recuerda la del cuerpo cuando apetece sustancias que no son alimenticias y dañan gravemente la salud. »

El remedio para ese estado del alma no se encuentra sino en el trabajo, y en el trabajo intelectual, que es lo único que puede distraer el alma porque ocupa el espíritu.

« Siempre se habla del sexo *fuerte* y del sexo *débil*. Pero en esto se sufre una grande equivocación, dice, y se invierte la verdad.

» En épocas, añade, de fuerzas *brutas*, la muscular debía ser la primera, casi la única.

» En tiempos de barbarie, la *delicadeza* era fácil de confundir con la *debilidad*.

» En pueblos duros, la criatura más *sensible* debía parecer más débil.

» Hora es ya de analizar la debilidad y la fortaleza de la mujer, porque si necesitando más fuerza tiene menos, habrá un desiquilibrio que imposibilita la salud en el orden fisiológico, y la justicia en el social. La mujer, á quien la naturaleza confió principalmente la conservación de la especie, necesita, como madre, vivir mucho tiempo para dos. »

Aquí la autora explica claramente cómo la mujer, aunque no puede levantar un peso y dar un golpe como el hombre si no tiene fuerza instantánea, no es lo mismo cuando necesita fuerza continua; ella tiene más perseverancia, más paciencia en lo físico que el hombre. En cuanto á la fuerza espiritual es hasta inoficioso probarlo, pues bien sabido es que sufre las penas del alma veinte veces mejor que el hombre; y delinque menos, sobre todo en los países civilizados, que el hombre, porque tiene más fuerza moral. En los Estados Unidos, por ejemplo, « donde, dice la autora que analizamos, la mujer tiene más medios de proveer á su subsistencia y más personalidad, rara

vez infringe las leyes. En la penitenciaría de Maryland había no ha mucho 574 hombres y 27 mujeres. ¡Qué elocuencia la de éstos números, y cuán alto hablan en favor de la *verdadera* fuerza de la mujer! Pero donde quiera que se la observe, se ve que paga menos tributo que el hombre á la desesperación y á la culpa, y padece menos de enajenación mental.

» Ya se ha empezado á hacer algo, aunque poco, para mejorar la situación de la mujer, y creemos firmemente que se hará más, que se hará mucho, muchísimo; pero después de todo lo que se haga, la parte que le corresponde en la propagación de la especie y su mayor sensibilidad le darán desventajas como trabajadora, y mayor pena cuando falta, y dolor más intenso cuando sufra. »

La señora Arenal discute y discurre largamente acerca de la fuerza y debilidad intelectuales, de lo cual deduce que la mujer puede alcanzar hasta donde alcanza el hombre intelectualmente, si se mejora su educación y si se la da más descanso de los deberes y pequeños pormenores de la vida que fatigan el alma y esterilizan el espíritu.

« No es cierto, dice, que la mujer sea débil, pero sí que está debilitada por el exceso de trabajo ó la ociosidad; por el tedio, por la inacción de sus facultades más elevadas; por el poco aprecio en que se la tiene; por la falta de recursos y por la escasa instrucción que se la da.

» En los Estados Unidos de América, donde el régimen material, moral é intelectual de la mujer se aproxima más á la razón y á la justicia, su moralidad aumenta con su fortaleza. No sólo la criminalidad de éstas podría quedar reducida á muy poco, sino que

disminuiría la de los hombres, que con tanta frecuencia *se pierden por una mujer*, por lo común *mala*, es decir, *débil*... Transformar la *mujer de su casa* en *mujer fuerte*, tal es el problema. La transformación es en unos pueblos rápida, en otros lenta, pero donde quiera indefectible... Aquella voz que preguntaba á Caín: *¿Qué has hecho de tu hermano?* podría resonar en la conciencia del hombre diciéndole: *¿Qué has hecho de la fuerza de la mujer?* No parece fácil que respondiese á la celeste voz; pero es aun más dificultoso que la oiga. »

Acabaremos este corto análisis, suplicando á las mujeres que procuren reflexionar acerca de lo que acabamos de extractar, y decimos á los hombres que, puesto que en sus manos está el porvenir de la humanidad, á ellos toca procurar que la mujer se moralice instruyéndose en la ciencia de la vida, no en las vanidades de ella, que es lo que hasta hoy se las ha enseñado.

No hay persona en el mundo que esté exenta de deberes para con la humanidad, y todos, hombres y mujeres, tenemos que llenar alguna misión para el bien, y no sólo para la felicidad de nuestro hogar, sino para la de los demás. El buen ejemplo es una de las armas más poderosas que Dios nos ha dado, y cada cual tiene obligación de ofrecerlo á los demás mientras nos es dado transitar por los valles de la vida.

Además de las obras que acabamos de señalar, escribió doña Concepción Arenal: *Las Colonias penales de la Australia* y *La Pena de la deportación*, — obra que algunos jurisconsultos extranjeros han considerado como digna de haber sido escrita por el hombre más sabio en esas materias. Su tratado de

La Esclavitud y sus *Cartas á los delincuentes* son también importantísimas, y la segunda fué laureada; su *Ensayo sobre derecho de gentes* se ha publicado entre las de la Biblioteca jurídica, lo cual por sí solo hace su elogio. Como poetisa fué premiada por un poema en la Sociedad española de la abolición de la esclavitud. Desgraciadamente la señora Arenal murió á fines de 1892.

V

Como no queremos alargarnos demasiado, no podemos hablar sino muy de paso de las demás importantes moralizadoras que se han señalado en el mundo.

Una multitud de mujeres francesas, alemanas, etc., se han dedicado desde el principio del siglo á escribir obras en pro de la educación moral de la juventud, entre las cuales se notan las señoras francesas Sofía Cottin y Ana L. Belloc. Entre las alemanas mencionaremos á Betty Gleim, la cual se entregó desde su juventud á estudiar la gran cuestión de la educación de la mujer y del progreso intelectual que ha tenido lugar entre sus compatriotas en los últimos 50 años. En Suecia, Federica Bremer obtuvo una celebridad europea, y, aunque todas sus obras están en forma de novelas, su intención fué siempre la de educar para la virtud los corazones femeninos.

Indudablemente el progreso intelectual de la mujer

se halla más desarrollado en Inglaterra y Norte América que en toda otra parte del mundo. No podemos menos que mencionar, aunque sea de paso, algunas de estas mujeres que han merecido el bien de la humanidad. FRANCISCA POWER COBBE, inglesa, se ha entregado completamente á la moralización de sus compatriotas. He aquí los nombres de sus principales escritos : *Educación femenina, Ensayo sobre el trabajo de la mujer, Las Niñas desamparadas y cómo se pueden proteger, Deberes religiosos* y otras muchas sobre la *Legislación penal* en las cárceles de mujeres.

La reverenda AUGUSTA DRANE, superiora de la orden dominicana en Inglaterra, ha escrito varias obras pedagógicas y de erudición teológica.

Dos hermanas, — MARIA y EMILIA SHIRREFF, — no sólo han escrito varias obras de educación, sino que fundaron una asociación para fomentar la educación intelectual de la mujer.

Una de las mujeres más importantes entre las escritoras inglesas es indudablemente lady ISABEL HERBERT. Hija de un general muy instruído, éste la educó á su lado y en su casa tuvo ocasión de oír hablar á los hombres más importantes de Inglaterra, tanto políticos como literatos. Casóse joven, y cuando se encontró viuda se convirtió al catolicismo y se entregó con alma y vida al fomento de las misiones católicas en Inglaterra y en los países bárbaros; trabajó muchísimo en establecer escuelas para promover el catolicismo en países protestantes; viajó en la Palestina, Egipto, Argel, España é Italia y escribió sus impresiones bajo el punto de vista católico : sus obras morales, las biografías de algunos santos, las obras

místicas que ha escrito, todo lo que ha salido de su pluma ha servido mucho en la misión que ella misma se ha impuesto : la de contribuír á la conversión de Inglaterra.

Ana L. Barbault floreció al principio del siglo, y sus obras poéticas é *Himnos para los niños* aun se cantan en las escuelas de la Gran Bretaña.

La *Educación de la Mujer* y *Bocetos morales* de Hannah More se consultan y se leen con agrado. Murió de 88 años de edad; dejó una fortuna considerable ganada con su pluma, parte de la cual legó á instituciones de caridad.

Dos hermanas, — María y Juana Porter, — tuvieron grande influencia en esa sana literatura inglesa presidida por mujeres y que forma una de las mejores glorias de la Gran Bretaña. La segunda fué la inventora de la *novela histórica,* lo cual hizo con el objeto de enseñar historia con agrado. Sir Wálter Scott no empezó á publicar sus famosas obras históriconovelescas sino algunos años después de Juana Porter.

Ana Jameson con su pluma conquistóse alto puesto entre los literatos ingleses y al mismo tiempo hizo una serie de conferencias que leyó ante una gran concurrencia femenina, en 1855, acerca de la necesidad de la caridad y de la benevolencia. Esto la ha dado un lugar entre las mujeres moralizadoras y benéficas de la época. Sus obras son numerosísimas y encierran toda clase de materias : arte, historia, viajes, novelas, leyendas, etc. La señora Jameson es prodigiosamente instruída y erudita. Aquella vida intelectual y fecunda debería servir de ejemplo á muchas personas que piensan que la ocupación de la mujer

no debería consistir sino en los deberes y faenas caseras. Todos los esfuerzos de la señora Jameson se han dirigido siempre á tratar de elevar y dar dignidad á la mujer y levantar el carácter femenino al nivel de su corazón.

Considérase á otra inglesa, JUANA BAILLIE, como una de las literatas moralizadoras más notables de su patria. Criada en la casa de sus padres, que eran personas muy instruídas, y familiarizada con muchos hombres eminentes de su tiempo, su deseo desde su primera niñez fué el de *hacer el bien* á la humanidad. Como viese que en los teatros se representaban piezas inmorales con frecuencia, más por falta de obras morales que porque el público pidiese aquello (esto sucedía al principio del siglo), resolvió escribir una serie de dramas bajo el título general del *Juego de las Pasiones,* en los cuales pintaba los estragos de una pasión en cada drama. Á pesar de su estilo viril, del hondo é intuitivo conocimiento del corazón humano que demuestra; á pesar del dramático interés y hondo amor á la verdad que sabe describir, sus dramas no fueron populares sobre las tablas, aunque sí gustaron mucho á la lectura. Wálter Scott admiraba tanto las obras de esta señora, que llegó hasta compararlas á los del famosísimo Shakespeare.

Quisiéramos extendernos más acerca de las moralizadoras inglesas, pero nos contentamos con señalar tan sólo una vida más á la atención del lector, la cual encierra una enseñanza moral muy importante. ENRIQUETA MARTINEAU empezó su carrera literaria escribiendo varios libros acerca de *educación, moral, obras de devoción, himnos, tradiciones religio-*

sas, etc., con lo cual no solamente pudo sostener, rodeada de comodidades, á su familia, sino que obtuvo mucha fama como escritora. Lanzóse en seguida á la arena como escritora política y económica, y escribió varios tratados y cuentos que ilustraban cuestiones políticas de la época. Sus partidarios la elogiaron muchísimo, y aquello la llenó de orgullo y falseáronsele las ideas. Tras de erróneas ideas políticas se dejó llevar por falsas ideas religiosas, lo cual llamó la atencion de los incrédulos, que la encomiaron muchísimo. Resolvió entonces hacer un viaje á Oriente con algunas personas de perversas ideas, y á su vuelta publicó el resultado de sus observaciones. ¡Triste resultado por cierto!... Su viaje á Tierra Santa no le sirvió sino para hacerse notar por sus conceptos anticristianos y aun ateos. Aquello la quitó los amigos de su juventud, que se le retiraron, y el fin de una existencia que había empezado con tanto brillo fué doloroso, puesto que jamás podrá conservar la simpatía y el verdadero afecto de sus semejantes la mujer que deja las veredas que conducen al Calvario, para volverse hacia las que la llevan á los abismos de la incredulidad.

[illegible]

ciones. Murió su padre, y en la repartición de sus bienes la tocaron un gran número de esclavos, que valían una fortuna si los hubiera vendido. Pero ella era enemiga de la esclavitud; así fué que apenas recibió su herencia cuando dió libertad á todos los negros, y como quedó en la inopia, fué á pedir servicio como maestra en un colegio de niñas. No solamente aceptó aquella ardua carrera, la única que se le ofrecía, sino que puso en ella todo el deseo ardiente de hacer el bien que abrigaba su corazón. Se consagró á dirigir aquellas almas que se la habían confiado: trabajó en ello día y noche durante 25 años; escribió varios libros para textos que aun sirven como tales en muchos colegios de los Estados Unidos. Margarita Mercer murió en 1846 y su memoria será siempre respetada y querida.

Compatriota de esta señora fué Hannah Lee, autora de una obra sobre educación titulada: *Tres maneras de vivir,* libro que en poco tiempo tuvo tres ediciones consecutivas en América y fué acogido con entusiasmo en Inglaterra. Traducido al alemán, fué popularísimo en Dresda hacía mediados del siglo. La influencia benéfica sobre la juventud que ha ejercido esta señora, dice uno de sus biógrafos, ha sido mayor de lo que se puede calcular, no sólo con este libro, que es el más popular, sino por medio de otros muchos que publicó después.

Enriqueta Roland Barnett ha dedicado su tiempo y su existencia al mejoramiento de los barrios pobres de Londres, ya escribiendo obras en bien de las mujeres desvalidas, ya haciéndolas lecturas y dándolas enseñanza gratuita.

PARTE CUARTA

MUJERES DOCTORAS, SABIAS, POLÍTICAS Y ARTISTAS

I

Ya lo dijimos antes, las mujeres han seguido en este siglo todas las carreras, han ejercido todas las profesiones, se las ha visto brillar en todos los puestos antes reservados á los hombres no más.

Una de las profesiones en que más han brillado varias mujeres en la segunda mitad de este siglo es el de la medicina : ciencia trabajosa y que parecía impropia para la mujer delicada y pudorosa; ciencia que requiere virtudes y cualidades que se decía que no poseían las mujeres; ciencia que exigía profundos estudios, grandes conocimientos, en los cuales realmente pocos espíritus, y éstos los más lucidos, llegan á distinguirse.

En todas las grandes capitales europeas y las principales ciudades del viejo mundo y de Norte América encuéntrase ya acreditadísimas doctoras de medicina que tienen tan numerosa clientela como crédito.

En Inglaterra nació la primera mujer que se entregó públicamente al estudio de la medicina. Hija de padres ingleses que se fueron á establecer á Nueva York en busca de una fortuna que no pudieron alcanzar, ella ha sido una mujer ejemplar por su perseverancia, energía y estudio.

Como quedase muy joven, sin padre, con ocho hermanos menores y una madre desvalida, ISABEL BLACKWELL se propuso trabajar en un colegio que fundó para mantener á su famila, y al mismo tiempo ocupaba sus horas nocturnas estudiando para pasar sus exámenes y graduarse de médico. Después de pasar brillantes exámenes, Isabel se presentó en las Universidades de Boston y Filadelfia y pidió que la diesen el diploma, pero fué rechazada por ser mujer. Después de luchar con mil contratiempos, al fin la Escuela de medicina de Nueva York consintió en expedirle su grado de doctor, en 1849. Ya para entonces había logrado conseguir el suficiente dinero para ir á París y estudiar en el hospital de la Maternidad las enfermedades de las mujeres y los niños. Como no pudiese obtener el permiso de asistir á la Escuela de medicina, pasó á Inglaterra en donde fué admitida en el hospital de San Bartolomé.

Isabel Blackwell se estableció en Londres, en donde tuvo una brillante clientela; era directora de dos ó tres establecimientos de caridad y miembro de varias sociedades científicas. Sus conferencias científicas é higiénicas tuvieron mucha fama y su opinión era respetadísima, así como las obras que ha escrito. Una hermana suya, Emilia, siguió sus huellas; fué recibida doctora en 1854, y se estableció también en Londres ejerciendo su profesión.

Émula de las anteriores es otra inglesa, ISABEL GARRET. Desde muy niña se notó en ella decidida vocación para la medicina. Estudió en la Universidad de Edinburgo, que había abierto sus puertas á las mujeres, y fué graduada médico después de brillantísimos exámenes en París en donde las mujeres estudian en la Universidad al igual de los hombres. Dicha señorita es desde 1870 una de las profesoras más afamadas de Londres y ha hecho una fortuna no solamente con la numerosa clientela de que goza, sino también con la publicación de sus obras científicas.

ISABEL MORGAN HOGGAN fué la primera mujer que recibió en Zurich (Suiza) el grado de médico. Casada hoy con un hombre científico, ella ejerce la medicina en Londres, y en colaboración con su marido ha escrito obras de anatomía, estudios acerca del sistema nervioso y es colaboradora en periódicos científicos.

AÑA KINGFORD, inglesa también, graduada médica en París en 1880, receta por un método nuevo. Es partidaria de la alimentación puramente vegetal; ha escrito mucho sobre aquel sistema y ha fundado sociedades y periódicos científicos para sostener su idea.

En Londres tienen las mujeres en toda propiedad una escuela de medicina y un hospital que ellas rigen solas. Se pueden presentar á ser examinadas en las Universidades de Londres y Dublín, y en los grandes centros de población empiezan á gozar de popularidad, á pesar de la guerra sorda que las hacen sus cofrades, los cuales procuran siempre expulsarlas de sus sociedades y asociaciones científicas.

En 1882 había en Londres no más 26 doctoras graduadas con más ó menos clientela, número que naturalmente se ha aumentado desde entonces. En cada

ciudad de Inglaterra hay una ó varias doctoras médicas, y muchas se han ido después de graduadas á la India, á Australia y á otras colonias inglesas, en donde con seguridad serán afortunadas.

Las principales médicas de los Estados Unidos son: MARÍA PUTNAM y RAQUEL LITTLER BODLEY. Esta última fué graduada médica en Pensilvania, en donde se admiten mujeres, y en la Academia de ciencias de Nueva York. Es profesora allí de química y toxicología; sus obras científicas son notabilísimas.

Desde su infancia, María Jacobi Putnam resolvió adquirir ciencia suficiente y una profesión que la proporcionase posición independiente y con ella la dignidad de la vida. Escogió la carrera de la medicina; pero como aquella carrera es costosa, resolvió primero ganarse el dinero suficiente para llevarla á cabo. Empezó por dar lecciones y después escribió artículos de periódico hasta que reunió los recursos suficientes para ir á estudiar á París, en donde vivió con la mayor economía hasta que ganó un primer premio en la Escuela de medicina y esto le proporcionó recursos que la faltaban para su grado, el cual fué brillantísimo.

Una vez doctora, María J. Putnam regresó á Nueva York, en donde ejerce la medicina con éxito singular.

No mencionaremos las otras médicas norteamericanas; bastará añadir que hay bastantes ya, y que cada día adquieren mayores consideraciones y el respeto de todos.

Hasta 1884 Bélgica sólo contaba una médica graduada, ISALÚ VAN DREST. Después de recibir el título de doctora en Berna se ha dedicado á estudiar la higiene de las prisiones, acerca de lo cual ha escrito

varios opúsculos importantes. Su tesis versó sobre el cundurango, sustancia vegetal que se emplea para la curación del cáncer. Sin embargo, las leyes belgas le son adversas y no puede practicar su profesión en su patria.

Como en España no se admitían médicas en la práctica, ni se permitía que estudiasen en las Universidades, no es raro que hasta 1883 no se conociese sino una sola española que se hubiese entregado con buen éxito al estudio de la medicina. Llámase ésta doña MARTINA CASTILLO, y es natural de la ciudad de Lérida. Desde muy joven se entregó al estudio de ciencias naturales, las matemáticas, la fisiología, la higiene, y por último estudió medicina. Fué graduada en 1882. Su ejemplo ha cundido en Barcelona, en donde otras señoras se han dedicado al estudio de la medicina y la higiene.

Doña MARTINA CASTILLO obtuvo siempre los primeros premios en anatomía, terapéutica, etc., en las Universidades en donde estudió.

Las rusas son muy partidarias de las profesiones científicas y particularmente aficionadas á la medicina. Después de *Isabel Blackwell*, la segunda mujer que recibió el grado de doctor en este siglo fué una rusa, NADEEJDA SOUSLWA. Aunque hija de un campesino ruso, á fuerza de perseverancia y trabajo Nadeejda fué subiendo en la escala social, y al fin logró que la permitiesen estudiar en la Universidad de San Petersburgo. Después de sus exámenes la graduaron doctor y goza de marcada reputación en su patria.

Varias otras mujeres rusas siguieron su ejemplo, y hoy día hay muchas médicas en San Petersburgo y en otras ciudades moscovitas.

Varias polacas han estudiado para médicas, y entre otras, en Varsovia, hay una que ejerce la profesión, la señora TOMASREWIEZ DOBROSKA, que tiene tanta clientela como el mejor médico.

En Alemania es prohibido que las mujeres ejerzan la medicina; así es que las pocas que se han dedicado á esa carrera abandonan la profesión ó su país. Sin embargo, hay tres médicas graduadas en Berlín las cuales no ejercen públicamente, y dos mujeres dentistas que estudiaron en Filadelfia y tienen su oficina allí, así como una clientela escogida.

Aunque las Universidades austriacas no admiten mujeres, hay en Viena y otras ciudades algunas mujeres médicas que ejercen su profesión después de graduarse en el extranjero. La doctora ROSA WELT y la esposa del afamado médico Keschbaumer, médicas graduadas ambas, se han dedicado á la curación de las enfermedades de los ojos en la capital de Austria.

Á pesar de la adelantada civilización de Francia, las mujeres allí no se han dedicado tanto como en Inglaterra á estudios universitarios. Hasta 1870 se graduó doctora la primera francesa, la señorita VERNEUIL, que hoy practica en París. Así pues, de las 21 mujeres que se graduaron doctoras en la Escuela de medicina de París de 1866 á 1882, casi todas son extranjeras, y otro tanto ha sucedido en los subsiguientes años.

En la América del Sur también hay algunas mujeres que se han dedicado á la ciencia médica con buen éxito; entre otras, la bogotana Ana Galvez se graduó de doctora en Suiza y ha tenido aciertos notables en las curaciones que ha hecho.

En Chile, una joven de singular talento, la señorita

Eloïsa R. Díaz Inzunza se graduó de bachiller en medicina en Santiago en 1886 y al año siguiente de doctora en medicina, después de presentar una brillantísima tesis. Después ha escrito varias obras sobre medicina.

II

No hay nada que alargue la vida tanto como una existencia consagrada á las ciencias : parece como si la naturaleza premiase á sus admiradores dándoles largos años sobre la tierra para que tuviesen tiempo de estudiar á fondo las maravillosas creaciones de Dios. ¡Cuántos hombres famosos por su ciencia han vivido más de 80 años! Entre los más famosos de este siglo citaremos á Humboldt, que pasó de los 90 años; Laplace, que iba á cumplir 80; el famoso químico Dumás, que murió de más de 80; Von Ranke, el sabio alemán, que cumplió 90 años, Chevreul que pasó de los 100 años, y tantos otros que han vivido trabajando sin cesar con el entendimiento hasta el último día de su vida. Esto mismo sucedió á la mujer de más ciencia que ha brillado en la primera parte del presente siglo, la cual murió en 1872 á los 92 años de edad. Esta mujer fenomenal se llamaba María Fairfax Somerville. Hija de un distinguido oficial del ejército inglés y de madre escocesa, tuvo una educación clásica y conocía las lenguas muertas, pero aunque había manifestado grande afición á las matemáticas, no cultivó esa ciencia sino después de casada con un capitán de navío de la marina inglesa. Notando su marido la facilidad con que resolvía cual-

quier problema matemático, se entretuvo en enseñarla esa ciencia, así como la astronomía, y en breve supo más que su maestro. Un sabio inglés descubrió aquel oculto genio y la aconsejó que hiciese una reseña abreviada de uno de los libros más difíciles en la ciencia astronómica : la *Mecánica celeste* de Laplace. Publicóse aquella obra é inmediatamente llamó la atención de todos los sabios; de un golpe quedó establecida su reputación é hiciéronla miembro de la Academia de astronomía de Londres y de otras sociedades científicas.

Como se hubiese encontrado poco después con el astrónomo Laplace en un salón parisiense, ella entabló con él conversación científica sin que él cayese en la cuenta de quién era su interlocutora.

— ¡Vosotras las inglesas sois admirables! exclamó el astrónomo después de oír sus conceptos; encuentro por primera vez que dos inglesas han entendido mejor que nadie mi *Mecánica celeste :* vos, señora, y la inteligente dama que hizo en inglés una reseña de aquella obra mía!

Cómo aquella señora enviudase poco después, se retiró del mundo y no volvió á presentarse ante él sino cuando habiéndose casado por segunda vez con un erudito doctor, Somerville, resolvió publicar otra obra que había escrito enteramente original, titulada : *La Conexión de las ciencias físicas.*

« Esta obra, escribieron en la revista científica de más fama en Inglaterra [1], aunque no es voluminosa, es un verdadero Cosmos, por su naturaleza, sus intenciones y la multitud de materiales que supo con-

1. *Quarterly Review.*

densar para aclarar la historia de los fenómenos físicos de la naturaleza. En algunas partes su manera de tratar ciertas materias se parece en el fondo á la que después adopto Humboldt, siendo ella la primera en hacerlo. »

Esta obra, considerada como una de las más interesantes que se habían escrito hasta entonces sobre astronomía, tuvo ocho ediciones consecutivas, lo que prueba una popularidad inaudita con respecto á un libro científico que no puede estar al alcance de todos.

En 1848 la señora Somerville publicó su tercera y última obra : *Geografía física*, en dos volúmenes, — es una descripción física, filosófica y moral de la tierra. — Esta sabia dama ha trabajado más que nadie en cristianizar las ciencias, pues nunca perdió de vista al gran Creador de todas esas maravillas, como sucede á espíritus más pequeños y menos nobles.

Traduciremos un acápite de la introducción á la *Conexión de las ciencias físicas*, como una muestra de su estilo :

« Los cielos, dice, presentan más que cualquiera otra ciencia el espectáculo más sublime para el que la estudia. La magnitud y el esplendor de aquellos cuerpos, la inconcebible rapidez con que giran, las enormes distancias que los separan, hacen comprender cómo será de poderosa la energía que los mantiene en movimiento y la durabilidad de todo aquello, cuyos límites no vemos. Igualmente conspicua es la bondad de ese Creador que dió al hombre facultades con que apreciar la magnificencia de Sus obras, con que trazar con toda precisión las operaciones de Sus leyes, y tener por base el globo que habita para medir

la magnitud y la distancia del sol y los planetas, y al medir el diámetro de la órbita de la tierra, escalar por allí hasta el firmamento estelar. Estos estudios no sólo ennoblecen el espíritu, sino que inculcan humildad, porque demuestran que hay un límite adonde jamás puede llegar el hombre más enérgico; que nunca podremos medir esos innumerables sistemas solares cuya inmensidad es tan extraordinaria que los que nos rodean son perfectamente insignificantes y aun invisibles delante de tanta grandeza; y que no solamente el hombre sino la tierra que habita y hasta el sistema de que ésta hace parte puede desaparecer, sin que sea notado en medio de la inmensidad de la creación. »

Á pesar de las nobles ocupaciones en que se deleitaba su espíritu, la señora Somerville tenía los modales más agradables y suaves, se manifestaba humilde con todos, amable y casera. Era excelente esposa, madre tierna y abnegada; sólo que ocupaba las horas que otras mujeres malgastan en frivolidades en estudiar obras serias y meditar acerca de la sublime ciencia astronómica.

Aunque no alcanza su fama tan alto como la de la señora Somerville, MARÍA MITCHELL, — una norteamericana, parienta lejana de Franklin, el sabio inventor de los pararrayos, — se ocupaba mucho de astronomía y aun había hecho descubrimientos en el cielo. Así como la inglesa era eminentemente científica, la americana era práctica.

Su padre era aficionadísimo á la astronomía, y aunque pobre, gastaba cuanto podía en comprar instrumentos astronómicos. María heredó aquella afición y desde muy niña quiso estudiar el mundo estelar :

como le dijesen que para comprender esa ciencia era preciso saber matemáticas, se entregó á estudiarlas desde los once años. Constantemente se la encontraba pegada á los telescopios y haciendo cálculos, hasta que en 1847 tuvo el gusto de descubrir un cometa telescópico desconocido hasta entonces. El rey de Dinamarca la premió enviándola una medalla de oro, y varias sociedades científicas la nombraron miembro.

Después de pasar algunos años estudiando en los principales observatorios de Europa, María Mitchell regresó á Norte América en 1857, y desde entonces gozó de gran reputación; poseyó un observatorio propio con muchos instrumentos magníficos. Era profesora de astronomía en varias Universidades y ha publicado gran número de opúsculos, almanaques y observaciones astronómicas de mucho mérito. Murió en los primeros meses del año de 1890.

Dos rusas, las señoras Kovalevsky y Litoonova, han estudiado matemáticas con tanto provecho que, como en Rusia no permiten á las mujeres enseñar en las Universidades, la primera de estas damas se fué á radicar á Suecia, en donde la nombraron profesora de matemáticas en una Universidad.

III

Muchas, muchísimas mujeres de los centros civilizados de Europa y Norte América se han dedicado al bello é interesantísimo estudio de la botánica, estudio que está al alcance de todas las mujeres y que es atractivo y agradable.

Una inglesa, MARIANA NORTH, se dedicó desde su niñez al estudio de la botánica; recorrió la Gran Bretaña en busca de plantas raras para formar una colección; pero como viese que las flores disecadas no podían conservar los colores y la belleza de las formas, resolvió aprender dibujo y pintura, no solamente para tomar el diseño de las plantas del natural, sino también para conservar el paisaje en que se hallaban. Una vez recorrida la Gran Bretaña, Mariana North pasó al continente europeo; de allí fué á la América del Norte, recorrió después el Oriente, la India, Australia, Ceylán, etc. Dícese que la colección que esta señora ha formado de la flora del mundo es la más completa que se ha visto jamás. Al regresar de su último viaje, exhibió su colección en *Kew-Gardens*, cerca de Londres, junto con 600 paisajes y dibujos á la aguada, no siendo éstos sino una parte de los muchos que tiene la colección. Después de un viaje que hizo á la Nueva Zelandia murió en el año pasado de 1893.

Otra dama, muy afamada en Inglaterra por las muchas obras sobre botánica que ha escrito, es FEBE LANKESTER. Hace 40 años que se ocupa en vulgarizar esa ciencia dando lecciones, haciendo conferencias y escribiendo libros. Su objeto principal es demostrar que el cultivo de las plantas y de las flores es el medio más fácil y mejor para sanificar las habitaciones y las ciudades.

EMY DE LEEUW, holandesa, ha escrito una obra sobre botánica de bastante mérito; es redactora de un periódico científico literario.

IV

La Real Sociedad de Agricultura cuenta entre sus más afamados profesores á una mujer, LEONOR ORMEROD, entomologista[1] notabilísima. Su padre fué un sabio, su madre era una mujer muy instruída. Desde niña se ocupaba en estudiar las costumbres de los insectos, y como viviese en el campo, continuamente á solas con la naturaleza, pudo dedicarse á su estudio favorito. LEONOR ORMEROD es una naturalista práctica; no solamente examina personalmente los insectos, sino que recorre los campos, se detiene en las aldeas, acompaña á los campesinos en sus faenas, y pasea las sementeras : todo esto para averiguar lo concerniente á los insectos nocivos. En todas partes halla motivos de reflexión y estudio, lo cual trascribe después en los interesantísimos opúsculos y libros que publica en bien de la humanidad.

El famoso geólogo inglés, sir CARLOS LYELL, cansado con la informalidad de los jóvenes que le ayudaban en sus tareas, resolvió tomar á su cargo á una joven que se resolviese á trabajar bajo su dirección : después de varios ensayos halló una niña tan á su gusto que resolvió perfeccionar su educación. La inteligente secretaria se llamaba ARABELA BUCKLEY, y en breve la discípula del sabio tomó tanto interés en las arduas cuestiones geológicas y en otros ramos de las ciencias físicas, que se dedicó á ellas completamente.

1. Parte de la zoología que trata del conocimiento de los insectos.

Bajo la dirección de su maestro escribió sus primeros ensayos, y después, ya sola, redactó varios libros sobre diversos ramos de la historía natural.

En Austria la señora AFLAJA VON ENDERES ha escrito varios tratados de historia natural, y en todas las capitales europeas se encuentran hoy día algunas mujeres consagradas á aquellos estudios que se han considerado tan áridos y ajenos al espíritu de la mujer.

V

¿Habránse visto mujeres arqueólogas? ¿Esa ciencia tan muerta, tan árida, tan seca podrá llamar la atención de la mujer, que ama tanto lo vivo, lo fecundo, lo tierno? Sí: varias damas se han ocupado del estudio de los monumentos de la antigüedad.

En el Congreso de americanistas que tuvo lugar en Huelva en el año de 1892 para celebrar el IV centenario del descubrimiento de América, tuvimos ocasión de conocer á la condesa OUVAROF, sabia rusa, presidenta de la sociedad imperial arqueológica de Moscou, la cual había ido á España á representar la sociedad. Una de las que en el mundo se ha hecho notable en ese ramo de la ciencia humana es AMELIA EDWARDS. Esta dama inglesa es miembro de la *Sociedad de helenistas,* del *Congreso Oriental* y de otras asociaciones de sabios. En 1875 visitó el Egipto y tomó tanto interés en los estudios arqueológicos que se hacen allí con tanto provecho para la historia, que se dedicó á la *arqueología* y ha escrito varias obras sobre la materia. Desde 1854 Amelia Edwards

escribe para el público, y sus novelas, que son muy apreciadas, le han proporcionado una notable fortuna, la cual ha dedicado en pro de su estudio favorito.

También una húngara, SOFÍA VON TORMA se ha dedicado al estudio arqueológico en su patria. El libro que escribió haciendo la descripción de ciertas antigüedades descubiertas por ella ha llamado mucho la atención de los que se han dedicado á ese ramo de la ciencia humana. La señora TORMA ha hecho conferencias en Viena sobre el asunto, las cuales fueron muy concurridas.

VI

Otro estudio bastante árido al parecer, pero que en realidad no puede ser más ameno é interesante, es el de las lenguas antiguas y modernas en su relación con las razas: esta ciencia ha tenido también aficionadas entre las mujeres contemporáneas. No hablamos solamente del conocimiento de cuatro, seis, ocho idiomas de los más usados en Europa, sino del conocimiento verdadero de las lenguas antiguas y modernas: la políglota más notable del sexo femenino que se conoce en la actualidad es una señora rusa, ELENA BLAVATSKY, que conoce á fondo 40 lenguas, tanto europeas como asiáticas. Su amor á la ciencia llegó á tal grado que pasó largos años en la India profundizando los antiguos conocimientos de los asiáticos. Viendo que no podía hacerlo sin penetrar en la religión de aquel pueblo, fingió convertirse al *budismo,* con lo cual logró vivir en la inti-

midad de los sacerdotes y descubrir varios secretos vedados á los cristianos. Desgraciadamente, ELENA BLAVATSKY es una extravagante cuyas obras no están á la altura de sus conocimientos. Como fuese desterrada de Rusia por sus ideas subversivas, hoy día se halla radicada en la América del Norte.

Una austriaca, CAMILA R. OSTOIE, después de haber pasado brillantísimos exámenes, se dedicó al estudio de las lenguas orientales : conoce á fondo el turco, el árabe, el ruso. Es profesora de lenguas orientales y escribió un diccionario turco-alemán que ha sido premiado por varios soberanos.

VII

La señora CLEMENCIA ROGER se ha ocupado particularmente de la ciencia de economia política y filosófica. Aunque nacida en Francia, de padres franceses, hizo su educación en Inglaterra y en Suiza. Desgraciadamente, si en aquellos países se hizo sabia, también perdió sus ideas religiosas. Las obras que ha escrito, — *Origen del hombre y de las sociedades, Ritos funerarios de las sociedades prehistóricas*, la *Introducción* á las obras de Darwin, que tradujo, y multitud de artículos y folletos, — todas son encaminadas á encomiar las teorías de los discípulos de Darwin. En 1862 ganó el premio que había ofrecido el gobierno suizo á la mejor *Memoria sobre el impuesto*. Pero de este premio tuvo que participar la mitad al socialista Proudhón, cuya memoria sobre el mismo asunto era, según los jurados, de mérito

igual á la de Clemencia Roger. Lo curioso del asunto es que Proudhón acababa de publicar un libro, que hizo mucho ruido, en el cual procuraba probar que la inteligencia en la mujer era nula y jamás alcanzaba á asuntos serios.

Otra mujer, — ésta es inglesa y se llama MILLICENT GARRETT FAWCETT, — se ha hecho notable en sus escritos sobre economía política. Casada con un distinguido economista, miembro del Parlamento y administrador de los correos de la Gran Bretaña, Millicent Fawcett no se ocupó de economía política sino tarde. Como hubiese cegado su marido, ella quiso distraerle leyéndole obras sobre aquella materia, y al mismo tiempo le sirvió de amanuense. Interesóse por consiguiente en cuestiones de economía política; resolvió estudiarlas á fondo, y á poco escribió un tratado de *Economía política* para los principiantes, y después ha publicado algunas otras obras sobre el asunto. Su hija obtuvo el primer premio de matemáticas en la Universidad de Cambridge, en 1890.

Al mismo tiempo que la señora FAWCETT. — su hermana, la señora GARRET-ANDERSON, y su prima hermana, RHODA GARRET, — se ocupaban también en la cuestión de la emancipación política de la mujer en Inglaterra y trabajaban sin descanso para obtenerla.

VIII

Si en Europa las mujeres escriben y á veces hasta hablan en público, tratando de elucidar cuestiones serias que se habían considerado como enteramente

impropias de las mujeres, en los Estados Unidos practican lo que las otras aconsejan.

Aunque en Europa se encuentran muchas mujeres en las diversas carreras masculinas, hasta hoy no se ha visto ninguna que siguiese la carrera de las leyes al igual de los hombres: no así en Norte América, en donde hay varias abogadas. La más conspicua entre las norteamericanas se llama BELVA LOCKWOOD.

Desde muy joven esta dama se entregó al estudio de las leyes, y siguió todos los cursos necesarios para recibirse de doctora en leyes, hasta lograrlo. En 1873, estando en el distrito de Columbia (al este de los Estados Unidos), fué nombrada miembro del tribunal supremo de aquel distrito; con motivo de su juiciosos y perspicacia discursos tan llenos de ciencia, á poco se la consideró como uno de los primeros jurisconsultos de la República Unida. Pronto aquel teatro no fué adecuado á sus talentos; llamáronla á la capital, y hoy día ejerce en Wáshington la carrera de abogado con aplauso general, no alcanzándole el tiempo para defender todos los pleitos que la encargan.

En Austria hay también una mujer que es doctora en leyes, SUSANA RUBENSTEIN, la cual aunque no ejerce la abogacía, ha hecho conferencias públicas dilucidando en ella cuestiones jurídicas. Dos más, austriacas, se han ocupado de economía política y de filosofía: ELISA LAST y EDLE VON STRICKH; ambas eran partidarias de la filosofía de Kant y de Shopenhauer.

IX

En 1850 se publicó en Viena un libro que llevaba este título : *Viaje de una mujer sola al derredor del mundo*. Semejante obra llamó muchísimo la atención y se tradujo al inglés y al francés. ¿Quién es esta mujer? se preguntaban todos, y ¿por qué viaja sola? La historia de IDA REYER PFEIFFER es tan curiosa como interesante y ofrece una prueba más de lo que puede la voluntad firme de una mujer enérgica. Ida había nacido en Viena al fin del siglo pasado, y desde su primera juventud deseó ardientemente viajar, ver escenas nuevas, conocer otros países, — no los europeos, tan conocidos ya por todos, — sino que anhelaba visitar lejanas y extrañísimas comarcas, ver otros continentes y surcar apartados mares. Tal parecía como si jamás pudiese realizar aquel sueño : se casó, tuvo hijos; su marido no era rico, y además, tan enfermo que no salía de su estancia. Pero en medio de sus faenas domésticas y del cuidado y educación de sus hijos — pues era excelente madre de familia — jamás perdía la esperanza de realizar el sueño de toda su vida. Para llevarlo á cabo, economizaba en sus gastos personales lo más posible, y todos los años guardaba el fruto de sus economías. Así se pasaron diez, quince, veinte años... Al fin murió su marido, á quien asistió con ejemplar abnegación hasta el fin; crecieron sus dos hijos varones, y pudo proporcionarles empleos lucrativos; al uno colocó en una secretaría del gobierno, y al otro estableció como artista. Libre entonces y sin tener que dar cuenta á nadie de sus

acciones, sintióse fuerte y robusta, aunque tenía cerca de 50 años, pero conservaba el mismo deseo de viajar que había tenido siempre.

En los primeros meses de 1842, Ida Pfeiffer salió de Viena, y sola, sin guía, sin compañero que la protegiese, emprendió viaje á la Tierra Santa. Atravesó la Turquía, fué á Palestina y recorrió el Egipto, y en esto gastó todas las economías de 20 años. Al regresar á Viena, publicó en dos tomos el diario de sus viajes; tuvo la fortuna de que el público la acogiese bien, y en pocos meses se agotaron dos ediciones. Aquello la proporcionó dinero suficiente para emprender en 1845 un viaje á Islandia, Suecia, Noruega y Laponia, que también publicó, y ganó dinero con ello.

Estos viajes no eran sino ensayos y preludios de los que ambicionaba particularmente : dar la vuelta al mundo. El 1° de mayo de 1846 salió por tercera vez de Viena, sola como las otras veces; pero en Hamburgo, en donde se embarcó en vía para la América del Sur, se encontró con un viajero alemán, — el conde Berchtold, — con quien hizo la travesía. Sin embargo, como aquella mujer, llena de brío y de impaciencia á pesar de sus 50 años bien cumplidos, encontrase que el consabido conde era muy despacioso, lo dejó atrás en el Brasil después de una aventura que de paso narraremos.

Los dos viajeros alemanes eran ambos coleccionistas, y ella había hecho estudios de botánica y zoología con el objeto de utilizar esas ciencias en los viajes que había soñado hacer. Apenas hubo llegado al Brasil, convidó á su compañero de viaje, que era anciano y tímido, á que la acompañase á una excursión

al interior del país en busca de curiosidades naturales. Los viajeros no tenían idea de que se pudiese correr algún riesgo, así fué que se internaron en los bosques sin guías y sin armas. Estando un día tranquilamente disecando algunas muestras de flores raras, viéronse atacados por un negro cimarrón armado con un cuchillo. La señora se trató de defender con una navaja, el conde con un paraguas; pero no se sabe qué suerte hubieran corrido los dos, cuando felizmente el negro oyó el paso de algunos transeúntes que se acercaban, y después de herir á la señora en un brazo, puso pies en polvorosa.

Como hemos dicho, el genio pacato del conde fatigaba mucho á su compatriota; eso, unido al poco brío que manifestó en la aventura con el negro, acabó de disgustarla; resolvió, pues, abandonarle y seguir camino hasta el interior mismo del Brasil con un peón por único compañero, y caballera en una mula. Así visitó varios pueblos de indios casi salvajes y que la recibieron muy bien. Embarcóse después en un buque mercante en el cual pasó el cabo de Hornos, corriendo muchos peligros; llegó á Chile, permaneció allí algunos días y se hizo literalmente *á la vela* en otro buque también mercante, con dirección á la isla de Taití.

Como la señora Pfeiffer practicaba siempre una grande economía, pasaba más peligros que los viajeros que llevan consigo comodidades. Á pesar de todo, visitó la China, la India; atravesó la Persia, la Rusia; llegó á Constantinopla, pasó por Grecia y arribó á Viena en noviembre de 1848, después de dos años de un viaje penosísimo y nunca hecho antes por mujer alguna.

Tres años gastó la insigne viajera en poner en orden su diario, arreglar sus colecciones de historia natural y publicar sus viajes. Cualquiera diría : ya estará satisfecha; ha visitado los lugares menos conocidos de Europa y el Oriente, ha dado la vuelta al mundo y *gozado* de toda clase de peligros y de extrañas aventuras; ha cumplido 55 años de edad; es justo que pase el resto de su vida saboreando sus recuerdos.

Pero ella no estaba aún satisfecha : la faltaba visitar el África en primer lugar, y no había visto las islas de Borneo, Java y Sumatra; sin embargo, no tenía el dinero suficiente para hacer ese viaje que ansiaba, hasta que habiéndole concedido el gobierno austriaco una suma de 2.500 francos ($ 500) como recompensa por sus viajes, se puso en camino con esa exigua suma. Embarcóse en Londres en vía para el cabo de Buena Esperanza, que visitó, é hizo algunas excursiones por los alrededores, pues sus pocos recursos no la permitieron internarse en el continente africano como lo deseaba. Visitó á Sumatra, Java y Borneo, en donde viajó sola y á pie, y aun vivió algún tiempo en medio de una tribu de caníbales, sin que éstos la hicieran mal alguno. En las islas Molucas la dieron pasaje gratuito hasta California. De allí pasó al Perú; en el Ecuador visitó el Chimborazo y el Cotopaxi, etc., y regresó á Europa después de recorrer la América del Norte. La relación de este viaje la hizo imprimir en Viena en 1856; titulólo: *Mi segundo viaje al rededor del Mundo,* y con su producto emprendió otro viaje.

En 1857 Ida Pfeiffer se puso nuevamente en camino. Arribó esta vez á Madagascar, penetró al inte-

rior de esta isla casi desconocida y en donde hasta entonces no había podido penetrar ningún europeo. Después de mil peligros, la infatigable viajera salió sin avería de aquella aventurada empresa y regresó á Viena. Pero al fin su cuerpo no pudo resistir tantas fatigas, y murió en su ciudad natal el 4 de noviembre de 1856 á los 63 años de edad.

Otra viajera, — inglesa, — CONSTANCIA GORDON COMMING, imitó un tanto á la alemana Pfeiffer. Hija de una mujer amante de las ciencias naturales y descendiente por su padre de una gran familia escocesa, esta dama ha pasado muchos años de su vida recorriendo las islas del Pacífico, Ceylán, las islas Teijoo, en donde vivió dos años, Taití, la China, el Japón, Nueva Zelandia, etc. Después de una prolongada ausencia de su patria regresó á Inglaterra, y ha publicado seis ó siete obras diferentes de descripción de sus viajes por aquella sección del mundo tan desconocida en Europa. Sus obras, dice un crítico de ellas, son interesantes por el acento de cristiandad que respiran, y hace gala de un estilo fácil y ligero, á pesar de la grande erudición en todas materias que manifiesta.

Las inglesas de la alta aristocracia son muy amantes de los viajes, y los motivos de su predilección son los siguientes : dinero en abundancia, conocimientos científicos bastante notables y una salud generalmente de fierro. Dos damas, lady BAKER y lady BRASSEY, han llamado la atención con la publicación de sus viajes en la Oceanía, la India, África y el Oriente, y la prueba del interés que han despertado es que se ha agotado más de una edición de sus obras.

Otra inglesa, LUISA ANA MEREDITH, versada en ciencias naturales, — zoología y botánica, — ha escrito con notable maestría sus viajes en Australia y Tasmania.

Á pesar de que la mujer en España, — como decimos en otra parte, — depende siempre del hombre y no se atreve á dar un paso sin él, encuéntrase entre las escritoras hispánicas una dama que el amor á la verdad y el deseo de instruírse y de indagar en las fuentes históricas y arqueológicas la ha llevado á emprender largos, penosos y arriesgados viajes en América para buscar documentos fidedignos que la permitan escribir una erudita *Historia de América* que prepara hace años. Hablamos de la baronesa de WILSON, á quien mencionaremos entre las escritoras españolas contemporáneas.

Tres señoritas inglesas, — dos hermanas y una amiga de éstas, — resolvieron emprender viaje al Oriente, sin más compañía que su valor físico y moral. Las señoritas SMITH llevaron á cabo su plan con toda felicidad en 1869, y á su regreso publicaron sus viajes. Antes de éstas, en 1860, dos inglesas de apellido BEAUFORD, habían hecho el mismo viaje y dado á la estampa el resultado de sus observaciones. Á su regreso á Inglaterra, una de ellas se casó con un vizconde *Strangford*, y con él volvió al Oriente y escribió nuevos viajes. Como quedase viuda poco después, resolvió emplear su fortuna en obras de caridad y dió mucho dinero para que se estableciesen escuelas cristianas en Damasco y en Beirout.

La rusa LYDIA PACHKOFF emprendió un viaje al rededor del mundo. Visitó el Oriente, Japón, China, India, Estados Unidos y el Brasil y escribió después la relación de sus aventuras.

X

Aunque por lo general en esta época de transición de una faz de la civilización á otra que aun no podemos conocer; en que, como en una vasija llena de licor en efervescencia, se encuentran todos los elementos de lo futuro reunidos y mezclados; en que el bien y el mal aparecen enlazados; en que no es posible prever si el mundo podrá regenerarse ó si se perderá por entero en el caos de ideas que suelen obscurecer hasta los espíritus más claros; en esta sociedad actual tan llena de contradicciones hase levantada una voz que ha hecho estremecer á muchos hombres, ha movido á risa á otros, á odio á algunos: hablamos de la emancipación política de la mujer. Hoy aquella idea nos parece absurda, — quizá no sea sino prematura, — y nos parece absurda principalmente porque las mujeres que han patrocinado y defendido esa idea se han puesto en ridículo por sus exageraciones, sus malas ideas morales y religiosas, sus extravagantes discursos públicos y las maneras varoniles y atrevidas de que han hecho alarde.

En los Estados Unidos de Norte América hay un semillero de mujeres que piden á gritos la emancipación política de la mujer, recorriendo calles y plazas, teatros y salones, y levantando en torno suyo una polvareda dentro de la cual desaparecen todas las cualidades femeninas que más apreciamos. Las direc-

toras actuales de ese movimiento, — que, es preciso confesarlo, adquiere cada día mayor popularidad en aquel país, — llámanse ANA ISABEL DICKSON, SUSANA B. ANTHONY, y JENNY CROLY, conocida con el seudónimo de J. JUNE. Ésta es fundadora de dos *sociedades* para promover la independencia de la mujer en las carreras científicas. Es miembro de la Academia de ciencias de Nueva York, etc., directora de un periódico y contribuye con artículos y cartas en 27 periódicos de los Estados Unidos. Su marido es director del *World* y del *Graphic* de Nueva York, y tiene mucha influencia en la politica de su país.

En Inglaterra ANA BESANT ha tomado la dirección de aquel movimiento con un calor, un fuego, un entusiasmo inauditos. Según hemos visto en un escrito de la señora GARRET FAWCETT, el principio de la revolución que pretenden algunas mujeres que se haga en favor de su emancipación política nació de un escrito de MARÍA WOLLSTONECRAFT que apareció en 1810, titulado : *Vindicación de los derechos de la mujer*. Lo que piden las mujeres en Inglaterra es el derecho de votar si se tienen las mismas calificaciones del elector varón, es decir : esmerada educación, cierta renta ó terreno, y que sean independientes, — solteras ó viudas, — y mayores de edad.

En 1867 se trató del asunto en el Parlamento inglés; en 1868 se presentaron por primera vez en público algunas oradoras femeninas, y en el mismo año una señora dueña de una propiedad obtuvo, junto con 27 mujeres arrendatarias suyas, el permiso de votar en una elección municipal. En 1870 salió á luz un periódico redactado por una mujer, titulado así : *Revista del sufragio de la mujer*, el cual subsiste

aún. Desde entonces no han cesado de fundarse sociedades en varias partes de la Gran Bretaña para trabajar en pro de aquella idea, y varias veces se ha discutido el asunto en el Parlamento. Lo curioso es que al principio de aquel movimiento lo protegía el partido liberal de Inglaterra encabezado por Bright; pero de repente éste y muchos de sus partidarios se declararon enemigos de la emancipación política de la mujer, y desde entonces trabajan en contra.

Gran número de mujeres filántropas y escritoras han protegido y hoy sostienen la emancipación política de la parte femenina de la sociedad, entre las cuales citaremos á FLORENCIA NIGHTINGALE; la poetisa BROWNING, las novelistas GROTE, THACKERAY, JAMESON, etc.; y fué también partidaria de ella MARÍA SOMERVILLE.

Podría decirse que la idea de la emancipación política de la mujer en Francia tuvo principio en la gran Revolución de 89, pero eso sería erróneo : las mujeres que en aquella época se exhibieron como partidarias de la emancipación de la mujer, lo eran también de la religión, de la moral, de los deberes domésticos; eran unas energúmenas, inmorales, la escoria de la sociedad, puesto que las del temple de madama Roland no tuvieron tiempo sino para pensar en la parte política de que gozaban los hombres de su época, y no se ocuparon de lo que podrían hacer las mujeres por sí mismas.

Las principales sostenedoras actuales en Francia de la emancipación política de la mujer son OLIMPIA AUDOUARD, MARÍA DERAISNES, la socialista LUISA MICHEL y otras por el estilo,— las cuales están divididas por un abismo de las concienzudas y graves partidarias

de la emancipación femenina que se han presentado en Inglaterra y aun en los Estados Unidos. Las francesas son hijas legítimas de la Revolución atea y subversiva; las de raza anglosajona son por lo general mujeres serias, que no piden la igualdad entre los dos sexos sino puramente en lo relativo al movimiento político, « en el cual, dicen ellas, la parte femenina debe tener tanta parte como la masculina, puesto que las leyes se hacen para hombres y mujeres ». Éstas, con pocas excepciones, son mujeres morales, buenas madres de familia, y sus sentimientos son muy diferentes de los de las locas hijas de Francia.

María Gœgg — nacida en Ginebra en 1826 — fué la primera suiza que en 1868 trató de fundar una sociedad para promover la emancipación política de la mujer. La asociación se reunió en Ginebra, y de resultas de sus trabajos las mujeres obtuvieron licencia para tomar una parte activa en el Congreso de paz internacional que se reunió en Berna poco después. La sociedad fundada por María Gœgg no nos parece estimable por sus ideas; tomó el nombre de *Solidaria* y posee un periódico redactado por la iniciadora de la sociedad. Sin embargo, por otra parte la misma María Gœgg ha hecho un bien: pidió y obtuvo de las autoridades suizas que se abriesen las Universidades á las mujeres, ventaja de la cual se han aprovechado particularmente las inglesas, rusas, alemanas, etc.

Las polacas han sido las mujeres más patriotas del universo. En 1840 se formó en Varsovia une sociedad de mujeres, titulada *Entusiastas,* patrocinada por Kazimira Zmichoska. Éstas pedían participación

en la política y libertad de industria; pedían lo que los hombres no poseían en aquella desgraciada Polonia. Á pesar de la inutilidad de sus manifestaciones y de sus deseos, las *Entusiastas* duraron hasta 1865, cuando habiéndose insurreccionado Polonia nuevamente, esta asociación naturalmente fué suprimida. Aquel alzamiento costó á Polonia más de la mitad de sus varones. Se acabaron por completo los jóvenes: unos perecieron con las armas en la mano, otros murieron fusilados, y los demás fueron enviados á Siberia, en donde se les trató bárbaramente. Con ese motivo dícese que las mujeres tuvieron notable preponderancia en las familias, y se las ha dado una educación muy superior á la de ahora 25 años; después tendremos ocasión de mencionar á las polacas que han seguido carreras artísticas, industriales y literarias.

Las naturales de Bohemia son, como las polacas, muy patriotas y muchas se han hecho notar en este siglo por sus trabajos en la reconstrucción de su nacionalidad. Después de la insurrección de 1848 algunas mujeres patriotas fundaron una asociación que llamaron *Sociedad de las mujeres eslavas*, la cual promovía la educación de las niñas en el sentido patriótico y la conservación de la lengua nacional.

No hay carrera, aunque sea la más impropia, que la mujer no haya abrazado en este siglo. Hemos visto que abundan las oradoras políticas; pero nos falta hablar de las *Predicadoras*. Éstas no existen sino en los Estados Unidos, en donde algunas sectas protestantes admiten mujeres como predicadoras religiosas. Mencionaremos á dos de éstas. La primera es María Torrins Lathrap, que pertenece á la secta me-

todista; es predicadora de la iglesia congregacional, presidenta de la sociedad de temperancia de Michigan y secretaria de la sociedad de la Unión Cristiana de los metodistas. La segunda se llama FRANCISCA WILLARD, la cual, después de un viaje á Europa y á Oriente, regresó con la intención de convertirse en misionera predicadora. Empezó por Chicago, y desde 1870 no cesa de recorrer los Estados Unidos predicando la temperancia; es socia de gran número de sociedades y publica sus *sermones* en algunos periódicos de temperancia.

XI

Aunque no se ha visto todavía entre las mujeres un Mozart ó un Rossini en la música, ni un Murillo ó un Rubens en la pintura, ni un Thorwaldsen en la escultura, como tampoco han tenido el primer premio en ninguna ciencia, en la literatura se hallarán en este siglo mujeres que igualen á los escritores más afamados, y encontramos que muchas mujeres se han distinguido en todas las bellas artes. Veamos en primer lugar la pintura, arte al cual grandísimo número de mujeres se han dedicado en los últimos 50 años. No nos ocuparemos sino de las más afamadas, que han sido premiadas en concursos públicos y cuyas obras se encuentran en las galerías de pintura de Europa, al lado de los maestros más famosos.

Quizá la artista de más fama del siglo y cuyas obras no son superadas por ningún pintor contemporáneo es ROSA (ó Rosalía) BONHEUR. Hija y hermana de artistas franceses de mérito, se crió en el taller de su

padre, y desde niña aprendió á dibujar instintivamente, de manera que antes de aprender á leer ya manejaba el pincel. En 1841, á los 19 años de edad, exhibió en París dos obras que llamaron la atención. Desde entonces se dedicó á la pintura de animales y de paisajes, en lo cual es maestra. Obtuvo varias veces el primer premio en las Exposiciones universales; es miembro de la *Legión de honor* y de las Academias de pintura más afamadas de Europa; sus cuadros se venden á precio de oro y ha adquirido una fortuna considerable con el producto de sus obras. Es también escultora, lo mismo que un hermano suyo que se ha dedicado á hacer grupos de animales.

Hermana menor de Rosa es JULIA BONHEUR PEYROL, la cual, á imitación suya, se dedicó á la pintura de paisajes y animales; y entre las dos hermanas tienen á su cargo una escuela gratuita de dibujo para niñas pobres.

Otra francesa, NELIA JACQUEMART, nacida en 1840 en París, exhibió sus primeros cuadros en 1863. Empezó por pintar escenas de interior, pero no se hizo notable hasta en 1868, en que se dedicó particularmente al retrato; en este ramo parece que no tiene rival actualmente en Francia. Obtuvo medallas de primera clase durante tres años consecutivos, así como también la decoración de la Legión de honor, honor rara vez alcanzado por las mujeres en Francia.

En aquel país se han distinguido en el mismo ramo del arte ISABEL BOULANGER CAVÉ, consecutivamente esposa de dos artistas, pintora paisajista; NELIA GOSSE, LUISA THUILLIER y EMILIA G. LELEUX; esta última es esposa de un afamado pintor del mismo apellido; sus

obras han sido acogidas con estimación en los salones de pintura de París; se ha dedicado á estudios de interior.

Antes de que se inventara la fotografía, los artistas miniaturistas eran muy estimados y solían ganar crecidas fortunas con ese arte tan delicado. Pero si aquella especialidad ha pasado de moda para los retratos, una dama francesa, MATILDE HERBELIN, ha revivido el estilo copiando en pequeñísima escala y sobre marfil las pinturas de los mejoros maestros del mundo, antiguos y modernos. Con aquel objeto la señora HERBELIN visita continuamente las más afamadas galerías de pinturas de Europa para hacer preciosísimas copias que son muy estimadas por los coleccionistas. Las obras originales que ha hecho han sido premiadas en las Exposiciones. Hállase una miniatura suya en la galería de pinturas del Luxemburgo, honor que rara vez han obtenido otras mujeres francesas.

Una sobrina de madama Herbelin tiene una de las reputaciones mayores en Francia como pintora: hablo de MAGDALENA LEMAIRE, cuyas pinturas se venden á precios fabulosos en París.

La inglesa ISABEL BUTLER es considerada como una de las más notables artistas contemporáneas. Sus cuadros son casi todos de grandes dimensiones, y lo curioso es que sus gustos son enteramente varoniles en la concepción y en la ejecución: escenas de guerra, batallas, campamentos, cacerías... esto es lo que pinta, y brilla en ello particularmente.

Retratista estimada es la inglesa ELISA BRIDWELL FOX; filántropa y caritativa es otra, LEONOR VERE BOYLE, la cual se dedicó á la pintura con el objeto de ganar dinero para hacer el bien en su pueblo natal.

Dios protege sus buenas intenciones; hoy vende los productos de su pincel á altos precios, y todo lo gasta en fundar y sostener escuelas. Entre otros beneficios ha hecho una costosa cañería para llevar agua limpia á la aldea en que nació.

Desde su más tierna infancia ANA BLUNDEN MARTINS, inglesa también, sintió que la llamaba la atención el dibujo; sin maestro pintaba las flores del campo copiadas del natural y pasaba horas enteras tratando de reproducir cuanto veía. Sus padres tenían tan mala voluntad á todo lo artístico, que le prohibieron dibujar cosa alguna; pero ella, aunque deseaba obedecerles, muchas veces se dejaba llevar por su inclinación. Al cabo de años logró al fin que se le permitiese estudiar profesionalmente el dibujo y la pintura, y á fuerza de constancia y voluntad, venciendo mil obstáculos, pudo por fin mandar su primera obra á la Acamia de Pintura de Londres, la cual la aceptó. Desde entonces hasta el día de hoy, no ha cesado de exhibir cada año sus obras y se la considera como una de las mejores paisajistas inglesas.

INÉS BOUVIER NICHOLL, á pesar de ser vástago de una familia de artistas notables en Inglaterra, ha logrado sin embargo superarlos á todos en bien merecida fama.

Una húngara, la señora PARLAGHY, presentó en una de las últimas Exposiciones de pinturas de París un retrato de cuerpo entero del patriota *Kossuth* que se admiró como una de las obras más artísticas de aquella Exposición.

Otra mujer de la misma nación, LUCÍA ROSSETI, esposa de un notable artista del mismo nombre, es hija de un pintor y ha seguido sus huellas con buen

éxito. ENRIQUETA WARD, esposa de un conocido grabador de Londres, tiene también merecida reputación como pintora, por lo cual ha obtenido premios en las exhibiciones artísticas.

MAGDALENA MARRABLE había pasado su juventud entregada al cuidado de su casa y sin ocuparse de arte sino en sus ratos perdidos; pero de repente se encontró viuda, pobre y á la cabeza de una familia desvalida. Recordó entonces que ciertos conocedores amigos de su familia habían elogiado algunos paisajes hechos por ella; los mandó ofrecer en venta y fueron comprados inmediatamente : aquello la dió ánimo; se dedicó á estudiar la pintura seriamente y al cabo de algunos años había ganado una grande reputación como paisajista y una regular fortuna, con lo cual vive cómodamente en Londres.

MARÍA ELISA HAWEIS gana su vida honradamente como dibujante de los periódicos ilustrados ingleses. Otra dama, ELENA PATERSON ALLINGHAM, se dedicó al grabado sobre madera y es uno de los artistas del *Graphic,* y sus paisajes á la aguada tienen mucha reputación. GEORGINA BOWERS ha seguido sus pasos como litógrafa y dibujante de libros y periódicos ilustrados. Se ha dedicado á la caricatura y á dibujos de perros y caballos. — Entre las dibujantes y grabadoras inglesas, la que mejor pagan los editores de periódicos ilustrados es MARÍA ELENA EDWARDS. Esta dama ha ganado reputación también como pintora al óleo, y sus cuadros tienen merecida fama.

No siempre es preciso empezar á estudiar el dibujo desde la infancia para aprenderlo bien; la prueba de ello es que LUISA JOPLING, que no había tenido maestro de dibujo antes de los 24 años de edad, apenas

empezó á dibujar hizo tales progresos en el arte que á los 28 años ya se la consideraba como una notabilidad artística.

La reina Victoria protege (y ha mandado comprar sus obras para adornar sus palacios) á una pintora de animales, ALICIA CHAPLIN, que han llamado « la Rosa Bonheur de Inglaterra », pero la cual no alcanza á igualar á la francesa.

Como recordarán nuestros lectores, la costumbre de saludar por medio de tarjetas artísticas es moda muy reciente. La inventora de ella fué una alemana, la baronesa VON CRAMM, con lo cual ha introducido en el mundo un arte que da de comer á muchas mujeres que pintan y dibujan preciosos caprichos en las tarjetas, pues en Europa se pagan muy bien las obras de mano originales y elegantes. Dicha baronesa tiene fama europea como pintora á la aguada.

La más afamada pintora al óleo de Alemania es indudablemente ANTONIA VOLKMAR. Es una retratista de primer orden y ha hecho considerable fortuna en Berlín, en donde se ha radicado. El emperador Guillermo posee en sus palacios varias de las obras de Antonia Volkmar.

Citaremos tres pintoras más de la misma nación: ISABEL WIEGMANN, que es tan hábil retratista como CLARA ONIKE es pintora histórica; y ERNESTINA FREEDRICHAEN, pintora de interiores y de paisajes.

Las suecas son muy aficionadas á las artes. Una de las más aficionadas es CLARA MONTALBA, pintora que se ha hecho notable por el arte maravilloso con que pinta los efectos de luz. Otra dama, compatriota de la anterior, J. M. C. BAUCK, es conocida por sus bellísimos paisajes. Hoy regenta un colegio de niñas en

Munich. Fuera de éstas, cuéntanse otras notables pintoras[1] suecas, cuyos nombres no tenemos espacio para apuntar aquí.

Varias belgas se han distinguido en el arte de Apeles, siendo quizá la más notable ADELA KENDT; y decimos que lo es, porque en todas sus obras ha procurado cultivar siempre ideas nobles y elevadas.

Hija de un griego y educada en Inglaterra es MARÍA SPARTALI, la cual se entregó al estudio de la pintura y exhibió algunas de sus obras en la Academia Real de Londres.

Algunas notables escultoras se han exhibido en los últimos años. Una de las principales es CLAUDIA VIGNON. Ganó el primer premio de escultura sobre multitud de hombres de conocida fama en 1867. Es la única mujer que hasta ahora lo ha logrado. Napoleón III la mandó hacer varias estatuas y bajorelieves en algunos monumentos de París. Además de escultura, se ocupaba de crítica de arte; era corresponsal de muchos periódicos, y ha escrito algunas novelas muy populares. Murió en 1888.

ELENA HERBERT BERTEAUX, también francesa, hija de un escultor que se gozó en dirigir sus estudios desde 1849, ha exhibido estatuas de mucho mérito. Algunas de sus obras perecieron en el incendio del palacio de las Tullerías, pero se conserva una fuente de mármol en Amiéns y muchas estatuas en varias iglesias de París y sus contornos. Fundó una sociedad protectora de mujeres artistas, llamada *Unión de las Pintoras y Escultoras francesas*.

1. *Sofía Adlesparre*, *Amalia Lundegren*, *Inés Borjeson*, *Josefina Holmlund*, etc.

Hija de un escultor inglés, MARÍA THORNYEROFT casó también con otro y siguió la misma carrera desde muy joven. Sus más importantes obras son los bustos de gran parte de la familia real de Inglaterra.

Como dijimos antes, las suecas son naturalmente artistas y desde que se les ha proporcionado una culta educación han sobresalido en muchas carreras que antes estaban exclusivamente reservadas para los hombres. LEA AHLBORN es una afamada grabadora sueca, cuyas obras fueron premiadas en la Exhibición de París en 1865; es además escultora y tiene un empleo de alta categoría en la casa de moneda de Estocolmo.

Entre los grabadores en madera que hay en Suecia se distingue una mujer, SOFÍA ISBERG. Nacida en pobre hogar, el de un sastre, Sofía se educó sola y se dedicó al arte con una constancia y una decisión tal que logró hacerse notar de sus compatriotas. Fué protegida, la dieron maestros, y á la vuelta de pocos años se la consideró como una notabilidad. Ha recibido premios en las Exposiciones de París, Londres, Viena, etc.

Una de las escultoras de más mérito de Suecia es una princesa real, y varias señoras de la nobleza cultivan el arte de Fidias, — lo cual prueba que en todas las escalas de la sociedad se encuentra el talento artístico.

En la América del Norte se han hecho notar mujeres artistas de mérito, algunos de cuyos nombres mencionaremos muy de paso: la señora MORAN, pintora y grabadora; ELISA GREATOREX, pintora tan notable que ha merecido el honor de ser la primera mujer que ha sido recibida entre los miembros de la Academia nacional de Nueva York.

¡Cosa curiosa! Muchas de las escultoras y pintoras femeninas han heredado la afición artística de sus padres. ENRIQUETA HOSMER era hija de un famoso médico, fuerte en anatomía. Su padre, viendo la afición que tenía al arte, la hizo aprender anatomía en Nueva York, sin lo cual, decía, jamás podrá un escultor hacer algo de provecho. Después la llevó á Roma, en donde se perfeccionó y sus obras empezaron á llamar la atención. Estando allí, una de las principales estatuas que trabajó fué considerada de tanto mérito, que el príncipe de Gales la mandó comprar por 30.000 duros. Además de escultora es poetisa, y reúne frecuentemente la mejor sociedad en los magníficos salones de su palacio en Roma. Así esta mujer con su talento y asiduo trabajo ha hecho una gran fortuna.

MARGARITA GILLIES, inglesa, es actualmente una de las artistas más renombradas de Europa. Es vástago de una familia de hombres de letras muy respetada en Escocia por su rango y respetabilidad. Ella se dedicó á seguir como artista la carrera de pintora, escogiendo particularmente la miniatura. En 1851 estudió la pintura al óleo en el taller de Ary Scheffer, y al regresar á Inglaterra las obras que exhibió fueron tan notables que la eligieron miembro de la *Sociedad de pintores á la aguada*. Los retratos que ha hecho sobre márfil son obras maestras. « Todas esas obras, dice un biógrafo suyo, se caracterizan por la intención que se le descubre de levantar el espíritu hacia lo grande, lo bueno, lo noble, y procurar que el arte sea siempre el intérprete tan sólo de las bellas acciones de la humanidad. »

XII

En la América española también se han distinguido algunas damas artistas, á pesar de las dificultades que en aquellos países se presentan para seguir una carrera profesional. En Chile, la señorita AGUSTINA GUTIÉRREZ fué la primera mujer nombrada como miembro de la Academia de pintura de Santiago. Ha obtenido premios en las Exposiciones y ha sido el apoyo de su familia subveniendo con sus trabajos artísticos á los gastos de la casa de su madre. Desgraciadamente murió en 1886 de poco más de 34 años de edad.

MIRA DE COUSEÑO y AURORA MIRA Y MENA, también chilenas y distinguidas pintoras y escultoras, continúan la tarea artística iniciada por la anterior en la pintura, á lo cual han añadido el arte de la escultura.

Han presentado en las Esposiciones sus cuadros las señoras MARÍA DEL TRÁNSITO PRIETO, CELIA CASTRO y ALBINA ELGUÍN, así como otras cuyos nombres no alcanzamos á señalar aquí.

En Colombia también podríamos contar algunas pinturas y dibujos artísticos, obras de ilustradas damas y señoritas, como las que exhibieron las señoras ROSA PONCE DE PORTOCARRERO, DOLORES VALENZUELA DE ARGUEZ — la señorita Torres — hija y hermana de distinguidos artistas, y de otras cuya modestia es tan exagerada que no han querido presentar en público sus nombres.

XIII

No hay ciudad en el mundo en donde la gente se ocupe tanto de música como en Viena. Allí hay conciertos gratis para el pueblo, en parques, plazas, calles, en todas partes, en tanto que la gente acomodada y la aristocracia oye música en los salones construídos para el caso y en las Óperas, los Clubs y las casas privadas. Patria de tantos músicos famosos, Viena ofrece á los aficionados al divino arte de Mozart mil ventajas que no se encuentran en ninguna otra ciudad. Las escuelas de música gratuitas que hay allí son las mejores del mundo; las sociedades de aficionados que posee, en donde se tocan cuartetos y quintetos y se canta en coro, son numerosísimas; el conservatorio de Viena ejerce una influencia suprema en la música.

Entre las pianistas afamadas educadas en Viena, las más populares son las señoras Essipoff y Toni Raab, las cuales tocan en conciertos. Muchísimas maestras, las mejores del mundo, han salido del conservatorio de Viena, y la mayor parte de las cantatrices han ido á la capital de Austria á recibir lecciones en aquel templo del arte. Una de las más famosas pianistas de la época, María Krebs, después de educarse en Dresda, se perfeccionó en Viena. La gran violinista Norman-Neruda aprendió en Viena, en donde se exhibió á los seis años de edad en un concierto. Semejante precocidad llamó muchísimo la atención, y su reputación recibió el pase para la fama verda-

dera en Londres, en donde el músico Beriot la admitió en sus conciertos cuando aun no había cumplido 10 años. Estudiosísima siempre, hace incesantes progresos, y desde 1849, año en que la violinista casó con un músico sueco, no cesó de recorrer las capitales europeas, en donde se la recibía con entusiasmo.

Igualmente afamadas como pianistas son : Arabela Goddard, directora de la Academia de música en Londres; Magdalena Graever, holandesa, que no solamente es pianista sino también compositora de piezas originales para el piano; Inés Zimmermann, pianista alemana, la cual ha arreglado para el piano varias piezas muy populares, — y tantas otras de reputación artística.

Aunque, como dijimos antes, aun no ha aparecido en el mundo una mujer que iguale á los afamados músicos, tales como Mozart, Beethoven, Meyerbeer, etc., no por eso se puede negar á la mujer el talento y la originalidad artística. Muchas han compuesto óperas que se han representado en Europa. Luisa Bertin, hija de un notable periodista francés, compuso á mediados de este siglo tres óperas que se representaron en París; Paulina Thys, Tarbé de Sablon, la señora Alagnier han compuesto operetas representadas en París y en otras partes.

En 1885 se representó con grande aplauso en Moscow una ópera, *Uriel Acosta*, obra de una dama rusa, la señora Sajeroff, viuda de un músico ruso.

Clara Schumann, hija de un famoso pianista y casada con el célebre compositor de su mismo nombre; obtuvo á mediados del presente siglo señalados triunfos como pianista y como compositora clásica.

Muchas mujeres han compuesto sonatas, oratorios, nocturnos y obras de música de iglesia así como canciones y obras ligeras. Sólo citaremos unas pocas. CARLOTA SAINTON DOLBEY — inglesa — discípula de Mendelsson, el cual escribió varias obras expresamente para ella; es hoy directora de una Academia de música y ha compuesto muchas baladas y canciones. Inglesa también es ISABEL PHILP, la cual desde muy niña tenía tal inclinación á todas las artes y la literatura, que al principio de su vida no sabía por cual carrera decidirse. Al fin resolvió dedicarse á la música y particularmente á la composición de canciones. Ahora algunos años se decía que había compuesto más de cien canciones, casi todas muy populares en Inglaterra. Ha escrito también un estudio acerca de la manera como se deben cantar las baladas inglesas.

CARLOTA M. SARDIEU manifestó desde su más tierna infancia, pasada en una pequeña ciudad de Normandía, el amor más grande á la música. No había cumplido siete años cuando ya pasaba muchas horas delante del piano improvisando. Su madre, sencilla normanda, desaprobaba la afición de su hija, pero al fin tuvo que permitirla tomar lecciones profesionales de música, y en París recibió lecciones de Chopin. Como Carlota sólo amaba la música clásica, por mucho tiempo no se hizo popular y los conciertos que daba eran poco concurridos; sin embargo, á medida que se han hecho de moda los estudios de maestros clásicos, la fama de la señora Sardieu ha crecido mucho.

Pero entre todas las músicas contemporáneas, indudablemente la que más ha producido es la viscon-

desa CLEMENCIA R. DE GRANDVAL. Á pesar de pertenecer á la aristocracia francesa, desde muy niña se dedicó á estudiar el arte de la composición musical, bajo la dirección del músico Flotow. Después de casada, continuó sus estudios y produjo varías piezas dramáticas, religiosas é instrumentales. En 1859 dió á un teatro de París una opereta que fué aceptada, y en seguida cada año, hasta 1869, se representaba alguna obra suya en el Teatro lírico, en la Ópera Italiana, etc. aunque bajo el velo de un seudónimo.

El Conservatorio prohijó algunas de sus composiciones religiosas, y en las iglesias de París se suelen cantar muchas de sus obras sueltas y ejecutar las misas que ha compuesto. Fuera de esas piezas serias la viscondesa de Grandval es autora de algunas melodías y canciones muy populares en Francia.

En Suecia el amor á las bellas artes es muy notable entre las mujeres : allí nacieron músicas y cantatrices célebres como JENNY LIND, CRISTINA NILSSON y otras: Las orquestas de las óperas suelen contar con varias mujeres, y hace pocos años recibió sus diplomas en la Academia real de música de Estocolmo, después de brillantísimos exámenes, una mujer, — AMANDA MERCER, — la cual se dedicó á la dirección de orquestas.

No hemos querido mencionar adrede sino las mujeres que tienen una fama europea por su ejecución y sus conocimientos musicales, pues si fuéramos á nombrar á todas las músicas de reputación local, necesitaríamos un volumen.

En Venezuela ha obtenido fama europea. TERESA CARREÑO, extraordinario genio músico, que ha sido aplaudida tanto en los Estados Unidos como en algu-

nas ciudades europeas. En Chile, sólo mencionaremos á las señoras Barra, Martínez, Filomeno y otras distinguidísimas artistas músicas.

En Colombia, tenemos varias artistas de mérito, entre las cuales sobresale por sus composiciones musicales la señora TERESA TANCO DE HERRERA.

Si ha habido ejecutantes y compositoras músicas de mérito, tampoco han faltado las críticas. Una de las más distinguidas en este ramo del arte es la alemana MARÍA LIPSIUS, que ha firmado siempre con el seudónimo de LA MARA. Discípula de Lizzt, es una pianista de primer orden, pero en lo que se ha hecho notable es en sus críticas de arte : no sólo ha escrito muchos artículos de periódico sobre aquella materia, sino que sus libros son considerados como obras clásicas de crítica musical.

En años pasados se hicieron notabilísimas dos violonistas de primer orden, Teresa y María Milanolo, las cuales tocaban ese instrumento dificilísimo con una maestria que pocos hombres han igualado.

En España se han distinguido en las artes CARMEN PAGÈS Y MILLÁN, LEOPOLDA GARZÓ Y ANTONIA SALA; las cuales han exhibido sus obras en las exposiciones nacionales de Madrid.

Músicas las hay también notables en la Península hispánica, y han llegado hasta nosotros los nombres de CLOTILDE CERDÁ, á quien apellidan la musa de la armonía; PETRA NAVÁRRO, una hija del duque de LA TORRE Y MARGARITA HEVIA, las cuales pulsan el arpa con singular maestría.

Se extrañará quizás que entre las mujeres notables de este siglo no hubiésemos contado á las que se han distinguido en el teatro, cantatrices y actrices. Pero

no hablamos aquí sino de aquellas cuyas profesiones son enteramente honorables, que con ella han ganado su vida y se han hecho un nombre sin exponer su virtud á las asechanzas de las tentaciones mundanas. No decimos por esto que no haya multitud de mujeres dedicadas al teatro que jamás han dejado las veredas de la virtud, ni que no existen y han existido muchísimas mujeres que, llenas de dignidad, han mantenido á su familia con las artes que tanta diversión dan al público; pero como entre éstas, la mayor parte se han dejado arrastrar por la pendiente de la adulación hasta caer en los vicios, y sería necesario para mencionar y encomiar á las virtuosas, callar los nombres de muchas de las que más han brillado en la carrera del teatro, resolvemos no hablar absolutamente de ninguna mujer que se exhiba sobre las tablas, salvo que se haya hecho famosa como compositora música también.

PARTE QUINTA

MUJERES LITERATAS EN EUROPA Y ESTADOS UNIDOS DE NORTE-AMÉRICA

Literatas francesas.

I

En la PRIMERA PARTE de este estudio nos ocupamos de las mujeres francesas que dieron ejemplos de heroísmo y de virtud durante la época aciaga de la Revolución francesa del fin del siglo XVIII. Al tratar de las mujeres literatas, empezaremos por las francesas, y reanudaremos lo que ya dijimos acerca de las que se vieron envueltas en aquella agonía de la sociedad del pasado, con las que comenzaron su carrera literaria con el siglo XIX.

En 1813 murió la condesa FANNY DE BEAUHARNAIS, mujer caritativa y buena, poetisa y literata, tía de Eugenio de Beauharnais, hijo de la emperatriz Josefina.

Contemporánea de la anterior, pero cuya fama aun se conserva, fué ESTEFANIA FELICITAS DE SAINT-AUBIN,

condesa DE GENLIS. Nació en 1746 de una familia noble pero pobre; recibió brillante educación y á los quince años se casó con el conde de Genlís. Siendo aún muy joven fué nombrada institutora de los hijos del duque de Orleáns (entre los cuales se hallaba el futuro rey Luis Felipe). En aquella época madama de Genlís escribió muchas obras didácticas, destinadas á la instrucción y al recreo de sus discípulos. He aquí el título de algunas de ellas : *Cartas sobre la educación. — La Religión. — Las Veladas de la Quinta.* — Además es autora de varias novelas históricas y de piezas dramáticas. Las más populares de sus obras son : *Veladas de la Quinta* y *Memorias de su tiempo,* las cuales aun son leídas por niños y viejos á pesar de su estilo anticuado y del exagerado sentimentalismo de su estilo pasado de moda actualmente.

Por junto, los escritos de la condesa de Genlís forman cerca de cincuenta volúmenes, pero en realidad aunque escribió sobre todas materias y tenía talento y perspicacia natural, rara vez presenta ideas originales. Por otra parte, aunque se manifiesta correctísima en sus palabras y se ocupa mucho de la moral, parece que sus acciones dejaron mucho que desear y jamás es natural en sus expresiones; el gran defecto de esta escritora es el de la afectación y total carencia de sinceridad en las opiniones que proclama.

De la misma época fueron : la condesa DE SOUZA, marquesa DE FLAHAUT, la duquesa DE DURAS y SUSANA VERDIER.

La condesa DE SOUZA fué heroína en el gran drama de la Revolución de 1789. Como muriese su marido en el cadalso, ella logró escaparse de Francia, y en el

extranjero tuvo que ganar su vida con los trabajos de su pluma. Escribió entonces varias novelas de bastante mérito que forman seis volúmenes de obras selectas. Se casó con el portugués Souza Botelho (también escritor) en segundas nupcias y murió en 1836.

La duquesa DE DURAS obtuvo grande popularidad durante la época de la Restauración con dos novelas: *Ourika* y *Eduardo*.

SUSANA VERDIER fué poetisa de tanto mérito que el gran crítico La Harpe cita uno de los idilios fruto de su ingenio *(La fuente de Vaucluse)* como una de las más bellas producciones de la musa francesa.

No debemos olvidar entre las literatas del principio del siglo XIX á madama COTTIN. Esposa de un rico banquero de Burdeos, no empezó á escribir sino con el objeto de ofrecer consuelos á un amigo desgraciado. Sin embargo, como hubiese cosechado muchísimos elogios con motivo de su primera novela, resolvió escribir otras. Desde entonces hasta su muerte no cesó de publicar obras que se hicieron muy populares en Francia y en seguida se tradujeron en todos los idiomas europeos. Hoy ya nadie gusta de aquel estilo, pero nuestras abuelas se delectaban con la lectura de *Matilde ó las Cruzadas*. — *Clara de Alba*. — *Isabel ó los Desterrados de Siberia*, etc., etc.

Mujer de muchísimo mérito fué SUSANA CURCHOD DE NECKER. Á pesar de ser de origen suizo, como pasase la mayor parte de su vida en París, se la puede considerar como haciendo parte de la literatura francesa.

Casada con el famoso banquero-ministro del infortunado Luis XVI, madama Necker era el centro de

un círculo selecto de hombres importantes que frecuentaban su casa. De costumbres severas y rígidas y de religión calvinista, madama Necker parecía fría y sin entusiasmo en medio de aquella sociedad en donde hervían ya las ideas revolucionarias que deberían en breve trastornar el mundo entero.

Á pesar de que era esposa excelente y amaba á su marido con ternura, esto mismo parecía como si la impidiese ver el grandísimo mérito de su hija Ana Luisa Necker, la cual después fué la famosísima baronesa DE STAEL, una de las pocas mujeres de verdadero genio viril que ha visto el mundo. Entre la madre y la hija había un abismo; sus naturalezas eran totalmente distintas y no podía haber verdadera simpatía. Además ambas amaban con pasion celosa al señor Necker, y dícese que la madre sufría al notar que su marido prefería frecuentemente y celebraba las agudas y atrevidas ideas de su hija, más bien que las reflexiones serias y sensatas de su esposa. Sin embargo, según las cartas de estas dos mujeres, publicadas últimamente, si no siempre simpatizaban en ideas, las ligaba un tierno amor.

Madama Necker escribió poco, pero sus obras son serias, de mérito y muy morales. Lo más conocido y leído de ella es un elocuente tratado sobre « El Divorcio, » obra que combatía en 1794 la nueva ley francesa sobre ese asunto. Además, durante la época en que su marido estuvo en el poder, ella fundó un hospital que llevó su nombre y que fué la fuente de grandes bienes para los parisienses desgraciados.

Á pesar del poco brillo del talento de madama Necker, ha observado un sabio crítico francés, la famosa baronesa de Stael debe á su madre la parte seria y

sensata de su ingenio, pues muchas de las ideas que estaban en embrión en la madre fueron trasformadas é iluminadas por la hija, sin saberlo ella misma, merced al gran poder de su alma creadora en parte y asimiladora y penetrante que la distinguía.

La mujer de verdadero genio creador es tan rara, que no forma un tipo sino una excepción. Las mujeres pueden tener talento, inteligencia, más perspicacia generalmente que los hombres, pero el *genio creador* es extraño á su naturaleza: comprenden, entienden, penetran, pero rara vez crean. Sin embargo, todas las reglas tienen excepciones, y una brillantísima es madama de Stael.

Nació en París en 1766. Su padre se esmeró en cultivar su clarísimo talento y la dió un lugar preminente en el círculo de personas importantes que frecuentaban su casa. Á los veinte años la casó con un barón sueco: Magnus Stael-Holstein, hombre nulo, impasible é insignificante. Durante la Revolución francesa, madama de Stael tomó gran parte en la política del país, é ideó un plan de evasión para Luis XVI, poco antes del 10 de Agosto, plan que no se pudo llevar á cabo. Además, cuando casi todos los hombres estaban mudos y no se atrevían á comprometerse, madama de Stael, con aquella audacia que caracteriza á las mujeres en las crisis revolucionarias, envió al tribunal revolucionario una luminosa *Defensa de la Reina*, que se mandó archivar.

Durante el Directorio y el primer Consulado de Napoleón I, la influencia de la hija del ministro Necker era tan grande, que el futuro emperador, que no quería tener la más leve sombra en su gobierno, y no permitía la menor crítica de sus actos,

la desterró de París. Madama de Stael pasó entonces á Suiza y vivió en una propiedad de su familia, llamada Coppet. Estuvo en seguida en Alemania y en Inglaterra, pero su corazón y su alma estaban en París; así, apenas pudo volvió, pero de nuevo fué desterrada y no regresó á su ciudad natal sino en 1815, dos años antes de su muerte. Habiendo quedado viuda en 1802, se había casado otra vez á los cuarenta y seis años, pero secretamente, con un joven oficial de talento, autor de algunos opúsculos.

Todas las obras de madama de Staël, menos dos novelas (« Delfina » y « Corina »), son filosóficas, serias, llenas de ideas nobles, apasionadas, y que revelan grande instrucción literaria, genio de observación y profundo conocimiento del corazón humano. Las principales son, por su orden cronológico: « De la influencia de las pasiones en la felicidad de los individuos y de las naciones, » obra profundamente filósofica que publicó en Lausana en 1796; « La Alemania », historia del carácter y literatura de los países de ultra-Rhin, libro que fué mandado destruír por Napoleón. Aquella obra filosófica, con su estilo enérgico, conciso y brillante la puso de un salto al nivel de los escritores de primer orden. Las « Consideraciones sobre la Revolución francesa » nos la muestra bajo otro aspecto: sus sentimientos son allí altamente morales, manifiesta amor al progreso en el orden, hondo respeto á la virtud y bastante imparcialidad en sus consideraciones. En sus dos *novelas*, madama de Stael pinta las pasiones del corazón humano con la maestría con que sabía hacerlo: pero el exagerado lirismo de su estilo ya no gusta á la actual generación. Además de estas obras de primer orden,

tenemos de ella « La literatura entre los antiguos y los modernos »; « Diez años de destierro », obra considerada por el crítico Villemain como un libro encantador y el más natural de sus escritos. « Reflexiones sobre el suicidio »; « Noticias sobre lady Jane Grey », y otras de menos mérito que se encuentran diseminadas en los 17 volúmenes que forman sus obras completas.

Al fin del siglo XVIII las mujeres literatas quedaron ofuscadas por las nobles y abnegadas mártires de la Revolución francesa, que acabó por sacrificar hasta á sus propias hijas, como lo hizo con la famosa madama Roland. Permítasenos trascribir aquí una página elocuente que viene al caso en nuestro asunto:

« La carrera de la Francia del siglo XVIII, dice Imbert de Saint-Amand, se parece á la vida de una pecadora. Después de haber recibido una severa educación (fin del reinado de Luis XIV), llegó la juventud con sus ruidosas diversiones, sus falsos placeres y sus locuras; pero después del corto período de alegría y embriaguez llega el fastidio, el cansancio profundo, que es el primer castigo que cosecha la vida desordenada. Al fin suena la hora de la expiación, y la pecadora se regenera entre las lágrimas y la sangre, y el siglo que empezó en medio de las orgías concluye en el martirio. »

Las mujeres de la Revolución se destacan en medio de ella sea como mártires ó victimarias, y el papel que desempeñaron fué siempre importante, ya como la personificación de la virtud y la más sublime abnegación, ó como la encarnación de la furia popular y el crimen.

La mujer en todo tiempo y lugar tiene una gran

misión delante de sí, y ojalá que no la olvidara nunca. Hoy día, cuando el cristianismo se ve amenazado de muerte, está en el poder de la mujer el constituírse en su campeón, manifestándose siempre *verdadera cristiana,* y de esa manera no dudamos que vencerá á sus enemigos. La sociedad se ve amenazada con volver á la barbarie, y en manos de la mujer está el impedirlo.

II

Tócanos ya hablar de las literatas francesas de la época presente. Las pocas que hemos mencionado antes puede decirse que pertenecen por el espíritu y la educación al siglo XVIII. Examinaremos á las modernas.

Advertimos que no hablaremos sino de las más notables, pues si nos ocupásemos, aunque fuese muy brevemente, de todas las escritoras francesas, no bastaría un volumen entero para dar cabida á los nombres de las más notables.

Mencionaremos en primer lugar á las poetisas.

La primera, por el orden cronológico así como por sus virtudes privadas, es indudablemente MARCELINA DESBORDES VALMORE. Esta dama, que murió á mediados de este siglo, es el puente de comunicación entre el mundo literario que se hundió en la Revolución francesa y el que surge con Lamartine y Víctor Hugo. La señora DESBORDES VALMORE es la poetisa del hogar por excelencia, tierna, dulce, apasionada por todo lo bueno y lo bello; su estilo es siempre natural, ar-

diente y sabe pintar á lo vivo los afectos puros de una alma cristiana.

Contemporánea suya fué SABINA V. TASTÚ, la cual cantó también la vida del hogar, y sus poesías merecieron ser premiadas por la Academia francesa.

Bellísima, ilustrada, llena de vida y de ingenio, DELFINA GAY era hija de una literata de segundo orden que pertenecía al fin del siglo anterior; la niña creció en medio de una sociedad de literatos, los cuales la alentaron y aplaudieron sus primeros ensayos. Lamartine dice que las primeras poesías de Delfina eran castas imágenes dichas en voz baja, llenas de delicadas ideas envueltas en un estilo púdico y reservado. El único defecto de sus versos, añade el poeta, es demostrar demasiado ingenio, ese ingenio que es el gran corruptor del genio francés.

Delfina se casó con un hombre público, Emilio de Girardín, á quien ayudó muchísimo en su carrera politica. La señora de GIRARDÍN no sólo pulsaba la lira sino que sus artículos, sus críticas y sus novelas ejercieron grandísima influencia, en la literatura de la mitad de este siglo como también en la política. Sin embargo, sus últimos años fueron de desengaños y tristezas. ¿Por qué? Porque en este mundo nada hay completo, y toda gloria, todo triunfo mundano se paga con algún dolor, alguna pena y tristes desengaños.

Al lado de Delfina G. de Girardin se alza la memoria de una mujer llena de mérito como poetiza, LUISA V. ACKERMANN, — escasamente conocida y apreciada porque lo que publicó no fue sino unos pocos ejemplares de sus tomos de poesías, para distribuír entre sus amigos, y nada más. Se había dedicado en su

primera juventud á la poesía, pero como sufriese una gran pesadumbre, comprendió que el cultivo de las musas acrecentaba su pena, y para distraerse de ella, resolvió entregarse á estudios serios y profundos : aprendió lenguas antiguas, — sánscrito, hebreo, griego, latín — así como las principales lenguas modernas, y estudió á fondó las literaturas de esas lenguas. Casóse con un sabio profesor alemán á quien ayudó mucho suministrándole datos eruditos. Desgraciadamente, á los pocos años de casada murió su marido, á quien amaba mucho, y entonces despertó la musa que había dormido desde su juventud, y aquel arte que había acrecentado sus primeras penas la consoló de la segunda. Sus primeras poesías tienen un sabor antiguo muy natural en ella ; sus postreras son un continuo grito de desesperación anticristiana cuya entonación llega á parecerse al estilo de Víctor Hugo en sus últimos años.

La duquesa DE ABRANTES, esposa del famoso general Junot, tuvo una vida muy agitada : empezó su vida como hermana de la caridad; se casó después con Junot, duque de Abrantes y vivió en la corte de Napoleón I ; á la caída de éste, quedó pobre y tomó la carrera de las letras para mantenerse. Sus novelas no tienen gran mérito, pero el gran número de memorias de la época de la Revolución, el Imperio y la Restauración que escribió, las cuales fueron la obra suya de más fama, son divertidas pero bastante cínicas.

MARÍA DUMÁS, hija y hermana de los dos novelistas y dramarturgos Dumás, empezó su vida como la acabó la duquesa de Abrantes, y la acabó como la comenzó ésta. Criada y educada en la casa de su padre,

rodeada de literatos, María Dumas se entregó á las letras y á la pintura; después viajó, se casó, enviudó y terminó su existencia como religiosa en un convento en 1878.

Muchas traducciones al español se conocen de las interesantes novelas firmadas ENRIQUE DE GREVILLE, seudónimo de ALICIA M. DURAND. Hija de un profesor francés en la Universidad de San Petersburgo, no solamente supo estudiar á fondo las costumbres rusas, sino que aprendió la lengua del país; escribió sus primeras novelas en aquel idioma en los periódicos rusos, y á su regreso á París adquirió en breve una merecida fama como una de las mejores novelistas francesas del día.

Esposa del conocidísimo publicista francés, Luis Figuier, JULIA B. FIGUIER no sólo es popular por sus novelas de costumbres campestres, sino también por muchas piezas dramáticas que han representado en los teatros de París.

Aunque no muy recomendable por la moralidad de sus escritos, cuéntase entre los dramaturgos contemporáneos á CELESTE MOGADOR. Esta dama fué actriz, pero se retiró de los tablas cuando casó con el conde de Chabrillán. Ha escrito operetas, zarzuelas, comedías, dramas que se han representado con muy buen éxito en París. Sus *Memorias* fueron prohibidas en la época del Imperio.

La condesa Cisterne de Courtiras, conocida con el nombre de CONDESA DASH, es una de las escritoras más fecundas y fué la más popular durante algunos años en las librerías circulantes de París, por el interés palpitante que sabía dar á las tramas de sus novelas. Escribió más de 40 novelas, — algunas de ellas

en tres y cuatro tomos, — y daba á la estampa hasta seis anualmente. Después de su muerte, — acaecida en 1872 á los 68 años de edad, — quedaron manuscritos que se publicaron. Esta dama podría servir de ejemplo á muchas mujeres. Habiendo quedado viuda y en la pobreza, resolvió no admitir recursos de su familia y hacer sola su fortuna. Se entregó al estudio y á escribir asiduamente; sus novelas fueron aceptadas, se las pagaron mal al principio, mejor después, y acabó por proporcionarse suficiente renta para vivir con las mayores comodidades en París, con sólo trabajos de su pluma.

Otra dama de la aristocracia, primero viuda del conde San Simón y después de un barón, ALEJANDRINA DE BAWR, tuvo que buscar dos veces su subsistencia en la literatura y se hizo un nombre en ella. Sus obras dramáticas se han representado con grande aplauso en el clásico Teatro Francés de París, en donde sólo aceptan obras de primer orden. Además publicó libros de educación y novelas, canciones muy populares, y no cesó de escribir sino después de haber cumplido 80 años : murió de 85 años de edad en 1855.

Las dos escritoras, conocida la una con el seudónimo de ANDRÉS LEO, y la otra con el de ANA PREVOST, son también mujeres que, habiendo quedado viudas, se lanzaron en la literatura para ganar su subsistencia y la de sus hijos, lográndolo con amplitud.

III

Generalmente casi todas las literatas francesas han tomado la pluma, sea para ganar con ella los medios necesarios para mantenerse con independencia y dignidad, sea para ayudar á sus padres ó sus maridos, etc. Vamos á mencionar á algunas de éstas.

Hija del poeta Menard, ANAÍS MENARD SEGALÁS desde su primera juventud se dedicó á la poesía, y después de casada compuso comedias, dramas, zarzuelas, las cuales fueron representadas y aplaudidas; escribió novelas también y colaboró en gran número de periódicos parisienses. Murió de más de 80 años, en 1893.

Las hijas de los célebres novelistas ALFONSO KARR y CARLOS NODIER se entregaron también á la literatura. La segunda, que tenía un culto por la memoria de su padre, no escribió sino para hablar de él y referir episodios y recuerdos de Nodier.

Las hijas del famoso hombre de Estado, historiador, etc., Guizot, que fueron esposas de dos hermanos de Witt, literato el uno y economista el otro, se han hecho un nombre en la literatura. PAULINA GUIZOT DE WITT se ha ocupado exclusivamente de estudios históricos y políticos; la segunda, ENRIQUETA GUIZOT DE WITT, ha sido escritora muy fecunda y se ha ocupado de muchas materias. Después de publicar gran número de libros para los niños, de propaganda religiosa y de historia, ayudó á su padre en su última obra, *Historia de Francia referida á mis nietos*. Muerto éste, ha hecho un importante trabajo, *Resu-*

men y explicación de las crónicas de Froissart y unos *Recuerdos de Guizot* muy interesantes.

VIRGINIA ANCELOT era pintora de mérito, cuyas obras habían sido aceptadas por la Academia de pintura francesa; cuando se casó, ya de edad madura (tenía cerca de 40 años), empezó á ayudarle á su marido, que era un famoso dramaturgo, en algunos de sus dramas. Alentada con esto, quiso escribir sola una obra dramática, la cual no sólo fué aceptada por un teatro parisiense, sino muy aplaudida; sorprendida con un éxito que no esperaba, se puso á la obra y en pocos años se representaron veinte dramas suyos todos muy populares. — VIRGINIA C. ANCELOT publicó también algunas novelas, y no cesó de escribir hasta poco antes de morir, á los 83 años de edad.

GABRIELA SOUMET DE ALTENHEIM, hija de un poeta y dramaturgo afamado, emprendió desde muy niña la carrera de la literatura. Con su padre escribió varias tragedias en verso y publicó después poemas y artículos históricos.

Heredera de los talentos artísticos de su padre, Teófilo Gautier, y de su madre (una afamada cantatriz), JUDIT GAUTIER es música, escultora, pintora y novelista. Diéronla una brillante educación, la alentaron en su carrera literaria los amigos de su padre, y con uno de éstos, — un chino, — aprendió la lengua china y á los 17 años publicaba su primera obra, que fué bien recibida por el público francés. Se dedicó al principio á describir costumbres de la China, pero después ha escrito sobre todas materias y obtenido por una de sus obras el premio anual de la Academia francesa. Además en 1888 se representó en el Odeón una comedia suya.

LAURA BALZAC DE SURVILLE, hermana del célebre novelista Balzac, empezó su carrera literaria publicando la biografía de su hermano. Después escribió varias novelas en las cuales se encuentra un germen, algo como un recuerdo de las cualidades de Balzac.

Esposa del literato Carlos Reybaud y cuñada del sabio Luis Reybaud, conocido economista, ENRIQUETA ARNAUD REYBAUD colaboró desde los primeros días de su matrimonio en los periódicos que su marido redactaba en París. Después se dedicó á escribir novelas, brillando particularmente en el género histórico.

La esposa del historiador Michelet escribió con él las últimas que dió á la estampa el escritor.

SOFÍA LOURDOUEIX también estrenó su pluma en los periódicos que redactaba su marido, publicista de fama. Después escribió varias novelas, y una de éstas obtuvo el premio que cada año da la Academia francesa á las obras más meritorías.

IV

MARÍA DE FLAVIGNY nació en Francfort en 1805. Era hija de padres franceses de familia distinguida, y así, siendo muy niña, fué enviada á París á educarse en el colegio del Sagrado Corazón, en donde permaneció hasta poco antes de casarse con el conde de Agoult. Separada de su esposo, viajó durante algunos años por Italia, Suiza y Alemania.

Hasta 1841 no había publicado ninguna obra literaria, pero en aquel año sus amigos la indujeron á que enviara dos preciosas novelas que tenía escritas,

á la *Prensa* de París, las cuales fueron muy bien acogidas por el público francés : hallaban en ella un estilo que imitaba un tanto el de Jorge Sand. Poco después publicó el mismo periódico una serie de « Críticas literarias y artísticas » que llamaron la atención por la virilidad de su estilo, las avanzadas ideas filosóficas y liberales de que hacía alarde, y la corrección severa del lenguaje. Entre 1843 y 46 leyóse en la *Revista de Ambos Mundos* una serie de estudios políticos acerca de Alemania, de la misma autora, los cuales fueron muy elogiados, así como algunos artículos serios que vieron la luz en la *Revista Independiente*, los cuales de ninguna manera parecían hijos del cerebro de una mujer frívola. Después de 1848 la condesa dió á la estampa (bajo el seudónimo de *Daniel Stern*, con el cual fué siempre conocida en la literatura), dos tomos de *Historia de la Revolución de 1848*, obra considerada como la mejor que se escribiera en aquella época. Á pesar de la reputación que tenía como escritora seria, una novela suya llamada *Nélida* (que publicó en 1848) tiene las condiciones más sentimentales y apasionadas que puede desplegar el novelista, y en su género es una de las mejores obras de imaginación de la moderna literatura francesa.

La condesa de Agoult era no solamente escritora y literata, sino mujer de mundo; y su casa era el núcleo de una sociedad escogida, cuya distinción y elegancia de maneras recordaban los tiempos más bellos de la sociedad francesa de otras épocas.

Luisa Revoil Colet nació en Aix el 15 de agosto de 1815, de padres honrados pero no aristocráticos : por parte de padre pertenecía al comercio, y por su

madre á antiguos miembros del Parlamento de Provenza. Desde muy niña Luisa manifestó un gran talento poético, y á los 19 años hizo su entrada en el mundo literario publicando un tomo de poesías, llamádo *Flores del Mediodía,* que fué elogiado por literatos y académicos como nuncio de una nueva poetisa de mucho mérito. En 1839 dió á luz otro volumen de poesías, — *Penserosa,* — y una buena traducción de la *Tempestad* de Shakespeare.

Casada ya con Hipólito Colet, — músico de mérito, escritor de obras musicales y autor de dos óperas, — madama Colet escribió una novela llamada *La Juventud de Mirabeau,* cuyo estilo un tanto libre y poca moralidad de sus apreciaciones levantaron en torno suyo una tempestad de críticas; siendo las de Alfonso Karr tan severas que sacaron de quicio á la poetisa, hasta el punto de atacar al crítico con puñal en mano. Felizmente Alfonso Karr escapó con una leve herida, pero se vengó sangrientamente publicando el hecho en su periódico, en unión de burlescos comentarios.

De 1840 á 43 Luisa Colet obtuvo seis premios académicos por poesías serias. Publicó también en aquella época varias colecciones de poesías eróticas, cuyo estilo apasionado y tierno propasa lo que es permitido á la modestia femenina. En seguida anunció una obra de grandes proporciones llamada : *El Poema de la mujer bajo todas sus faces,* el cual se dividía en las seis partes siguientes : « La labriega, la sirvienta, la religiosa, la mujer de la clase media, la mujer artista, y la princesa. » Las dos primeras partes de esta obra aparecieron entre 1853 y 54.

Además, fué autora de varios dramas y comedias que no han sido representadas y de muchas obras en prosa, novelas, relaciones, viajes y artículos de crítica y de modas. Fuera de las *Infancias célebres* y otras pocas obras, las de madama Colet carecen de sentido moral, y sus ideas un tanto libres son impropias de una mujer que se respeta. La novela más conocida que publicó y la que causó en París, hacia 1858, grande escándalo fué una intitulada simplemente *Él*, en la cual procuraba desacreditarse sin objeto para fingir aventuras que no fueron ciertas. Esta novela, publicada después de una de Jorge Sand llamada *Ella y Él*, — en la cual pintaba con negros colores á Alfredo de Musset, — y otra del hermano del poeta, Pablo de Musset, llamada *Él y Ella* — en la que procuraba desacreditar á Jorge Sand, — hicieron mucha impresión, porque el escándalo de las anteriores se aumentaba con la de madama Colet.

Todo esto prueba que no basta el talento, el ingenio y las buenas intenciones para ser mujer ejemplar y que al contrario suelen estas prendas conducir á las mujeres á su perdición si no se fundan en la virtud y en la verdadera religión.

Considérase como á la literata más importante de la actualidad en Francia á la señora Julia Lambert, viuda dos veces, siendo su segundo marido un hombre político francés, Edmundo Adam. Escritora de talento y originalidad, ha tratado con lucidez cuestiones de economía política, historia y literatura; es editora de la renombrada *Revista Nueva* de París. Su salón es el punto de reunión de los republicanos moderados, en cuyo partido ejerce grande influencia.

V

Tipos muy diferentes de las anteriores son por cierto las que mencionaremos ahora:

Aunque de origen suizo, VALERIA B., CONDESA DE GASPARÍN se cuenta entre las escritoras francesas. No hay en la literatura estilo más original que el suyo: distínguese por sus ideas tiernamente religiosas, la elevación de su pensamiento y la profunda melancolía que reina en todas sus producciones. Su ardiente amor á todo lo que sufre la hace constituírse en intérprete de la naturaleza entera, desde la herida mariposa y el ave maltratada, hasta el niño abandonado y la mujer infeliz: su voz sabe repetir con doloroso acento el grito y el lamento del que llora y padece.

Pero si la condesa de Gasparín tiene muchos admiradores, la popularidad de madama CRAVEN (PAULINA DE LA FERRONAYS) supera á la de todas las literatas francesas en Hispano-América. Esta dama, que pertenecía á la alta aristocracia francesa, hija, hermana, parienta de gentes virtuosísimas, hizo su reputación con un libro — *La Relación de una hermana* — en el cual supo pintar con tan bellos y mágicos colores los encantos de la virtud y de la belleza moral de la verdadera santidad, que la obra fué acogida con inmenso entusiasmo en todos los países del mundo y traducida inmediatamente á varias lenguas. Después publicó otras muchas preciosas novelas, á cual más moral é interesante, llenas todas ellas de movimiento dramático y hondas intenciones morales y re-

ligiosas. La señora CRAVEN es autora también de varias biografías y libros piadosos. Á pesar de que no empezó á escribir para el público sino después de haber cumplido 42 años, conservó hasta su muerte (1891) la plenitud de sus facultades mentales.

Nos alargaremos en la siguiente noticia. por ser la protagonista tan digna de ser presentada á la juventud como un ejemplo encantador.

EUGENIA DE GUERIN aparece en la historia de la literatura como satélite de un sol que duró muy poco. Eugenia es la tierna y melancólica luna que sólo tiene la luz reflejada de su hermano, Mauricio de Guerin, uno de aquellos literatos que dejaron de existir con los primeros albores de su fama, á los veintinueve años de edad.

Perteneciente á una familia de noble nacimiento pero de pocos caudales, Eugenia se crió y vivió siempre en el campo y allí mismo murió. ¡Pero qué campo! en la hermosa provincia de Provenza, en la patria de los trovadores y los caballeros andantes de la edad media, cuna de la poesía y de las instituciones que han producido en la literatura tantas bellas obras y acciones caballerescas.

La existencia de nuestra heroína, tranquila y sin ningún acontecimiento notable, no ofrece por cierto pábulo al novelista ni al escritor de costumbres, pero sí nos dará asunto para pintar lo que puede ser la vida de una mujer virtuosa, que supo, en medio de la monotonía de una existencia enteramente casera, encontrar en sí misma y en el estudio de su propio corazón interés suficiente para no fastidiarse jamás. Su DIARIO es una fuente de puras y dulces emociones, y podría en todo tiempo demostrar que una mujer

puede encontrar siempre provecho, utilidad é instrucción en todas las situaciones de la vida, y que si quiere evitar el fastidiarse bastará elevar su corazón á Dios, y cumplir con sus deberes sin quejarse. Así como no hay existencia humana que no tenga en su fondo oculta espina, así también no hay estado en el mundo, por triste y miserable que parezca, que no sea susceptible de dar algún contento al alma que ama á Dios, fuente única de consuelo y tranquilidad.

Para Eugenia la vida era un destierro, pero se consolaba y aun gozaba en cumplir con sus deberes alegremente y amar con abnegación á todos los miembros de su familia, para quienes era el ángel tutelar.

Habiendo perdido á su madre á la edad de 13 años, y siendo la primogénita, resolvió desde aquel tiempo dedicar su vida á consolar á su padre y servir de madre á sus hermanos. Era Mauricio el menor, contaba entonces seis años de edad. Para Mauricio ella fué una madre así como la hermana de su alma, su protectora, su consejera y su amiga más íntima. Como el niño fuese muy afectuoso y apegado á la familia, Eugenia para consolarle, durante su ausencia en los colegios y universidades en donde se educaba, inventó llevar un diario en que escribía todas las noches cuanto se le ocurría, y en el cual refería no solamente los escasos acontecimientos de que era teatro el lugar de su nacimiento, sino que allí apuntaba sus más íntimos pensamientos y contaba cuanto hacía y leía. Después lo mandaba á su hermano. Aquello en realidad se puede llamar el *Diario de una alma*, y con razón su publicación (hecha des-

pués de la muerte de ambos hermanos) produjo en Francia entre las personas pensadoras una verdadera sensación.

Procuraremos pintar lo mejor posible este poético y piadoso tipo de mujer, analizando, aunque sea de paso aquel precioso diario que dirigía á su hermano durante su vida, y que continuó después de muerto él, á *Mauricio en el cielo*. ¡Qué fe tan firme, qué cariño tan verdadero, qué carácter tan espíritual no se necesita para que continúe con la misma confianza invocando á su hermano y comunicándose con él cuando yace en la tumba!

Amante de la instrucción y de la lectura, y al mismo tiempo mujer de su casa, de orden y económica, solía permanecer largas horas en la cocina, confeccionando alguna torta ó preparando algún plato para su padre ó para algún huésped que llegara inesperadamente al castillo de Cayla, en donde la comida diaria era muy frugal, con motivo de las pocas comodidades de que gozaba la familia. Sin embargo, para distraerse mientras hervía la olla en el fogón ó se asaba la torta en el horno, Eugenia leía á Platón ó se solazaba con algún libro de historia, á la que era muy aficionada. Frecuentemente se ocupaba en trabajos de costura y tejidos, pues detestaba la ociosidad y ni un momento se la veía desocupada.

« Con tal que trabajemos, dice en su diario, sea con la cabeza ó con las manos, Dios lo acepta todo con gusto si se hace en su nombre. »

Los días de *amasijo* se levantaba antes de aclarar y pasaba toda la mañana hasta la tarde, ocupada en presidir la confección del pan y los bizcochos que deberían durar toda la semana. Por la noche, reunida

la familia en torno del hogar, ella los distraía leyéndoles las novelas de Walter Scott, de moda entonces, y fragmentos de las obras de Chenier, Lamartine, Millevoye y de algunos autores clásicos. Sin embargo, rara vez se entregaba al sueño antes de haber escrito algunas líneas en su diario, en donde consignaba el recuerdo de lo que había hecho durante el día, pero en un estilo tan poético y original que no fastidia ni disgusta, ni parecen en ella vulgaridad los oficios más caseros y prosaicos. Además refería también los pensamientos que le habían ocurrido durante sus lecturas y las reflexiones sugeridas por algún paisaje durante sus paseos en los alrededores.

He aquí algunos fragmentos :

« Acabo de cerrar la obra de san Agustín en que se encuentra este pensamiento : *Arrojaos en el seno de Dios como sobre un lecho de reposo.* ¡ Qué hermosa idea, y qué tranquilidad y descanso encontraríamos en el mundo si supiéramos acogernos al regazo de Dios como lo hacen los santos! Ellos se le acercan como el niño á su madre y sobre su regazo duermen ó rezan, viven y lloran. ¡ Dios es la morada de los santos : pero nosotros, entes terrestres, sólo conocemos la pobre tierra, triste, negra y árida como un destierro maldito! »...

« Nunca leo un libro piadoso sin encontrar en él cosas admirables y como dirigidas á mí. Por ejemplo : « Aquellos que esperan en el Señor verán sus
» fuerzas renovarse de día en día. Cuando piensan
» que ya no pueden soportar más sus penas verán de
» improviso que les brotan alas como las del águila
» y volarán y no se cansarán, correrán y serán infa-
» tigables. Marchad sin temor, alma piadosa, mar-

» chad, y cuando ya os sintáis desfallecer, redoblad » el ardor y el valor, porque el Señor os sostendrá. » ¡Cuán frecuentemente no necesitaremos de este » apoyo! Decid, alma débil, vacilante, ¿qué haríais » sin el socorro divino?» Estas palabras son de Bossuet... No he vuelto á abrir otro libro desde que leí aquello.

» Si yo pudiera pasaría mi vida en una contemplación interior. Me gusta ahondar mis pensamientos, inclinarme sobre cada uno de ellos y respirar, por decirlo así, su perfume antes de que se evaporen. Tengo esta inclinación desde la niñez. Cuando estaba pequeña hacía soliloquios que me encantaban. ¡Oh! ¡si me acordara de ellos! Pero buscad los pensamientos de la infancia.

» *¡Id á buscar las aguas de la fuente ya agotada!*

» ... Los días de la existencia se parecen unos á otros exteriormente; pero la vida del alma es más variada y cambia sin cesar. Si pudiéramos describirla encontraríamos el infinito en una sola hora.

» ... Hay días de desaliento, cuando el alma se retira de todos sus afectos y se repliega sobre sí misma, como si estuviera cansada. Esta fatiga sin causa ¿no será acaso debilidad? Pero es preciso vencerla como tantas otras cosas que asedian á esta pobre alma. Si no nos venciéramos en todas estas miserias, ellas acabarían por devorar el alma como un harapo comido por las polillas. Yo paso repentinamente de la tristeza al gozo, — cuando digo gozo no quiero decir sino uno de aquellos contentos del alma tan suaves, tan tranquilos que no se manifiestan sino por medio de una expresión de serenidad. Una carta de alguno

de mis parientes, un amable pensamiento de Dios ó una palabra de los que amo, basta para causarme un sentimiento ya de alegría, ya de pena! »

—

Á pesar del placer que Eugenia encontraba en escribir su diario, solía tener el escrúpulo de que perdía mucho tiempo de aquella manera, y entonces lo abandonaba por algunos días para volverlo á empezar : « Debemos, decía, dar cuenta á Dios hasta de los momentos de la vida; ¿no será mal hecho emplearlos en esto? »

¡Qué de palabras piadosas en aquel diario! ¡Cuántos ensueños poéticos, ilusiones, tristezas, engaños y desengaños! En aquellas páginas todas las mujeres encontramos á cada momento algo de lo que ha pasado por nuestra alma en alguna época de la vida.

Sin embargo, las ocupaciones de Eugenia eran bien prosaicas, aunque es verdad que en medio de todo siempre encontraba modo de elevar su alma á Dios, á lo bello y al sentimiento de una noble poesía.

« Un día gastado en el lavadero, dice más lejos, no será por cierto digno de descripción. ¡Pero ¡cómo no hemos de confesar que el espectáculo es bonito! aquella ropa blanca extendida sobre el verde prado ó flotando al aire en las cuerdas impelidas por el viento, le hacen á una acordarse de la Nausicaa de Homero ó de aquellas princesas de la Biblia que lavaban las túnicas de sus hermanos. Tenemos un lavadero muy hermoso en el arroyo, grande, con bastante agua, en un recodo del riachuelo, bajo la sombra de los árboles en donde cantan las aves...

» ... Hoy entró papá á la cocina en el momento en que yo bajaba el caldero del fuego, y me dijo que no le gustaba que hiciera yo aquellos oficios; pero le referí que san Buenaventura estaba lavando la loza de su convento cuando le llevaron el capelo de cardenal. En este mundo, le dije, no degrada ningún oficio, ni humilla á los ojos de Dios otra cosa que no sea el pecado. Así, mi caldero me hizo hacer esta linda reflexión que me impedirá en lo futuro tener asco á ciertos oficios que manchan las manos y las ennegrecen. »

« ... He pasado el día cosiendo y aplanchando; he leído poco, salvo algunas páginas de san Francisco de Sales... »

Á pesar de estas ocupaciones caseras, Eugenia leía mucho y con provecho, y tenía tino, perspicacia particular para juzgar á los autores; por ejemplo, he aquí lo que dice de Víctor Hugo:

« ¡Qué hombre tan singular es Víctor Hugo! Acabo de leer algo de él; es divino, infernal, sabio, loco; es pueblo, es rey, es hombre, mujer, pintor, poeta y escultor: es todo. Me sorprende, me repugna y me encanta... sin embargo no he leído de él sino su *Cromwell*, *María Tudor* y algunos fragmentos de *Nuestra Señora de París*. »

¿Quién que haya leído á Víctor Hugo no encontrará que en aquellas pocas frases está descrito el más grande poeta de este siglo? Aquel sublime y repulsivo prosador, aquel poeta audaz, profundo, tierno y aterrador: ¡la encarnación del siglo XIX! Sin embargo, quien lo juzgaba era una pobre niña, modesta y retirada en un campo toda su vida, sin conocimiento absolutamente del mundo.

Entre tanto, su hermano pasaba por todos los grados universitarios con lucimiento y tomaba parte en el movimiento literario de París. Él también llevaba un diario, que fué publicado después de su muerte; es el de uno de aquellos espíritus atormentados por el mal del siglo: el tedio. Mauricio de Guerin al principio de su carrera se apartó del camino trillado del catolicismo y fué por algún tiempo discípulo de Lamennais; pero merced á mejores influencias, á poco abandonó á su maestro y se volvió á la de sus mayores, siendo colaborador de varios periódicos marcadamente católicos. Pero, en aquel *Diario de una alma,* ni una vez menciona á su hermana con la estimación y cariño que le debía: Mauricio se dejaba amar por su familia é idolatrar por su hermana con el egoísmo de los niños, y aceptaba todo aquel entusiasmo que Eugenia derramaba en su diario cuando hablaba de él: ésta es la diferencia entre el amor de hermana y de hermano. Se entiende que hay excepciones y viceversas en toda regla.

La salud de Mauricio era mala y estaba amenazado de morir de tisis. Sin embargo, se casó con una persona muy buena, aunque, según parece, insignificante, á quien Mauricio amó tranquilamente durante su vida matrimonial, que fué muy corta. Eugenia asistió á su matrimonio, yendo entonces por primera vez á París, cuya residencia no fué de su gusto, y se volvió á Cayla. Sabiendo á poco que la salud de su hermano empeoraba día por día, creyó salvarle llevándole á su castillo natal. Pero fué en vano: ni los aires del campo, ni el clima suave del sur de Francia no pudieron restaurar aquella naturaleza débil y agotada por una vida demasiado intelectual. Mauri-

cio murió á los pocos días de su llegada al castillo de Cayla.

Muerto su hermano, se dirá: debe concluír el diario, pero como hemos dicho antes, Eugenia continuó su tarea, dirigiéndose « á Mauricio en el cielo ».

He aquí el principio de esta segunda parte, tan tocante y original.

21 de julio de 1339.

« No, amigo mío, la muerte no nos separará ni te borrará de mi pensamiento: la muerte sólo separa el cuerpo: el alma, en lugar de estar en este encierro corporal, está en el cielo, y este cambio de mansión no quita nada á los afectos. Al contrario, estoy llena de esperanzas; en el cielo se ama más que aquí, porque allí todo se diviniza. ¡Oh! Mauricio, ¿estás lejos de mí? ¿me oyes? ¿En dónde te hallas ahora? ¿Cómo es ese Dios tan hermoso, tan bueno, tan poderoso, que te dará tanta dicha con su vista inefable por toda eternidad? Tú ves ahora lo que yo espero, tú posees lo que yo deseo, tú *sabes* lo que yo *creo*. ¡Misterios de la otra vida, cuán profundos sois, cuán terribles y también cuán dulces! ¡Sí, muy dulces cuando se considera que en el cielo es en donde se encuentra la eterna felicidad! ¡Pobre hermano mío! aquí abajo no encontraste la dicha, y en una vida tan corta no hallaste nunca reposo. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡sostenedme, restableced la fe en mi corazón! ¡Ay de mí! no siento suficientemente este apoyo... ¡Mauricio, te velamos largas horas, tus hermanas y tu mujer, muerto en tu cama, la cabeza sobre la almohada como si durmieseis! En seguida, te *acompañ*amos al cementerio y te vimos bajar á la

tumba, tu último lecho; allí oramos y lloramos mucho... y heme aquí otra vez escribiéndote durante tu ausencia, como si estuvieras en París... ¿Será cierto que no te volveremos á ver en ninguna parte?... Yo no puedo olvidarte; algo de muy tierno me hace pensar que estás cerca, lo cual me consuela, me tranquiliza y me impide llorar... Á veces lloro á torrentes y después se seca el alma. ¿Por ventura no lo sentiré bastante?... ¡Oh! no, toda mi vida será de un prolongado luto; el corazón está viudo; no tengo intimidad con nadie. Amo mucho á María y al hermano que me queda, pero no siento aquella simpatía que nos ligaba... »

Más lejos leemos:

« Tengo necesidad de escribir, de pensar, de estar sola, no sola, sino con Dios y tú, Mauricio. ¡Me encuentro tan abandonada en medio de todos! ¡Oh! soledad llena de vida aún, ¿cuánto durarás?... »

—

« He comenzado á leer los *Santos deseos de la muerte,* y me gustan mucho... Mi alma vive en un ataúd, ¡oh! sí, estoy enterrada contigo, hermano mío; así como yo vivía con tu vida, he muerto con tu muerte. He muerto á toda dicha, á toda esperanza en la tierra. Todo lo tenia en ti como una madre en su hijo: era yo más bien madre que hermana. ¿Te acuerdas cómo me comparaba á Mónica llorando á su Agustín, cuando hablábamos de mis aprehensiones por la salud de tu alma, de esa querida alma sumida en el error? ¡Cuánto no oré, supliqué, pedí á Dios tu conversión! Un santo sacerdote me dijo una vez: « Vuestro hermano volverá al redil. » Sí, así fué, volvió,

pero al punto nos abandonó para ir al cielo... ¡espero que fué al cielo! Así lo creo: hubo en aquella muerte señales evidentes de gracia, de misericordia, de paz. Dios mío, ¡es cierto que tengo más motivos para bendecirte que para quejarme!... »

Hay momentos de angustia al invocar á su hermano en aquel diario que tienen eco en todos los corazones sensibles, pues con la elocuencia del verdadero dolor le suplica que se le aparezca, que vuelva del otro mundo, que le dé una señal que la pruebe que no la ha olvidado... ¿Quién al perder los seres queridos que alegraban su vida no ha tenido ese deseo con vehemencia? Sin embargo, la tumba es muda, el silencio contesta á nuestros angustiados gritos; ni un aviso, ni un recuerdo... ¡nada. ¡Esto es matador!

Otras veces pretende consolarse, consolando á los desgraciados en lejanas regiones, y proyecta viajes al interior de África ú á otros países salvajes, en donde procuraría dar objeto á su vida en adelante sin el menor interés. También piensa varias veces hacerse monja, pero la detiene su padre á quien debe acompañar; ya no tiene gusto en las ocupaciones caseras y deja el cuidado de la casa á su hermana menor.

« Mauricio, dice seis meses después de su muerte, ocupaba una gran parte de mi corazón; muerto él, Dios tiende á ocupar todo el espacio vacío, y pronto sólo ÉL será dueño de mis sentimientos y afectos. Como el arca sobre las aguas, todo lo que se ha salvado del diluvio es mi amor á Dios. »

—

« Los sentimientos únicos, escribe, crecen con la soledad hasta lo infinito, así como las raíces se propagan en un prado, ellos cubren el alma. Creo que debería salir de aquí por algún tiempo. Las ideas fijas que se nutren de todo y recuerdan todo son muy perniciosas; la vida es un deber que tenemos que aceptar. Desde el punto de vista religioso deberíamos desear nuestra conservación. El dejarnos morir sería una mala acción delante de Dios. Si no tuviera esa idea, sin el cielo que me anima veo que me dejaría caer, — lo cual sería mal hecho, pues como cristiana no debería imitar á los que no tienen ese divino apoyo. ¿Acaso Dios no está á nuestro lado que nos dice : yo estoy con los que sufren? ¡Fe consoladora! ¡Oh! ¡cuánto le debemos á la fe! Yo la considero como el único apoyo del hombre. Hay otras consideraciones que parecen sostenernos, pero no son sino apariencias, columnas de vapor... »

—

Á medida que pasaban los meses y los años, su dolor era más hondo y menos comunicativo; así su diario se hizo intermitente y al fin acabó por completo. Sólo encontramos fragmentos y notas escritas en hojas volantes que su familia recogió después. He aquí algunos de estos fragmentos, todos ellos tan llenos de aquel dolor vehemente que rara mujer experimenta si no es madre, pues todos los demás afectos se borran con el tiempo en el corazón humano, y sólo las madres pueden llevar el duelo con la misma violencia al cabo de años como en el primer momento de su pena.

« ..... ¡Mauricio, escribía, habitante del cielo! mis

relaciones contigo serán como con un ángel; hermano celestial, te considero como mi ángel guardián...

» ..... ¡Oh! tengo necesidad de que me oigan en la otra vida, que me contesten, porque en ésta nadie lo hace; desde que tu voz se extinguió, se acabó para mí toda comunicación con otra alma. ¡Silencio y soledad en todas partes! tal parece como si estuviera en una isla desierta; ¡ah! cuánto sufro con esto! Sufro mucho... ¡Me gustaba tanto, era tan dulce para mí escucharte, gozar de esa conversación elevada y profunda, de aquel lenguaje espiritual, tan delicado y encantador, el cual sólo tú podías usar! Desde niño me distraía el oírte hablar; con tus primeras palabras empezaron nuestras íntimas conversaciones. Paseando por el bosque vecino, discurríamos acerca de las aves y de sus nidos, de las flores y de las semillas. Todo nos parecía bonito, todo incomprensible, y nos hacíamos mutuamente preguntas que no sabíamos contestar. »

—

En medio de estos secretos pesares también tenía tiempo para ocuparse de la suerte y del carácter tan generalmente frívolo de la mujer, efecto de la mala educación que se la da en todas partes del mundo.

« En las mujeres, escribía, no hay nada fijo, durable ni vigoroso en los sentimientos; sus amistades entre sí no son sino lazos de delicada cinta. Yo he visto aquellas ternuras pasajeras de unas amigas con otras. ¿Acaso no podremos amarnos de otro modo? No conozco ejemplo alguno de Orestes y Pílades femeninos. Me irrita el pensar que los hombres tienen en el corazón un sentimiento que nos falta. En cam-

bio, nosotras tenemos un espíritu de sacrificio y abnegación que ellos no poseen.

»... En general, nuestra educación es errónea, y me parece que contraría la misión que tenemos en el mundo. Nosotras, que nacimos para sufrir, no tenemos para consolarnos una fuerza moral adecuada á las circunstancias. Cultivan nuestros nervios y nuestra sensibilidad sin contrariar la vanidad, que es lo principal en la educación femenina; nos enseñan religión y moral *pro fórmula*, sin que estos estudios sean serios y útiles... ¡Oh, pobres mujeres, pobres mujeres!»

Lo último que escribió, según parece, aunque en realidad no tiene fecha, es una página volante escrita un 31 de diciembre:

«En otro tiempo, escribía, acostumbraba acompañar mentalmente á Mauricio el último día del año. Pero muerto él, mi pensamiento está solitario y no simpatiza con nadie. Yo guardo ya para mí misma los acontecimientos que se suceden en mi alma en su marcha hacia la eternidad... ¡Hoy es el último día del año! ¡Cuán solemnemente triste es este pensamiento!»

Eugenia de Guerin murió en mayo de 1848 y sobrevivió nueve años á su hermano. Antes de morir tuvo la satisfacción de ver publicadas las estimabilísimas, aunque escasas obras de su Mauricio, que era su anhelo. Ella no se contentó con amar y admirar á Mauricio, deseaba que el público supiera también apreciarle, y lo consiguió.

El escritor Barbey de Aurevilly coleccionó las cortas poesías de Eugenia (pues también era una regular versificadora), el diario y algunas cartas de ella,

y publicó (como lo había hecho con las de Mauricio, poco después de su muerte) un volumen de sus obras, el cual gozó de una grande popularidad, tanto en Francia como en todo país en donde se lee francés, es decir, en todo el mundo.

Jorge Sand y Sainte-Beuve, á pesar de los genios tan distintos que los distinguieron, eran ardientes admiradores de aquellos dos hermanos, « cuyos destinos, dice Sainte-Beuve, están tan íntimamente enlazados, que es menester ocuparse del uno cuando se tiene que hablar de la otra, pues ella se referirá á él siempre ».

Otras plumas, pues, han juzgado á Eugenia de Guerin en el punto de vista de la literatura y de su singular afecto fraternal, pero nosotras, al tratar de hablar de Eugenia, no hemos visto sino á la mujer de elevados y tiernos sentimientos, á la mujer virtuosa y abnegada que vivió siempre para los demás, la que en lugar de lamentarse de su pobreza, supo poetizar los oficios caseros y hacer amables y encantadores los sentimientos religiosos que la distinguían : grande arte es éste en la mujer y digno de todo elogio.

VI

De adrede dejaríamos para lo último el hablar de la mujer de más genio que ha tenido este siglo después de madama de Stael, la cual iguala á ésta en el talento y es superior á la primera en el conocimiento de la lengua y el estilo de sus numerosísimas obras : hablamos de Aurora Dupin Dudevant, conocida por su nombre de pluma : Jorge Sand.

Para formar esta mujer se necesitó que la naturaleza hiciese uso de muchos elementos heterogéneos: descendiente de una famosa actriz, de un rey polaco, de una gran dama de la aristocracia francesa, de un militar de Napoleón y de una hija del pueblo, fué criada á la Rousseau, educada en un convento é instruída en las cosas de la vida por su abuela, anciana que había lucido en la corte del rey más corrompido que hubo en Francia, la de Luis XV.

Dotada de imaginación y talentos asombrosos, indudablemente si hubiese permanecido en el convento sería una segunda santa Teresa; si se educara al lado de una familia virtuosa, aquella mujer hubiera hecho un gran bien á sus contemporáneos con su ejemplo y con su pluma. Desgraciadamante no tuvo quien dirigiera una alma criada para el bien, pues tenía grandes cualidades; sino que al contrario, salvo los pocos años que pasó en el convento, su vida fué de luchas, en las cuales recibió malísimos ejemplos de su madre y de su abuela, que se disputaban su afecto. Aquello falseó su mente y corrompió su corazón. Casada con un hombre que no la quería ni podía comprenderla, y careciendo de sentimientos religiosos y morales, se separó del señor Dudevant al cabo de pocos años de matrimonio y se lanzó á París en busca de independencia, sin recursos pecuniarios.

Al principio vivió con dignidad ganando trabajosamente su subsistencia y la de sus hijos con los productos de su pincel, pues pintaba agradablemente; pero después tomó la carrera de la literatura (firmando con el seudónimo de JORGE SAND), carrera en la cual en breve se hizo un nombre; se vió rodeada

de una sociedad corruptora y perdió la delicadeza y el sentido moral. Sus primeras obras, que llamaron muchísimo la atención, tienen un estilo viril, entusiasta, aunque sencillo, que oculta ideas disociadoras y altamente inmorales, no tanto por la trama de sus novelas como por la impresión que dejan en el alma una vez leídas. Republicana y socialista en 1848, Jorge Sand se constituyó en campeón del partido más exagerado y en la vocera de la filosofía de moda entonces en Francia. Después de muchos desengaños y aventuras, Jorge Sand pareció enmendarse y escribió una serie de novelas campestres muy bellas, llenas de poesía y de espíritu tierno y pastoril; pero á poco volvió al camino trillado por ella antes, en el cual atacaba el matrimonio y las ideas religiosas.

Durante los 36 años que duró la carrera literaria de Jorge Sand, en la cual escribió no solamente novelas sino también sus memorias, sus viajes y artículos sobre toda clase de asuntos, dramas, etc., etc., no flaqueó jamás su inimitable estilo, siempre sencillo, natural, fresco, apasionado y á veces lleno de felicísimas imágenes y en el cual manifestaba muchos conocimientos en ciencias naturales y en bellas artes, estética y filosofía.

El alma de Jorge Sand se nos presenta como un grande espejo que hubiese guardado una parte de su pristino brillo, aquí y allí aisladamente, aunque enteramente desfigurado por algún golpe que lo hubiera roto. Á pesar de su fama y de la controversia que sucitaron sus obras, no hay duda que la memoria de Jorge Sand vivirá, no en sus novelas filosóficas é irreligiosas, que carecen de verdad, sino en los encantadores cuadros campestres y pastoriles de las

novelas rurales que escribió y que llevan el sello de su grande amor á la naturaleza.

Á pesar de la poca virtud de su vida, la caridad inmensa que formaba el fondo de su carácter puede haber rescatado una parte de sus faltas. Los aldeanos que viven en las cercanías de sus propiedades conservan de ella un recuerdo imperecedero; pero el mal que sembró en el corazón de los que leyeron sus obras y creyeron en sus doctrinas, ¿podrá rescatarse jamás? No jamás, jamás...

Como dijimos antes, gran número de escritoras francesas que se han distinguido más ó menos en la carrera de las letras pudiéramos citar; pero nos hemos propuesto, para no alargarnos demasiado, hablar solamente de las más distinguidas literatas de cada país, y hemos de abreviar un estudio que puede volverse cansado é insoportable quizá.

Quédanos una literata más que no podemos menos que mencionar; es ésta la más moderna de todas y la que actualmente está más de moda, á pesar ó quizá más bien, á causa de los tipos un tanto corrompidos que ha sabido crear con una maestría en la intriga, una corrección en el lenguaje, una viveza en las escenas que pinta, que ha llamado muchísimo la atención. Nos referimos á la señora ***María Antonia de Riquetti de Mirabeau, Condesa de Martel de Janville***, más conocida por el seudónimo de GYP, con que firma sus producciones. Es lejana parienta del famoso Mirabeau de la Revolución francesa y parece haber heredado la elocuencia y el sentimiento ó conocimiento del *por qué* de los hechos humanos. Empezó á escribir (hemos contado más de treinta tomos) en 1882; pero no son por cierto lectura pro-

pia para las jóvenes, pues en todas sus novelas y revistas sólo procura pintar la vida parisiense, en la parte elegante pero corrompida de este *fin de siglo*.

Literatas y poetisas inglesas.

I

Aunque el entendimiento de la mujer ha sido cultivado con particular esmero en Inglaterra desde tiempo atrás, hace 30 años la cuestión de la educación científica de la mujer era enteramente desconocida en aquel país, y si se trataba de instruírla era en literatura, artes, etc., pero no se hablaba de ello con la misma seriedad con que se ocupaban de la de los varones.

Hoy día, como hemos visto en otro capítulo, pululan en las universidades de Inglaterra las niñas, y muchas de éstas se educan para todas las carreras, tanto profesionales como literarias. Una hija de la reina Victoria, la princesa Luisa, es presidenta de una sociedad titulada : *Asociación nacional para promover el adelanto de la educación de la mujer en todas las clases sociales*.

He aquí el objeto de dicha sociedad :

1.° Comunicar entre sí todas las asociaciones é individuos que trabajan en pro de la educación de la mujer, y recoger y reunir para dar cuenta á los miembros de la asociación todos los datos acerca del asunto;

2.° Promover el establecimiento de buenas escuelas,

baratas, para niñas, fuera de las que provee el gobierno;

3.° Proteger de todas las maneras posibles el perfeccionamiento de la educación de la mujer después de la edad de la escuela, promoviendo lecciones y clases públicas para niñas mayores de 18 años, y clases nocturnas para las trabajadoras;

4.° Mejorar el tono de la opinión pública con respecto á la necesidad de la educación, etc.

La literatura inglesa del día cuenta un número prodigioso de mujeres que se han distinguido en todos los ramos del saber humano: hablamos ya de las que se han dedicado á la ciencia, al profesorado, á la medicina, á las artes y á los viajes; réstanos ahora ocuparnos de las historiadoras y literatas, es decir, de las más notables entre las historiadoras, novelistas, dramaturgas, poetisas, etc., — aunque para decir verdad, no alcanzaremos á mencionar ni siquiera las más importantes y de primer orden, y muchas de éstas tendremos que dejar en el tintero.

Entre las poetisas inglesas se distingue en primera línea ISABEL BARRETT BROWNING, la cual ha sido comparada á los mejores bardos de su patria.

Como su salud era muy delicada, Isabel Barrett vivía encerrada y dedicada al estudio de los clásicos y de las lenguas muertas; pero no se le había ocurrido componer nada ella misma, hasta que grandes penas domésticas la aislaron enteramente de la sociedad; entonces, para consolarse, acudió á la poesía, y su musa despertó ecos que asombraron á sus compatriotas. La primera obra que dió á la luz pública fué una traducción del *Promoteo* de Esquilo, la cual llamó mucho la atención, así como los poemas origina-

les que dió después á la estampa. Entre sus más afamadas producciones se cuenta un canto en el cual pinta los sufrimientos de los niños empleados en las factorías, lo cual produjo tanta impresión que contribuyó mucho á aliviar la suerte de aquellos desgraciados. La poetisa casó no muy joven con el poeta ROBERTO BROWNING y pasó sus últimos años en Italia, en donde murió en 1861.

AMELIA OPIE, hija de un artista, y ANA GRANT, cantaron en cadenciosas estrofas sus penas é impresiones : la primera tuvo el don de conmover á sus lectores de una manera excepcional, y la segunda interesar á todos en las costumbres de Escocia, su país natal. Amelia Opie murió de 85 años, y Ana Grant de 83 años, ambas muy honradas por cuantos las conocieron, y después de haber tenido la satisfacción de ganar su subsistencia con el producto de su pluma.

Otra poetisa, MARÍA FIGHE, se dedicó á la literatura con el objeto de hacer obras de caridad, y aunque murió de 35 años, dejó un edificio para asilo de huérfanos, que llevó el nombre de una de las producciones de su estro poético que más fama la diera.

FELICIA HEMANS y LETICIA ISABEL LANDON obtuvieron el afecto de todos los amantes de la poesía, en la primera mitad del presente siglo. Ambas poetisas tuvieron una suerte melancólica; ambas murieron jóvenes, casi en la misma época, y fueron lloradas por la Inglaterra entera.

Participaron de mucha popularidad dos prolíficas escritoras y poetisas : ELISA COOK y ADELAIDA PROCTOR. Esta última fué heredera de los talentos poéticos de su padre Barry Cornwall.

Tres hermanas pertenecientes á la alta aristocracia

inglesa se dedicaron con entusiasmo á la poesía: eran estas damas herederas de un nombre famoso en los anales de la literatura inglesa, así como de la belleza física más notable. La mayor, cuya hermosura fué sorprendente, CAROLINA SHERIDAN NORTON, hacía gala de un estilo *byroniano* por sus arranques de pasión, aunque felizmente carecía de la misantropía del poeta su compatriota; las otras dos hermanas, — la BARONESA DE DUFFERIN y la DUQUESA DE SOMERSET, pulsaron también la lira con gran talento y originalidad.

II

Podríamos citar muchas otras poetisas quizá igualmente sobresalientes, pero nos falta lugar para hablar de las historiadoras, novelistas, etc., que tanto se han lucido en Inglaterra en este siglo.

La historiadora femenina de mayor fama es INÉS STRICKLAND, la cual, — en unión de sus tres hermanas Margarita, Catalina y Susana, — empezó por escribir libros propios para la enseñanza, luego novelas y poesías, y por último produjo ella sola una obra interesantísima: *Vida de las reinas de Inglaterra, desde la conquista normanda en 1066 hasta la actual soberana de la Gran Bretaña*, en doce volúmenes. Después, con una de sus hermanas, escribió una *Biografía de las reinas de Escocia*, en cuatro volúmenes. La vastísima erudición que manifiesta, su brillantísimo estilo, sus juicios críticos, filosóficos y morales acerca de los hechos históricos, y sus vastos conocimientos; todo esto prueba que la mujer cuando tiene ta-

lento puede escribir obras históricas como cualquier hombre.

La señora Mathew Hall publicó después una serie de *Biografías de las reinas de Inglaterra* anteriores á la conquista normanda; pero el estilo descuidado y difuso de esta señora le ha impedido tener la reputación que merecería por su erudición.

Otra escritora, Margarita Oliphant, también se ha dedicado particularmente á estudios históricos, y sus obras no solamente son populares en Inglaterra, sino también en Francia, en donde las han traducido. Empezó su carrera literaria escribiendo novelas que publicó durante muchos años en una revista inglesa, las cuales forman más de doce volúmenes. En 1861 escribió la *Biografía del literato Irving*, en 1870 y 71 la *Vida de san Francisco de Asís* y las *Memorias del conde de Montalembert*, y en 1881 la *Historia de la literatura inglesa desde mediados del siglo XVIII hasta principios del siglo XIX*, y otras obras biográficas é históricas. Sus obras forman más de 60 volúmenes sobre todas materías, y durante los 37 años que ha durado su carrera literaria jamás ha dejado pasar un año sin publicar por lo menos dos obras.

María B. Howit ha sido una de las más prolíficas escritoras de Inglaterra : primero, en unión de su marido, Guillermo Howit, escribió varias obras de literatura, y después, sola, se ha ocupado de historia política, de historia natural, poesías, novelas y obras pedagógicas. La lista de sus obras es larguísima y formarían por sí solas una librería sobre todos los temas posibles.

Una hija de la anterior siguió las huellas de sus padres y hoy tiene reputación como escritora y crí-

tica de bellas artes. La madre murió en 1888 en el seno del catolicismo pocos días después de haber ido á Roma á arrojarse á los pies de Leon XIII.

Esposa de un distinguido arquitecto, escritor y crítico de bellas artes, Ana Elisa Bray es autora de varios estudios históricos y biográficos, novelas y viajes. Cuando murió su marido, éste dejó sin concluír una obra descriptiva sobre los monumentos antiguos de la Gran Bretaña; ella la acabó entonces, y trabajó con tanto ahinco que estuvo á punto de perder la vista. Á pesar de haber quedado algo ciega, la señora Bray no cesa de escribir y dictar libros sobre diferentes materias.

III

Muchísimas más mujeres historiadoras y biógrafas inglesas podríamos citar, pero tenemos que ocuparnos de las novelistas, género de literatura en el cual se han distinguido tanto las inglesas que hoy día hay, por lo menos, sobre cada tres novelistas contemporáneos en la Gran Bretaña, dos mujeres.

La más importante escritora de Inglaterra, que iguala, si no supera, á todos los actuales novelistas ingleses, indudablemente es Ana María Evans, conocida con el seudónimo de Jorge Eliot : émula de Jorge Sand, tan ardiente, tan instruída ó tal vez más que ésta, llena de talento y de genio, y un tanto desprovista de sentido moral, según el mal ejemplo que dió en su *vida*, no en sus *obras*, Jorge Eliot es la literata más afamada de la Gran Bretaña. Al ha-

blar de su vida veremos cuales fueron las causas de su extravío en la senda de la moral doméstica. Ni una sola gota de sangre aristocrática corre por sus venas : sus abuelos paternos eran descendientes de los primeros habitantes de Inglaterra, oriundos del país de Gales, y su padre fué primero carpintero y después campesino. Sus antepasados por parte de madre fueron todos agricultores y pertenecían á la antigua raza sajona pura que la invasión normanda dejó en el país que conquistó hace más de ocho siglos. Ana María se crió con toda libertad en el campo y desde muy niña se notó en ella un carácter muy original, violento, tenaz y amante de la instrucción. Era entonces y lo fué siempre muy fea, de facciones toscas, cabeza inmensa, cuerpo endeble, modales encogidos; felizmente la futura literata jamás pretendió ser bella ni le importó ser fea; nunca fué vanidosa, sino que desde niña la atormentaba el deseo de la gloria, de ser algo en el mundo, de dejar una huella luminosa en la memoria de los hombres.

Su padre la hizo dar una educación muy esmerada en un colegio de niñas, y después de regreso á su hogar devoró con entusiasmo todos los autores antiguos y modernos de Inglaterra. Como buscase con ahinco una verdad que no encontraba en la religión protestante á que pertenecía, cambió varias veces de secta sin hallar consuelo. Cuando Ana María hubo cumplido 20 anos, su padre fué á radicarse en una ciudad, y la joven obtuvo en ella maestros de latín, griego, hebreo, alemán, francés é italiano; leyó varios libros filosóficos, las obras de Rousseau y de Jorge Sand, y al cabo de pocos meses anunció á su familia que no era cristiana ya; rehusó ser miembro

de ningún culto y, para distraerse, se puso á traducir *La Vida de Jesús,* libro anticristiano del alemán Strauss. Ésta fué publicada primero, y después algunos artículos suyos obtuvieron buena acogida y la propusieron la redacción de una revista importante de Londres.

Si en aquella época Jorge Eliot, en lugar de amigos que la extraviaron más y más, hubiera encontrado quien le señalase y enseñase la religión católica, es muy probable que se hubiera convertido: ella deseaba conocer la verdad; las hipocresías de las sectas protestantes la indignaban, y prefirió no tener ninguna religión; pero eso no la satisfacía, y la prueba de ello es que jamás hizo alarde de su infidelidad, ni faltó en sus escritos á las leyes morales. Sus primeras novelas, *Escenas de la vida clerical,* publicadas cuando tenía cerca de 40 años de edad, obtuvieron un éxito inmenso, como todas las que escribió después hasta 1880 en que murió. Como dijimos antes, Jorge Eliot es la primera novelista inglesa de la época, é indudablemente sus novelas se considerarán en lo porvenir como obras clásicas.

Después de Jorge Eliot son tantas las novelistas inglesas que pueden ocupar el segundo lugar, que apenas mencionaremos unas pocas, escogiendo entre las más conocidas.

La prolífica pluma de Francisca Gore tuvo embelesada á Inglaterra durante 38 años. Dedicóse, en una multitud de novelas que escribió, á describir la vida íntima de la aristocracia y de la clase media inglesa: las interesantes escenas que supo inventar, unidas á un estilo incisivo, brillante y frecuentemente sarcástico, llamaron tanto la atención de cuantos escribían

en la primera mitad de este siglo, que ha tenido muchos imitadores. Fué también dramaturga (varios dramas suyos se representaron en Londres), poetisa y música (algunas canciones que compuso son muy populares); en resumen, se la considera como una de las literatas más meritorias de la Gran Bretaña.

Contemporánea suya fué FRANCISCA TROLLOPE, madre de dos conocidos novelistas ingleses. Esta dama no empezó á escribir sino cuando iba á cumplir 50 años. Viuda entonces y privada de recursos, escribió una relación de un viaje que había hecho á los Estados Unidos. Como esta obra fuese bien acogida por el público, escribió inmediatamente varias novelas. En algunas hacía descripciones de las costumbres norteamericanas, y ponía tan en ridículo los usos de aquel país que se dice que ella tuvo parte en la reforma de varios hábitos inciviles que había allí entonces y que ya no se practican sino entre las gentes más vulgares. La señora TROLLOPE ganó una fortuna con su pluma; escribió grandísimo número de obras, y no cesó de trabajar hasta su muerte, acaecida en Florencia en 1863, á la avanzada edad de 83 años.

Llámase á la brillante y gráfica escritora ANA MARÍA HALL « el Walter Scott irlandés », y efectivamente en todas sus novelas tendió á pintar las costumbres y los paisajes de la antigua y moderna Irlanda, con todo el patriotismo y entusiasmo de una alma generosa. Aunque sus producciones han sido siempre acogidas con grande aprecio, desgraciadamente la novela histórica ha pasado de moda en Inglaterra, con motivo del abuso que se hizo de ella y la nube de falsos imitadores que tuvo Walter Scott.

Curiosa es por cierto la carrera literaria de tres

hermanas: CARLOTA, EMILIA y ANA BRONTÉ, las cuales, después de desplegar un raro talento lleno de originalidad, murieron de tisis todas tres, jóvenes aún, víctimas de esa espantosa enfermedad que siega cada año una parte de la población de la Gran Bretaña. La mayor de ellas, Carlota, es la autora de una de las novelas más populares de su tiempo, *Juana Eyre*, la cual fué traducida inmediatamente en varias lenguas, y goza todavía, al cabo de 30 años, del favor del público.

ISABEL GASKELL escribió la vida de aquella familia talentosa y desgraciada. Esta dama se hizo un nombre no solamente en la literatura, sino que despertó grandes simpatías en todos los corazones humanitarios llamando la atención hacia las costumbres de los obreros de las manufacturas de un condado de Inglaterra. En su novela, *Mary Barton*, supo de tal manera producir favorable impresión en pro de la reforma de los abusos que se cometían con los trabajadores, que cambió la suerte de éstos. Todas sus obras tienen tendencias moralizadoras y filántropas, que hacen grande honor á su juicio y buen corazón.

Citaremos aquí á las novelistas que se han dedicado nada más que á moralizar entreteniendo y mejorar instruyendo á la juventud y á las mujeres.

Una de las escritoras más populares es DINAH MARÍA MULOCH. Hija de un hombre instruído y amantísimo de las letras, Dinah creció en un hogar lleno de efluvios cargados de buenas ideas y de nobles pensamientos, que la inspiraron el deseo de hacer el bien á la humanidad, á la medida de sus fuerzas. Sus primeras novelas fueron bien acogidas por el público, pero su reputación llegó á su apogeo cuando publicó

una llamada : *Un Caballero cabal : John Halifax,* en la cual pinta con extraordinaria maestría lo que debe ser un verdadero caballero. Su matrimonio, — que tuvo lugar en 1864, cuando contaba ya 38 años, — no le truncó su carrera literaria, y cada año publica una ó dos novelas. El gobierno inglés le ha dado una pensión literaria, la cual ne se prodiga en ese país y sólo la obtienen aquellas personas cuyas obras son benéficas á la sociedad. En los 50 volúmenes que hasta ahora tiene publicados Dinah María Muloch, se encuentra que en todos ellos su mayor deseo es inculcar al lector la convicción de que todas las desgracias que nos sobrevienen sirven para enseñarnos que nuestras acciones deberían siempre tener por móvil el amor de Dios, y que las pruebas y dolores de la vida realzan los nobles caracteres y ponen los malos en evidencia.

CARLOTA MARÍA YONGE sigue los pasos de la anterior escritora. Sus numerosísimas obras, á más de ser escritas con maestría, tienen el mismo tono moral, sano y sin pedantería ni empalagoso sentimentalismo. Sorprende la lista de las obras de esta escritora (106 volúmenes), en la cual se encuentran libros propios para todas las edades y todas las circunstancias de la vida; de manera que sus obras completas formarían una librería para el hogar, y en donde todos, desde el abuelo hasta el niño que empieza á leer, encontrarían lo necesario para entretenerse é instruírse. Con el producto de una de sus más bellas novelas, — *La Cadena de margarita,* ($ 10,000) fundó un colegio de misioneros en Nueva Zelandia; y con lo que ganó en otra, *El Heredero de Radcliff,* mandó fabricar un buque para el obispo de Auck-

land, jefe de aquellos misioneros. ¡Qué vida tan benéfica y llena de encantos será la de aquella mujer que haciendo el bien ha atravesado esta vida que tantas mujeres desperdician en tristes devaneos y esterilizan en tantas diversiones ó conversaciones ociosas!

Tanto Dinah Muloch como Carlota Yonge, empezaron á publicar sus obras hacia 1844, es decir hace más de 40 años, y desde entonces nunca han tenido un día inútil ni desperdiciado. Casi todos estos libros han pasado por varias ediciones y se han publicado no solamente en Inglaterra, sino en Norte América bajo diferentes formas; hanse traducido al francés, al alemán, y en todas partes del mundo su nombre es seudónimo de bondad, virtud y moralidad.

Iguales intenciones han tenido Catalina March y Emma Marshall : la primera ha trabajado sin cesar en escribir libros para entretener y moralizar á las clases proletarias, presentándoles buenos ejemplos bajo la capa de novelas divertidas y al alcance de sus entendimientos; la segunda se ha entregado á escribir para los niños y las jóvenes, y sus obras (más de 20 volúmenes) se han traducido al francés y al alemán.

Por el estilo de estas damas, aunque menos afamadas, podríamos citar á más de 50 literatas inglesas, pero bastarán aquéllas para dar idea del bien que esas mujeres hacen con su pluma.

Veamos ahora otra clase de escritoras, las que buscan la gloria y el arte en primer lugar, y que, aunque sus obras no son enteramente inmorales, no todas sus novelas pueden ser leídas sin discernimiento.

Las dos más populares en este género son induda-

blemente ISABEL BRADDON y LUISA DE LA RAMÉ, de origen francés, conocida con el seudónimo de OUIDA, con el cual ha firmado todas sus obras.

Isabel Braddon Maxvell empezó su carrera literaria publicando un libro de poesías y una pequeña comedia que fué representada en un teatro de Londres. Su primera novela, publicado en 1862, que se intitulaba : *El Secreto de lady Audley*, llamó muchísimo la atención, y desde entonces no ha cesado de escribir y publicar novelas, todas fundadas en algún crimen secreto y que atormenta al autor de él. Esta clase de lecturas, sin ser propiamente inmoral, no deja de estragar el gusto y producir males en las personas impresionables.

Ouida se apartó enteramente de la tradicional moralidad de la literatura inglesa. De niña, fué un verdadero prodigio de precocidad, de manera que no había cumplido cinco años cuando ya había escrito en caracteres de imprenta un cuento inventado por ella. Su padre la dió una educación enteramente masculina y se entretuvo en cultivar su talento excepcional con estudios serios. Sus primeras novelas metieron mucho ruido en la sociedad de Inglaterra. Su estilo claro y duro, las escenas frecuentemente inmorales que presenta, pintando de una manera escandalosa á los miembros de la aristocracia y su inmoral modo de vivir la dieron fama, y hubo quien aceptara con entusiasmo sus obras, mientras que otros se pasmaron con su osadía. Naturalmente las novelas de Ouida han sido traducidas al francés, al italiano y al alemán, pues tienen un sabor á fruta prohibida que llama la atención del público *fin de siglo*.

Hay que confesar, sin embargo, que si Isabel Braddon ha tenido imitadoras, no así Ouida, la cual no ha formado escuela en Inglaterra.

Entre las novelistas secundarias, pero de mucho mérito artístico, mencionaremos á RHODA BROUGHTON, cuyo estilo gracioso y divertido, su gran sentimiento de lo cómico y los extraños caracteres que describe la han dado un puesto aparte en la literatura inglesa contemporánea.

Concluiremos mencionando á las hijas de dos famosos literatos ingleses, cuyos nombres son muy conocidos.

FLORENCIA MARRYAT, hija del afamado capitán que tantas interesantes aventuras escribió, se propuso desde su niñez seguir la carrera literaria como su padre. Á los once años escribió una novela que ilustró con dibujos hechos por ella; sin embargo, no fué sino ya de más de veinte años que publicó su primera obra. Casó con un empleado en la India adonde le acompañó, y á su regreso escribió una novela en que describía gráficamente la vida en la India; se dice que este libro es indispensable para el que visita esa parte de Asia. Desde 1865 ha escrito sin descanso y es directora de un periódico titulado : *La Sociedad de Londres*. Sus novelas han sido traducidas en la mayor parte de las lenguas europeas. Desgraciadamente se ha entregado al espiritismo.

La otra hija de literato de que hablamos, es ANA J. THACKERAY, la cual, educada y dirigida por su padre, aprendió desde su niñez el arte de escribir, de manera, decía ella, que no comprendía la vida sin escribir alguna cosa. Así, pues, apenas había cumplido diez y ocho años cuando ya tenía hecha su repu-

tación en Inglaterra. Casó muy joven con un primo suyo, y á pesar de cumplir estrictamente con todos sus deberes de ama de casa, no cesa de escribir para el público, el cual acepta con aplauso cada una de sus obras.

Como dijimos en un principio, sería interminable esta sección si quisiéramos mencionar, aunque fuera de paso, á la mayor parte de las literatas inglesas contemporáneas que han hecho carrera lucida en las letras.

Sin embargo, como nuestra intención es probar que la mujer es capaz de hacer carrera y ganarse su subsistencia en todas las vías del saber humano, aun cuando no goce de las ventajas que por lo general se proporciona á los hombres, mencionaremos antes de concluír á la inglesa más digna por cierto de los mayores elogios, tanto por su perseverancia, como por su valor moral y consagración : nos referimos á Francisca Brown, llamada la *ciega del Donegal*.

Francisca Brown era hija de un pobre cartero del Donegal (en Irlanda). Ciega desde su primera juventud, no había obtenido una educación práctica como ella deseaba, pero suplicaba á sus hermanos que recitasen sus lecciones en su presencia y en cambio de cuentos que ella inventaba pedía que le leyesen libros de historia. Desde los siete años de edad componía versos, pero habiendo oído leer, cuando tenía quince años, un volumen de las obras de Homero, mandó quemar sus producciones y se dedicóal estudio. Á los diez y ocho años compuso una serie de canciones llamadas : *Canciones de mi patria,* las cuales fueron publicadas en periódicos irlandeses. Después siguió enviando sus producciones á las casas

editoriales de Dublín, las cuales las publicaban. El gobierno inglés la recompensó decretándola una pensión vitalicia de veinte libras esterlinas anuales; al mismo tiempo sus producciones literarias le produjeron una renta que la permitió ir á radicarse á Londres, en donde vivía hasta hace pocos años entregada á labores literarias tanto en prosa como en verso, unas serias y otras ligeras, pero todas interesantes y bellísimas.

Literatas alemanas.

Aunque la educación científica y profesional de la mujer ha sido muy descuidada en Alemania, ésta, á pesar de la poca protección que encuentra en los hombres, hace grandísimos esfuerzos para ponerse al nivel de otros países civilizados. Una escritora filántropa, María Calm, fundó una *Asociación general de alemanas* para promover la educación de la mujer; dicha asociación tiene un periódico que trabaja en sus intereses, y cada año se reúne un congreso para dar cuenta de lo que se ha hecho en pro del objeto para el cual fué fundada la sociedad.

No deja de llamar la atención la indiferencia del alemán, tan amante de la ciencia, de los estudios pedagógicos é invención de nuevos métodos de enseñanza, con respecto á la educación literaria y científica de la madre de sus hijos. Allí no se permite que las mujeres se gradúen en las universidades; no se las emplea en las oficinas públicas, ni en los correos

y telégrafos. El bello ideal de la mujer alemana es el que se la considere siempre inferior al hombre, cuya voluntad es para ella sagrada, — sea la del padre ó del esposo, — y en la que cumpla estrictamente con sus deberes caseros y nada más.

Á pesar de esto, muchas mujeres alemanas han hecho notabilísima carrera en la literatura, aunque siempre contra la opinión pública del vulgo, que piensa que una mujer no puede atender á los deberes de su hogar y á los de la escritora.

Al principio de este siglo floreció una de las fundadoras de la literatura femenina en Alemania : FANNY TARNOW. Pobre y sola, Fanny empezó la vida como institutriz en casa de una familia aristocrática. De delicadísima salud y de sentimientos, devoraba en silencio sus dolores físicos y morales, pero la vida práctica la dió lecciones que supo aprovechar para sus futuros escritos. Había cumplido 35 años cuando publicó su primera novela, la cual la dió inmediatamente fama y recursos para vivir con independencia, y después los trabajos de su pluma la produjeron no sólo independencia, sino una renta crecida con la cual vivió en Dresden. La colección de las obras escogidas de Fanny Tarnow consta de 19 volúmenes de novelas y algunas poesías. Murió en 1862 á los 79 años de edad, honrada y respetada por cuantos la trataron.

Contemporánea de la anterior, y, como ésa, nacida á fines del siglo pasado, ENRIQUETA HAUKE dedicó los primeros años de su existencia á sus deberes caseros y nada más. Su vida fué ejemplar como soltera; y después, casada con un viudo, se dedicó á educar á los hijos de su marido con rara abnegación. Muerto

éste y crecidos los niños, al fin Enriqueta Hauke se entregó á su estudio favorito y escribió una ó dos novelas que fueron bien acogidas por sus intenciones morales y su estilo elegante y fácil, aunque sus tramas son un tanto monótonas. Después de aquellos ensayos afortunados, siguió escribiendo sin cesar, y con tanta laboriosidad que de 1819 á 1862, año en que murió, ¡dió á la luz pública 108 volúmenes! Así pues Fanny Tarnow y Enriqueta Hauke, — nacidas en el mismo año, — empezaron su vida literaria casi al mismo tiempo, rindieron la jornada de la existencia en el mismo año y en el mismo mes, y pueden considerarse como las precursoras de las muchas novelistas que hoy cuenta Alemania.

Hija de un distinguido economista alemán radicado en Rusia, TERESA ALBERTINA VON JAKON ó JACOBI aprendió desde niña las lenguas eslavas y orientales. Á su regreso á Alemania perfeccionó su educación linguística, estudiando á fondo el hebreo, el griego, etc. Su talento y clara inteligencia llamaron la atención de varios sabios alemanes como los dos hermanos Humboldt, Gœthe y otros, los cuales protegieron sus estudios y la dirigieron en ellos. Gozaba de una reconocida reputación como sabia políglota cuando en 1828 se casó con un orientalista norteamericano, Eduardo Robinson, y con él se fué á radicar á Nueva York. En esta ciudad publicó varias obras en inglés : una *Historia de la colonización en Norte América*, varios estudios acerca de las lenguas de los arborígenes americanos y algunas novelas.

Consíderanse como obras clásicas en lengua alemana las de CARLOTA BIRCH PFEIFFER, famosísima dramaturga; igual carrera escogió ANA LOHN, cuyas

obras dramáticas se representan con grande aplauso en todos los teatros de Alemania.

Nacida en la ciudad de Worms, ENRIQUETA BISSING se consagró á la poesía desde su más tierna edad : después escribió algunas novelas que fueron muy populares, siendo una de las más conocidas la llamada *Manuel Godoy* en la cual procura pintar las costumbres de España al fin del siglo pasado y principio de éste. Murió de más de ochenta años, rodeada del respeto de sus conciudadanos, en 1879.

Una de las más conocidas literatas de Alemania es JANNY LEWALD STAHR, y lo que prueba su buen sentido es que después de haber recibido una educación brillante pero en la cual se la permitió escoger la religión que más le conviniese, se hizo cristiana, cuando pudo no haber escogido ninguna. Antes de casarse con un profesor de estétíca, Stahr, viajó mucho por toda Europa y escribió sus impresiones no para publicarlas sino para divertir á una hermana enferma. Pero como algunas personas tuviesen conocimiento de aquellos escritos, la obligaron á darlos al público. Obtuvieron muy buen éxito, y desde entonces cada año publica uno ó dos volúmenes sobre todas materias : viajes, novelas, sus memorias, etc. Ha trabajado muchísimo en pro de la *Asociación general de alemanas* de que hablamos poco ha.

La esposa del conocido literato Juan Fastenrath — amigo entusiasta de todo lo que viene de España, — ha escrito también obras interesantes y hecho buenas traducciones de obras en español.

SOFÍA JUNGHAUS nació en Cassel en 1845 y es hija de un hombre público alemán y esposa de José Schumann, profesor muy apreciado en el Instituto técnico

de Roma. Sus novelas se distinguen por la energía del estilo y sus poesías por el sentimiento y conocimiento del corazón humano.

Elena Zimmern empezó hacia la misma época que la anterior su carrera literaria, la cual ha sido muy lucida. Sus obras para los niños han tenido repetidas ediciones y sus artículos de crítica tienen mucha reputación. Escribe por lo general para el público inglés y ha traducido varias obras tanto del inglés al alemán como del alemán al inglés.

Isabel Gluck Paoli, así como Janny Tarnow, empezó su vida como institutriz, y en esa calidad estuvo en Rusia y Austria y tuvo ocasión de estudiar las costumbres de esos países. Protegida por una princesa real, logró dedicarse á la literatura, carrera que ha transitado con mucho brillo bajo el seudónimo de Betty. Sus obras encierran toda especie de estilos, desde la poesía sentimental hasta la jocosa, desde los más serios estudios y críticas artísticas hasta la novela de costumbres.

Protegida también por una princesa real alemana, Eugenia John,—conocida con el seudónimo de E. Marlitt,—se había consagrado á la música con el objeto de aprovechar como cantatriz una bellísima voz de soprano que llamaba la atención de cuantos la oyeron. Estudiaba en Viena cuando repentinamente perdió el oído y entonces se entregó al estudio y abrazó la carrera de la literatura. Considérasela como la novelista de más mérito de Alemania; sus obras han sido traducidas al inglés, al francés, etc., y algunas de ellas han servido de base en varios dramas interesantes que se han representado con grande aplauso.

Hija, nieta y sobrina de conocidos literatos, LUMILLA ASSING había vivido siempre en una atmósfera literaria que formó su natural talento. Sus primeras obras, que publicó con un seudónimo, llamaron la atención. De espíritu independiente y liberal, algunos de sus escritos fueron considerados en Prusia como poco respetuosos hacia los soberanos, y con ese motivo pasó ocho meses en la cárcel. De allí salió para ir á radicarse en Florencia, en donde se casó y continuó escribiendo en alemán é italiano. Su estudio favorito es la biografía y todas sus producciones han sido serias.

Así como Lumilla Assing se crió en una atmósfera literaria, CLARA DE GLÜMER vió la luz del día en una casa en que sólo se ocupaban de conspiraciones. Cuando estaba muy niña tuvo que acompañar á su padre al destierro y se educó en Alsacia. Regresó á su patria en 1848, pero á poco tuvo que dejarla, con su hermano también desterrado por revolucionario. Á pesar de estas desgracias domésticas, Clara no ha cesado de escribir y traducir muchas obras de otras lenguas europeas, las cuales conoce á fondo. Sus producciones son muy populares en toda Alemania.

Tipo extravagante es por cierto el de MARÍA ESPERANZA DE SCHWARTZ. Hija de un banquero de Hamburgo, se casó joven, enviudó, y con su segundo marido, el señor de Schwartz, viajó por África y escribió sus impresiones. Á su regreso se separó de su esposo y se radicó en Roma. Allí estaba en 1848 cuando tuvo lugar la invasión de Garibaldi y la fuga del Santo Padre. Entusiasmada con el clamor bélico y los inflados discursos del revolucionario italiano, resolvió ofrecerle sus servicios; vistióse de hombre y acom-

pañó á Garibaldi en todas sus excursiones hasta 1865. En aquel año riñó con su héroe, y abandonando la vida de los campamentos, se radicó en la isla de Creta, en donde vive aún. Los periódicos y revistas alemanas publican continuamente artículos suyos que tienen bastante aceptación. Las producciones literarias de la señora Schwartz han sido de todo género : relaciones de viaje, descripciones de las islas del archipiélago griego, novelas, poesías, y sobre todo libros acerca de las hazañas de su héroe favorito.

No hablaremos sino de una escritora alemana más, de IDA DE DORINGSFELD, baronesa de Reinsberg. Vástago de una familia aristocrática de Silesia, esta dama al encontrarse pobre se entregó á la carrera literaria, pero al principio con un seudónimo. Sus producciones — poesías y novelas — obtuvieron muy buena acogida, la cual se aumentó cuando, casada con el barón de Reinsberg, no volvió á ocultar su nombre. Unía á los dos esposos un cariño tan grande que cuando ella murió en 1876, á los 63 años de edad, su marido, en un rapto de desesperación, se suicidó al día siguiente de la muerte de su esposa. Semejante drama causó gran sensación en Alemania, y los manuscritos que la baronesa había dejado inéditos fueron vendidos á muy alto precio.

Podríamos citar á muchísimas más literatas alemanas que se han distinguido en todos los géneros, como : MATILDE KAUFMANN, escritora mística; AMELIA BOLTE, prolífica novelista; JENNY HIRSCH, JUANA LEITINBERGER, conocida dramaturga; EMILIA HORSCHELMAN, crítica de arte, etc., etc., pero nos falta espacio y hemos de pasar á otros países en donde encontraremos muchas mujeres que nos llaman.

Literatas italianas.

I

Empezaremos esta parte de nuestra obra con un estudio extenso acerca de lo que es la mujer italiana contemporánea, — ó al menos lo que era hace unos pocos años; estudio que podrá servir de modelo á las doncellas cristianas de nuestros días, y les probará que la instrucción, el amor á las ciencias y á las artes no impiden el ejercicio de las virtudes domésticas de la mujer. Nuestra heroína es la simpática Rosa Ferrucci, hija de la literata Catalina Ferrucci.

Era italiana, nacida en Bolonia el 2 de julio de 1835, hija de un profesor de la universidad de Pisa, el doctor Ferrucci y de Catalina su esposa, cuyas obras didácticas y poesías son muy apreciadas en Italia.

Las italianas han sido en todas épocas, aun en las más turbulentas y sombrías de la edad media, mujeres amantes de la instrucción, inteligentes, las cuales reciben por lo general una educación más varonil y erudita que en otros países de Europa. Así, pues, no es extraño que los padres de Rosa cuidaran de la instrucción de la niña al encontrar en ella terreno propicio en que sembrar. En lo primero en que pensó su madre fué en darla buenos y claros sentimientos religiosos. Á la edad de seis años leía correctamente en italiano, en francés y en alemán, y prefería la lectura á cualquier juego ó diversión propia de su

edad. Á poco enseñáronla inglés y latín, y no había cumplido catorce años cuando conocía á fondo la geografía antigua y moderna. Gustábala tanto el estudio de la arqueología que conocía perfectamente el origen de todas las familias italianas desde el tiempo de la Roma antigua. Aprendió después la botánica, y había leído con provecho varias obras científicas sobre diversas materias, pues su madre quiso que fuera á las fuentes mismas de la ciencia; leía en los textos originales de Tácito, Cicerón, Virgilio, etc. La historia antigua la aprendió en Rollin y en los antiguos cronistas latinos y griegos. Entre los modernos prefería particularmente á Bossuet y Fenelón, y sabía de memoria largos fragmentos de Milton, Schiller, Klopstock, íntegramente de memoria la *Divina Comedia* del Dante, y desde los once años traducía la *Eneida* con corrección.

Como la señora Ferrucci educaba varias señoritas en su casa, Rosa ayudaba mucho en esta faena, y la claridad y lucidez de sus explicaciones llamaban la atención de cuantos la oían. Había traducido las *Paradojas* de Cicerón, con notas que ella misma escribió para aclarar el texto, obra que destinaba para el uso de las jóvenes. Tenía el proyecto de compilar una historia de la Iglesia católica al alcance de las mujeres del mundo. Dejó gran número de notas que había reunido con tal objeto, y se ocupaba de ello en la noche misma en que la atacó la enfermedad que la llevó á la tumba. Su espíritu esencialmente religioso buscaba siempre en todo el amor de Dios y trataba de probar que la única fuente del *bien* y de la *verdad* está en el catolicismo.

Cuando Rosa tenía de quince á diez y seis años su

madre reunía en su casa dos veces por semana algunos amigos, con el objeto de leer por turno y al acaso fragmentos de las *Geórgicas* de Virgilio y de las *Historias* de Tácito, y explicar los textos. Á todos sorprendía Rosa, cada vez que la tocaba su turno, con las traducciones correctas que hacía y las explicaciones que daba á cada frase aun la más oscura. Su instrucción cristiana era de tal suerte perfecta, que al tratarla sólo se encontraba en ella suma modestía, gran sencillez y un modo de ser tan humilde, puede decirse, que no lastimaba á nadie con su saber : era obediente y amable con sus padres y superiores, y en todo tiempo su profunda y tranquila piedad, su verdadera caridad con cuantos veía sufrir, su carácter igual y benévolo, infundían respeto y cariño en cuantos la trataban. Ella escribía mucho en su idioma natal y su estilo era como su carácter : puro, sencillo, correcto y enérgico. Aunque tenía una alma de poeta nunca escribió sino en prosa, pero su tendencia á la melancolía y á la reflexión hacían que cada fragmento de sus obras pareciese un poema ó una elegía. Amaba con pasión todo lo desgraciado, desde los pobres y mendigos á quienes visitaba para llevarles sus economías y lo que dejaba de gastar en su tocado, hasta los pajarillos errantes y desamparados durante los fríos del invierno. Cuando veía en algún cementerio un sepulcro descuidado, se complacía en llevarle flores diciendo : « ¡Ah! ¡cuánto me duele ver una tumba abandonada! »

Entre las buenas obras que ejecutaba nuestra italiana desde niña, nótase una, digna de su claro talento y noble carácter : enseñaba á varias niñas pobres que no tenían con qué pagar maestros, la gra-

mática italiana, geografía y francés, y éstas, merced á Rosa, lograban aprender lo suficiente para enseñar después ellas mismas en las escuelas pobres y ganar una honrada subsistencia.

En un libro que publicó la madre de Rosa, después de la muerte de ésta, refiere que durante un invierno muy crudo, notaron en la familia que si bien en la mesa tomaba el pedazo de pan más grande para sí, no se lo comía, sino que lo guardaba. Como su madre la hiciese la observación, Rosa la contestó :

— ¿Por ventura hago mal? No creía que faltaba en esto... ¡pero como el pan está tan caro en este invierno pensé que ese pedazo podría servir para dárselo siquiera á un pobre más!

Á veces sucedía que, durante los paseos al campo, pretendía ayudar á cargar los tercios de leña á las pobres que encontraba cansadas por los caminos, hasta el punto de costar trabajo impedírselo.

Desde su niñez amaba la Italia con pasión y con un patriotismo extraño á su edad. « Ella lloraba las desgracias de su patria, dice su madre, — como en otro tiempo el solitario de Bethlem gemía sobre los infortunios de Roma ; pero nuestros defectos y discordias la afligían más que nuestras desgracias. »

Rosa jamás frecuentó los bailes, ni las tertulias y saraos del gran mundo, pues su alma pura y serena como la de uno de los lagos de su Italia prefería la soledad y el retraimiento de su gabinete de estudio á todo. Así no conocía la envidia ni la emulación en el vestir, ni jamás una innoble pasión turbó la serenidad de su vida, que se componía tan sólo de afectos elevados y el amor de Dios y de los pobres.

Una de las pocas amigas íntimas que tuvo fuera de su madre (que poseía toda su confianza) era una hija del poeta Manzoni, que murió antes que ella.

Además de los estudios que hemos mencionado, Rosa tenía mucho amor á la música, y una de sus mayores dichas era comprar alguna pieza que no fuera conocida, de sus favoritos Beethoven, Weber, Mozart, Rossini y Bellini. Un día su hermano ofreció llevarla á Florencia á que escogiera lo que quisiese en una tienda de música. Cuando partió hablaba con entusiasmo de lo que pensaba comprar, mas su madre la vió regresar muy contenta, pero sin música. He aquí lo que había sucedido : al llegar á Florencia la habían informado que una familia que ella protegía particularmente se hallaba en grandes apuros, tanto que si aquel mismo día no pagaban el arrendamiento atrasado de su habitación serían arrojados á la calle. Por supuesto Rosa olvidó la música, y el dinero que llevaba para satisfacer su capricho fué á parar en manos del casero de sus protegidos. Cuando trataron de reñirla por su caridad, la niña contestó con admirable candor :

— ¿Cómo era posible obrar de otra manera? ¡Decídmelo vosotros! ¿No es cierto que era imposible?

Á pesar de su amor al estudio intelectual, Rosa siempre dedicaba una parte del día á las faenas caseras y ayudaba á su madre á invigilar la casa y las sirvientas y á coser la ropa de la familia. Tenía tiempo para todo, y jamás estaba ociosa, aprovechando incesantemente las horas de su vida para ocuparlas en algo útil. Tomaba siempre interés en lo que hacía, que es el secreto para no fastidiarse jamás. Trabajaba con el mismo buen humor y contento, ya fuese en

algún oficio doméstico, al lado de las sirvientas de la casa, ya en el gabinete de su madre, entregada á alguna obra literaria. Ninguna ocupación la fastidiaba ni arredraba, y en todo hallaba motivos de satisfacción, tratando de perfeccionarse.

No era lo que se llama una mujer hermosa; pero era graciosa y tenía los ojos negros y llenos de fuego, frente alta y serena, y aunque muchas veces parecía melancólica, cuando se entusiasmaba sus facciones se transfiguraban y parecía un ángel ó una musa. Además de que la adornaba una abundante y larga cabellera poseía dientes blancos y parejos, sus modales eran distinguidos y señoriles. Hablaba poco, con gracia y cordura, sin alardear de instruída. Siendo Rosa muy niña, su madre la preguntó un día cómo desearía que fuera su novio, si algún día lo tuviera.

— En primer lugar, contestó Rosa, le querría religioso, de modales cultos, inteligente y amante del estudio; además querría que tuviese una ocupación útil. En cuanto á bienes de fortuna, de eso no me preocupo, así como tampoco de sus prendas de belleza física. Si acaso puedo permanecer en la posición en que nací, eso me bastará para ser feliz; pero sea rica ó pobre, si acaso puedo cumplir con mis deberes como debo, tengo seguridad de que estaré contenta.

Por una rara casualidad, á los diez y nueve años Rosa se comprometió á casarse con un joven de Liorna, abogado de profesión, llamado Gaetano Orsini, el cual en todo punto era el ideal de sus aspiraciones, — pues era cristiano vehemente, amante de las letras y en todo digno de su novia.

Poco después de su compromiso, Rosa dijo á su

madre un día de su cumpleaños, llena de contento y alegría :

— ¡Ah! mamá, Gaetano es un hombre excelente. ¡Acabamos de convenir en que después de casados, en los días de nuestros natalicios, en lugar de hacernos mutuamente regalos que serán probablemente inútiles, emplearemos el dinero en dar limosna á alguna familia desgraciada!

Cuando Orsini visitaba á su novia, pasaban horas enteras leyendo en alta voz sus autores favoritos, hablando de su vida futura y la manera como deberían emplear su tiempo para cumplir mejor con sus deberes hacia Dios y hacia su prójimo. Nada de secretillos insulsos ni de interminables conversaciones en voz baja, apartados del resto de la familia, como si sufrieran de alguna enfermedad contagiosa; lo que se comunicaban podía decirse delante de todos. El amor que Rosa profesaba á Gaetano era la perfección de aquel sentimiento espiritual y verdaderamente noble que rara alma es capaz de experimentar, según madama de Stael, quien dice : « La mayor parte de los hombres y aun un número inmenso de mujeres, no tienen la más lejana idea de lo que es el verdadero amor, y hay más gente que sea capaz de juzgar á Newton que comprender aquel sentimiento del alma. » Añade la misma escritora « que la unión de dos almas y dos corazones que se amen con perfecto amor, es imposible que dure en este mundo, porque semejante felicidad sería como gozar en la tierra y en la humanidad de lo que sólo es dable experimentar en el cielo ».

Así Dios no permitió que se consumara la unión de aquellos novios, como lo veremos adelante.

De la serie de cartas que se han coleccionado de Rosa Ferrucci, se han reunido en tres idiomas : en italiano, á su novio, y en francés y en alemán á algunas amigas.

Rosa escribía á una de aquellas las siguientes líneas, que todas las jóvenes deberían tener siempre presentes antes de elegir novio :

« Tienes razón : las jóvenes no deberían consentir en unirse sino á hombres instruídos y amantes del estudio de alguna ciencia ó de algún arte. ¿Conoces estas palabras del Padre Lacordaire? *Jóvenes, averiguad, antes de entregar vuestra mano á un hombre, si él tiene costumbre de inclinarse ante el altar de Dios, y si las manos de aquel á quien entregaréis la vuestra se unen con frecuencia para orar.* Lacordaire tenía razón, ¿no es verdad? »

No obstante su profunda instrucción y amor á la lectura, Rosa jamás leía sino aquello que su madre la había recomendado, negándose á mirar siquiera los libros y las páginas que ella la había prohibido.

Entre sus papeles se encontró una pequeña regla de vida que recomendamos á las que quieran perfeccionarse y cumplir con sus deberes religiosos, sociales y domésticos :

« Ver á Dios en todas las cosas.

» Llevar todo pensamiento y obra ante el trono del Señor.

» Pensar siempre : Dios me ve.

» Amar tiernamente la religión y la Iglesia católica.

» Unir sus obras á las de Jesucristo.

» Guardar en su corazón un gran deseo del cielo.

» Pedir á Dios la fe y la constancia de los mártires.

» Tener una confianza invencible en los efectos de la oración.

» Socorrer á los pobres por amor de Dios.

» Velar sobre sí y orar.

» Hacer el bien á todos sin excepción.

» Obedecer á su padre y á su madre.

» Ser sumisa y dócil con sus maestros.

» Callarse cuando se siente malhumor.

» No leer nunca un libro sospechoso.

» Tener una escrupulosa probidad.

» No hablar mal de nadie.

» Creer siempre en el bien.

» No tener jamás envidia.

» Pedir á Dios el don de la humildad.

» No despreciar nunca las buenas inspiraciones que Dios nos envía.

» Trabajar y estudiar con ardor.

» Elevar frecuentemente su espíritu á Dios.

» Perdonar todo á todos.

» Buscar la felicidad en las virtudes cristianas.

» Hacer lo que se debe y descansar en seguida en la divina misericordia.

» Temer el pecado más que la muerte.

» Pedir los sacramentos desde el momento en que se empieza á sentir una enfermedad seria.

» Hablar con Dios como al padre más amado.

» Unir nuestra suerte á la pasión de Jesucristo. »

Merced á las costumbres francas de la alta sociedad italiana, Rosa tenía libertad para comunicarse y escribir á su novio, que vivía en Liorna. Estas cartas llenas de unción, de caridad cristiana y amor de

Dios, deberían servir de norma y de ejemplo á todas las mujeres cristianas que buscan en sus esposos algo más que una protección física y un amor profano, sino que aspiran á unir bajo el mismo techo á dos almas igualmente templadas para el bien y que se aman santa y noblemente, como verdaderos discípulos de Jesucristo, es decir, bajo el amparo de Dios y en nombre de la religión que les ha unido.

Daremos aquí algunos fragmentos de este admirable epistolario.

ROSA Á GAETANO

Pisa, 6 de abril de 1856.

... Jamás podré agradecer suficientemente á Dios, el que me hubiese proporcionado la dicha de que seas, Gaetano, mi guía y mi protector durante esta vida. No puedo menos que decirlo, y se lo repito frecuentemente á mi madre, porque así lo pienso y lo siento en el fondo de mi alma. Á pesar de todos los defectos é imperfecciones que me han impedido tantas veces permanecer fiel á las buenas resoluciones que sin cesar tomo delante de Dios, tengo tan alta idea de lo que debe ser una esposa cristiana y de los deberes con que dentro de poco debo cumplir, que por cierto me aterrarían si no confiara con tanta fe en la bondad de Dios, que todo lo puede y que me ayudará en mi debilidad. Siempre le hablo á mi madre del santo respeto que me inspira el sacramento que vamos á recibir, y te suplico le pidas al Señor las gracias que son necesarias para que me haga lo que debo ser. Te prometo hacer todos los esfuerzos

posibles para santificarme, y quiero consagrar con esta intención todas las oraciones del mes de María; espero que la Virgen obtendrá que me sea dado lo que me falta aún. Creo que el camino hacia la perfección sería llegar á corregirse de todos aquellos pequeños defectos que nos parecen insignificantes, pero que deben disgustar tanto á la infinita perfección. Aconséjame, pues, en todo esto y te aseguro que recibiré tus correcciones, como se deben recibir de la persona que reemplazará, por la voluntad de Dios sobre la tierra, al padre y á la madre.

17 de abril.

... Tú serás, Gaetano, mi guía, te lo repito; en adelante no tendremos sino una sola voluntad, un solo amor, amándonos en nombre de Dios, por quien todos los afectos se hacen sagrados. Nuestro amor no ha nacido sólo de las dotes exteriores ni de las sombras de la belleza, ¡flor de un día! Nos amamos porque amamos á Dios. En ÉL está nuestra unión, porque en ÉL está nuestra virtud; toda la pureza de nuestro cariño, porque ÉL es para nosotros el fin de nuestras acciones. De allí resultan aquellas alternativas de alegría y de tristeza, según nos acercamos ó nos alejamos de esa perfección ideal que forma el fondo de nuestros deseos... ¡Ah! ¡Dios es muy bueno, y con cuánta adoración no le bendigo por esa esperanza y propósitos que ha puesto en nuestros corazones! Dios no solamente es para mí el eterno poder que creó el cielo y la tierra, sino la dulce misericordia que me ha dado tu corazón como la mayor de las bendiciones.

2 de mayo.

... Creo que aunque no debemos tener en mira un tipo demasiado ideal, al cual sea imposible alcanzar, sí deberíamos fortificar en primer lugar el poder de voluntad. Cuidemos de que ésta jamás se incline al mal, aun en las cosas pequeñas. Tengamos siempre aquella hermosa máxima de la *Imitación :* « Si cada año de nuestra vida corregiéramos un defecto, ¡cuánto mejor no seríamos! » ... Sí, la fuerza de voluntad nos es muy necesaria, no solamente en las grandes pruebas, sino también en las pequeñas. Allí está, según pienso, toda la virtud cristiana, porque ¿qué puede ser más agradable á Dios sino encontrar que nuestra voluntad es siempre conforme á la suya?...

30 de mayo.

Un afecto que no se fundase en el amor de Dios no podría ser feliz. Consagrémonos á AQUEL que todo lo hizo para nosotros. Creo que así como la pompa exterior del culto no vale nada para Dios, si no hay verdadero fervor cristiano, así las obras no pueden merecer la gracia, si no las inspira una intención pura y un deseo ardoroso de agradar á Dios solamente. Es preciso, pues, que todo sea de adentro para afuera; y te confieso que frecuentemente busco en las cosas exteriores y palpables una palanca visible que las eleve hacia las invisibles, descubriendo en todo lo que veo una imagen de aquella belleza eterna que no se presenta á las claras sino á la inteligencia y al corazón. ¡Entonces todo tiene una lengua : las montañas, las estrellas, el mar, los árboles, las aves, me dicen tantas cosas nuevas que sólo la

voz de la naturaleza puede explicar! ¡Cuán admirable no es la bondad de la divina Providencia, que de mil maneras nos lleva é impele nuestras almas hacia los santos afectos para los cuales nos ha creado!...

21 de enero de 1857.

.. En verdad, Gaetano, es preciso que estemos siempre listos para morir cuando y como Dios quiera, y amándole á ÉL infinitamente más que todo lo de este mundo terrestre que pasa como nuestra fugitiva existencia. Nuestra alma inmortal no ha sido formada para esta tierra, en donde todo es brevedad y vicisitud, y por eso aspira al cielo. Por mí, sé decir que muerta ó viva, en este mundo ó en el otro, yo siempre seré tu Rosa en el amor que Dios conoce y bendice...

—

Cuatro días después de escrita aquella carta, — la postrera que recibió Gaetano de su novia, — Rosa sintió los primeros síntomas de la enfermedad que la llevó á la tumba, víctima de una fiebre miliaria, mal que es casi siempre mortal en Italia, y del cual murió tambien el rey Víctor Manuel. Á pesar de que al principio de la enfermedad se disimuló á Rosa la gravedad de ella, ésta la presentía así. Como su novio (á quien habían enviado á llamar á Liorna) no pudiese ocultar la pena que le causaba verla sufrir :

— Gaetano, le decía con inefable dulzura, si Dios quiere que vivamos el uno para el otro, no temas, que ÉL me curará... pero si lo hubiese ordenado de otro modo, es preciso resignarse á adorar su santa voluntad, ¿no es verdad?

Desde su lecho de dolor se acordaba de los pobres

á quienes socorría, y suplicaba á su madre que les enviara la limosna que ella acostumbraba hacerles. La dulzura, amor de Dios, resignación y perfecta paciencia que la distinguían, se aumentaron á medida que la enfermedad tomaba un carácter más y más grave. Quiso hacer confesión general, y se preparó á la muerte con tanta entereza y tranquilidad como si la vida no se la presentara llena de sonrisas y de dicha, pues á pocas personas la suerte había colmado de más esperanzas y de mayores anuncios de felicidad. Tuvo, sin embargo, un momento de debilidad en el que no pudo menos que llorar su temprana muerte y lamentarse al pensar en la desolación en que dejaría á sus padres y á Gaetano. Pero esta situación de ánimo fué pasajera, y haciendo un supremo esfuerzo, se volvió á su novio diciéndole con un acento dolorosísimo pero vigoroso :

— ¡Adiós, Gaetano, no nos volveremos á ver ya!

Y desde aquel momento formó la resolución de desprenderse para siempre de los afectos humanos para pensar sólo en Dios : no volvió á mencionar á su novio, hasta ya próxima á morir, cuando, quitándose del dedo el anillo de compromiso, se lo entregó á su madre pidiéndola que se lo diese á quien debiera tenerlo...

Pero ¿para qué insistir en describir los últimos momentos de esta virtuosísima doncella? ¿Para qué despertar en nuestra alma horribles penas á las cuales no es posible resignarse, sino con el auxilio de la divina Providencia? ¿Qué madre que haya visto morir á sus hijas en toda la flor de la juventud podrá asistir sin angustia á la muerte de una niña que la recuerda lo que ella misma ha sufrido?...

El 5 de febrero de 1858, á las dos y media de la tarde, Rosa dejó de existir. ¡Aun no había cumplido 22 años!...

Su madre estuvo á punto de perder el juicio; pero Dios la tuvo compasión, y la dió no solamente fortaleza y energía para no dejarse llevar por el sentimiento más doloroso de la vida de una mujer, sino que presenció la agonía de su hija hasta el postrer momento, y en seguida inclinó la frente ante los decretos de la soberana voluntad, bendiciéndola y resignándose á todo lo que tenía á bien enviarla.

La ciudad de Pisa entera asistió llorando á sus funerales y la proclamó santa en la vida y en la muerte. Todos los periódicos de la Toscana publicaron necrologías, versos, etc., con motivo de esta tronchada existencia.

En seguida la señora Ferrucci se ocupó en recoger materiales para consolarse escribiendo la vida de su hija, y otro tanto hizo un excelente sacerdote, que también murió joven y había conocido á Rosa en los últimos años de su vida.

« ¿Habéis visto alguna vez, dice el abate Perreyve, pasar sobre el horizonte, al empezar el otoño, gran multitud de aves que se extienden en largas filas sobre el cielo azul? Dícese que el ave más fuerte es la que va adelante rompiendo las capas de aire, seguida de las más débiles, que entran fácilmente en la huella abierta por la primera. Así, si somos demasiado débiles para abrirnos sin auxilio el camino que conduce al cielo, sepamos al menos seguir la huella de los santos : su vuelo fuerte y seguro nos llevará en pos suya, y cuando les veamos adelantarse sin vacilar por esa vía, emprenderemos marcha nosotros tam-

bién por el camino que conduce hacia el objeto supremo del eterno amor. »

El tipo de Rosa Ferrucci es el más perfecto que podemos presentar á las señoritas de sociedad, pues el ejemplo elevado, noble y amabilísimo de esta doncella italiana es en verdad el bello ideal de la joven cristiana; y si entrásemos las mujeres por aquella vía, sería lo bastante para regenerar la sociedad que amenaza disolverse, merced á la ignorancia y á las malas ideas que cunden sin cesar en todas partes. Á las mujeres toca hacer amable el cristianismo y patentizar que el verdadero catolicismo, en lugar de huír de las luces y la instrucción, busca siempre la luz de la inteligencia, y que la ilustración no es enemiga de las verdaderas ideas de nuestra religión.

En un diccionario biográfico italiano de Oscar Greco, publicado en 1875, ¡se encuentran 418 nombres de escritoras italianas contemporáneas!

No mencionaremos con algunos pormenores sino á las que hemos considerado más importantes.

Al empezar este siglo encontramos el nombre de una poetisa *improvisadora* muy famosa en Italia, MAGDALENA MORELLI, llamada CORELLA OLÍMPICA. Su manera de improvisar era realmente sorprendente : no había tema que le propusiesen, aunque fuese dificilísimo, que no la inspirase para componer en el acto una poesía más ó menos larga. Entusiasmados los italianos con aquel prodigio, la pasearon por todas las ciudades de la península, y después, en Viena, el emperador la dió el título de poetisa real. Á su regreso de Austria la llamaron los romanos para coronarla solemnemente y darla el nombre de Corella Olímpica. Aquello sucedía al fin del siglo pasado. Va-

rios reyes, — y entre otros Catalina, emperatriz de Rusia, — la enviaron obsequios en premio de su singular talento. Magdalena Morelli murió de 72 años al empezar el siglo XIX.

Otra *improvisadora,* TERESA BANDETTINI, había elegido la carrera del teatro, pero como la protegiesen varios poetas como Alfieri y Monti, y se casase con un hombre acomodado, dejó las tablas y se entregó al estudio del latín y del griego y de la poesía clásica. Teresa era el encanto de toda la sociedad de Lucca, y sus improvisaciones eran obras maestras de poesía. Compuso una tragedia que se representó y fué muy aplaudida en Milán; publicó varias colecciones de versos, pero se considera la mejor composición suya un poema épico titulado : *La Deseide.* Se había ocupado de ciencias, estudiando física en la universidad de Bolonia é historia natural en Venecia. Á pesar de sus triunfos, Teresa Bandettini fué excelentísima madre y señora de su casa; murió llorada por cuantos la conocieron en 1837, á los 78 años de edad.

DIODATA SALUZZO pertenecía á la alta aristocracia y era hija de Angelo, conde de Saluzzo. Desde su niñez manifestó amor ardiente á la poesía. Sus primeras composiciones fueron campestres y descriptivas; después escribió sobre todas materias : poemas, tragedias, novelas, brotaban de su pluma facilísimamente. Algunas de estas últimas fueron traducidas al alemán y al inglés. Diodata murió soltera en 1840.

Las anteriores escritoras vivieron en una época en que en todo se pensaba menos en instruír á la juventud masculina, y menos á la femenina. Aquella pe-

nínsula, que había sido el centro de la civilización del mundo, se hallaba entonces en un estado de decadencia dolorosísima. La mitad de la población no sabía leer en el norte de Italia, y la parte más progresista y en las Dos Sicilias, de *1.000* personas *900* no conocían las letras.

Las niñas hijas de los nobles y de los burgueses ricos pasaban muchos años en los conventos, en donde se las daba una ligerísima instrucción, pero las niñas del pueblo carecían en absoluto de escuelas. Sin embargo de todo esto, las mujeres son más inteligentes que los varones en Italia; por lo menos dicen los que se han ocupado de la materia que en las escuelas las mujeres son superiores á los hombres en aplicación y facilidad para comprender.

Esta facilidad es lo que ha obrado indudablemente en Italia para que, á pesar de la poca instrucción que se ha dado á la mujer, se encuentren sin embargo tantas escritoras de mérito en aquel país.

Citaremos las más importantes.

Laura Oliva Mancini y Grazia Mancini, — madre é hija, y ambas renombradas poetisas, — ocupan un lugar preferente en el parnaso italiano. La primera recibió una esmerada educación y en breve se hizo conocer como pintora, música y dramaturga. Como se hubiese mezclado en los movimientos revolucionarios que tuvieron lugar en Italia en 1848, fué desterrada con su marido á Inglaterra, de donde regresó en breve y se dedicó á la educación de su hija Grazia. Niña ésta de talento precoz y despejado, se ejercitó primero en escribir pequeñas comedias y diálogos para que sus hermanitos representasen en familia. En 1868 se casó con un célebre abogado, hoy

profesor en la universidad de Roma. Amantísima de su familia, esta dama ha escrito poesías, novelas y comedias particularmente para la instrucción de sus hijos.

Descendiente de una noble familia española, AURELIA CIMINO FOLIERO DE LUNA nació en Nápoles, y con aquel loco amor por las tablas que distingue á los italianos, quiso seguir la carrera del teatro, á pesar de su noble estirpe. Pero como su familia se lo impidiese, se dedicó á las letras. En 1846 casó con el poeta Cimino, el cual se mezcló en la revolución de 1848 y pasó desterrado con su familia á Inglaterra. Allí ella aprovechó sus conocimientos de música para dar lecciones de canto, con lo cual ayudó al sostenimiento de su familia. Desde que Aurelia Cimino regresó á Italia, se consagró completamente al cuidado de los diez hijos que tuvo de su matrimonio. En 1872 la reina Margarita la pidió que fundase una revista dedicada á la instrucción y moralización de la mujer, y durante largos años redactó *La Cornelia*, que tenía ese objeto. Esta dama ha escrito obras de toda clase sobre cuestiones sociales, de instrucción pública, etc., en pro del bien de su sexo, y el gobierno de Humberto la comisionó dos veces para que fuese á Francia á estudiar los establecimientos de agricultura para mujeres que existen allí. Sus novelas son muy populares en Italia y se la considera como una de las mujeres más benéficas de su patria.

Después de la tentativa de independencia que hizo Venecia en 1848, aparecieron en aquella ciudad algunas novelas patrióticas que llamaron muchísimo la atención : eran obra de una dama, LUISA CODEMO, de

sentimientos patrióticos muy exaltados. No solamente ha escrito novelas, sino piezas dramáticas, recuerdos de viajes y poesías. Considérasela como una de las escritoras modernas más originales de Italia. Es oriunda de Venecia.

Casi todas las ciudades de Italia han tenido en este siglo alguna escritora de fama: en Parma CATALINA PIGORINI BERTI. Civitella se enorgullece con TEODOLINDA PIGNOCCHI. JOSEFA GUACCI, ISABEL ROSSI, JOSEFA TORRISI, etc. se han hecho notables en Nápoles, Florencia, Parma, Milán, Roma, etc.

Aun tenemos que citar á MAXIMINA ROSSELINI, poetisa; TERESA BERNARDI, también poetisa, como lo son ALINDA BONACCI, que escribió versos desde la edad de nueve años; IRENE RICCARDI y ZAIRA PIEROMALDI, presidenta de la *Sociedad para la paz universal*, fundada en Roma.

TERESA DE GUBERNATIS, — hija ó hermana del famoso literato orientalista Angel de Gubernatis, — presidenta de la *Sociedad para promover la educación de la mujer*, protegida por la reina Margarita, es una de las mujeres que más se han ocupado en esa cuestión, y ha escrito toda clase de obras de educación. Otro tanto ha hecho JULIA COLOMBINI, la cual trabaja sin cesar en tratar de ilustrar á sus compatriotas, tanto con su ejemplo como por medio de sus numerosos escritos sobre todas materias.

Pudiéramos citar muchas otras á cual más meritoria, pero no nos queda espacio sino para una italiana más.

En 1864 se fundó en Florencia una sociedad con el objeto de estudiar á fondo los escritos y las obras de las italianas del día y conceder un premio á la mujer

más talentosa de Italia. Obtuvo el premio la señora GIANNINA MILLI CASSONE.

Esta dama había nacido en Teramo en 1827 y desde la edad de cinco años improvisaba poesías. Súpolo el rey de Nápoles, quiso oírla, sorprendióse con aquel precoz talento y la mandó educar á sus expensas. Sin embargo, poco duró en el colegio en que la habían puesto, y habiendo regresado á su casa, estudió con ahinco cuanto pudo con algunos poetas que habían practicado el arte de la improvisación. Varios periódicos salieron en los siguientes años elogiando á la joven poetisa. Recorrió después algunas ciudades exhibiendo su talento y á poco su fama llegó á todas partes de Italia. Considérasela, pues, como la improvisadora de más mérito que hay ahora en el mundo. Hanse publicado varios tomos de poesías de Giannina Milli; es directora de la Escuela Normal de Roma é inspectora de los colegios de niñas del sur de Italia.

Literatas rusas.

I

SOFÍA SWETCHINE

Hace algunos años que los rusos están continuamente llamando la atención del mundo civilizado, tanto por sus actos, como por su literatura; así no dejará de ser útil estudiar un tanto la historia de una nación semi-bárbara, semi-civilizada, semi-europea y semi-oriental.

Los rusos son descendientes de aquellas tribus salvajes cuyo Dios era un sable á quien rendían culto de adoración; que se vestían con el cuero de sus enemigos muertos en las batallas, y brindaban en sus cráneos. Sin embargo, merced á los esfuerzos de una mujer, Olga, santa de la Iglesia griega, aquel pueblo esclavo se convirtió al cristianismo, si cristianismo podía ser lo que esos bárbaros practicaban, en medio de los más horrendos crímenes. No había jefe ó rey que no muriese asesinado, ni había delito, desorden, exceso y abominación que no tuviese carta de naturalización en aquel país, azotado por su triste y helado clima, y poblado por unas hordas de hombres sin ley ni Dios. La lectura de la historia rusa produce vértigo y causa espanto. Las mujeres no eran las menos salvajes é inhumanas, y pocas son las historias en que, como en la de Rusia, se tropieza á cada paso con el nombre de alguna de ellas. Varoniles, apasionadas, amantes del mando y del poder, rara vez, después de haber sido regentes, abandonaban el mando á sus hijos. La influencia civilizadora de la mujer rusa se hace notar muy poco allí; ella marcha á nivel con el hombre por medio de una charca de sangre y un camino de crímenes. En el trono rara fué la zarina que no diese mal ejemplo y no tuviese malas costumbres : la corrupción oriental reinaba entre los nobles, y el embrutecimiento bestial entre los servios. Allí no ha habido nunca *pueblo,* sino déspotas y siervos, que naturalmente se odiaban y se hacían mutuamente una guerra sorda; en los últimos años ha mejorado un tanto la posición de la plebe, pero aquello es más aparente que real.

Pedro I, llamado el Grande, porque lo fué efectiva-

mente como legislador y como zar, era uno de los hombres más criminales, corrompidos y brutales que registran los anales del mundo. Á su muerte reinó su mujer, Catalina I, la que había sido vivandera de sus ejércitos, y mujer de un soldado antes de ser elevada al trono; naturalmente una mujer criada en medio de los ejércitos de Pedro no podía dar buen ejemplo en su elevada posición. La emperatriz Ana, que reinó después, tampoco tuvo una conducta moral, y otro tanto sucedió con Isabel, que permaneció sobre el trono ilegítimamente más de diez y nueve años. Seguidamente se presenta Catalina II, á quien también llamó *grande* su pueblo. Esta famosa zarina, cuya gloria iguala á la de Isabel de Inglaterra, tuvo una vida tan desarreglada y escandalosa como pocos hombres malos la han tenido, y después de una carrera de crímenes, de sangre y de despotismo, al fin murió llena de años y de delitos, de resultas de un banquete demasiado opíparo, en 1796, dejando el trono á su hijo Pablo, á quien siempre había tenido mala voluntad y aun odio, — tanto que éste tuvo frecuentemente temor de que su madre lo mandase asesinar.

¿Quién creyera que en una corte tan corrompida, rodeada de ejemplos tan inmorales y escandalosos, naciera una de las mujeres más noblemente virtuosas que se han hecho notar en este siglo? Sin embargo así fué, y la hija de uno de los secretarios privados de Catalina II (descendiente de una noble familia moscovita) se crió allí amante de la virtud, de las grandes ideas y de los elevados sentimientos, en tanto que la sociedad de su patria se hundía en el fango del vicio, y la soberana reinante hacía alarde

de una conducta más parecida á la de Luis XV (de Francia) que á la de cualquiera otra mujer por mala que hubiese sido.

Sofía Sogmonof (después Swetchine) nació en Moscova el 22 de noviembre de 1782, y su padre, al notar su viveza singular y grande inteligencia, se propuso educarla lo mejor posible y cultivar su naciente talento, inspirándola gusto por las artes y amor por las letras. Á los doce años Sofía conocía, además del ruso, el francés, el inglés, el italiano y el alemán, y estudiaba con provecho el latín, el griego y el hebreo.— Sin embargo, su padre, como buen cortesano de Catalina II, — la admiradora de Diderot y Voltaire, — olvidó entre tantos estudios enseñarla otra religión que no fuera la que veía en las pomposas ceremonias de la iglesia griega, pero no la hizo estudiar lo que debería creer. Ella no sentía tampoco la falta de un elemento tan necesario en la vida de una mujer, y aunque no era incrédula, era enteramente indiferente á la religión, contentándose con estudiar á los filósofos de la antigüedad y leer frecuentemente los grandes escritores teológicos, como para admirar su estilo y el arte con que habían compuesto sus obras, y no para buscar allí la idea de Dios y admirar y adorarle en sus obras.

Al cumplir diez y seis años, fué nombrada dama de honor de la emperatriz María, mujer de Pablo, y en ella halló Sofía una dulce y amable protectora, pues aquella virtuosa princesa, tan diferente de las anteriores emperatrices, supo apreciar el carácter elevado de nuestra heroína y dispensarla sus favores. Además, esa corte en que el duro despotismo de Pablo pesaba en primer lugar sobre su consorte, — que

sufría sin quejarse — la enseñó las penalidades de la vida y la triste suerte que llevan los grandes en las posiciones más brillantes; así las vanidades dolorosas de aquellas existencias la hicieron comprender que allí no estaba la dicha.

Sofía, á pesar de su tipo moscovita, tan contrario á la belleza europea, tuvo muchos pretendientes á su mano, no solamente con motivo de la alta posición que ocupaba en la corte, sino por la gracia de sus modales, su agradable conversación y distinción innata. Entre todos, su padre favoreció á un amigo suyo, el general Swetchine, hombre de más de cuarenta años, pero de gran valimento en la corte y de serias cualidades. Sofía, que tenía poco más de diez y siete años, acogió con gusto al elegido de su padre, con tanta más razón cuanto que él le ofreció que jamás la separaría de una hermana menor que tenía, y á quien ella amaba tiernamente por habérsela recomendado su madre al morir.

No hacía mucho que se había casado cuando murió su padre repentinamente, y esto la produjo una impresión tan vehemente que decidió de la vida de su espíritu y de su alma. « Ella no había pensado nunca en Dios, dice su biógrafo, el conde de Falloux; pero esta primera soledad del alma, esta necesidad de un apoyo moral (que hasta entonces había encontrado en su padre, en cuya pérdida no había pensado), la obligó á elevar sus miradas al cielo; su primera oración surgió de su primer dolor, y no teniendo á quien decir ¡Padre mío! exclamó : ¡Dios mío! »

Desde aquel momento se propuso buscar consuelo en una religión; la griega no le era simpática y no

llenaba sus aspiraciones espirituales, y quiso buscar *la verdad* en otra parte; pero aquel pensamiento quedó en embrión en su mente y no fué sino años después que pudo llevarlo á cabo.

Como su marido ocupaba una alta posición en la corte, la señora Swetchine era el centro en un círculo escogido de los personajes de más categoría en Rusia, así como de la emigración francesa que se había acogido á la corte de Pablo. Poco antes de la desastrosa muerte del Zar (que murió asesinado), el general Swetchine perdió el favor del soberano y tuvo que alejarse de San Petersburgo. Entonces su estudiosísima esposa aprovechó aquel tiempo para empezar un concienzudo estudio del cristianismo, de sus sectas, progreso y marcha al través de los siglos, con el objeto de escoger entre todas las sectas una religión que fuera enteramente de su gusto y acorde con sus ideas y elevado pensamiento. Alentábala en esta vía el conde de Maistre, aunque ella no aceptaba aún sus ideas que le parecían demasiado exageradas como partidario de la teocracia y de los jesuitas. Aquellos estudios fueron interrumpidos por los acontecimientos políticos. En 1811, cuando se anunciaba la invasión de Napoleón, el general Swetchine (que había rehusado los empleos que le ofrecía el nuevo emperador Alejandro) pidió y obtuvo un empleo militar en el ejército defensor del suelo patrio. En tanto su mujer, uniendo sus fuerzas á las de la emperatriz reinante, fundaba una sociedad de socorros para las víctimas de la guerra. En aquel cargo, madama Swetchine desplegó una singular aptitud para regir las instituciones de beneficencia, y á pesar de su salud delicada, era enérgica, activa, prudente y abnegada

hasta el exceso, por lo cual la idolatraban los pobres, la obedecían ciegamente los empleados y la respetaban todos.

Una vez concluída la guerra con Napoleón, madama Swetchine, aguijoneada por el deseo de tener sólidas ideas sobre religión, se propuso retirarse sola á una quinta, — sin admitir visitas de nadie, — y llevando consigo una gran colección de libros de controversia religiosa, entregóse en cuerpo y alma á sus estudios teológicos y filosóficos. Pero no solamente llevó para estudiar los autores defensores del cristianismo en todos sus ramos, sino una colección de filósofos alemanes y franceses enemigos del cristianismo. Quería estudiar la cuestión bajo todas sus faces.

Esta época de la vida de madama Swetchine es sumamente interesante, pues jamás podrá el catolicismo gloriarse con una conversión tan verdadera y tan brillante. Sin embargo, Javier de Maistre no aprobaba aquel método; él pensaba que para descubrir la *verdad* y para ser iluminada por la *gracia*, ella debería de haberla buscado más bien en la oración que en el estudio. Pero él olvidaba que son muy diferentes las organizaciones meridionales de las razas del norte; las primeras obran siempre por ímpetus y se dejan llevar por la inspiración; las segundas son hijas de la reflexión y no se dejan dominar sino por un verdadero convencimiento. Después de un estudio detenido de cuantas obras se habían escrito acerca de la religión cristiana y analizado obra por obra, copiando, traduciendo y llenando cuadernos sobre cuadernos de extractos y reflexiones, al fin se declaró católica, apostólica, romana. El *diario de su conver-*

sión es una obra en extremo importante y debería ponerse en primer grado entre las manos de aquellos que desean sinceramente buscar la *verdad*. Nada instruye tanto como el contemplar la lucha de una alma que busca la luz con ahinco, la desea ardientemente y al fin la encuentra alborozada y llena de íntima satisfacción.

Permítasenos copiar aquí algunos párrafos de esta obra que encontramos citados en la vida de madama Swetchine, escrita por el conde de Falloux.

« Este diario, dice, es un verdadero monumento de mis vacilaciones, de la increíble movilidad de mi espíritu, y sobre todo es una prueba irrecusable de los esfuerzos prodigiosos que hice con la mejor buena fe posible para permanecer en la religión en cuyo seno nací. »

—

« En el curso de la historia se ve frecuentemente que el barco de San Pedro está expuesto á grandes peligros, pero apenas el católico empieza á temblar y levanta los ojos arrasados de lágrimas al cielo para pedirle protección y preguntarle qué suerte correrán sus esperanzas, cuando cesa la tempestad y se restablece la calma. El Señor podría decirnos entonces : Hombres de poca fe, ¿por qué dudáis? »

—

« Cuando se estudian los primeros siglos del cristianismo, no se puede menos que admirar su fervor, en aquellos tiempos cuando Dios hablaba eficazmente á los hombres patentizando claramente

á sus elegidos su predestinación. ¡Qué cambios en los corazones, cuánta luz había allí para las cosas divinas! En medio de los abismos de la ignorancia humana, ¡qué obras las de aquellos cristianos que todo lo abandonaban por su creencia! Los más duros sacrificios no los satisfacían y se dejaban conducir al martirio con una alegría increíble ahora. Después de haber puesto la mano á la grande obra, no volvían á mirar hacía atras; todos sus afectos, todos sus haberes eran para ellos secundarios. La tierra se convertía en un lugar de destierro, tan concentrada tenían su alma en el pensamiento del cielo que el resto era para ella indiferente. »

—

» En los momentos en que mi alma está dispuesta á todo, cuando los pactos humanos desaparecen á mis ojos, encuentro cierta satisfacción en escuchar la voz de mi conciencia y sacrificarlo todo en aras de la verdad. Entonces comprendo mejor la importancia de mis estudios y la necesidad de recorrer aquella vía sembrada de espinas que me propuse seguir. ¡Dios mío! ¿podré vacilar entre los movimientos que son la pura expresión de mi alma entregada á sí misma en la meditación y la soledad? ¿podré vacilar entre estas inspiraciones y las impresiones nacidas en medio de los salones y las distracciones del mundo que enturbian el espíritu? »

—

Se comprenderá mejor esta vacilación, este temor

de abjurar la religión griega que manifiesta á cada paso madama Swetchine en su diario, cuando se sepa que el emperador Alejandro llevó de Alemania á Rusia un espíritu vacilante, y que deseaba encontrar la verdad en otra parte que no fuese en la religión de sus padres; sus consejeros y cortesanos temían aquellos sentimientos y temblaban ante un cambio; así los católicos eran mal mirados en la corte, y más, naturalmente, los que se atrevían á dejar la religión griega por la romana. Sin embargo, Sofía Swetchine abjuró, pero lo hizo en secreto y sin que lo supiesen sino sus más íntimos amigos. Además, el emperador había manifestado á madama Swetchine particular aprecio, y aquella estimación causó envidia á muchos y mala voluntad entre los más de los cortesanos. Ella, sin embargo, no estaba satisfecha con ese modo de ser y buscaba algún motivo para hacer pública su nueva fe, cuando una circunstancia imprevista la dió pie para llenar su deseo. Ésta fué una orden ó *ukase* del Emperador desterrando á los Jesuítas por las numerosas conversiones al catolicismo que habían hecho en Rusia. Naturalmente se dirá que aquel disfavor del Zar debía impedir, más bien que alentar, á la nueva convertida en la declaración de su fe; pero las almas valientes y generosas encuentran en las contrariedades de la vida un alimento á su ánimo, y así sucedió con la noble rusa; cuando el catolicismo se encontraba desamparado y sin apoyo en Rusia, entonces se declaró miembro de aquella religión.

Aunque la alta posición del general Swetchine, y el favor que disfrutaba su mujer en el ánimo del emperador, impedía que sus solapados enemigos la

hicieran una guerra franca, ambos esposos notaron que su vida en San Petersburgo sería en adelante penosa, y resolvieron abandonar su patria y radicarse en alguna otra nación europea. El Zar manifestó pena por la separación de su corte de aquella virtuosa mujer, y desde entonces hasta su muerte (1825) continuó con ella una interesante correspondencia epistolar, que desgraciadamente se ha perdido.

Cuando madama Swetchine llegó á París (á fines del año de 1816) se encontró rodeada de un círculo de amigos, puesto que durante la Revolución y el subsiguiente Imperio gran número de nobles emigrados habían hallado acogida y hospitalidad en la corte de Rusia en general, y particularmente en casa del señor de Sogmonof, su padre, y en la del general Swetchine. Además, iba recomendada por el conde de Maistre, por su fama como mujer de sociedad y de talento, y en breve supo captarse el cariño de cuantos la trataron. El círculo de sus amigos se componía de personajes como Chateaubriand, Montmorency, Cuvier, Abel de Remusat, Villemain, la duquesa de Duras, Humboldt, La Fayette, etc., figuras todas de primer orden en el mundo y la civilización, las ciencias y la literatura.

Madama Swetchine viajó en Italia, y sus juicios críticos de las artes, de la historia y los monumentos de aquel país revelan su distinguido y claro talento. Á su regreso á París, penetró aun más íntimamente en el seno de la alta sociedad del barrio de San Germán. Aunque su salud siempre mala la impedía frecuentar personalmente los salones aristocr ticos, los miembros de ella la visitaban en su casa y la consultaban en las cuestiones más arduas de su existencia.

Su caridad era inagotable, y tenía organizadas sus limosnas con una maestría, un arte y un conocimiento del corazón humano que producía el mayor bien entre los pobres á quienes socorría. El padre Lacordaire decía que ella tenía palabras celestiales para aliviar á los desgraciados. « Ella tenía el don de la serenidad, decía uno de sus panegiristas, y era el antídoto de todos los males de este siglo; era indulgente con el error y aun con el mal, porque estaba exenta de él enteramente.

Su influencia benéfica era todo poderosa en la vía del bien; sus consejos, la prudencia misma; su celo por los pobres y desgraciados, infatigable; su amor al estudio no la impedía dedicar diariamente algunas horas á los establecimientos de caridad y á visitar cada vez que podía los mendigos y los enfermos en sus casas miserables.

« Buscar á Dios (dice su biógrafo), encontrarlo y amarlo fué toda la vida de madama Swetchine. »

La caída de los Borbones del trono francés hizo en aquella señora rusa, ya connaturalizada con Francia, una impresión tan grande que jamás lo olvidó. Ella amaba y respetaba personalmente á los príncipes, á quienes había conocido y admirado en la corte rusa durante su destierro, — y además temía las consecuencias de una revolución que exaltaba las masas y sacaba de raíz á la sociedad.

Consejera del conde de Montalembert, del padre Lacordaire (á quien ella corrigió de su mano el manuscrito de la vida de santo Domingo), del padre Ravignan, del abate Dupanloup (después el famoso obispo de Orleáns) y de otros muchos eclesiásticos y literatos, los reunía frecuentemente en una capilla

que tenía en su casa, y en donde los unos decían misa ó predicaban y los otros escuchaban. Mucho se ha hablado de la congregación de reyes que logró Napoleón reunir en torno suyo en Alemania — ante quienes representaba el famoso trágico Talma, — pero esta reunión de hombres virtuosos predicando delante de personas como Chateaubriand, Lamartine, Donoso Cortés, de Broglie, de Maistre, y de tantos reyes de la inteligencia, nos parece un espectáculo mucho más imponente y respetable.

La revolución del año de 48 turbó completamente la paz de aquella tranquila sociedad; la parte política que tomó entonces Lamartine, la muerte de Chateaubriand, la dispersión de los nobles del barrio de San Germán, que temían siempre una nueva revolución de 89, — los acontecimientos políticos que se sucedían, sin que se hubieran podido prever, la muerte de sus mejores amigas, la de su hija adoptiva, la del anciano general Swetchine (en 1850) á los 92 años de edad, que había gozado hasta entonces de buena salud; la de Donoso Cortés (en 1853), la guerra entre Francia y Rusia (en 1855) : todos aquellos golpes seguidos la afligieron tanto que ya no quiso vivir sino en la soledad, entregada á Dios no más y al deseo de ir á reunirse en la otra vida á los seres que tanto había amado en ésta. Sin embargo, si madama Swetchine se retiraba más y más del contacto con el mundo, no por eso dejaba de tomar interés en el movimiento intelectual y sobre todo religioso. Comunicábase frecuentemente, por medio de cartas, con todos los hombres de buenas influencias que había en la sociedad parisiense; daba francamente su opinión; refutaba con toda sinceridad los errores que encon-

traba en sus obras ó discursos, y siempre éstos acataban sus consejos y obedecían sus indicaciones.

Los últimos años de la vida de nuestra rusa fueron de grandes sufrimientos. Padecía una enfermedad del corazón y no podía aliviarse sino á costa de mil sacrificios y de un retiro casi exclusivo en el campo, lejos de los pocos amigos que su salud la permitía recibir; además, su amor al estudio, al trabajo intelectual fué aumentando con la edad, y el privarse de ello la hacía sufrir mucho.

Después de muchos días de una lenta agonía soportada con la entereza de una cristiana, la sumisión de una santa y el comportamiento de una mujer de buena sociedad, sin quejarse nunca, sin molestar jamás á sus enfermeras, ni tener un solo capricho ni a menor exigencia, el 10 de septiembre de 1857 madama Swetchine dejó de existir, en París, rodeada de algunos de sus sobrinos y de sus numerosos cuanto sinceros amigos. Basta decir que Lacordaire, Montalembert, Augusto Nicolás, el príncipe de Broglie y otros personajes del mismo jaez pronunciaron su oración fúnebre, llorando aquella irreparable pérdida para la sociedad. La faltaba poco más de dos meses para cumplir 75 años.

Sus obras y cartas han sido coleccionadas por el conde de Falloux en varios volúmenes, aunque desgraciadamente se perdieron muchos de sus manuscritos y no pudieron encontrarse después de su muerte.

II

Veamos ahora cuál es la situación de la mujer en Rusia en la época actual, ya que ligeramente diseñamos lo que fué antes.

En Rusia no hubo jamás lo que se llama feudalismo, ni ley de primogenitura. En todas las épocas de su historia los varones y las hembras han sido iguales en sus derechos hereditarios, y unos y otros heredan las propiedades de sus padres. Y no solamente eso, sino que la mujer propietaria tiene derecho de votar mandando á algún hombre que la represente en las urnas. El respeto á los padres es ilimitado, pero los hijos tienen que obedecer á la madre al igual del padre. Así es que si la mujer ha sido casi esclava durante la vida de sus padres y de su marido, al perder á éstos se convierte en una verdadera autócrata. Son dueñas absolutas de la suerte de sus hijos, de manera que basta una simple petición suya á las autoridades para que éstas condenen á sus hijos á trabajos forzados y á toda clase de tormentos. Las autoridades no averiguan ni preguntan si es cierto ó no lo que aseguran los padres, y el hijo de cualquiera edad es condenado á lo que éstos pidan.

La mujer en Rusia tiene un libertad completa en cuanto á la elección de marido, y los padres no pueden forzarla á que se case contra su gusto; ésta también es dueña absoluta de su dote, y aunque el marido sea un tirano, jamás la quitará la fortuna que llevó al matrimonio y de la cual ella puede disponer siendo viuda.

Como hemos visto en otra parte, las rusas se han lucido en la carrera de la medicina, y desde que se las permite estudiar ciencias, cerca de mil mujeres estudian anualmente matemáticas, mineralogía, botánica, astronomía, anatomía, y se preparan para seguir la carrera de la agricultura. Las enseñanzas primarias y secundarias están muy adelantadas en Rusia y miles de niñas presentan anualmente lucidos certámenes; las escuelas industriales y artísticas para mujeres son muy concurridas en San Petesburgo, y las que se ocupan de literatura llevan una vida holgada. Los editores y directores de periódicos pagan las obras literarias de las escritoras al igual de las de los hombres [1].

Una de las escritoras más afamadas de Rusia en la actualidad es MARÍA ZEBRIKOFF. Después de recibir una educación esmerada en su casa, se entregó completamente á la literatura. En 1868 publicó su primer ensayo, que llamó mucho la atención; después escribió una serie de estudios acerca de varios caracteres femeninos, que se consideraron de mucho mérito. Hoy dirige una revista educacionista que tiene muchísima circulación en Rusia.

Sin embargo, la que lleva la palma entre las literatas rusas es la que se firma con el seudónimo de KRESTOVSKY, la cual hace 30 años que sin cesar escribe novelas en todos los géneros.

Ya desde 1837 la Academia de ciencias de San Pe-

1. Según un libro reciente, *The woman question in Europe*, se paga por cada 16 páginas (que tienen de 30,000 á 40,000 letras) de 50 á 200 rublos, según la reputación de que goza el escritor: las traducciones valen menos, pero las científicas se pagan á razón de 25 rublos por 16 páginas.

tesburgo había concedido una premio literario á la señorita Yarzoff por un libro sobre la enseñanza de la juventud. Dicha señorita ha publicado después varias obras sobre el mismo asunto.

Una señora Manascina ha escrito en las revistas rusas muchos artículos científicos, como lo ha hecho la señora Alejandra Efimenio.

Las obras de las señoras Nekrasoff, Braloff, Vodovasoff, Markivitch y Novikoff han sido traducidas al inglés, francés, alemán, etc.

Esta ultima, Olga Novikoff, es una noble rusa políglota, que conoce á fondo la mayor parte de las lenguas europeas y ha escrito con el seudónimo de *K. O.* en muchas resistas y periódicos franceses é ingleses. Nacida en Moscovia en 1842, no había pensado nunca escribir para el público. Pero en 1876, la muerte de un hermano en la guerra la afligió tanto que quiso dedicarse á las letras para tratar de hacer conocer á su país fuera de él, é influír en lo posible en reconciliarle simpatías, lo que pensaba impedirían las guerras. La primera obra que escribió, en inglés, y publicada en un periódico de Inglaterra, llamó muchísimo la atención; publicóse en un tomo y en pocos días se agotaron dos ediciones consecutivas. Desde entonces ha contribuído con su pluma en varias revistas artículos de alta política, que han llamado siempre la atención.

Fuera de éstas, hay otras muchas escritoras rusas, pero sus obras no han sido traducidas y sólo son conocidas dentro de Rusia.

Literatas polacas, bohemias y hungaras.

I

Quien dice polaca dice patriota. No hay en el mundo mujeres que más hayan trabajado en pro de su nacionalidad como las polacas. Además de patriotas, las polacas son particularmente inteligentes.

Ha sucedido en Polonia una cosa no vista antes en ningún país y es que, como en sus tentativas de emancipación han perdido la mayor parte de los jóvenes, — unos muertos, otros desterrados y confinados en Siberia, — hay una grandísima mayoría de mujeres, de tal manera que éstas no sólo tienen que trabajar para ganar su subsistencia, sino que se han visto en la necesidad de abrazar carreras que antes se habían reservado exclusivamente para los varones. Las mujeres en Polonia tienen una educación muy esmerada, y rarísima hay, aun entre las clases proletarias, que no sepan leer, escribir, etc. Casi todas las escuelas de primeras letras y los colegios, telegrafías, librerías, oficinas de ferrocarril, imprentas, encuadernaciones, etc., están servidos por mujeres; las mujeres agricultoras son muy numerosas y han aprendido científicamente su oficio.

Las mujeres de la alta sociedad, varias princesas y ricas propietarias, han trabajado muchísimo en pro de la educación de la mujer. ANA JABLONOWSKA, princesa riquísima, no solamente trabajó en la emanci

pación de los siervos, sino que dió libertad á los suyos y fundó escuelas para las niñas pobres de sus propiedades. Las princesas Radzewill y Czartoryska se han ocupado mucho en la instrucción de la mujer; han publicado libros acerca de agricultura, y la segunda es autora de la mejor historia de Polonia que existe hoy. Esta misma princesa fundó en uno de sus palacios un museo con esta inscripción : *El Pasado al Porvenir.* La princesa Wirtemberg es una novelista de mucho mérito, así como Elisa Oresko. Esta última es poetisa también : su estilo viril y levantado llamó mucho la atención del público desde que publicó su primera obra en 1863. Además de sus poesías y novelas de costumbres. Elsa Oresko escribió una obra filosófica en 1880 y ha dado conferencias públicas muy renombradas.

Una de las escritoras más benéficas de Polonia es Tanoka Hoffmann. Esta dama se propuso corregir con sus obras la futilidad de sus compatriotas, apelando á su patriotismo. Sus libros tuvieron mucha popularidad y logró con sus consejos reformar la educación de las niñas.

Esposa de un conocido etnógrafo polaco, Severina Duchinska, ejercitó sus talentos en el destierro, adonde siguió á su marido, perseguido por el gobierno ruso. Esta dama había estudiado á fondo la lengua, la literatura y la historia de Polonia con el objeto de popularizar en el estranjero á su patria y poderla presentar bajo todos los aspectos posibles. Escribió entonces numerosísimas obras en todos los géneros, que ilustran las virtudes y las desgracias de los patriotas polacos. Para instruír á sus compatriotas se ocupaba al mismo tiempo en traducir obras del inglés y fran-

cés al polaco, las cuales envió á Polonia y las difundió en aquel país, haciendo con ello mucho bien. Severina Duchinska ha publicado más de 70 volúmenes, fuera de gran número de artículos que no se han coleccionado.

Esposa de un general al servicio de Rusia, la polaca BÁRBARA J. P. RAUTENSTRAUCH no olvidó su patria; aunque ausente de ella, en sus novelas y relaciones de viajes, — que la han dado un lugar en la literatura polaca, — siempre se refiere á Polonia y nunca olvida las desgracias del caro lugar de su nacimiento.

II

Aunque los extraños á Alemania consideremos un mismo país aquel que pensamos habla la misma lengua, los bohemios no lo piensan así y se consideran de raza muy diferente de la prusiana, sajona, etc., y tanto más cuanto que la lengua del país no es alemana, sino eslava.

Las mujeres bohemias, tan entusiastas patriotas como las polacas, son las que más trabajan en su independencia, y ya que no han podido recuperar la política y civil, al menos procuran conservar separada su literatura : dícese que á éstas se debe la conservación de su lengua y nacionalidad. Con ese objeto hanse fundado algunas asociaciones para proteger las escuelas primarias, las industriales, etc., á cargo de mujeres. Como hay 200.000 mujeres más que hombres, éstas han tenido, como las polacas, que emprender carreras que parecían que sólo deberían ser propias de los hombres, y aunque las mujeres no

pueden seguir estudios en las universidades, hay muchas que se han dedicado á carreras profesionales fuera de su patria. La asociación para proteger la enseñanza de industrias, etc., ha fundado también escuelas de pintura, artes, etc. La de comercio no más cuenta más de 500 alumnas, las cuales se preparan para seguir la carrera comercial en todos sus ramos.

La lengua de Bohemia, que en los anteriores siglos había sido casi abandonada, revivió al principio de éste, gracias á los esfuerzos que hicieron varios patriotas. Este idioma es una rama de la lengua eslava (llámase lengua tcheca), y según dicen los que la conocen, es perfecta en sus formas gramaticales.

Pero si los hombres empezaron aquel movimiento en favor de la lengua nacional, las mujeres se han ocupado últimamente más que ellos en ese empeño. La directora de ese movimiento se llama Carolina Svetlá, seudónimo de Johanna Muzaková. Nacida en 1830, se dió á conocer en 1857, y desde entonces no ha cesado de escribir novelas históricas y artícnlos para enardecer el amor patrio. Una hermana suya ha seguido sus huellas y muchas otras las han imitado.

Una de las escritoras más conocidas dentro y fuera de Bohemia, pues se han traducido sus obras á varios idiomas europeos, es Elisa Krasnohoroka, — ó Elisa Pech, pues el primero es seudónimo. Hija de un pobre pintor de casas, de oficio costurera, fué protegida por Carolina Sveltá, la cual la hizo tomar lecciones y dedicarse á la literatura. Elisa ha escrito novelas, dramas, poesías, biografías, etc., y desde 1875 redacta en Praga una revista llamada *Periódico*

de la mujer, costeado por una asociación de beneficencia, que se ocupa particularmente del arte de cuidar á los enfermos.

III

Émulas de las polacas y las bohemias, las mujeres húngaras son tan amantes de su país como las anteriores. Son todas inteligentes, de manera que el gobierno las prefiere á los hombres en las oficinas telegráficas, en los correos, etc., y si no las emplea más, es porque los hombres se han opuesto á ello; dicen que les hacen una gran competencia y trabajan por sueldos inferiores á lo que ellos exigen.

Entre las húngaras, la que más se ha distinguido como escritora es TERESA WALTER PULSZKY. Como hubiese recibido una esmerada educación, al encontrarse desterrada en Inglaterra y sin ningunos recursos (era esposa del conocido patriota húngaro Francisco A. Pulszky), apeló á su pluma y por medio de ella logró sostener á su familia durante algún tiempo. Allí escribió en inglés algunas obras acerca de costumbres é historia de Hungría, las cuales fueron después traducidas á otras lenguas. Además, Teresa Pulszky colaboró en un libro que escribió su marido y fué publicado en inglés y traducido al alemán en 1852.

Literatas suecas, noruegas, danesas.

I

La mujer sueca está muy favorecida por el gobierno y las leyes de su patria, y puede decirse que tiene abiertas todas las carreras que en otros países han reservado exclusivamente para los hombres.

La educación de la mujer empezó á recibir un grande impulso desde 1831, cuando el arzobispo Wallen mandó fundar con particular esmero un colegio para niñas en Estockolmo, en donde se las daba una educación muy elevada; más tarde, en 1859, se abrió otro colegio en que se enseñaba al bello sexo nociones de todas las ciencias, y en 1861 la Escuela Normal, fundada por el gobierno, preparó maestras muy instruidas en ciencias físicas y naturales. En 1870 se admitieron ya algunas mujeres como estudiantes en las universidades suecas, y tres años más tarde se las concedieron algunos grados inferiores. En 1883 se matricularon para seguir todos los cursos más de 50 jóvenes; cuatro se graduaron como doctoras en leyes y en medicina al año siguiente. Ya en otra parte hemos dicho lo muy adelantadas que se hallan las suecas en bellas artes, ciencias, etc.

Entre las literatas suecas más conocidas se encuentran dos, cuyas obras han sido traducidas en varias lenguas europeas y gozan de popularidad en todas partes : hablamos de FEDERIKA BREMER y EMILIA CARLÉN.

La primera nació en Finlandia en 1808. Desde los ocho años de edad componía versos en su lengua materna, y aquella precocidad fué perfeccionada con la esmerada educación que la dieron en Estockolmo. En breve empezaron á publicarse sus novelas; y de 1828 á 48 sus numerosas obras la hicieron popular en su país y fuera de él con las traducciones que hicieron de sus obras en varios idiomas europeos. El arte con que Federika Bremer describe las costumbres y los helados paisajes de su patria ha sido tal, que puede decirse que nadie como ella ha hecho tan simpática á la Suecia ni la ha dado tanto á conocer.

Émula de la primera, EMILIA CARLÉN, nacida casi al mismo tiempo que Federica Bremer, no se dedicó á la literatura sino para aliviar las necesidades de su familia. Á pesar de la carga de una larga familia, Emilia Carlén no descuïdaba los quehaceres de su casa, y al mismo tiempo escribía sin cesar novelas que vendía á los editores de Estockolmo, que las pagaban muy bien. Hasta 1862 había escrito más de 30 novelas, la mayor parte de las cuales fueron traducidas al inglés, al alemán y al francés.

ROSALIA ULRICA OLIVEIRONA nació en Estockolmo en 1822; recibió una esmerada educación en su país natal, la cual fué á perfeccionar á Nueva York, en donde se dedicó particularmente al estudio de la botánica y formó un riquísimo herbario americano. Regresó á Suecia al cabo de algunos años y allí casó con un famoso jurisconsulto. Es miembro de la *Sociedad internacional prehistórica y arqueológica* de Copenhaguen y de varias otras sociedades científicas. Esta ilustrada dama ha escrito mucho en favor de la educación de la mujer, y hace algunos años que es la se-

gunda directora de la *Revista del hogar sueco*, en unión de su fundadora, la baronesa Adlesparre.

Las obras de la sueca María Sofía Schwartz han sido traducidas todas al alemán y forman 59 volúmenes, los cuales han tenido dos ediciones en pocos años. Muy niña aún, quedó huérfana y pobre, lo cual procuró remediar aprendiendo pintura para ganar su subsistencia; pero como se hubiese casado con un sabio profesor, abandonó el pincel para dedicarse al estudio. Sin embargo, aunque su marido odiase la literatura, ella publicó ocultamente una novela que firmó con un seudónimo, la cual tuvo muy buena acogida. A la muerte del profesor, se dedicó á escribir novelas que fueron acogidas en su patria con entusiasmo y, traducidas al francés, inglés, etc., son conocidas en toda Europa.

Emilia Risberg, otra sueca, fué protegida por Federica Bremer, que la alentó en la carrera literaria; ha escrito varias novelas muy populares en Suecia, pero que no han sido traducidas á otras lenguas.

II

Noruega ha tenido también varias literatas que se han ocupado en describir aquel país y hacerlo conocer en el resto de Europa. La más conocida quizás entre todas es Sofía Colban, la cual no solamente ha escrito en su lengua nativa, sino también en francés. Hoy vive en Roma, y aunque cuenta más de 80 años es asidua corresponsal de varios periódicos noruegos y franceses.

Casada con un francés, Jacobina Wergeland Col-

LET ha ocupado su pluma particularmente en la cuestión de la educación de la mujer y los dilemas sociales. Dícese que pocas mujeres la han aventajado en el tono viril, filosófico y profundo de sus pensamientos, siempre originales y llenos de naturalidad y frescura. Es miembro de algunas sociedades literarias de su país y de Dinamarca, en las cuales hasta ahora no habían admitido mujeres.

Hija de un pobre carpintero del Jutland, ANA M. THORESEN desde muy niña manifestó un gran genio poético; esto la proporcionó protectores, los cuales la mandaron educar en Copenhaguen; allí logró casarse con un pastor protestante que la llevó á vivir á un pueblo en el norte de Noruega. La vida en aquel lugar la dió ocasión de estudiar las costumbres campestres del país. Habiendo muerto su marido, se fué á radicar á Copenhaguen, en donde publicó algunos cuentos descriptivos que llamaron la atención y fueron traducidos en lengua alemana. Alentada con el buen éxito de sus primeros esfuerzos, escribió novelas y después dramas, y hoy tiene asegurada una fortuna con los productos de su pluma.

III

TEKLA, RING y FANNY SVENSSON — conocida la primera por el seudónimo de KARL KRONE, — son tres hermanas naturales de Dinamarca, que se dieron á conocer por algunos cuentos y tres dramas que escribieron juntas y tuvieron muy buena acogida en Copenhaguen. Tekla escribió después sola algunas poesías de mérito y varias novelas muy apreciadas

en Dinamarca, pero que no han sido traducidas á otros idiomas.

En 1874 llamó mucho la atención de los críticos de Copenhaguen una colección de cuentos nacionales escritos con maestría y feliz desarrollo de caracteres que probaba que la autora, ELFNA J. SCHJORRING, no era novicia en el arte de escribir. Efectivamente, la autora de los cuentos tenía ya cerca de 40 años, y si no se atrevió á publicar antes sus producciones, no por eso había dejado de ejercitarse desde años atrás en el arte literario. La buena acogida que tuvo su primera publicación la alentó para dar otras á luz, que han tenido igual aceptación.

Compatriota de la anterior es ISABEL SCHOJEN : hija de un alto funcionario real, diéronla una esmerada educación qué fué á perfeccionar en Roma y en París. En aquella ciudad escribió varias novelas y un drama que se representó con aplauso en Copenhaguen. En 1876 publicó en París varias novelas, las cuales vieron la luz simultáneamente en danés y en francés. En París llamaron tanto la atención, que fué elegida miembro de la *Sociedad de hombres de letras* de aquella capital. Sus novelas pintan la sociedad antigua y moderna de Dinamarca con tanto arte y una ciencia y color local tal que prueban un gran fondo de estudio é instrucción histórica y social.

Podríamos citar á varias otras danesas literatas [1], pues aquel país ha procurado siempre proteger y dar instrucción á la mujer, pero tememos cansar al lector. No solamente en las universidades de Dinamarca tienen entrada las mujeres y reciben los grados (me-

1. *Cristina Federscksen, Paulina Worn, Atalia Schwartz, Kamma Rahbeck*, etc.

nos el de teología), sino que hay una universidad exclusivamente femenina, en la cual en 1883 la directora obtuvo licencia de conferir grados á varias de sus alumnas.

Hay en aquel país muchísimos establecimientos de caridad, escuelas de artes y oficios, oficinas que están enteramente á cargo de mujeres.

Literatas belgas, holandesas, suizas rumanas y griegas.

I

Bélgica es una Francia en miniatura; sin embargo, si su lengua oficial y muchas de sus leyes y códigos han sido calcados sobre los franceses, la nación siempre ofrece notables diferencias y su literatura tiene un espíritu muy diferente del parisiense.

Sabido es que aunque la lengua francesa en Bélgica es la oficial, la de la corte y la de las altas capas sociales, el pueblo y aun los burgueses conservan las costumbres y la lengua flamenca. Además allí se carece de la ligereza, de la vivacidad francesa; pero si en las poblaciones de las ciudades parecen todos pesados y poco inteligentes, en cambio el pueblo es más serio y juicioso. La mujer allí recibe menos educación que en Francia y según las leyes del país depende del hombre en todo. Empero es tan digna en su porte, tan trabajadora é industriosa que merece el respeto de todos. La belga, sin jactarse, sin hacer alarde, es frecuentemente la que mantiene la familia

con sus esfuerzos, de manera que si según las leyes ella depende del hombre, según la práctica se ve que la persona más importante del hogar doméstico es la mujer.

De algunos años á esta parte la educación femenina ha adelantado mucho en Bélgica, y en varias ciudades se han gozado los profesores en admitir en las universidades á muchas mujeres que reciben instrucción profesional y científica.

Conocemos pocos nombres esclarecidos entre las escritoras belgas, y esto consiste en que se ha confundido la literatura belga con la francesa, por escribir en la misma lengua, como sucede con los literatos de la parte suiza en que se habla y se escribe en francés.

Una de las principales escritoras belgas es Josefina Amory de Longerack. Nació en Ámberes en 1831 y desde que por primera vez dió á la estampa su obra acerca de la *Historia de la mujer cristiana* no cesó de producir libros que se distinguen por su moralidad y altas miras religiosas.

Además, han sobresalido las escritoras Margarita de Weele, Condesa de Kerchove, las hermanas Liveling, las señoras Nizet, Courtmans y Van-Ackere y otras cuyas obras no conocemos.

II

En Holanda las novelistas se han distinguido particularmente. Citaremos unas pocas. La holandesa Ana L. Toussaint Bosboon empezó su carrera literaria con una novela titulada *Almagro*, y ésta gustó tanto

que las que escribió después fueron traducidas al francés y al inglés. Llámanla el Wálter Scott holandés, pues en sus numerosísimas novelas históricas describe toda la historia de su patria. Ésta se presta por lo interesante y dramática á descripciones de combates, de triunfos y de peripecias más ó menos novelescos; y en la larga lucha que Holanda sostuvo con España, se encuentran caracteres propios para describirse en obras de imaginación. La señora Bosboon ha sido tan apreciada en su patria que la han concedido todos los honores á que puede aspirar una mujer y es miembro de cuantas sociedades científicas y literarias existen en Holanda. Además su ciudad natal le concedió los *derechos cívicos.*

Otra literata del mismo país es ELISA VAN CALCAR. Se dedicó desde su juventud á trabajar sin descanso en mejorar los planteles de educación, con cuyo objeto visitó todas las cuidades de su patria y en todas partes hacía conferencias sobre aquel asunto y escribió muchisímos libros sobre educación. Fundó y regentó un liceo de niñas durante doce años, en el cual todos los textos que allí se enseñaban eran obra suya. Desgraciadamente, al fin de su vida se entregó á la secta espiritista y todo lo abandonó para dedicarse á redactar un periódico espiritista que ve la luz pública en la Haya.

Tipos curiosísimos son los de dos novelistas holandesas que vivieron y escribieron juntas durante larguísimos años; no eran parientas sino amigas; llamábase la una AGATA DE KEN y la otra ISABEL BEKKER. Nacidas en el siglo pasado, estuvieron en París durante la época de la Revolución francesa y tuvieron en el Terror aventuras curiosísimas. Regresaron des-

pués á Holanda y escribieron juntas las primeras novelas de costumbres holandesas que se conocen. Su estilo, moralidad, acción é interés es tal que aquellas obras son consideradas como clásicas, y apreciadas entre las mejores producciones de la literatura holandesa. Murieron en los primeros años del siglo XIX y así como habían vivido juntas murieron en el mismo mes y sólo con nueve días de diferencia.

III

La vida de la mujer en Suiza es más bien la de una sirvienta que la de una señora; aun entre las clases elevadas de la sociedad, la dueña de casa tiene que hacer todos los oficios serviles de su hogar, y muchas damas de las mejores y más acomodadas familias no tienen domésticas y ellas hacen todo lo que hay que hacer en una casa de familia.

Con aquel sistema, podría creerse que las mujeres no deben alcanzar á ocuparse sino de los quehaceres caseros; pero no es así: se encuentran en Suiza mujeres tan industriosas y ordenadas que tienen tiempo para todo y algunas se han distinguido en la literatura.

Ya nos ocupamos de Madama Necker, la madre de la baronesa de Stael, la cual, a pesar de que se la cuenta entre las escritoras francesas, era suiza de nacimiento y de educación. También se distinguió otra dama que llevaba el mismo nombre; ALBERTINA DE SAUSSURE NECKER; esposa de un sobrino del ministro Necker y autora de la interesantísima obra pedagógica llamada *La educación progresiva.*

Además de éstas, deben mencionarse la Baronesa DE MONTTOLIEU (Juana Isabel Paulina de Bottens), cuyas obras (100 tomos) ya han pasado de moda; MARÍA GŒGG — la presidenta de la *Sociedad Internacional de Mujeres* — y las señoras GEINSENDORF, PICHET DE SEIGNEUX, BERTA VERDIER, ALICIA DE CHAMBRIER, ANA ROTHPLETZ, SOFÍA HALLER, MARÍA DOSSEKIL, TOURTE CHERBULIEZ, MARÍA VON BERG y VALERIA BOISSIER, CONDESA DE GASPARIN.

Esta última, natural de Ginebra, es en extremo popular y sus obras han sido traducidas en varias lenguas.

Realmente Madama de Gasparin merece su fama, pues nada hay más tierno, dulce, filosófico y cristiano como sus obras ¿Quién no ha sentido hondo dolor y al mismo tiempo consuelo con la lectura de sus *Tristezas humanas*, sus *Horizontes celestes y próximos?* La señora de Gasparin escribió hasta una edad muy avanzada y sin embargo su estilo fué siempre el mismo : puro, bello, sencillo y hondamente religioso.

IV

Carmen Sylva.

La mujer que ha tomado el seudónimo que encabeza estas líneas lleva sobre su frente varias coronas : la del nacimiento, la de la virtud, la del talento y la de la belleza; llámase *Paulina Isabel Atilia Luisa*, princesa de Werd; es actualmente REINA DE RUMANIA y nació en 1843. La educó su padre entre escritores y literatos, y su natural talento recibió brillo excepcional de la educación que la dieron. Casó con

Carlos, príncipe de Hohenzollern-Singmaringen, rey de Rumania, en cuyo reino goza de singular popularidad por su carácter, sus buenas acciones y por el brillo que ha hado al trono con sus numerosas obras literarias. Éstas han sido escritas en francés, alemán y rumano y versan sobre todo ramo de literatura, á saber : poesías, novelas, estudios filosóficos, etc. Con su compatriota, madama CHREMNITZ, la reina de Roumania ha escrito varias novelas y traducciones de obras alemanas. La señora Chremnitz ha dado á la estampa sola una interesante biografía de Carmen Sylva.

V

Literatas griegas.

Las mujeres griegas empiezan á tomar parte en la obra literaria de su patria. Existen en Atenas grandísimo número de escuelas para niñas de todas las clases de la sociedad, las cuales prometen devolver á aquel país el brillo que arrojaron sobre sus contemporáneos las mujeres griegas de la antigüedad.

Las griegas se distinguen por su inteligencia, su patriotismo, — en esto son superiores á los hombres, — y por sus instintos caritativos; pero desgraciadamente son poco industriosas y amantes del trabajo. Gustan muchísimo de la política y se ingieren en las intrigas eleccionarias. Cuando sus maridos tienen algún cargo administrativo, toman gran parte en ello y se las ve recorrer personalmente los distritos y trabajar activamente entre los electores con el objeto de conseguir el nombramiento del candidato de su partido.

Desde 1850 la mujer griega ha tomado singular empeño en fundar sociedades de beneficencia corporal y mental, con lo cual han acrecentado el bienestar del pueblo. La reina Olga fundó una institución de caridad en Atenas, la cual tiene ramificaciones en las demás ciudades importantes del país y están todas á cargo de mujeres.

Aunque pocas, algunas griegas se han entregado á la carrera literaria; mencionaremos las siguentes:

Una de las más importantes es MARGARITA-MIGNATY ALBANA, natural de Corfú; nació allí en 1830. Con una tía suya, casada con un general inglés, pasó á la India, volvió á Europa, vivió en Roma y allí se casó con un afamado pintor de Cefalonia : Mignaty. Hoy vive, ó vivía hasta ahora pocos años, en Florencia. Durante muchos años fué corresponsal muy apreciada del *Daily News* de Londres y de otros periódicos. Escribe corrientemente en griego, inglés y francés. Sus obras son serias y versan principalmente sobre asuntos de arte é historia. Una de ellas — *El pasado de Italia* — en lo concerniente al arte y las litras, — fué dedicada á Mr Gladstone.

Aunque nacida en el Asia Menor, KALOILPE A. KENAGA es vástago de una noble familia griega, la cual la mandó educar en Atenas en un colegio inglés y en el Seminario Nacional. En este último llamó la atención por los brillantísimos exámenes que pasó para obtener un diploma de maestra graduada. Deseosa de continuar estudiando, pasó á Londres y á París. En esta última ciudad hizo conferencias públicas en las cuales procuró honrar á su patria y describió costumbres griegas. Ha publicado varias obras pedagógicas y filosóficas y al regresar á su patria fundó una

sociedad llamada de *Mujeres griegas*. Dícese que esta dama tiene todas las dotes de un distinguido orador é improvisa con asombrosa facilidad.

Entre las literatas griegas podríamos contar también á la princesa ELENA GHIKA KOLTSOVA MASALSKA. Nació en Bucarest en 1829; era sobrina del hospodar de Valaquia y casó con un príncipe ruso. Diéronla una educación literaria tan selecta que á los quince años tradujo con maestría la Iliada de Homero al alemán. Desde antes de esa edad ya había escrito ensayos originales en verso y en prosa. Concluída su educación, viajó mucho y escribió sus impresiones con el seudónimo de *Dora d'Istra* (Istra significa Danubio en su lengua).

En 1867, la legislatura griega, en prueba de respeto y consideración, la declaró ciudadana ateniense. Es miembro de muchas sociedades científicas, y sus obras, que son numerosísimas, han sido escritas en alemán, francés, italiano y rumano. Todas ellas versan sobre filosofía, política, historia, crítica de arte y cuadros de costumbres de Servia, Rumania y Grecia. Las principales revistas del mundo han tenido á honor dar hospitalidad á sus producciones tanto en París, como en Bélgica, Turín, Roma, Berna, Atenas, Viena, etc. Esta dama, gloria de su sexo, murió en 1888.

Literatas norte-americanas

I

Ya en otra parte hablamos de la mujer en los Estados Unidos como política, reformista, filántropa,

misionera sabia y artista; vamos ahora á mencionar someramente á las príncipales literatas que se han distinguido allí en la carrera literaria. Son tantas las que se han hecho un nombre en todos los ramos del saber humano que será preciso, aun entre las más notables, dejar de mencionar á muchas.

Desde la época de la Colonia, las mujeres norteamericanas descollaron por sus méritos é inteligencia; y no bien se hubo proclamado la independencia al fin del siglo pasado, cuando empezaron á tomar una parte activísima en la sociedad, merced al respeto, á la estimación y consideraciones que los norteamericanos se han preciado siempre á rendir al sexo femenino. Sin embargo, creemos que esos miramientos y esa veneración de que goza la mujer en los Estados Unidos proviene de su manera de conducirse, y si la atienden y son con ella particularmente corteses, es porque ellas lo merecen.

Una de las primeras damas que se distinguieron en la carrera de las letras fué Ana Carlota Lynch Botta. Hija de un insigne patriota, casada con un sabio profesor, se hizo notable por sus poesías todavía populares en Nueva-York. Sus producciones siempre puras, entusiastas y en molde artístico, respiran singular amor patrio.

En 1812 nació la señora Isabel Pearody, la cual se precia también de pertenecer á una de las familias que primero se declararon en favor de la independencia de Inglaterra. Desde su infancia se dedicó al estudio y se ha distinguido particularmente por sus obras históricas. Su fuerte es la cronología, y sus libros son singularmente apreciados por sus compatriotas. Éstos han recompensado los laudables es-

fuerzos que ha hecho la señora PEABODY para llegar á obtener un esclarecido nombre en la literatura de su país, haciéndola grandes manifestaciones de respeto, admiración y simpatía. Es hermana de otra literata, la señora Hawthorne.

Ya en otra parte nos ocupamos de los bienes que produjo la señora BEECHER STOWE con su libro *La Cabaña del tío Tom*. Además de esta novela, produjo como 60 volúmenes sobre todas materias, desde sencillos cuentos para los niños hasta eruditas disertaciones teológicas. Nació en Litchfield, Connecticut, en 1812, murió en 1891.

Dícese que de cada cien novelas que se leen en los Estados Unidos, 86 son de la señora Beecher Stowe.

ISABEL CADY STANTON, nacida hacia la misma época que la anterior, en Johnstown, pasó su existencia dedicada á trabajar primero en favor de la emancipación y libertad de los esclavos, y después en pro de una educación más científica é ilustrada para las mujeres. Para llevar á cabo aquellos nobles propósitos, hacía conferencias no solamente en los Estados Unidos y en Inglaterra, sino que ha tenido al fin la satisfacción de ver coronados sus esfuerzos.

Hija como la anterior de un famoso abogado de Nueva York, SUSANA WARNER no ha cesado de escribir, desde 1849, novelas interesantísimas y moralizadoras. Sola, ha publicado treinta y dos, y junto con una hermana diez y nueve libros más.

En 1819 nacía en Nueva York JULIA WARD-HOWE, la cual no solamente se la considera como una crítica muy notable sino como dramaturga. Se han representado dos tragedias suyas y son populares sus *poesías*, muy leídos sus *viajes* á diferentes partes del

mundo y particularmente estimadas las *biografías* que ha escrito. Tuvo la gloria de que aceptasen un himno compuesto por ella como *nacional*, y durante la guerra civil era el que cantaban los ejércitos del Norte al empezar los batallas. Además, la señora Howe es una vigorosa y elocuente oradora que ha llamado la atención en los numerosos congresos á que ha asistido.

Oriunda de Massechussets es SUSANA BROWNELL ANTHONY. Nació en 1820 de una familia metodista. Ha dedicado su vida á la Sociedad de Temperancia y es abogada entusiasta en favor de la emancipación política de la mujer. Además de la multitud de discursos y conferencias que ha pronunciado en pro de su idea favorita, se asoció con otras damas de su mismo modo de pensar para fundar un periódico llamado *la Revolución* y ha escrito una obra acerca de *la mujer en la política*.

Periodista activísima y popular en los Estados Unidos es JUANA CUNNINGHAM CROLY. Hija de padres ingleses pero establecidos en Nueva York, esta dama empezó á escribir para el público en 1855. Redactaba al mismo tiempo dos periódicos y enviaba artículos suyos cada semana á 27 periódicos diferentes en varias ciudades, Fundó una sociedad llamada *Sorosís* con el objeto de ofrecer toda suerte de ventajas á las mujeres que quieran entregarse á estudios serios. Es presidenta de la sociedad de *Mujeres médicas*, miembro de la Academia de Ciencias de Nueva York; trabajó para que se llevase á cabo un congreso de mujeres que se reunió por primera vez un Nueva York hace algunos años. Casó con el editor del *Graphic* y el *World* de Nueva York.

Nacida en Irlanda pero criada y educada en Nueva York, ELISA GREATOREX vive allí desde 1840. Casó con un conocido músico que pronto la dejó viuda y pobre. Para ganar su subsistencia y la de su familia se dedicó al arte de la pintura y á la literatura, con lo cual ha hecho fortuna y es miembro de varias academias y sociedades artísticas.

MARÍA ASHTON LIVERMORE — natural de Boston, en donde nació en 1821, — empezó su vida en calidad de institutriz; pero habiéndose casado con un escritor, se entregó con su marido á trabajos periodísticos. Hizo gran papel durante la guerra civil, no solamente como patriota, sino como escritora. Habiendo visitado los hospitales de sangre, quiso que éstos fuesen administrados científicamente; estudió entonces medicina é higiene, y durante trece años se ocupó en hacer conferencias sobre asuntos sanitarios, tanto en los Estados Unidos como en Inglaterra. Se publicaron 150 conferencias suyas, y hoy es directora en jefe del *Woman's Journal* de Boston.

La señora ANA CORA MOWATT es escritora y autora de piezas dramáticas. Nació en 1824 en Bordeaux, en donde estaba su familia de paso. Se casó con un abogado de los Estados Unidos que la dirigió en sus estudios. Pero como su marido hubiese estado á punto de perder la vista, ella trabajó para sostener la familia hasta que curó. Muerto M. Mowatt, se casó en segundas nupcias con un periodista, M. Ritchie, y desde entonces se ha ocupado en escribir novelas y revisar sus obras dramáticas.

Hija de la ciudad de Boston y contemporánea de la anterior — pues nació en el mismo año, — es ADÉLINA D. F. WHITNEY. Ésta es una poetisa renombrada

y popular en los Estados Unidos, en donde admiran mucho las cualidades naturales y artísticas de la escritora y de la poetisa.

Constante periodista y articulista de fama es Luisa Larcom. Oriunda de Beverly (Massechussets) ha contribuído con sus producciones en dar lustre á la mujer literata de su patria.

Raquel Littler Bodley, nacida en 1831 en Cincinati, ha sido una de las primeras mujeres que en Norte América ha consagrado su vida al estudio y al profesorado. Se la considera además como una química de primer orden, cuyas lecciones en ese ramo de la ciencia humana son tan excelentes como las de los mejores profesores de ambos mundos. Como es natural, es miembro de las principales sociedades científicas de los Estados Unidos.

Conocida escritora y periodista, contemporánea de la anterior, era María Booth. Hace poco que murió dejando un vacío difícil de llenar en la casa editorial de Harper (Nueva York). Tenía allí una parte activísima en la redacción de los periódicos que da á la estampa esa casa y admistraba completamente una de aquellas revistas.

Entre todas las escritoras vivas de los Estados Unidas, la más popular de todas es Luisa May Alcott. Ha escrito innumerables libros, pero el más leído se llama *Little Women* (mujercitas). Es tal la popularidad de esta novela que todos los años hacen nuevas ediciones que se agotan al cabo de pocos meses. Una hermana de la señora Alcott es artista y se la considera como una de las mejores pintoras de su país.

En gran número de periódicos y revistas en lengua inglesa se encuentra al pie de preciosos artículos

de crítica el nombre de CLARA ERSKINE CLEMENT. Natural de San Luis (Misouri) en donde nació en 1834, esta dama ha dedicado su vida á la literatura. Su fuerte son las biografías de artistas célebres, antiguos y modernos, y artículos de crítica. Ha publicado además una historia de Egipto y algunas obras de amena literatura.

Con el seudónimo de MARIAN HARLAND escribe en los periódicos de los Estados Unidos desde que cumplió catorce años de edad, MARÍA VIRGINIA TERHUNE, hija de un rico comerciante de Richmond. Hoy ya de cerca de sesenta años, vive entregada á trabajos literarios que le proporcionan una renta crecida.

Tan precoz como la anterior fué ENRIQUETA J. PRESCOTT SPOFFORD, hija del Estado de Maine. Desde los diez y siete años de edad llamó la atención del público en un certamen literario, en el cual ganó el primer premio. Desde esa epoca — 1852 — hasta la hora presente, no ha cesado de escribir novelas y cuentos que se publican en las más importantes revistas de los Estados Unidos. Es tan prolítica é imaginativa que á veces en tres años ha producido hasta cien cuentos cortos, fuera de otra clase de obras serias.

Igualmente notables son las señoras S. M. B. PIATT, de Kentuky; NORA PERRY, de Massechussets, y ANA ADAMS FIELDS, de Boston. La primera es una poetisa de bastante mérito; la segunda también poetisa — escribe además artículos en prosa muy gustados en los Estados Unidos; — y la tercera, esposa de uno de los miembros de una casa editorial de su ciudad natal, contribuye activamente en los periódicos que esa imprenta tiene á su cargo.

SARA ORNE JEWET y SUSANA COOLINDE se han dedica-

do á escribir libros para los niños; pero en medio de sus sencillas historias y cuentos para la infancia, las americanas poseen el don de despertar hondas reflexiones é ideas cristianas que después germinan en el corazón de los niños y sin sentirlo los obligan á inclinarse al bien.

Pero nos falta espacio para mencionar otras damas de igual mérito y tenemos que dejar muchos nombres en el tintero, pues aun reclaman nuestra atención otras muy importantes y de las cuales hemos de hablar aunque sea de paso.

Dos escritoras se han distinguido últimamente — es decir en los últimos quince años, — y que sin ser parientas llevan el mismo apellido, á saber ABBA GOOLD WOOLSON y CONSTANCIA FENIMORE WOOLSON. La primera ha escrito : *La Mujer en la sociedad americana, La literatura inglesa en su relación con la historia, Influencia de otras naciones en la literatura inglesa,* y varias obras sobre asuntos análogos. La segunda es parienta lejana del famoso y clásico novelista Fenimore Cooper, y ha heredado el arte de escribir novelas, discribir paisajes de la naturaleza norte-americana y trazar caracteres vivos y naturales.

MARÍA ABIGAIL DODGE, que ha escrito con el seudónimo de *Gail Hamilton*, MARY SPRINGER, HELEN CONANT, ALICIA FREEMAN son escritoras conocidas por los artículos y cuentos que de ellas publican las revistas americanas. La última es profesora de matemáticas, latín, griego é historia en varios colegios normales. La universidad de Michigan la concedió en 1883 el grado de *doctor* en filosofía.

En Norte-América, más que en ninguna otra parte

del mundo, la mujer se ha distinguido por la inteligencia, el talento, la independencia de carácter y la noble ambición de emular al hombre en todos los caminos y veredas del saber humano.

¡Ojalá que la mujer de raza hispana — de la cual nos ocuparemos en la parte VI de este estudio, — imitara á su hermana de Norte-América!

Literatas españolas y portuguesas.

I

Si hemos de creer á los escritores y escritoras españolas, en España no es bien vista en la buena sociedad á la mujer literata, de manera, dice don Juan Valera, que si una jovencita sale aficionada á literatear ó á versificar, ella misma lo oculta como un defecto ó impedimento dirimente, cuando no es la propia familia la que procura ocultarlo. Sólo la más ardiente y firme vocación y un extraordinario mérito pueden sobreponerse á tanto cúmulo de inconvenientes.

La señora doña Concepción Jimeno de Flaquer — autora de gran número de obras interesantes que ha publicado en México y en Madrid — en donde actualmente reside, dice (en un libro llamado *la Mujer española*) al hablar de la situación de la mujer hispana en la literatura :

« ¡Cuántos talentos de mujeres españolas pasan ignorados, por las preocupaciones ridículas y el oscurantismo de los hombres!

» Muchas mujeres brillarían si no se alzase el

hombre á cada paso, diciéndoles que al tomar la pluma usurpan un derecho que sólo á ellos está concedido.

» Hay mujeres que, careciendo de valor para sostener perpetua lucha con el hombre, abandonan la pluma y matan su inspiración, guardando un mutismo eterno.

» El hombre español permite á la mujer ser frívola, vana, aturdida, ligera, superficial, beata ó coqueta, pero no le permite ser escritora.

» ... Las literatas, tenemos en contra nuestra á los estúpidos, los ignorantes, los burlones de oficio, los pedantes de profesión, los poetastros, los retrógrados, los entendimientos apollilados, los hombres de ideas rancias y las mujeres necias.

» ... Los laureles que alcanza en España la literata están rociados de lágrimas.

» Los más insignificantes actos de la literata son fiscalizados, todas sus acciones comentadas y narradas de mil diversas maneras, sus frases interpretadas, sus miradas espiadas, sus movimientos analizados.

» Si la literata es reservada, la apellidan orgullosa; si es expansiva, charlatana; si seria, altanera; si es alegre, loca; si es triste, romántica... »

La misma escritora cita á don Severo Catilina, que dijo :

« Se necesita todo el talento de las que en realidad son mujeres de talento, para no abatirse y sucumbir ante esa especie de cruzada que en ciertas épocas han sostenido los críticos adustos contra las autoras de libros (en España). »

Sabido esto, no es raro que en la Península Ibérica

abunden poco las literatas y poetisas en razón de la población de aquel país.

En un artículo escrito por nosotros acerca de doña Emilia Pardo Bazán, decíamos que en el siglo XIX la española no se ha distinguido como la francesa, inglesa y norte-americana, por sus grandes dotes literarias; sea que la educación y modo de ser de la española la predispongan poco á hacer uso de su pluma, — pues no carecen absolutamente de viveza natural, sino que al contrario la superan quizás á las mujeres de otras naciones, — sea que su amor al hogar doméstico y consagración á todos sus deberes de familia, ó probablemente las costumbres del sexo femenino en todos los países en que se habla castellano, se lo impidan, no se puede negar que, en iguales proporciones y circunstancias, son proquísimas las mujeres que en España y en Hispano-América se dedican francamente á la carrera de la literatura. ¡Cosa rara empero! como ya lo habíamos observado antes (al ocuparnos de doña Concepción Arenal de García Carrasco), si es cierto que no son numerosas las escritoras en lengua castellana, en cambio en España, cuando llegan á tomar la pluma para dirigirse al público, sorprenden por sus levantadas ideas, sus nobles intenciones y su inteligencia varonil, de manera que de un salto se colocan entre los pensadores de primer orden.

Bastaría nombrar á santa Teresa, gloria imperecedera de España y honra del sexo femenino.

Si el plan de esta obra nos lo permitiese, podríamos citar además de la doctora Celestial de Ávila, nombres y obras de muchas mujeres españolas de los pasados siglos que se distinguieron en varios ra-

mos del saber humano — como por ejemplo doña BEATRIZ DE GALINDO — *la latina* y maestra de Isabel la Católica, — las toledanas doña LUISA y doña ANGELA SIGEA, que escribían en latín, griego y hebreo, y la primera fué calificada de *Minerva española*; doña OLIVA SABUCO DE NANTES BARRERA, que compuso una obra titulada *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre,* — maravillosa disertación fisiológica contra las doctrinas de Galeno, la cual sorprende por su profundidad á los fisiólogos modernos; las sabias CATALINA BADAJOZ, ISABEL DE CÓRDOBA, CECILIA MONILLAS y JUANA MORELLA, que eran sabias lingüistas y filósofas — poseyendo esta última catorce lenguas y era además doctísima en teología. El siglo XVII vió nacer en España á la novelista MARÍA DE ZAYAS; en el siguiente, á la académica duquesa de HUÉSCAR Y DE ARCOS — escritora, poetisa é insigne pintora, — y á otra dama aristócrata no menos renombrada por sus prendas morales, talentos y sapiencia, doña MARÍA ISIDRA GUZMÁN Y LA CERDA, la cual murió al empezar el siglo XIX.

Acerca de esta última nos vamos á extender algo más y será la primera española de que hablaremos por ser honra y prez de la mujer peninsular. Hija de don Diego Guzmán Ladrón de Guevara — conde de Paredes y de Oñate — y de su esposa doña Isidra de la Cerda, — habíanle dado una educación muy culta y merced á ésta y á sus talentos naturales en breve se hizo célebre en la corte por su saber. Quiso el rey Carlos III que le diesen el grado de doctor, si acaso la universidad de Alcalá de Henares la consideraba digna de esa distinción. No había cumplido diez y siete años — en 1785, — cuando se presentó á sufrir

los exámenes. Por ser aquel acto nunca visto hasta entonces en España, los estudiantes de la universidad de Alcalá y gran número de vecinos la salieron á encontrar; lleváronla en triunfo al palacio arzobispal que la dió hospedaje, y los doctores en corporación fueron á visitarla y darla los puntos sobre los cuales versarían los exámenes al siguiente día. Éste vió á la joven dirigirse con sus padres al paraninfo de la universidad, en donde la aguardaban gran número de señores y damas de la corte así como los más doctos académicos que deberían interrogarla.

Examináronla sobre filosofía, lengüística, retórica, metafísica, historia natural, teología, astronomía, física, etc., durante hora y media, y todos quedaron asombrados con los conocimientos de la niña, su fácil oratoria y palabras claras y elocuentes. Declaráronse los doctores más que satisfechos con la instrucción y talentos de la postulante y aclamáronla doctora por unanimidad, á lo cual contestaron los circunstantes con ensordecedores vítores.

El acto de la investidura fué aun más solemne. El Cancelario de Estudio le propone la siguiente tesis:

¿Podrá la mujer, aunque virtuosa y docta, enseñar en las universidades las ciencias profanas y sagradas?

María Isidra sube á la cátedra sin vacilar y en elocuente y claro discurso contesta afirmativamente y acaba dando las gracias á la universidad por las que acaba de concederla. El Rector la nombra en el acto catedrática de filosofía moderna, consiliaria perpetua de su claustro y examinadora de cursantes filósofos.

Acógela á su salida una ovación popular al son de

las campanas de las iglesias echadas al vuelo y el de las bandas de música que recorren las calles.

La universidad manda colocar el retrato de la doctora en el paraninfo y dispone que se acuñe una moneda de plata que conmemore el acto de una nueva era para España.

La Real Academia española de Madrid la declaró por unanimidad miembro de número, y su discurso de recepción, muy aplaudido en España, fué traducido al francés y elogiado en París.

Esto sucedía en España, en época que se ha calificado de atrasada, y sin embargo ya á fines del siglo siguiente los españoles miran con desdén á la mujer de talento y á la literata, y han cerrado las puertas de sus academias á mujeres que merecerían tomar asiento en ellas.

La académica doctora doña Isidra casó en Madrid con el marqués de Guadalcázar é Hinojares; vivió en Córdoba, entregada á sus estudios y al cuidado de sus tres hijos, y murió á los 35 años de edad, el 5 de marzo de 1803.

II

Después de la doctora y académica que murió al principiar el siglo XIX, tócanos hablar de otra mujer que gozó en su tiempo de bien merecida fama de poetisa y escritora. Nos referimos á doña Vicenta MATURANA Y VÁSQUEZ, que nació en Cádiz á mediados de 1793 de padres distinguidos. Su juventud primera se pasó en época aciaga para España y no vió en torno suyo sino guerra, sangre y desgracias de familia. Contrariada en su amor al estudio, lo cual

se consideraba entonces (y suele suceder todavía lo mismo en muchas familias) como un defecto capital, la joven Vicenta cultivó en secreto las musas. No fué sino después de muertos sus padres y su marido — el coronel Gutiérrez Pérez Gálvez, que se atrevió por primera vez á publicar una novela y un tomo de poesías. Era entonces camarista de la reina doña María Josefa Amalia (tercera mujer de Fernando VII) y muy amada por esta soberana. Sus virtudes y sobre todo el talento singularísimo que la distinguía la proporcionaron mil disgustos y amarguras en la corte, de manera que habiendo muerto la reina (1829) tuvo que emigrar á país extranjero para poder vivir en paz con su numerosa familia. Una de sus mejores composiciones es un poema en prosa á la luna y tiene arranques de verdadero genio, una elegía titulada *la Desesperación*, que se considera como su mejor obra poética.

Nacida también á fines del siglo XVIII en Cádiz, doña Cecilia Bohl de Faber — marquesa de Arco Hermoso y casada en segundas nupcias con don Antonio de Arrón, — debió á su padre, que era alemán, la afición y cultivo á las letras que la distinguió desde niña. Empero, en obedecimiento á las preocupaciones españolas no empezó á publicar sus obras sino con el seudónimo de FERNÁN CABALLERO. ¿Quién en España y sobre todo en América no ha leído con admiración y deleite la serie de novelas que publicó sin descanso durante más de veinticinco años, con el nombre de *Relaciones y cuadros de costumbres?* Gran parte de sus obras han sido traducidas al inglés, al francés, y creo que al alemán. Su estilo natural, animado, sus imágenes naturalísimas, el sen-

timiento cristiano que la anima, así como la instrucción y conocimientos de toda especie que revelan sus obras, hará que las novelas de Fernán Caballero no pasen nunca de moda, y se citarán algunas de sus novelas como clásicas de la lengua española; gráficas respecto á costumbres y en extremo morales para lectura en familia. Además, los talentos de doña Cecilia Bohl iban acompañados de las más altas virtudes y de una caridad inagotable hacia todo el que sufría y necesitaba de socorro.

III

Fama europea había adquirido hacía la mitad del siglo XIX doña Carolina Coronado. Oriunda de la provincia de Badajoz, nacida en Almendradijo en 1823, desde la tierna edad de quince años ya empezó á citársela entre las poetisas españolas. Sus composiciones llamaron la atención desde 1840 y las reproducían en todos los periódicos de España y América. En 1843 se dió á la estampa un tomo de sus primeras poesías, las cuales fueron acogidas con entusiasmo por los críticos más notables de España. Hiciéronse después repetidas ediciones de las novelas que compuso, así como de las comedias y dramas que produjo y la narración de sus viajes. Disputaba la palma de la poesía á su contemporánea doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, la cual no mencionaremos sino como gloria del Nuevo Mundo, por ser natural de Cuba.

Doña Carolina Coronado había casado muy joven con el secretario de la legación norte-americana en Madrid

— M. J. Horacio Percy, — pero su obras (algunas fueron traducidas al inglés) sólo llevan su nombre español.

Entre las poetisas catalanas se distingue doña Josefa Massanés de González. Era nacida en Barcelona, en donde murió también; pero la mayor parte de sus composiciones fueron escritas en lengua castellana.

La mallorquina doña Victoria Peña de Amer goza de popularidad por sus versos en lengua catalana; doña María de Belloch, doña Joaquina Santa-María, doña Inés Armongol de María, doña Antonia Gila, doña Dolores Monserda de Macia han cultivado las letras en prosa y verso en Barcelona: la última ha publicado novelas, y doña Pilar Pascual de San Juan y doña Antonia Opisso se han dedicado á escribir obras de pedagogia, así como la mallorquina Manuela Herreros de Bonet.

En 1889 la Academia Real española premió un estudio biográfico y crítico sobre *Tirso de Molina,* obra de doña Blanca de los Rios, y doña Joaquina Hernández de Moya obtuvo un premio de poesia en 1884.

Cuenca cuenta entre otras con la escritora doña Notburga Haro.

En Málaga vieron la luz dos poetisas y novelistas: las señoras Cheix y Martínez y María Mendoza de Vivés; y en Oviedo, la señora de Álvarez.

Maravillosa precocidad se había señalado en el ingenio de una niña de Irún — Alejandrina Arquelles Jora, — la cual murió á los quince años de edad después de haber dejado preciosas poesías muy elogiadas por los críticos. Hermana de los dramaturgos

Echegaray, doña PASTORA ECHEGARAY ha publicado en 1893 unos *Pensamientos* que han llamado la atención, y una hija del malogrado Luis Eguilaz, — doña ROSA EGUILAZ, — ha compuesto también (como su padre) piezas dramáticas.

El drama ha llamado la atención de las escritoras españolas; se han distinguido en este ramo de la literatura entre otras la señora ROSA DE GÁLVEZ, las señoras GRASSI y PECH, LARRA y otras muchas que han escrito, con más ó menos éxito, dramas y comedias.

Galicia se engalana con el nombre de su poetisa favorita, doña ROSALÍA CASTRO DE MURGUEITIO, cuyos cantares son popularísimos y cuyas obras en gallego las saben de memoria caballeros y pecheros, damas y pastoras de su país natal. Sus compatriotas la lloraron muerta y la han levantado un famosísimo monumento de mármol en una de las iglesias de Santiago de Compostela.

Á Galicia pertenecen pues las tres mujeres que indudablemente se han distinguido más en diferentes géneros de literatura en la España contemporánea: doña Emilia Pardo Bazán — natural de Coruña, — doña Rosalía Castro de Murgueitio — nacida en Santiago, — y doña Concepción Arenal de García Carrasco — oriunda del Ferrol.

De un libro publicado en Nueva York hace unos cuatro años con el título del *Problema de la mujer en Europa* — el cual ha sido escrito por las mujeres de cada país á quienes el editor del libro pidió su contingente — queremos extractar una parte de lo que tocó escribir á doña Concepción Arenal con respecto á España, pues indudablemente es la parte del libro que más nos puede interesar.

« La Española, — dice la insigne escritora, — es una inhábil trabajadora manual, así es que sus obras de mano tienen poco valor y son mal pagadas. Su escasa educación no la permite trabajar sino con su aguja, en bordados, costuras en blanco y modistería. Pero en estos oficios demuestra poco gusto artístico y la superan mujeres de otros países. Con este motivo no solamente los vestidos que usan la mayor parte de las españolas y españoles son llevados de otra parte, sino que las pocas casas de costuras que se ven en España están servidas por obreras extranjeras.

» Esto es muy perjudicial, porque la multitud de costureras ordinarias que se dedican á ese oficio son mal pagadas, por la competencia que las hacen las extranjeras.

» Como *trabajadoras* de campo y *mineras,* aun ganan menos, por ser menos robustas que los hombres que las hacen competencia. Además la mayor parte de las mujeres no tienen oficios en los cuales se perfeccionan, y las *maestras de escuela* no hacen carrera porque su imperfecta educación se lo impide.

» Como *artistas*, son también inferiores, y hoy día no hay ninguna artista española realmente notable. Algunas hacen copias de pinturas para adorno de abanicos y objetos de poco mérito. No hay tampoco *arquitectas* y *escultoras* de mérito. En cuanto á la *música*, solamente en algunas grandes cuidades suelen encontrarse maestras de méritos relativos. Tampoco hay *cantatrices* que sean realmente superiores. Las *médicas* graduadas son desconocidas en España en la práctica porque tienen contra sí la opinión popular. Todo esto consiste : 1.° en la falta de educación; 2.° en la fuerza de las costumbres; 3.° en la

competencia que se las hace; 4.° en el desprecio en que se tiene al sexo femenino.

» Si la educación de los varones en España está descuidada, se puede decir que la de las niñas no existe en realidad. Las pocas que asisten á las escuelas aprenden á leer mal y los nombres de ciertas ciencias que sus propias maestras ignoran. En las grandes ciudades hay buenas escuelas para el pueblo, pero como allí no se las enseña ningún oficio lucrativo, salen de ellas inútiles para la vida práctica.

» La costumbre que se tiene de mirar con desdén el trabajo de la mujer, y como no se las permite ensayar ningún oficio para el cual es preciso tener fuerza y arte y en que sea preciso apelar á la inteligencia, las obliga á hacerse competencia unas á otras ó á ser víctimas de los que especulan á su costa.»

Las niñas de las altas capas sociales — según asegura doña Concepción Arenal, — aprenden muy superficialmente los elementos de educación más usual, elementos que olvidan al salir al mundo, y no vuelven á leer sino novelas y libros de oraciones.

El gobierno las permite ejercer la telegrafía, pero si sus padres, maridos ó hermanos están empleados en la misma oficina.

La española no pierde su nombre patronómico al casarse y puede conferir sus títulos, si los tiene, á su marido. Pero éste puede abandonar á su mujer y á sus hijos y derrochar la dote de su mujer sin que se le pueda tomar cuenta, ni hay leyes para castigarlo.

Sin embargo, la situación moral de la mujer empieza á mejorar notablemente. La *Asociación para*

la enseñanza de la mujer ha hecho grandes bienes en Madrid. Desde 1882 las niñas concurren por centenares á la Escuela de Música y cursan en las universidades. En Madrid, Málaga, Valladolid y Barcelona muchas mujeres han obtenido el grado de bachilleras, y aunque algunas se han graduado como médicas, no se las permite que lleven el título de doctoras; eso ciertamente no impide que sean instruídas y de mérito. En Barcelona se graduó como médica en la universidad la señorita Alén y Riera, y no solamente hace gran bien con su ciencia á la humanidad doliente, sino que ha escrito un libro sobre enfermedades de las mujeres.

Al conocer la situación inferior en que se encuentra la mujer en España, debemos admirar más aún á las que apartando las dificultades é inconvenientes que las rodean han logrado, á pesar de la guerra que se las hace, conquistar un nombre y ganar palmas en la literatura.

IV

Doña Emilia Pardo Bazán es indudablemente la mujer española que hoy día llama más la atención en su patria y fuera de ella, no solamente por su extraordinaria erudición, sus muchos conocimientos científicos y filosóficos, su cultivadísimo ingenio, sino también por la escuela de avanzadísimas ideas á que se ha afiliado. Que un descendiente del Cid, que un compatriota de Calderón, de Espronceda y de Zorrilla tome la defensa del realismo, el positivismo, el naturalismo y demás evoluciones del espíritu humano, es cosa rara y poco creíble; pero que una mujer

de la patria de Isabel la Católica y de doña Blanca de Castilla levante la voz para abogar en favor de la literatura revolucionaria inventada en Francia; que á la luz del día, en sus libros y conferencias del Ateneo de Madrid, sin rodeos y sin ambajes, proclame sus opiniones, es aun más extraño, más extraordinario y fuera del orden natural que caracteriza les tendencias de los linajes humanos.

Un académico español, sabio erudito, literato de primer orden, hizo ya en la introducción á la *Vida de San Francisco de Asís,* escrita por doña Emilía Pardo Bazán, un panegírico tan justo cuanto respetable acerca del altísimo mérito de los escritos de esta señora, cuyos estudios científicos y filosóficos están tan fuera de las veredas que por lo general transitan las mujeres. En aquel terreno no podemos seguir las huellas de la ilustre dama, y hemos de dejarla penetrar en el templo en que se elaboran las ciencias, acompañada tan sólo por aquellos que pueden calificar concienzudamente la grande profundidad de sus conocimientos.

En poco más de quince años, la señora Bazán ha escrito muchísimas obras sobre múltiples materias; desde poesías hasta estudios sobre el darwinismo; desde la *Vida de San Francisco de Asís,* hasta novelas en que pinta costumbres *non sanctas;* mezclando un erudito ensayo sobre el P. Feijoo con artículos entusiastas en favor del naturalismo de la escuela francesa de Zola y de Goncourt, y otras obras místicas é idealistas en que da razón de una peregrinación á Roma. Pero en medio de todo y por cima de todo no se puede negar que doña Emilia Pardo Bazán es en España, como lo fué Jorge Sand en Francia

y Jorge Eliot en Inglaterra, la primera prosista de su nación, — pues en dicción, riqueza de expresiones, estilo sólido y variado, energía, virilidad, ardor y elocuencia, aventaja á todo otro literato de los tiempos modernos en su país.

Ya, al mencionar á las *ivajeras* que más se han distinguido en el mundo moderno, hablamos de la señora doña Emilia Serrano, Baronesa de Wilson; tócanos ahora hablar de ella como historiadora, moralizadora, novelista y escritora en todo género. Como *historiadora*, *viajera* y *biógrafa* ha dado á luz dos volúmenes de *Americanos célebres;* un volumen de *El Mundo moderno;* un volumen de *América y sus Mujeres;* un volumen de *La peregrinación del Rhin;* un volumen de *El Danubio.*— De las siguientes novelas suyas se han hecho varias ediciones : *Guanátemoc*, — *Novela histórica*, — *El mundo americano*, *Leyendas americanas*, — *Magdalena*, — *Pablo el Minero*, — *El mundo en Carnaval*, — *La Pordiosera de Trae.* Ha dado también á la estampa las siguientes obras : *Un tomo de Poesías;* libros de instrucción y recreación para la juventud : *La Ley del Progreso*, 6 ediciones; *Siembra y Cosecha; Perlas del Corazón*, 5 ediciones; *El mundo en miniatura;* el popularísimo *Almacén de las Señoritas*, que ha tenido ya 14 ediciones; *El Ángel de paz; Sembrar para recoger; El Árbol sano; La Senda del Deber; Espinas y abrojos.* — Además, prepara desde hace años una *Historia general de América* en 20 tomos, y varios de viajes.

Grandísimo número de escritoras educadoras, moralizadoras, que han dedicado sus esfuerzos á entretener é instruír á las mujeres de España y América

podríamos mencionar. Mucha popularidad tienen en Hispano-América las obras de doña PILAR SINUÉS DEL MARCO, quien ha escrito sobre todo tema que pueda interesar á sus lectores. Tan conocida como la anterior es doña FAUSTINA SÁEZ DE MELGAR, cuyos pasos ha seguido una hija suya.

La señora PATROCINIO BIEDMA también ha escrito muchísimo sobre toda materia y en España goza de singular popularidad.

Poetisas hay más de doscientas que podríamos citar, desde la ciega DIAZ CABALLERO, hasta las gradas del trono en donde ha cantado con talento y maestría la infanta doña PAZ DE BORBÓN, tía del actual rey de España, Alfonso XIII.

En Extremadura descuella la señora GARCÍA Y MIRANDA, llamada el *Homero estremeño,* la infeliz BLANCA GARZÓ Y ORTIZ y la señora de LUNA.

En las islas Canarías, la de MAZZI, etc.

Una hija de la famosa heroína AGUSTINA ZARAGOZA, que se distinguió en el sitio de la ciudad de su mismo nombre, en 1808, ha escrito también una novela histórica en que relata las hazañas llevadas á cabo por su madre.

Citaremos apenas los nombres de las señoras LEOPOLDA GARISSÓ, MATILDE TRONCOSO, ROSARIO ACUÑA DE LA IGLESIA, BRAVO Y MACIAS, CARLOTA COBO, MATILDE CHERNER, ROGELIA LEÓN, AURORA LISTA, LOZANO DE WILCHES, SOFÍA TARTILÁN, etc., etc.

Como en España se ha cuidado de que las niñas de la alta aristocracia obtengan esmerada educación, hay muchas damas de la nobleza que cultivan las bellas letras, pero lo hacen ocultamente la mayor parte, obedeciendo á las preocupaciones de que ya

hemos hablado. Sin embargo, la duquesa de Alba ha dado á la estampa últimamente una serie de documentos históricos importantísimos — arreglados y anotados por ella misma con singular maestría. La marquesa de Heredia — esposa de un poeta, hija del famoso don Ángel Saavedra, duque de Rivas, y hermana del actual duque, académico, poeta, etc., tiene reputación bien sentada de literata y poetisa, pero no ha querido nunca publicar cosa alguna de sus producciones.

V

Según escritores contemporáneos, la educación que se dió desde tiempo atrás á las *portuguesas* ha sido poco más ó menos calcada sobre la española. En los pasados siglos se distinguieron en los conventos de monjas muchas religiosas de talento que escribieron poesías místicas y epístolas edificantes; en el siglo XIX empezó á contarse en la literatura el elemento *mujer*, y muchas damas de todas las clases sociales han publicado las producciones de su cultivado entendimiento.

Desde el fin del siglo XVIII se hizo notable la condesa de Vimeiro. Nacida en 1796, la señora María Luisa de Vallere, compuso *estudios históricos* y poesías. En 1853 murió la señora María Joaquina de Leixas Brandas — natural de Villarica, — poetisa estimable; doña María Antonia Gertrudis Pussich, oriunda de San Nicolás de Cabo Verde, en donde nació en 1805, se distinguió en el periodismo, la poesía y compuso obras dramáticas. Un año antes que esta escritora, vino al mundo en Buenos Aires la señora

Margarita Iriarte y Somallo, Aymerik Bioslada. Sin embargo, como sus obras no se publicaron sino en Portugal y en lengua portuguesa, se la considera como escritora de esa nación, á pesar de haber nacido en América.

María Peregrina de Souza nació en 1809 y es conocida y apreciadísima en Portugal como novelista y poetisa. Ha sido extraordinariamente fecunda y la lista de sus obras es larga.

Doña Leonor Almeida, marquesa de Alorna, es una escritora de primer orden por su saber, su instrucción y sobre todo por el conocimiento tan profundo del latín que tradujo con maestría á Horacio y ha sido elogiada por Menéndez y Pelayo como mujer de gran saber. Nació en Lisboa en 1750 y murió de cerca de noventa años en 1839.

Además de la famosa traducción de Horacio, la marquesa de Alorna, gloria de la mujer portuguesa, publicó varios tomos de poesías sueltas: un poema, unas *Recreaciones botánicas* de mucho mérito; una traducción de una obra del poeta inglés Pope; una paráfrasis de los Salmos; un tomo de biografías y críticas y un libro de *Memorias íntimas*, que parece que no se ha publicado.

En Portugal hanse escrito varias biografías extensas de esta notabilísima literata.

También tienen fama en su patria doña María Adelaida Fernández Rata, escritora; doña María Cecilia Aillaud, de Coímbra, poetisa; la condesa de Montemerli; Mariana Antonia Pimentel; Josefa de Meneses; cuyas poesías se han insertado en las colecciones selectas de los literatos portugueses.

Una de las más celebradas poetisas de Portugal es

la señora María Felicidad do Couto — muerta en 1864, — la cual se considera como un verdadero genio poético, digno de una compatriota de Camoens.

Leonor Correa da Sa ha escrito obras morales y novelas apreciadas debidamente en Portugal.

Juana Margarida Mancia Ribeiro da Silva escribió la relación de la campaña de Napoleón I á Rusia en 1812, varias poesías y un *Elogio á lord Wellington,* que es su obra maestra.

PARTE SEXTA

LITERATAS EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA

I

Misión de la escritora en Hispano-América[1].

La cuestión que desearíamos — no diremos delucidar, — pues no nos alcanzan las fuerzas para tanto, — pero sí tocar de paso, es ésta en primer lugar : ¿cuál es la misión de la mujer en el mundo? Indudablemente que la de suavizar los costumbres, moralizar y *cristianizar* las sociedades, es decir, darles una civilización adecuada á las necesidades de la época, y al mismo tiempo preparar la humanidad para lo porvenir; ahora haremos otra interrogación : ¿Cuál es el apostolado de la escritora en el Nuevo Mundo?

Estudiemos primero lo que el señor de Varigny dice en su obra sobre la *Mujer en los Estados Uni-*

1. Ya esto se había publicado antes (en la *Columbia Ilustrada* de Bogotá), articulo que fué reproducido en periódicos sud-americanos.

dos. « Cada raza, escribe, se ha formado un ideal particular de lo que debe ser la mujer. Las ideas, como las lenguas, varían, y para explicar mi pensamiento veamos cuál es éste. Para los *franceses* la mujer personifica y incarna en sí todas las exquisitas y delicadas perfecciones de la civilización; para el *español* es una virgen en una iglesia; para el *italiano*, una flor en un jardín; para el *turco* un mueble de dicha. No olvidemos la queja candorosa de la joven árabe : « Antes de ser mi esposo besaba la » huella de mis plantas y ahora me engancha con su » asno á su arado y me hace trabajar ».

» El *inglés,* precursor del americano, ve sobre todo en la mujer la *madre* de sus hijos y la *señora* de su casa. Al abandonar á Inglaterra, la mujer que fué á establecerse á la Amèrica del Norte, no dejó en Europa sus costumbres y sus tradiciones. Todo emigrante, rico ó pobre, lleva un mundo consigo, mundo invisible de ideas, resultado de la primera educación, herencia de las anteriores generaciones, cosas que no abandona cuando todo lo abandona, sino al cabo de mucho tiempo, y que casi siempre conserva piadosamente. » Así pues, para el americano del Norte, su ideal es igual al del inglés, pero allí la mujer es todavía más señora de su casa que en Inglaterra.

El hispanoaméricano, más adelantado en estas cosas que el español — su antepasado, — ve en la mujer algo más què « una virgen en una iglesia ». Se ha notado que en todas las repúblicas que se formaron después de la independencia, se ha tratado desde su fundación de dar á la mujer una educación mejor y un papel más amplio en la vida social. Los

gobiernos han hecho grandes esfuerzos para redimirnos de la situación secundaria, y no diremos secundaria sino ínfima, á que nos condenaban las costumbres coloniales, hijas de las españolas.

En Colombia, por ejemplo, se da una educación bastante adelantada en las escuelas normales á las señoritas que después son maestras de escuela para niños de uno y otro sexo, y se ha observado que en las escuelas de primeras letras superan en mucho á los hombres en instrucción, orden, comportamiento, etc. En Bogotá hay una Academia de música para niñas, de la cual han salido maestras de primer orden; y hubo en años pasados otra de dibujo y pintura en que el sexo femenino no se quedó atrás de lo llevado á cabo por los jóvenes. De la escuela de telegrafía regida por una señora consagrada á esa enseñanza, han resultado empleadas muy notables que sirven al gobierno en gran número de oficinas de la República. En la Escuela de medicina de Bogotá se ha dado entrada á señoritas que asisten á las clases con los estudiantes y son altamente respetadas por ellos. Se abre, pues, un horizonte más extenso á las aspiraciones de la mujer en Colombia y en otras naciones hispanoamericanas (como lo hemos visto en otras secciones de este libro) y en breve sucederá en estas repúblicas como en Norte-América, que se contará con la influencia femenina para la buena marcha de la sociedad.

Una vez que la mujer ha conquistado la importante posición que ocupa en la sociedad hispanoamericana, es preciso que medite en ella y sepa qué se espera de esa influencia que va á ejercer en esos países nuevos (los cuales parece como si ya empeza-

sen á abandonar la época de turbulencias y conjuraciones políticas que durante más de ochenta años obscurecieron el horizonte social de las nuevas repúblicas) para entregarse al trabajo y á elaborar un progreso juicioso; debemos reflexionar maduramente acerca del papel que hará la mujer en el nuevo orden de cosas que se prepara.

Concluyó para estos gobiernos su estado de fermentación, indispensable, según las leyes de la naturaleza, para que se produzca *una nación* con elementos encontrados, heterogéneos y distintos. « Compararía voluntariamente, decía Carnot (el padre del que fué presidente de Francia), un país revolucionado á nuestros grandes cubos de vendimia : en el cubo de las pasiones todo se agita, de la superficie hasta el fondo, desde el vino más generoso hasta las heces más inmundas; pero la fermentación purifica y ennoblece el licor. »

De aquí para adelante no hay duda que se verán trastornos públicos, cambios de gobiernos y quizás de sistemas, pero las naciones se salvarán en brazos de la civilización, cuyas leyes impedirán que se atrase en las veredas del progreso por las cuales transitan con conocimiento de causa, y los gobiernos se reconstruirán en breve sobre bases sólidas y respetables.

Los Estados Unidos, en donde la prosperidad es tan asombrosa, nos deben dar en esto ejemplos saludables para Hispano-América; y en aquel país que en adelantos materiales se halla á la cabeza de todos los demás, la mujer goza de una inmensa y reconocida influencia. ¿Por qué así? Porqué es respetada por todos. ¿Y por qué es respetada? Porque sus acciones,

su carácter, su valor moral la hacen respetable; porque, á más de cumplir sus deberes como esposa y como madre, es real y positivamente la compañera del hombre; no es una flor, un ensueño, un juguete, un adorno, una sierva; es igual á su marido y á su hermano por la solidez de su instrucción, la noble firmeza de su carácter, por sus dotes espirituales, y por consiguiente para ella todas las carreras le están abiertas, menos una, la menos envidiable — la de la política. En Norte-América no solamente son empleadas públicas, abogadas, médicas, agricultoras, banqueras, etc., etc., sino que hacen competencia á los hombres en esos puestos de igual á igual. No se las da ningún empleo ó recompensa por favor; no se las elogia sino cuando lo merecen; no se las concede premio, ni son elevadas á un puesto honorable sino porque pueden ocuparlo mejor que cualquier hombre. Ésta es la verdadera justicia, y á ella debemos aspirar si queremos ejercer una verdadera y benéfica influencia sobre nuestros conciudadanos; pero para merecerla es preciso que trabajemos con seriedad, que renunciemos á favores especiales y que no pidamos sino estricta justicia y nada más.

Entre las naciones de raza española, aun se mira á la mujer como á un ser inferior, como á un niño, y se la elogia cuando se eleva un poquito sobre la medianía con una exageración que abochorna. Debemos, empero, rechazar cierta clase de ponderaciones como una ofensa casi, porque éstas prueban que se aguardaba tan poco de nosotras, que cualquiera cosa que hagamos, y que prueba alguna instrucción ó talento, es extraña en nuestro sexo y se debe aplaudir como una rareza fuera de lo natural. No nos enva-

nezcamos, pues, con elogios pasajeros que se lleva el viento, porque no tienen peso, y ocupémonos en la misión de la cual debemos encargarnos.

La moralización de las sociedades hispanoamericanas, agriadas por largas series de revoluciones, de desórdenes y de malos gobiernos, está indudablemente en manos de las mujeres, cuya influencia, como las madres de las futuras generaciones, como las maestras de los niños que empiezan á crecer y como escritoras que deben difundir buenas ideas en la sociedad, deberán salvarla y encaminarla por la buena vía.

Pero, se dirá, aunque hay escritoras hispanoamericanas, son éstas tan pocas, en realidad, tan contadas; confían, además, tan poco en sus facultades intelectuales, que será imposible que tengan influencia, ni la más pequeña, en la marcha de la sociedad. Así parece realmente, y, sin embargo, hubiera muchas más mujeres escritoras si fueran menos tímidas, si se persuadiesen de que tienen una misión benéfica que desempeñar, pues la mujer siempre quiere ser útil cuando es buena, y olvida todo si se persuade de que en su mano está el hacer el bien.

En Colombia, por lo menos, la mujer es altamente respetada y confío en que en otras repúblicas sudamericanas no sucederá, ¡á Dios gracias! como en España, valga el dicho del insigne literato y diplomático, don Juan Valera, en donde « toda mujer que se lanza á ser autora hay que suponer en ella valentía superior á la valentia de la Monja-Álferez, ó á la propia Pentesilea ». « Cada *dandy,* añade, si por acaso la encuentra, será contra ella un Aquiles, más para matarla, que para llorar su hermosura después

de haberla muerto. Quiero decir, dejando mitologías á un lado, que en literatura suelen ver en las escritoras los solterones algo de anormal y de vitando de desordenado é incorrecto, por donde crecen las dificultades para una buena boda, etc., etc... »

No, entre nosotros en Hispano-América, no sucede así, y una mujer que escribe para la prensa no es mal mirada en la sociedad; al contrario se la atiende y respeta (cuando no se la envidia y se la hace la guerra bajo cuerda). Esto debe provenir de que las poetisas han sido todas mujeres de su casa, que no la han descuidado porque acaso en sus horas perdidas emborronan papel. Con este motivo, no solamente se las permite sin dificultad escribir versos y prosa, sino que se las anima y aun se las elogia mucho por la prensa, demasiado, como ya dijimos antes, porque esto envanece á las principiantas.

Una vez que la carrera de escritora está abierta y pueden las mujeres abrazarla sin inconveniente, todas las que se sientan llamadas á ello deberían fijarse en una cosa : en el bien que pueden hacer con su pluma. Si Dios les ha dado cualidades intelectuales, aprovéchense de ello para empujar á su modo el carro de la civilización; no imitemos el estilo de moda hoy día en literaturas extranjeras y mucho menos el francés; no pintemos vicios ajenos, sino virtudes propias de nuestro suelo. No en vano el Altísimo ha prodigado en América todos los dones de la naturaleza más bella del mundo para que desdeñemos describirla; no nos ha puesto Dios en esos países nuevos, que trabajan en formarse, para que no estudiemos su historia y sus costumbres y de ellas saquemos enseñanzas provechosas.

Mientras que la parte masculina de la sociedad se ocupa de la política, que rehace las leyes, atiende al progreso material de esas repúblicas y ordena la vida social, ¿no sería muy bello que la parte femenina se ocupase en crear una nueva literatura? Una literatura *sui generis,* americana en sus descripciones, américana en sus tendencias, doctrinal, civilizadora, artística, provechosa para el alma; una literatura tan hermosa y tan pura que pudieran figurar sus obras en todos los salones de los países en donde se habla la lengua de Cervantes; que estuvieran en manos de nuestras hijas; que elevaran las ideas de cuantos las leyesen; que instruyesen y que al mismo tiempo fueran nuevas y originales como los países en donde hubiesen nacido... En esta literatura de nuestros ensueños no se encontrarían descripciones de crímenes y escenas y cuadros que reflejaran las malas costumbres importadas á nuestras sociedades por la corrompida civilización europea; pues digan lo que quieran los literatos de nuevo cuño, la novela no debe ser solamente la descripción exacta de lo que sucede en la vida real entre gentes de mala ley; la novela puede interesar *á pesar* de ser moral, y debe pintar gráficamente la existencia humana y al mismo tiempo lo ideal, lo que debería ser, lo que podrían ser los hombres y las mujeres si obraran bien.

¿Qué misión más bella para una mujer que proporcionar solaz y dulces lecciones á la sociedad? Nótese que todas las obras que sobreviven en el ramo de la bella literatura tienen no solamente un fondo de moralidad, sino que también su lenguaje es pulcro, elegante y que sólo despierta imágenes puras y her-

mosas. Las excepciones á esta regla son contadas y la confirman.

Nuestros países empiezan á formarse; es preciso que como el árbol pequeño que puede enderezarse ó torcerse, nuestras costumbres crezcan derechas y bien formadas, y que podamos presentarnos las mujeres escritoras del nuevo mundo sud-americano con todo el realce y la vitalidad sana y benéfica de las de la América del Norte.

En sociedades que no solamente han llegado á su madurez, sino que empiezan á bajar por la pendiente que lleva al ocaso, el escritor puede detenerse en el camino para coger las flores envenenadas, señalar los lodazales, describir las sentinas del vicio que encuentra á su paso. Allí hay lectores de todas clases, y muchos cuyas inteligencias estragadas por el exceso de la civilización necesitan un alimento condimentado con descripciones cada día más violentamente exageradas, y cuadros que conmuevan sus sentidos embotados por un refinamiento cercano á la corrupción, pues toda fruta demasiado madura toca ya á la podredumbre. Pero nuestras sociedades no han llegado á ese punto : están creciendo, no han acabado de formarse, necesitan alimentos intelectuales sanos é higiénicos, y ¡qué gloria sería para la mujer americana si pudiese proporcionar á nuestras incipientes sociedades la literatura que necesita para vivir con el alma, después de emplear sus facultades en trabajar en la parte, por decirlo así, material de nuestras instituciones sociales y políticas.

No creemos que se moraliza á los lectores poniendo ante sus ojos cuadros de vicios y corrompidas costumbres, aunque después se quiera señalar los incon-

venientes de esos vicios. El lector lee con avidez las descripciones que le llaman la atención, y olvida con frecuencia la moraleja del cuento, y no las escenas de desórdenes y malos ejemplos, cuidándose poco ó nada del castigo del vicio.

Hay la preocupación de que las virtudes y la abnegación de almas nobles, los percances y aventuras de personas buenas no pueden presentar drama interesante, y que solamente lances de amor llaman la atención, y eso si éstos son pecaminosos; que no se leen con gusto sino intrigas rebuscadas que ofenden el pudor y no deben ser leídas por las doncellas; pero ésta es preocupación y nada más; la VERDAD unida á un estilo ameno será siempre popular y tendrá más larga vida que toda narración que se dirige á esas pasiones falsas, inconstantes, ligeras, que pasan como las modas, sin dejar rastro ni huella, y que se olvidan como se olvida el corte del vestido del año pasado. No : las escritoras americanas deberían dedicarse con toda seriedad á hacerse un nombre imperecedero, haciendo el bien con las obras literarias que escribirán para cumplir la misión que creo que tienen en la nueva literatura hispanoamericana que alborea.

II

Escritoras hispanoamericanas.

Antes de la época llamada en Hispanoamérica de la Independencia, las mujeres educadas según la tradición española, si descollaban por sus atractivos físicos, sus virtudes y sus méritos morales, no podían

por cierto lucir entre sus conciudadanos como escritoras, puesto que ni á escribir se las enseñaba. Así, pues, las únicas que alcanzaron á hacerse un nombre en los anales de la literatura eran monjas que escribían para obedecer á sus confesores. Tenía que ser así, porque sólo á las religiosas se permitía escribir, y sólo ellas aprendían algo de lo que las laicas ignoraban, en las obras piadosas que solían estudiar para instruírse en las verdades de la religión.

En Chile — al principiar el siglo XVIII, — escribió un libro místico una monja del convento de la Victoria, llamada sor URSULA SUÁREZ. Hacia la misma época, en la ciudad de Tunja (en Colombia) la monja clarisa doña FRANCISCA JOSEFA DE CASTILLO Y GUEVARA se hizo notable por escritos que han sido elogiados por insignes críticos españoles. Contemporánea de las anteriores era la famosa doña JUANA INÉS DE LA CRUZ, — llamada la *décima musa* por su instrucción, sus talentos y sabiduría; ésta era también religiosa en un convento de Méjico; cultivó la poesía con grandísimo éxito, y sus obras han sido reimpresas repetidas veces en América y en España.

Con los albores y reflejos que arrojaba adelante la idea de la independencia de España, prodújose en toda la alta sociedad de las colonias americanas una efervescencia intelectual que estimuló también á las damas que veían preparar en torno suyo la revolución que debería estallar en primera ocasión.

En Santa Fe de Bogotá reinaban en una tertulia (llamada del *Buen Gusto*) dos damas : doña MANUELA SANTAMARÍA DE MANRIQUE y su hija doña TOMASA MANRIQUE. Las reuniones tenían lugar en casa de estas damas en los primeros años del siglo XIX. Doña Ma-

nuela era no solamente literata (dice Vergara en su *Historia de la literatura en Nueva Granada*), sino también naturalista. Poseía un valioso y curiosísimo gabinete de historia natural formado y clasificado por ella, el cual visitó y admiró el barón de Humboldt cuando recorrió el país. Doña Tomasa era poetisa.

La educación de la mujer dió un paso adelante; salieron éstas del marasmo en que se consumía su inteligencia, y las primeras que se dieron á conocer fueron patriotas elocuentes que usaron de la palabra para atraer á su causa á sus conciudadanos, como MERCEDES TAPIA, MARTINA CÉSPEDES, JUANA AZURDY, JERÓNIMA SAN MARTÍN en la Argentina y Bolivia; JAVIERA CARRERA, PAULA SARA QUEMADA, MARÍA CORNELIA OLIVARES, LUISA ROCABARREN, GERTRUDIS SERRANO, las ilustres TOROS en Chile; en el Ecuador se contarán varias patriotas. En el Perú rindió su vida por la Independencia MARÍA DE VELLIDO. En Méjico la historia señala á doña LEONA V. DE QUINTANA ROO, MARÍA JOSEFA ORTIZ DE DOMINGUEZ y AGUSTINA RAMIREZ. En Colombia, señoras de la alta sociedad se unieron á las del pueblo para trabajar en pro de la independencia y libertad de su patria; las más importantes de éstas fueron las señoras ANDREA RICAURTE DE LOZANO; JUANA P. NAVAS DE GARCIA HEVIA; CARMEN RODRIGUEZ DE GAITÁN; POLICARPA SALAVARRUTA y ANTONIA SANTOS. Estas dos últimas murieron en el cadalso más bien que denunciar á sus compañeros de conspiración. La primera era oriunda de la villa de Guadnas y la segunda del departamento de Santander (Charalá). Doña Carmen Rodríguez de Gaitán, madre de un general, *hermana* de un guerrillero ínclito, fué patriota entu-

siasta desde que se preparaba la revolución contra el gobierno español, que estalló el 20 de julio de 1810. Tan apreciada fué por sus compatriotas que su retrato se encuentra en la Biblioteca Nacional de Bogotá; además, la Cámara de Provincia de Cundinamarca expidió un decreto de honores cuando murió en Bogotá en 1852, ya de avanzada edad. En casa de doña Andrea Ricaurte de Lozano, que pertenecía á una de las familias más distinguidas de Bogotá, fué capturada Policarpa Salavarrieta y, sin duda, debido á la importancia de sus parientes, se logró el que no la hubiese fusilado también el virrey Samano, que entonces gobernaba el país. Compañera de éstas era doña JUANA P. NAVAS SERRANO, esposa del que fué gobernador de Cundinamarca (don Francisco J. García Hevia) y que murió en el cadalso por orden de Morillo. Doña Juana P. Navas sufrió persecuciones, confiscaciones de sus bienes, destierro, y obligaron á sus tiernos hijos á servir en los ejércitos realistas; sin embargo, vivió largos años siempre patriota y amante de la Independencia hasta la hora de la muerte.

Señalamos tan sólo á éstas como tipos de mujeres de esa época y por consiguiente no mencionaremos á otras que siguieron sus huellas y ejemplos. Las mujeres en Colombia se han distinguido siempre por su ardor patriótico y por la parte que han tomado siempre en luchas políticas.

Olvidada en gran parte por sus conciudadanos, la señora JOSEFA GORDON DE JOVE nació en Cartagena (de Indias) en 1796, pero emigró á Caracas desde muy joven y allí murió en 1850. Se distinguió por su cultura, su instrucción y por las poesías que com-

puso, algunas de las cuales se publicaron y la mayor parte quedaron inéditas.

III

Llevada á cabo la independencia de España, en todas partes empezaron á abrirse escuelas de niñas y fundarse colegios públicos y privados en los cuales se ofrecía á la mujer hispanoamericana una educación adecuada á las necesidades de la época en las incipientes repúblicas. Aparecieron en breve muchas poetisas y algunas escritoras, fruto de aquella instrucción que se las brindaba.

Las primeras que ensayaron su pluma en las lides literarias lo hacían con desconfianza; temiendo las críticas, no se desprendían sino paulatinamente de las preocupaciones añejas que los peninsulares habían legado en América á sus hijos.

Años después, escribía el notable literato ecuatoriano don J. León Mira estas líneas que copiamos por parecernos que vienen de molde aquí; pues lo que dice de las ecuatorianas puede referirse á las demás hispanoamericanas ahora treinta ó cuarenta años.

« El ingenio no escasea en las mujeres ecuatorianas, y siempre se le halla junto con la sensibilidad, la dulzura de carácter y otras prendas del corazón que las constituyen un verdadero tesoro de nuestra sociedad. Pero ¿por qué no brillan como deben en las regiones de la inteligencia? ¿Por qué no dan muestras de que piensan y sienten, y tienen facultades para pintar la naturaleza y fuerzas para disputar al hombre las coronas y los lauros apolíneos? ¿Por qué enmude-

cen? ¿ por qué se esconden? ¡Ah! es porque no se las comprende, ni se las educa, ni se las estimula. Somos todavía semibárbaros en nuestro porte con respecto á las mujeres : las miramos como inferiores nuestras, á lo más como compañeras de nuestra vida material y objetos destinados al placer y al servicio interior de nuestras casas. No apreciamos en ellas el alma, sino el cuerpo, no buscamos las dotes de la inteligencia sino la efímera belleza de las formas exteriores. »

Á pesar de esto, desde el principio de la formación de las repúblicas hispanoamericanas varias mujeres empezaron á darse á conocer como poetisas y escritoras.

Sin distinguir naciones diferentes en la gran patria americana, — que debería constituírse en confederación para ayudarse, defenderse y darse mutuamente gloria, — vamos á hacer aquí un pequeño estudio de las mujeres escritoras de mayor mérito que se han dado á conocer en las antiguas colonias españolas. Procuraremos seguir el orden cronológico, aunque á veces nos apartaremos de ello cuando lo consideremos conviente.

Hija de uno de los mayores patriotas de la primera Colombia — de don José Acevedo Gómez, — DOÑA JOSEFA ACEVEDO nació en Bogotá en 1803. En casa de su padre primero, y más tarde en la de su esposo, don Diego Fernández de Gómez, doña Josefa tuvo ocasión de tratar de cerca á los hombres más eminentes de la naciente república. La primera educación que recibió no pudo ser muy profunda; pero su inspiración era naturalísima, su acento vigoroso, y si hubiese encontrado un medio intelectual más propicio, indudablemente desarrollara las grandes cualidades

que poseía y que sólo necesitaban cultivo adecuado para que rivalisase con los mejores escritores de Colombia. Sus obras en prosa son superiores á sus versos. Escribió un tratado de *Economía doméstica*, un *Ensayo sobre los deberes de los casados*, una biografía de *Don Vicente Azuero*, una de su hermano *Alfonso* y una de su padre, además un tomo de *Cuadros de costumbres*, que es su obra capital. Aquellos cuadros de la vida y escenas de familia, aquellas bellas descripciones de paisajes americanos descubren una alma noble y un grande espíritu de observación. Posee el don de pintar en pocas pinceladas un carácter y un paisaje andino, cualidad que rara vez se encuentra entre los americanos que son por lo general demasiado exuberantes en sus descripciones, y queriendo pintarlo todo ahogan al lector en un mar de detalles que anublan y obscurecen aquello mismo que pretenden retratar.

Después de una vida triste y desgraciada siempre, la señora Acevedo de Gómez murió en 1861, marchitada por las penas, pero siempre joven de corazón y de espíriru.

Á pesar de que Chile era una de las colonias que España tuvo siempre descuidada, hacíase notar allí desde antes de la Independencia un espíritu literario que se acentuó más con las auras de la libertad. Entre los literatos y escritores de mérito que vieron la luz al príncipiar el siglo XIX, cuéntase una mujer de mérito singular, doña Mercedes Marín de Solar. Había nacido en Santiago en 1804 y en 1818 ya había compuesto algunos juguetes líricos que revelaban naciente genio. Amantísima de la lectura desde su primera infancia, se entregaba á su pasión ardentísima

sin cesar y recorría cuantos libros le caían en las manos, una, dos, diez veces. Sucedió entonces lo que acontece siempre, y es que á pesar de la escasez de obras literarias que entonces había en Hispanoamérica, los pocos libros instructivos que leyó la dieron frutos sazonadísimos, pues se los aprendía de memoria y le aprovechaban más que la multitud de obras que hoy se consiguen, las cuales se leen de paso y se olvidan pronto, sin dejar huella en el espíritu. Lo primero que de doña Mercedes Marín se publicó fué un libro sobre educación y algunas biografías ó notas biográficas que publicó anónimas. No fué sino desde 1835 que empezó á conocerse su nombre y en 1837 llamó muchísimo la atención un *Canto fúnebre á la muerte de don Diego Portales* que se publicó anónimo en muchos periódicos con grandes y merecidos elogios.

Inquietada con el buen éxito de su obra, doña Mercedes Marín, en lugar de cobrar ánimo, enmudeció por algún tiempo. Sin embargo, se vió obligada al cabo de algunos años á robar algunas horas á los quehaceres de su casa, — pues era una matrona ejemplar, — para dedicarlas á las musas. Murió en 1866, y la colección de sus versos es una de las mayores glorias de la literatura chilena, pues sus composiciones son dignas de los mejores poetas de Hispanoamérica.

Durante los últimos años de su vida, la señora Marín de Solar se entregó á obras de benifencia y á trabajar en la educación de sus hijos; uno de éstos, Enrique del Solar, ha seguido las huellas de su madre y es distinguidísimo poeta; ha escrito bellas páginas de crítica y novelas históricas; su hija doña Amelia Solar del Claro es también poetisa; ha dado á la

estampa varios poemas, un juguete cómico, que se representó en el Teatro Municipal de Santiago y muchas poesías sueltas.

Contemporáneas de doña Mercedes Marín eran las señoras DÁMASA CABEZÓN DE CÓRDOVA y MANUELA CABEZÓN DE JORDÁN, afamadas institutrices (nacidas en la Argentina), y fueron las primeras que trabajaron en dar adecuada educación á la mujer. Regentaron colegios en la Argentina, Bolivia, Chile y el Perú; enseñaron á cinco generaciones de niñas y murieron muy ancianas después de haber hecho un bien inmenso á las nacientes repúblicas.

Varias señoras de Chile se dedicaron hacia aquella época á escribir obritas propias para la enseñanza de las niñas, como la señora MERCEDES MARTÍNEZ DE WALKER, ANTONÍA CHACÓN y CATALINA MIRANDA. — Esta última se consagró á propagar la instrucción primaria entre las indígenas de la Araucania.

Numerosas fueron las mujeres que desde la época de la Independencia se dedicaron en Colombia y principalmente en Bogotá á fundar escuelas y colegios para instruír á las mujeres que en aquella época eran tan ignorantes. Larguísimos años estuvo dedicada á la enseñanza de niños varones la inteligentísima señora doña JUSTINA SERNA DE MENDOZA, quien no solamente les enseñaba los primeros rudimentos de latín, sino que había puesto en verso toda la historia santa, la geografía, la historia patria y hasta la gramática y la aritmética; con lo cual los niños aprendían los principios de aquellas ciencias y ejercitaban la memoria sin dificultad. Empero, era tanta la modestia de esta dama ejemplar que nunca quíso que se publicasen sus producciones pedagógicas.

En las demás repúblicas sucedió otro tanto, y la instrucción de la mujer avanzaba merced á la labor asidua y á los ímprobos esfuerzos de las que más favorecidas por la suerte trabajaban en ello.

Cuéntanse en las Antillas grandísimo número de poetisas y escritoras; pero la más ilustre de todas es indudablemente doña Gertrudis Gómez Avellaneda, cuya fama es europea, y aunque los españoles la cuentan entre sus literatas, la verdad es que nació y se crió en la Habana y al sol de los trópicos debe su inspiración, su genio y sus arranques de pasión.

Hija de marino español radicado en Cuba, doña Gertrudis Gómez de Avellaneda permaneció en Cuba algunos años y allí compuso las primeras poesías que se publicaron con el seudónimo de *Peregrina.* Pero en breve sus composiciones fueron notadas y como era natural no pudo ocultar su nombre. Declaráronla la poetisa de más levantado pensamiento y acento más viril que hasta entonces había tenido el sexo femenino en lengua española. En 1860 fué coronada públicamente en el Liceo de la Habana como nueva Corina americana. Doña Gertrudis compuso también comedias, tragedias y dramas que se representaron con aplauso en España y novelas muy interesantes. Al fin de su vida, entregada al dolor y al sufrimiento, compuso un devocionario que fué publicado en Madrid poco antes de su muerte (á los 57 años de edad) en 1873.

Casada en España dos veces, tuvo la pena de perder á sus esposos; el primero, — don Pedro Sabator — al cabo de pocos meses de casada, y el segundo después de seis años de matrimonio. Sus tristezas despertaron en su alma armonías que no hubiera co-

nocido el mundo sin los sufrimientos de la poetisa, — pues la mujer que escribe frecuentemente acude á ese medío más bien para desahogar su corazón y adormecer sus penas, que por buscar gloría y reputación.

Era bogotana doña SILVERIA ESPINOSA DE LOS MONTEROS DE RENDÓN y es esta dama una de las glorias femeninas de Colombia. Vástago de una familia distinguida desde la época de la Colonia, nació en el primer tercio del siglo XIX. Escribió con maestría en prosa y verso. Cuéntanse de ella muchas poesías, místicas en su mayor parte, y algunas descriptivas é históricas; varios folletos, artículos de periódico y rasgos biográficos y necrologías. Después de su fallecimiento, se public ó en 1886 un tomo de *Consejos á las niñas cristianas,* libro que había dejado como un testamento á sus compatriotas.

El estilo correcto, la naturalidad y facilidad de sus composiciones poéticas, los nobles y religiosos sentimientos que expresa y el decir sencillo, fácil, ingenuo, encantador de sus versos hacen contraste con cierto amaneramiento artíficioso de sus artículos y obras en prosa, estilo aprendido ó imitado de aquellas obra de carácter antiguo, de sensibilidad exagerada tan en moda hace unos cuarenta ó más años.

Así pues, creemos que el nombre de doña Silveria Espinosa de Rendón vivirá como el de una de las primeras poetisas colombianas, pero no como escritora en prosa.

No de la misma manera juzgamos á su contemporánea argentina, doña JUANA MANUELA GORRITI, la cual fué poetisa notable, pero en nuestro sentir su prosa supera á sus versos. Sus novelas históricas y psicológi-

cas, sus le y endas y descripciones de países netamente americanos deberían servir de ejemplo y norma á las jóvenes escritoras del Nuevo Mundo, con gran provecho para ellas, para sus lectores y la buena fama de la literatura americana. Indudablemente las producciones literarias de la señora Gorriti vivirán y se la contará siempre entre las fundadoras de la literatura hispanoamericana.

Compatriota de la anterior y contemporánea — pues ambas nacieron en el mismo año — es doña JUANA MANSO DE NORHONA, escritora en todo género, pero especialmente en asuntos de *educación*.

La señora EDUARDA MANSILLA DE GARCÍA — nacida en la Argentina — tiene fama europea por sus novelas históricas, las cuales han sido traducidas al alemán, al inglés y al francés.

Nació en Quito — en 1829 — la señora DOLORES VEINTIMILLA DE GALINDO. «Vino al mundo marcada en la frente con el signo del dolor y con aquella sensibilidad extremada la cual, si no está unida á un carácter firme y á convicciones religiosas profundas, produce la desgracia de la mujer. Doña Dolores Veintimilla, inspirada por el sufrimiento, cantó sus penas con acentos vehementísimos, padeció calumnias que la desgarraron el alma y exhaló quejas en forma de apasionadas estrofas, — hasta que no pudiendo aguantar su dolor « abrió con propia mano las puertas de la eternidad, dice don Juan León Mera, y huyó de la vida. Un cúmulo de desgracias abatieron su espíritu con aquella enfermedad moral que hace despreciar todo instinto de conservación y, extraviado el entendimiento, engendra la idea de un estéril y repugnante delito, el suicidio. La infeliz señora, que

pudo realzar su mérito añadiendo al talento la resignación cristiana en el infortunio, quiso oponerse á éste con una muerte violenta y prematura, acción que tiene más de pagana que de noble y heroica [1]. »

Quedaron pocas, pero bastante bellas composiciones de esta infortunada quiteña, — pues parece que al tiempo de morir se gozó en quemar todos los manuscritos que tenía inéditos.

Antes de abandonar definitivamente al Ecuador, nombraremos otras poetisas más recientes, varias de cuyas composiciones se encuentran publicadas en una Antología ecuatoriana que dió á la estampa en Quito, en 1892, la Academía correspondiente de la Real Española como homenaje al cuarto centenario del Descubrimiento de América.

Una de las allí mencionadas es la señora ÁNGELA CAAMAÑO DE VIVERO, notabilísima poetisa guayaquileña que desgraciadamente murió joven, y las señoras DOLORES SUCRE, — cuyas poesías se distinguen por la dulzura y delicadeza de sus sentimientos; — CARMEN FEBRES CORDERO DE BALLEN, CAROLINA FEBRES DE CORDERO; MERCEDES GONZÁLEZ DE MOSCOSO, ANGELA CARBO DE MALDONADO; ETELVINA CARBO : todas guayaquileñas; las quiteñas ANA CORTAIRE DE DIAGO; ISABEL DONOSO, y de otras partes del Ecuador las señoritas FELISA EGUEZ y FELISA VICTORIA NASH. Éstas forman, pues, una respetable pléyade de poetisas que hacen honor á su patria.

En Bolivia se han distinguido en la literatura — como en tiempo de la Independencia por su abnega-

1. Historia de la Literatura ecuatoriana, p. 271

do patriotismo. — varias damas como **María Josefa Mujía**, poetisa é improvisadora de mérito singular; **Lindaura Anzoategui de Campero**, **Mercedes Belzú de Dorado** (hija de doña Juana Manuela Gorriti y de su esposo el general Belzú); **Adela Zamudio**, **Hersilia Fernández de Mujía**, **Natalia Palacios** y **Sara Ugarti**.

IV

Tócanos ahora hablar de las literatas peruanas, muchas de las cuales son conocidas en el mundo de las letras por obras de resonancia. Como no nos alcanza el espacio para hablar de todas circunstanciadamente, apenas mencionaremos los nombres ya bien afamados de las señoras **Carolina Freire de Jaimes**, autora dramática; **Manuela Villarán de Plascencia**, **Amalia Puga**, **Manuela A. Marquez**, **Leonor Sauri**, **Leonor Manrique**, las señoras **de Obregozo**, **de Elespuro**, **de Buendia**, **de Cortés**, etc.

Nos concretaremos á hablar sólo extensamente de tres damas literatas peruanas que se han distinguido en diferentes ramos de la literatura como periodistas, poetisas y novelistas.

La señora doña **Clorinda Matto de Turner** ha sido muy popular en el Perú por los periódicos que ha dirigido con habilidad y por sus novelas y artículos de costumbres. Una de sus novelas, *Aves sin nido*, despertó grandes disensiones entre las diferentes clases sociales que procuró pintar no sabemos si con exactitud ó no, pues es difícil juzgar de aquello que no se conoce. Su obra maestra, según parece, es un drama que fué representado primero en Arequipa en

1884 y después en el Olimpo de Lima en 1888. El nombre de este drama es *Hima-Sumac* y es un episodio de la historia de la conquista española en el Perú.

La señora Matto de Turner ha dado á la estampa, entre otras novelas y cuadros, la ya mencionada *Aves sin nido* é *Índole*, *Tradiciones y Leyendas peruanas*, etc., etc.

Extractaremos aquí el final de un artículo que publicamos hace algún tiempo en la *Colombia Ilustrada* de Bogotá, en el cual hablábamos de la mision de la escritoras hispanoamericanas, cuyo principio se encuentra algunas páginas atrás.

Nos ocuparemos ya de dos escritoras peruanas, las señoras MERCEDES CABELLO DE CARBONERO y LASTENIA LARRIVA DE LLONA.

La primera es autora no solamente de varias novelas que conocemos como *Eleodora*, *Amores de Hortensia*, *Sacrifício y recompensa* y *Blanca Sol*, *Consecuencias*, sino de varias obras serias (que no hemos tenido el gusto de leer) como *Influencia de las bellas letras en el progreso moral y material de los pueblos*, así como *Independencia de Cuba*, obra que obtuvo el primer premio en certamen literario (otra que obtuvo también el primer premio en la Argentina y cuyo nombre ignoramos). Además han publicado los periódicos hispanoamericanas muchas notables poesías de esta dama.

La señora MERCEDES CABELLO DE CARBONERO, con su estilo acabado, su facilidad de expresión, la redondez de su frase castiza, la evidente instrucción de su espíritu cultivado con las más bellas flores de las literaturas europeas, y que posee el conocimiento de la

sociedad de su patria y de los sentimientos y pasiones del corazón, podría indudablemente encabezar en el Perú el movimiento literario de que hablamos al empezar esta parte sexta del presente libro, junto con la bella y dulce autora de *Un Drama singular* — preciosa novela escrita por la señora de Llona hace algún tiempo. Una y otra podrían dedicar su pluma y privilegiados ingenios á pintar con gráficos colores la hermosa naturaleza de nuestra América, las costumbres curiosas que aun se conservan; los hechos históricos acaecidos en estos países en los siglos pasados y en el presente, — y no hacer la descripción pormenorizada de las costumbres depravadas y de las pasiones desordenadas de una clase de la sociedad limeña, remedo de la corrupción europea, malamente transplantada al Nuevo Mundo; ni presentarnos personajes cuyos caracteres son indudablemente tomados del natural, porque viven y se mueven en el cuadro que les señalan las autoras, pero que en el fondo son idénticos á los que se encuentran á cada paso en París y en Madrid.

La autora de *Blanca Sol*, novela que ha tenido varias ediciones consecutivas en Lima en pocos meses, — (cosa excepcional en Hispanoamérica) y ha sido reproducida en periódicos de los Estados Unidos y otras partes de América, — posee las más notables aptitudes como escritora, como pensadora, como moralista y por consiguiente nadie mejor que ella podría dar á luz libros hermosísimos, *americanos netos* y que no fuesen tristes pinturas de las tristísimas pasiones desenfrenadas, espejo de las dañadas costumbres de la alta sociedad limeña, según nos asegura ella misma, aventuras de mujeres apasionadas

y culpables, que pecan no por ignorancia sino con el cinismo más increíble, ataviadas de sedas y terciopelos, habitando palacios de mármol y rodeadas de todo el esplendor de una cultura refinada. La señora de Carbonero podría escribir nobilísimas obras literarias que llenasen de entusiasmo á sus lectores por el bien y el deseo de imitar los ejemplos que describiese; así también la señora de Llona — que se distingue tanto por sus virtudes domésticas como por el estro poético y dotes de prosista y laboriosísima periodista al mismo tiempo; ella, el tipo de la madre abnegada, la cariñosísima esposa, la amiga fiel y constante, ¿cómo no había de escribir hermosísimas páginas en que describiese lo que en sus viajes, — por las secciones más bellas de la América del Sur, — pudo ver y admirar? ¿Por qué no dar al público aquellos nobles y puros sentimientos encarnándolos en personajes de su invención que pudieran no sólo deleitar al lector profano, sino proporcionar á sus hijas ejemplos de virtud?

Á pesar de la sonrisa un poco sarcástica que vemos dibujarse en los labios de aquellas personas que creen que la virtud es pesada, enojosa, sosa y sin interés; que piensan que es preciso que toda novela tenga cierto sabor picante y descripciones maliciosas para que sea leída, y dicen también que si en Francia y en España se escriben libros en que se pinta á las claras pasiones locas y exageradas, es porque así lo demanda la gran mayoría de los lectores, á quienes es preciso servir la *mercancía* en la forma que pidan. Á pesar de esa risa sarcástica de los lectores americanos que no quieren salirse nunca de la moda parisiense, *cuyos* decretos son para ellos leyes ineludibles, sería

bueno que supiesen que es cosa reconocida que cada día se venden en Francia millares de ejemplares de novelas traducidas del inglés, y esto es así, dicen los periódicos más respetables, porque en esas producciones del ingenio anglosajón se cuida particularmente, no sólo de la moralidad de la trama — con algunas excepciones se entiende, — sino también de las expresiones y de las ideas, y son novelas que podemos entregar á nuestras hijas con seguridad [1]. ¿Por qué es esto? Porque se siente la necesidad absoluta de purificar la atmósfera de la literatura calenturienta francesa soplando sobre ella la corriente pura de la de otros países en que no es moda tratar de asuntos que no podríamos discutir públicamente en un salón de buen tono y delante de personas respetables y de costumbres puras.

Repetimos, la misión de la escritora hispanoamericana podría ser muy hermosa, saludable, brillantísima, si todas las que han recibido de Dios el don de escribir para el público se propusieran ante todo hacer conocer su país ya en la historia, ya en la naturaleza física, ya en las costumbres originales, tan diversas en las diferentes comarcas, y que abandonasen los senderos de la novela llamada social ó de estudios de las costumbres pervertidas, de intrigas, naturales si se quiere, — pero que no poseen el cuño

1. Hace algunos dias que leíamos en un periódico parisiense: « Al fin ha aparecido una novela francesa que hará competencia á los millares de obras traducidas del inglés que se venden diariamente porque allí se encuentra lectura moral para la juventud. Hacían grandísima falta libros como el que acaba de aparecer, porque la lectura moral es escasísima, aunque necesaria en extremo entre nosotros, etc., etc. »

original americano por excelencia, puesto que pueden suceder en todas partes del mundo en donde hay hombres y mujeres y corazones apasionados que no los detiene ningún freno para lanzarse por el mal camino. Dejemos á los novelistas llamados del naturalismo esos estudios odiosos de pasiones y crímenes, estudios que en lugar de corregir y moralizar, sólo sirven para propagar el mal con la lectura de esos cuadros. Pero lo más importante, según creemos, en la literatura femenina netamente americana debería estar en que fuera cristiana, que estuviera siempre llena de fe en Dios y el culto de la divinidad, ¡Ah! ¡desdichadas de estas naciones, si por querer imitar á la titulada ciencia europea abandonan los senderos que nos conducen al cielo! El día en que la mujer, — esa vestal encargada de guardar el fuego sagrado en el hogar, — dejara de ser religiosa en nuestras sociedades, — sería la señal de nuestro próximo desquiciamiento, de una completa descomposición social, y se entronizaría en todas partes ese desorden, esa corrupción, ese vicio casi inconsciente, esa falta total de pudor que distingue á la heroína de la novela *Blanca Sol*, de la señora Cabello de Carbonero. Esa niña desventurada, que carecía completamente de piedad religiosa y de moralidad, no podía obrar de otra manera que como nos la pinta la autora, ni era posible que tuviese otro fin que el que tuvo. La lógica condujo á la señora Cabello de Carbonero á aquella catástrofe final de su heroína que acabó por perder « su honor y su reputación » ; pero su autora nos la pinta y no nos dice el por qué de aquella desgracia, y no nos lo dice *porque ella* misma no lo piensa así, puesto que en el

prólogo emite estas ideas con las cuales no podemos simpatizar :

« El arte se ha ennoblecido, su misión no es ya cantar la grandiosidad de las catedrales góticas, ni llorar sobre la fe perdida, hoy tal vez para siempre; y en vez de describirnos los horrores de aquel infierno imaginario, describamos el verdadero infierno, que está en el desordenado curso de las pasiones. Nuevos ideales se le presentan á su vista; él puede ser colaborador de la ciencia en la sublime misión de procurarle al hombre la redención que lo libre de la ignorancia, y el paraíso, que será la posesión de la verdad científica. »

¡No, y mil veces no! si el arte ha perdido la fe en Dios, el arte no se ha ennoblecido, se ha degradado... Pero no, el verdadero arte, el ideal, el puro, el grande, aun canta « la grandiosidad de las catedrales », en donde se adora al verdadero Dios y se evoca esa fe que no se ha perdido sino en ciertos corazones maleados ó extraviados; y si no creyera en la existencia de ese infierno que llama « imaginario », ¿por qué serían *desordenadas* las pasiones, y por qué no habría cada cual de tratar de gozar en este mundo de un paraíso que no se encuentra fuera de la llamada « verdad científica »?

Sentimos en el alma que la señora de Carbonero siga la escuela de aquellos que dice ella « pueden hacer de la novela un medio de investigación y de estudio, en que el arte preste su poderoso concurso á las ciencias que miran al hombre, *desligándole de añejas tradiciones y absurdas preocupaciones* ».

Nosotras confesamos una fe enteramente contraria á la de la ilustrada novelista peruana, y declaramos

con el malogrado literato español don Pedro Antonio de Alarcón, que la moral verdadera es la predicada por Jesucristo; « la redentora del alma, la de la humildad, la de la paciencia, la de la caridad, la del perdón de las injurias, la que dijo : *Alteri ne feceris quod tibi fieri non vis;* pues yo creo y confieso que esa moral es la escrita *ab initio* por Dios en el corazón humano y obscurecida después por la concupisciencia, que llamaríamos la palabra de Dios hecha hombre... Por lo que á mi toca — añade, — mientras aliente y pueda escribir ó hablar, seré el paladín del alma. Ella es mi Dulcinea. ¡En la religión, en la historia, en la poesía, en las artes, veré siempre lucir su maravillosa hermosura!... »

Y esa literatura inspirada por Dios es la única verdadera y útil en las sociedades, la que consuela de las amarguras del alma, de los pesares que debilitan nuestro entendimiento y obscurecen la vida; sin ella volveremos á la barbarie y caerá la civilización que se ha levantado sobre los cimientos del cristianismo; arrancad esas piedras fundamentales que forman la base de la cultura, y todo el edificio se vendrá abajo; entonces los mismos que se han entretenido en esa obra de destrucción llorarán con lágrimas de fuego la corrupción de un mundo material, sin más ley que las pasiones brutales de la parte animal de la humanidad.

La misión de la mujer hispanoamericana, repetimos, es cristianizar, moralizar y suavizar las costumbres, y la escritora debe morir sobre la brecha si es preciso, más bien que hacer parte del ejército ateo que procura, inspirado por el genio del mal, destruír las sociedades de que ella hace parte.

V

Volveremos ahora á Chile. Después de doña Mercedes Marín del Solar, la literata que más reputación ha tenido ha sido doña Rosario Orrego de Chacón. Esta dama nació á Copiapó en 1834 y murió en 1879 á los cuarenta y cinco años de edad cuando pudo haber vivido largos años más para el bien de su patria. Á pesar de haberse casado á la tierna edad de doce años, de ser excelentísima madre y esposa, de no abandonar los quehaceres de su casa, hallaba siempre tiempo para dedicarse á un asiduo estudio, primero, y después á escribir para el público, el cual acogió con estimación sus primeros ensayos literarios. Desde antes de cumplir veinte años, doña Rosario Orrego se hallaba ya con una bien merecida reputación de poetisa. En 1872 fundó en Valparaíso, en unión de sus hijas, una *Revista*. Insertó allí y en otros periódicos novelas y artículos sobre diversos temas: había educado á sus hijos varones para marinos y militares que sirvieron á su patria con excepcional patriotismo; mientras que uno de ellos, Luis Uribe y Orrego, fruto del primer matrimonio de su madre, corría, merced á su heroísmo, peligro de muerte en un combate naval y se llenaba de gloria el 21 de mayo de 1879, su madre expiraba en Valparaíso. Tal parecía como si con un último rasgo de amor ella hubiese ofrendado su vida al Altísimo en cambio de la salvación de su hijo. Sus hijas Ángela Uribe de Alcalde y Regina Uribe de Bañados han seguido los ejemplos de su madre y también son escritoras.

Discípula de doña Mercedes Marín de Solar y sobrina de ésta fué doña QUITERIA VARAS Y MARÍN, quien nació en Valparaíso en 1838 y murió en Santiago en 1886, dejando para honra de su país muchas poesías notables por su dulzura y estilo cultivado.

Se han distinguido después de esta dama en el ramo de poesía las señoras CLOTILDE A. LÓPEZ, ROSA LÍA NÚÑEZ, DOLORES OLAÑETA, MERCEDES J. REYES, ELENA SALAZAR, CELIA SOTO, DELFINA HIDALGO Y GONZÁLEZ y otras de igual mérito pero que no alcanzamos á mencionar.

Dedicóse á obras serias la señora MARTINA BARROS DE ORREGO LUCO con traducciones de Stuart Mill, y se ha ocupado preferentemente en todo lo que se refiere á la instrucción pública y á la filantropía y caridad.

Miembro de la Sociedad Geográfica Argentina, doña ANTONIA TARRAGÓ Y GONZÁLEZ, se entregó á la carrera profesional y es muy apreciada en Chile por sus trabajos en todo lo concerniente á la carrera profesional de la mujer.

Distínguese por su ciencia la señorita ELOÍSA DÍAZ INSINIZA, — la cual ha sido la primera que se graduó como doctora en medicina en Chile y ha escrito brillantes obras patológicas sobre enfermedades de la mujer. — Émula suya es la señorita ERNESTINA PÉREZ Y BARAHONA, — graduada también en ciencia médica en Santiago, la cual fué á perfeccionar á las universidades de Europa.

Como de todo ha de haber en América, Chile cuenta también con una escritora socialista, la señora LUCRECIA UNDURRAGA DE SOMARRIVA. Tanto en una *Revista* que fundó, como en los libros y publicacio-

nes que ha hecho, se esfuerza en sostener valientemente sus ideas avanzadas y abrir nuevos horizontes á la mujer proletaria.

VI

Después de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda podríamos citar larguísima lista de escritoras y poetisas cubanas, puertoriqueñas y de las demás Antillas que han escrito poesías en lengua castellana. Pero sólo hablaremos de las más conocidas, como doña LUÍSA PÉREZ DE ZAMBRANO y doña AURELIA CASTILLO DE GONZÁLEZ.

Doña Luísa Pérez nació en Cuba en 1837 y la consideran en su patria con muy poco menos mérito que doña Gertrudis Gómez de Avellaneda. Su ingenio es tan natural que puede decirse que se educó sin maestros y á pesar de eso sus composiciones poéticas tienen grande valor como inspiración y como arte. Además de dos tomos de poesías selectísimas, ha publicado también un *Tratado de Educación y Urbanidad*.

Doña Aurelia Castillo de González ha escrito obras en prosa, *Relaciones de viajes en Europa*, artículos de periódicos y revistas y versos de bastante mérito.

He aquí la lista de otras escritoras y poetisas de las Antillas : SOFÍA ESTÉVEZ, CARLOTA ROBRIÑO, señoras DE TIÓ, DE UREÑA, DE MURILLO, DE PERDOMO, DE ARAOZ, DEL MÁRMOL, DE MONTES DE OCA, MERCEDES MATAMOROS, La señora DE BUXÓ (que firma *Eva Canel*) ha escrito últimamente una novela.

Como toda americana de raza española la mujer de las Antillas se distingue no sólo por su belleza física, sino también por la vivacidad de su espíritu y la bondad genial de su corazón, y además, la cubana es ardentísima patriota, valiente, denodada en los peligros, y en épocas de prueba y adversidad un dechado de virtudes y de abnegación.

Después de las señoras Acevedo de Gómez y Espinosa de Rendón en Colombia, en los subsiguientes años podríamos citar á otras muchas damas que con más ó menos consagración se han dedicado al cultivo de las letras.

En el Parnaso Colombiano, publicado por el señor Julio Añez en 1887, se encuentran composiciones de las siguientes poetisas :

Doña Waldina Dávila de Ponce de León, miembro distinguido de la sociedad bogotana, madre de una lucida familia y autora de muchas poesías sentimentales (muy apreciada en su justo mérito por los críticos) y de varias novelas de costumbres.

Doña Agripina Samper de Ancizar; nacida en Honda en 1831 y muerta en París en 1892. Con el seudónimo de *Pía Rigan* publicó muchas composiciones en verso y prosa en varios periódicos. Hermana de un conocido literato colombiano, el doctor José María Samper, éste incluyó en un tomo de poesías propias — publicadas en 1869, — *Ecos de los Andes*, — una serie de composiciones de doña Agripina Samper de Ancizar. Fuera de éstas, ella publicó muchas más así como algunos artículos en prosa. Sobrina de esta dama es otra de las poetisas que nombra el Parnaso, la señorita Bertilda Samper Acosta, la cual ha firmado sus versos con el seudónimo de *Berenice*. Todas las

composiciones que de ella conoce el público son místicas y descriptivas[1].

La señora AGRIPINA MONTES DEL VALLE es poetisa, nacida en el departamento de Antioquia (Colombia) en la primera mitad del siglo XIX. Sus composiciones han sido mencionadas con aplauso por don Juan Valera y otros escritores y críticos peninsulares y americanos y premiadas algunas en concursos literarios

1. Madre y cuñada de las dos anteriores es la señora Soledad Acosta de Samper — autora del presente libro. He aquí la lista de las obras que hasta ahora ha publicado en forma de libro, en folletines de periódicos y en páginas de revistas americanas y europeas. OBRAS HISTÓRICAS : *Estudios históricos sobre la mujer en la civilización*, 1877 ; — *Preliminares de la guerra de la Independencia* ; — *Biografías de hombres notables* ; (*Época de la conquista y colonización de América*) 1883 ; — *Biografías de hombres notables de la antigua Colombia* ; — *Biografía del general Paris*, — obra premiada en un concurso histórico, 1883 ; — *Biografía del Mariscal Sucre*, — obra premiada por la Academia de la Historia de Caracas, 1890. — NOVELAS HISTÓRICAS : *Los Piratas en Cartagena* ; — *Alonso de Ojeda* ; — *Sebastián Cabot* ; — *Hernán Cortés* ; — *La India de Juan Fernández* ; — *Bartolomé Sánchez* ; — *La nariz de Melchor Vásquez* ; — *Una aparición* ; — *El fuerte desamparado* ; — *Historia de una flamenca* ; — *Las esposas de los Conquistadores* ; — *El ángel de doña Juana* ; — *Las dos Reinas de Chipre*. — EPISODIOS NOVELESCOS DE LA HISTORIA PATRIA : *El Secretario del virrey Arzobispo* ; — *Una familia patriota*. — VIAJES : *Viaje a Suiza*, 1860 ; — *Viaje á España*, 1892. — NOVELAS DE COSTUMBRES : *Novelas y Cuadros de la vida sud-americana* ; — *Anales de un paseo* ; — *Constancia*, — *Laura* ; — *Los tres asesinos de Eduardo* ; — *Historia de dos familias* ; — *Doña Jerónima* ; — *Una Catástrofe* ; — *El Talismán de Enrique* ; — *Una Holandesa en América* ; — *El corazón de la mujer*, etc., etc. Ha editado además tres revistas en Bogotá : *La Mujer* ; — *La Familia* ; — *El Domingo de la Familia cristiana*, — en las cuales ha escrito artículos sobre todas materias. Presentó Memorias históricas en los congresos que tuvieron lugar en España durante las fiestas del Centenario del Descubrimiento de América y es miembro de varias sociedades literarias.

(*Nota del Editor.*)

en Sud-América. Ha publicado un tomo de poesías selectas, pero desde entonces (1883) han insertado muchas otras en gran número de periódicos y revistas de su patria y fuera de ella. El insigne poeta colombiano don Rafael Pombo, al hacer una crítica de los versos de doña Agripina, dice que en el tomo de sus poesías se hallará una constante y fervorosa aspiración espiritual, un constante dolor de la miseria humana, notabilísimas efusiones de madre y de amiga, frescura y libertad de estilo, grandeza y oportunidad de imágenes y particular felicidad, soltura y colorido poético, aéreo á veces, en los romances octasílabas, varios de los cuales compiten sin desventaja con los mejores, en su género, de su inolvidable paisano, Gutiérrez González.

La señora Isabel Bunch de Cortez es inglesa por su padre, y por su madre vástago de importante familia colombiana. Además de las poesías que de ella han publicado periódicos y revistas, hemos visto bellos artículos en prosa y sesudas críticas de obras inglesas.

Privilegiada es por cierto la familia Antomarchi por sus talentos, su distinción, su carácter noble y levantado y el genio poético que caracteriza á todas las hermanas.

Hermano del médico que consoló en su destierro á Napoleón I, el señor Antomarchi se radicó en Cúcuta; allí se alió á una de las principales familias de Santander, y se casó con la inteligentísima señora Victoria García Herreros. Las hijas, fruto de este matrimonio, se distinguieron por su hermosura física y moral, y todas, á saber: Hortensia, Victoria, Elmira, *Elisa, Emma*, Dorila y Delia, fueron poetisas.

El Parnaso Colombiano no trae sino versos de tres de ellas y por cierto hemos visto otros de estas mismas damas superiores á los publicados en esa antología de la poesía colombiana.

La señora MERCEDES ÁLVAREZ — hoy de Velasco, — también tiene en el Parnaso una muestra de su ingenio. Es ésta una poetisa inspirada por ardentísimas ráfagas de sentimiento apasionado, las cuales la han hecho encontrar acentos admirables en su lira, dignos de la Safo griega. Sus composiciones poéticas han sido justamente celebradas en España por críticos cuya palabra es ley en literatura.

De doña EVA VERBEL Y MAREA — natural de Cartagena (de Indias), — el Parnaso sólo inserta una composición. Sin embargo, esta talentosa dama ha escrito y publicado un tomo de artículos en prosa y composiciones poéticas que nombró modestamente *Ensayos*, y además con gran frecuencia publican versos y prosa firmada por ella los periódicos de su ciudad natal en donde es justamente estimada. Hace algunos años la revista *La Mujer* de Bogotá publicó una novela de ella.

El Parnaso, que tantas veces hemos citado, no insertó composiciones de otras muchas poetisas y escritoras colombianas, algunas de las cuales nombraremos brevemente aquí.

La señora EUFEMIA CABRERA, — casada en primeras nupcias con el conocido poeta bogotano José Joaquín Borda y por segunda vez con otro poeta, el señor Jorge Roa, — ha escrito bonitas poesías, así como artículos en prosa cuyo mérito no es menor que las de las anteriores escritoras citadas.

Doña VICENTA F. DE RAMOS, de Cartagena; doña

AMALIA DENIS, oriunda de la ciudad de Santa Marta, también son autoras de bellas composiciones en verso. Doña MERCEDES HURTADO DE ÁLVAREZ (madre de la poetisa mencionado de su mismo nombre); doña INÉS AMINTA CONSUEGRA; doña HERMINIA GÓMEZ JAIMES DE ABADÍA; doña MERCEDES PELÁEZ DE MALO; doña MERCEDES PÁRRAGA DE QUIJANO; doña MERCEDES SUÁREZ; doña MERCEDES VARGAS DE FRANCO; doña CONCEPCIÓN BORDÁ; doña FELICIANA TEJADA; doña CONCEPCIÓN AIRAZOLA; doña JOAQUINA CÁRDENAS; doña GREGORIA HARO; doña ELENA MIRALLA; doña INDALECIA CAMACHO; doña IGNACIA MÁRQUEZ DE FRASER; doña PRICILA DE NÚÑEZ y otras colombianas cuya modestia se ha ocultado bajo seudónimos que no conocemos, ó que no han querido dar á la estampa sus producciones, han escrito con buen éxito y más ó menos maestría versos, artículos, novelas y romances.

VII

Poetisa nacida en Andalucía pero criada y educada en Guatemala, era MARÍA JOSEFA GARCÍA G. DE SABORIO. Dice la ilustre viajera baronesa de Wilson « que su vehemente imaginación meridional se desarrolló bajo el influjo de un clima y de una naturaleza bella y singularísima, y á despecho de las absurdas preocupaciones de entonces, dió á conocer su talento para las letras y la capacidad para manejar la peñola satírica no menos que la lírica[1]. Murió en 1848 de 52 años de edad.

Poetisas son también otras dos guatemaltecas : JE-

1. *Véase América y sus mujeres*, p. 378.

SÚS DE LA PARRA y DOLORES MONTENEGRO. Salvadoreñas son las escritoras siguientes: ANTONIA GALINDO; LUISA ARRÚE DE MIRANDA y ANTONIA NAVARRO. Esta última recibió el grado científico de ingeniero y sigue la carrera de las ciencias.

La República de Méjico cuenta en el siglo XIX muchas escritoras y literatas dignas de llamarse así. Hija de español peninsular, doña ISABEL PRIETO DE LANDAZURI hace parte de las escritoras mejicanas; fué poetisa y compuso dramas.

Doña ESTER TAPIA DE CASTELLANOS fué tan precoz que desde su más tierna infancia empezó á componer versos y desde los diez años de edad hasta el día su ingenio no ha cesado de dar opimos frutos.

MARÍA DEL REFUGIO A. DE ORTIZ, DOLORES CORREA ZAPATA, LAUREANA W. DE KLEIHANS, LUCÍA G. HERRERA, LUISA MUÑOZ Y LEDO, FRANCISCA C. CUELLAR, LAURA MÉNDEZ DE CUELLAR, DOLORES DELAHANTY, etc., son los nombres de algunas de las muchas mexicanas que se han dedicado á las letras.

Desgraciadamente, de las mujeres del Brasil no hemos podido obtener suficientes noticias.

Mencionaremos, empero, aquellas cuyos nombres han llegado hasta nosotros.

En el siglo pasado se distinguió por sus poesías AMARAL RANGEL, la cual aunque privada de la vista de la naturaleza material, supo dar forma á su pensamiento en bellas poesías que se repiten en su tierra en todas las clases de la sociedad.

Doña VIOLANTE ATABALEPA XIMENES DE VELLASCO nació en Bahía en 1816. Sumamente instruída y talentosa, compuso varias piezas de teatro que fueron representadas, y tradujo dramas y comedias del inglés

y el francés. Además, durante algún tiempo redactó en Río Janeiro un periódico que se titulaba *Jornal das Senhoras*.

Contemporánea de esta dama fué doña HERMELINDA GRACIA DE CUNHA MATTOS, la cual se dedicó á estudios serios, y publicó un tratado filosófico con el título de *Sentencias*. Era esta señora hija del viajero y general portugués que fué diputado, uno de los fundadores del Instituto Histórico de Río Janeiro, y además escritor y bibliógrafo.

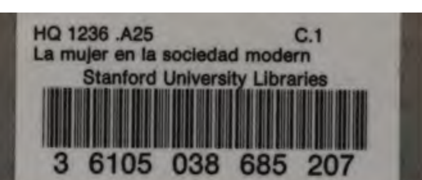
No sabemos si la misionera Damiana da Cunha, de quien hablamos en la sección de misioneras, pertenece también á esta familia.

FIN.

ÍNDICE

PARÍS. — TIP. GARNIER HERMANOS, 6, RUE DES SAINTS-PÈRES




HQ 1236 .A25 C.1
La mujer en la sociedad modern
Stanford University Libraries
3 6105 038 685 207

